
Reglas del Hockey
Nunca
REGLA #2
NUNCA PARTICIPES EN UN REALITY
NAVIDEÑO DE CITAS
PORTIA BLAKE

Tabla de Contenido

NORMA N.º 2: NUNCA PARTICIPES EN UN PROGRAMA DE CITAS NAVIDEÑO

CAPÍTULO UNO

CAPÍTULO DOS

CAPÍTULO TRES

CAPÍTULO CUATRO

CAPÍTULO CINCO

CAPÍTULO SEIS

CAPÍTULO SIETE

CAPÍTULO OCHO

CAPÍTULO NUEVE

CAPÍTULO DIEZ

CAPÍTULO ONCE

CAPÍTULO DOCE

CAPÍTULO TRECE

CAPÍTULO CATORCE

CAPÍTULO QUINCE

CAPÍTULO DIECISÉIS

CAPÍTULO DIECISIETE

CAPÍTULO DIECIOCHO

CAPÍTULO DIECINUEVE

CAPÍTULO VEINTE

CAPÍTULO VEINTIUNO

CAPÍTULO VEINTIDÓS

CAPÍTULO VEINTITRÉS

CAPÍTULO VEINTICUATRO

CAPÍTULO VEINTICINCO

CAPÍTULO VEINTISÉIS

CAPÍTULO VEINTISIETE

CAPÍTULO VEINTIOCHO

CAPÍTULO VEINTINUEVE

CAPÍTULO TREINTA

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

CAPÍTULO CUARENTA

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO

CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO

CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS

CAPÍTULO CUARENTA Y SIETE

CAPÍTULO CUARENTA Y OCHO

CAPÍTULO CUARENTA Y NUEVE

CAPÍTULO CINCUENTA

CAPÍTULO CINCUENTA Y UNO

CAPÍTULO CINCUENTA Y DOS

CAPÍTULO CINCUENTA Y TRES

EPÍLOGO

REGLA #3: NUNCA TE CASES FINGIDAMENTE CON EL HIJO DEL ENTRENADOR

REGLA #.5: NUNCA TE ENAMORES DEL CAPITÁN

REGLA Nº 1: NUNCA TE CASES ACCIDENTALMENTE CON TU COMPAÑERO DE EQUIPO

ACERCA DE PORTIA

NORMA N.º 2: NUNCA PARTICIPES EN UN PROGRAMA DE CITAS NAVIDEÑO

La gente siempre se sorprende de que esté soltero, pero nunca me ha molestado. Como jugador profesional de hockey, prefiero pasar las noches libres viendo a Sebastian Archer presentar programas de citas que salir a bares deportivos mugrientos para ligar con groupies del hockey.

Pero cuando mis compañeros de equipo me inscriben como protagonista en *Buscando al Señor Perfecto: Edición Navideña*, mi tranquila vida desaparece. En lugar de acogedoras noches en casa, estoy desfilando por Boston en citas festivas con mujeres preciosas de las que se supone que debo enamorarme.

El único problema es que la persona en quien no puedo dejar de pensar es el atractivo presentador del programa, que odia a los deportistas y a quien, de alguna manera, ya conozco.

Se supone que debo encontrar esposa. Millones de personas nos están viendo, incluida la dirección de mi equipo.

Y soy heterosexual. Obviamente.

Probablemente.

Quizás no.

CAPÍTULO UNO

Sebastian

La cara de Luke Hawthorne aparece ante mí en el gran monitor de vídeo y mi corazón se detiene.

El pelo rubio despeinado sobre una piel dorada besada por el sol. Incluso en Massachusetts, Luke siempre conseguía estar bronceado. Era una cualidad que compartía con su hermano mayor.

Mis piernas rebotan bajo la mesa.

Creo que sé lo que viene.

Espero que no sea lo que pienso.

Dios, realmente espero que no lo sea.

Mi jefe, Clark Peters, hace un ademán hacia la pantalla, como si fuera un mago y no un ejecutivo de Hollywood con un polo color salmón que se pasa por el estudio antes de su hora de golf. —Así que recomiendo que sigamos adelante con Luke Hawthorne como protagonista de *Buscando al Señor Perfecto: Edición Navideña*.

—¡No! —La palabra explota de mi boca antes de que pueda evitarlo, y cuatro pares de ojos se dirigen hacia mí. Mi corazón se agita, rebotando contra mis costillas. La calma solía venirme con facilidad.

Pero ahora me siento tan torpe como en el instituto. Mi respiración se entrecorta y aspiro profundamente. Y aunque sé que el aire acondicionado envía aire fresco, nítido y limpio por todo este rascacielos, lo único que puedo oler es el sudor y la ropa húmeda de un vestuario de instituto, y lo único que puedo oír son las palabras burlonas de los adolescentes.

Extiendo los dedos sobre la mesa, obligándome a emanar una calma profesional.

Soy Sebastian Archer, no Seth de Ashcove. Soy Sebastian Archer, no Seth de Ashcove. Soy-

Ella se aclara la garganta. Arruga sus labios rojos de poder y la línea afilada de su espeso flequillo rubio se estropea temporalmente mientras sacude la cabeza.

Normalmente, Ella es una de mis mejores amigas. Normalmente, trabajar con ella en *Buscando al Señor Perfecto* es un sueño hecho realidad. Normalmente, ella sabe lo que estoy pensando.

Por eso trabajamos bien juntos.

He dicho algo inapropiado, he contestado a mi jefe, y sé que no debería.

Las réplicas no son una de las cosas favoritas de Clark Peters, y mi estómago da vueltas, como si estuviéramos en una sección rocosa de un crucero y no en la vigésima planta de un edificio moderno y reluciente.

Aparto bruscamente la cabeza de Clark, y mi mirada se desplaza hacia la vista. Cientos de mansiones modernas se aprietan unas junto a otras. Sus ventanales de suelo a techo y piscinas infinitas brillan en la bruma pastel californiana.

Un día, estaré en una de esas casas.

Normalmente, me encanta *Buscando al Señor Perfecto: Edición Navideña*. Lo he presentado durante tres temporadas. Hemos ido a Montana, Vermont y Solvang, California.

Lamentablemente, este año, el equipo está grabando en Boston. Al parecer, al público le gustan las ciudades de vez en cuando, y peor aún, les gusta Nueva Inglaterra.

Y lo que es peor, nuestro Señor Perfecto se ha echado atrás en el último momento.

Deslizo mi mirada hacia la imagen de Luke. Incluso en una fotografía, su sonrisa es suave y comprensiva, y sus ojos verdes brillan. Sé por qué Clark lo quiere en nuestro programa.

Dios, ¿por qué se ha presentado? ¿Me está tomando el pelo? ¿Le habrá convencido Bryce?

Pero luego pienso que probablemente no me recuerde. He cambiado, y él era más joven de todos modos.

Intento canalizar a mi persona interior que no entra en pánico, pero la tarea no me resulta fácil.

—Podemos hacerlo mejor —digo.

Clark levanta una ceja, una hazaña impresionante dado su compromiso con el Botox. —Esto no es una estructura organizativa horizontal, Sebastian.

Ella frunce el ceño. Los dedos de Mateo golpean contra la mesa de conferencias, como si luchara contra el instinto de coger su teléfono y grabar todo.

Aisha, nuestra Productora Asociada, simplemente parece horrorizada. No sabía que pudiera parecer otra cosa que tranquila y serena. Está acostumbrada a que yo sea profesional. Deja de teclear en su portátil, mirándome por encima de la tapa a través de sus gafas de luz azul.

Esta es la situación más emotiva en la que me han visto, y no me gusta.

No soy emocional. Soy profesional.

Pero el juicio ya está en sus ojos, al igual que su diversión.

—Mire. Puedo ver el atractivo. ¿Pero un jugador de hockey? ¿Como Señor Perfecto? Ni hablar.

El silencio llena la Sala de Conferencias #3, inundándola como un gas nocivo.

Mantengo la mirada en mi jefe y finjo que todo a mi alrededor no se está derrumbando.

La gente no corrige a Clark.

—*Buscando al Señor Perfecto* trata de encontrar el marido ideal —le recuerdo a Clark—. No un rollo pasajero.

Clark se estremece, y me arrepiento de mi elección de palabras.

—Si la gente hace eso, por supuesto. —Frunzo el ceño mirando a la mesa—. ¿Cree que un atleta profesional sugiere marido perfecto?

—Muchas mujeres lo pensarían.

—Los atletas profesionales son deportistas. Peor que deportistas. Brutos. Andrew era cardiólogo. Ayuda a las personas. ¿No es ese el mensaje que queremos transmitir a nuestros espectadores?

—Ya hemos tenido muchos profesionales sanitarios —dice Ella, y trato de no lanzarle una mirada de traición.

Esto está bien. De verdad.

—Andrew se echó atrás en el último momento —me recuerda Aisha.

—Y tenemos la maldita suerte de que este tipo se presentara —dice Clark—. Mira, probablemente nunca hayas visto un partido de hockey.

Me tenso.

—Te aseguro —continúa Clark— que Luke Hawthorne es precisamente el Señor Perfecto que estamos buscando.

—Ahora es temporada de hockey —digo, y Clark parpadea, a pesar de que todo el mundo debería saber que el hockey se juega en invierno, y ahora estamos a finales de noviembre—. Quizás no pueda participar.

—Cierto. —Clark asiente—. Bueno, sería una pena no tenerlo.

Me pongo una sonrisa de pesar en la cara y deseo haber adoptado una actitud más complaciente desde el principio. —Probablemente tenga que jugar en diferentes ciudades.

—Los jugadores de hockey tienen un horario complicado —interviene Mateo, y yo asiento rápidamente.

—El rodaje es exigente. Esas fechas.

Clark se encoge de hombros.

—Os las arreglaréis. Siempre lo hacéis. Nunca hemos tenido un deportista profesional antes, pero eso no detendrá a *Buscando al Señor Perfecto*.

Los otros miembros de producción parecen a punto de estallar en aplausos.

Siempre es emocionante para ellos reunirse con Clark. El hombre está detrás de tantos programas increíbles de telerrealidad. Este es el tercer programa que presento con su estudio, y tengo que decir que *Buscando al Señor Perfecto* siempre ha sido mi favorito.

Cuadro los hombros y finjo que mi corazón no está acelerado, finjo que esto no es personal para mí, finjo que quizás Clark tiene razón.

—Necesitaré reunirme con él —digo—. Puede que no sea adecuado para nosotros. Y quizás la dirección de su equipo se queje.

—Haz que funcione, Sebastian. Ese es el trabajo. Mucha gente envidia que lo tengas. —Clark me lanza una sonrisa cordial, pero sus palabras caen como dardos.

—Consígueme un billete en el próximo avión a Boston —le digo a Ella.

El rostro de Ella se ilumina.

—Contacta con Luke y dile que es nuestra nueva estrella.

Las sonrisas se extienden por toda la sala, pero un escalofrío recorre mi columna, justo como el que sentiré cuando regrese a Massachusetts.

En menos de veinticuatro horas, estaré de vuelta en Massachusetts, cara a cara con Luke Hawthorne.

Cara a cara con el hermano menor de mi acosador.

Dios, incluso se parecen.

CAPÍTULO DOS

Luke

—¡Hora de encontrar chicas! —anuncia Dmitri mientras salimos del hielo, y se me cae el alma a los pies.

—¿Chicas? ¿Qué libros de inglés tenías en Rusia? —pregunta Troy.

Dmitri empuja a Troy contra la pared del túnel, y evito sus cuerpos musculosos, que ríen y se retuercen, mientras avanzo pesadamente hacia el vestuario. Los patines hacen que todo sea inestable cuando se camina sobre suelo firme, pero tengo el corazón ligero. El público todavía nos vitorea mientras salimos del hielo tras nuestra victoria.

Obviamente, otra victoria es increíble, incluso si jugábamos contra Carolina. Siempre supimos que íbamos a ganar. El otro equipo también lo sabía, lo que lo hizo más fácil. La mentalidad es fundamental, y esta noche la teníamos nosotros, y ellos no.

Pero hay otra razón por la que estoy emocionado.

Esta noche anunciarán al nuevo Sr. Perfecto. Están rodando esta temporada en Boston. El anterior Sr. Perfecto, un médico elegante, se echó atrás en el último momento, ya que era lo suficientemente elegible como para encontrar el verdadero amor antes del programa.

Nos quitamos las camisetas, las protecciones y las mallas y las lanzamos a las cestas de la ropa que aparecen después de cada partido, luego nos precipitamos a las duchas. El agua se escurre bajo nuestros pies, y los chicos planean sus noches, eufóricos por nuestra victoria y los dos puntos que acabamos de sumar. Una vez que estamos medianamente presentables —los trajes que tenemos que llevar ayudan—, Troy y yo vamos con Evan a responder preguntas en entrevistas. No es mi parte favorita del trabajo, pero esta noche he dado dos asistencias y llevo una A en mi camiseta, así que no puedo esconderme en el lujoso y ultramoderno vestuario con su luz dorada, sus bancos mullidos y sus paredes revestidas de madera como solía hacer. Los periodistas parecen quedar satisfechos

cuando hablo de trabajo en equipo y concentración. Hablar en público era un rotundo no para mí en el instituto, y no me gusta más cuando me están grabando. Afortunadamente, Evan siempre hace la mayor parte de la conversación, y Troy ha conseguido un partido sin goles en contra, lo que interesa más a los medios que mi trabajo como centro de segunda línea.

Troy y Dmitri me arrastran a su bar deportivo favorito, y la gente nos pone bebidas en las manos prácticamente al entrar, aunque podemos permitirnos el precio.

La música retumba, pero apenas puedo oír la letra por encima de la gente que charla. Las groupies de hockey invaden el bar, vestidas con sus camisetas favoritas. Veo mi número en rubias escandalosas y voluptuosas y en morenas sensuales. Las mujeres más seguras de sí mismas se contonean entre la multitud para hablar con nosotros. Las menos confiadas se ríen por los rincones, haciéndose selfies estratégicos.

Está guay, obviamente.

No voy a quejarme de la fama.

Personalmente, los bares oscuros con música cuestionable y olor a cerveza y humo no son lo mío. Quizás cuando tenía veintiuno y veintidós años y este mundo era nuevo y emocionante. Menos ahora.

Me gusta el ejercicio y el movimiento. Correr por el Charles está bien. Y cuando quiero relajarme y esperar a que el dolor de los músculos doloridos, los moretones y las viejas lesiones desaparezca, prefiero mi sofá; idealmente, viendo uno de mis programas favoritos.

—Grandes asistencias —una pelirroja se acerca a mí, y su aroma floral llena mis fosas nasales. Supongo que es una mejora respecto al olor a cerveza.

Pestañea, con pestañas tan oscuras y largas que debe estar usando extensiones. Un grueso delineador mancha sus párpados, y quiero preguntarle si alguna vez se le mete en los ojos.

—Gracias —le sonrío.

No tengo el juego que tienen los otros chicos, pero nunca importa mucho. El bar es demasiado ruidoso para una conversación

real.

La mujer se lanza a un discurso sobre los momentos destacados de mi carrera, y yo hago los sonidos apropiados de estar impresionado por su conocimiento deportivo.

Troy y Dmitri me guiñan un ojo y luego se alejan, como si se supusiera que debo estar feliz hablando con una desconocida. Está buena. Eso es fácil de ver. Su cara es apropiadamente simétrica, su pecho es apropiadamente curvo y su cintura es apropiadamente estrecha.

Y una parte de mí quiere invitarla a mi casa. Pero la última vez que intenté estar con alguien, ni siquiera se me levantó. No estoy seguro de por qué se supone que una desconocida desnuda en mi cama debe ser atractiva, pero claramente mi opinión me sitúa en la minoría.

—¿Quieres otra bebida? —pregunto.

Me sonríe radiante, como si acabara de pedirle matrimonio, y se me vacía el estómago.

La llevo a la barra. La gente me sonríe, otros se dan codazos, emocionados por ver a un Blizzard en libertad.

Nos pido bebidas a los dos, y ya puedo ver que está planeando nuestra futura vida juntos, ella instalada en la sección especial para mujeres de jugadores, yo deslizándome por el hielo frente a las cámaras.

Quizás debería conseguir una novia. Al menos así, si voy a bares durante los partidos fuera, puedo decirle a todo el mundo que estoy comprometido.

—¿Puedes creer que ese cardiólogo se haya retirado de *Buscando al Sr. Perfecto*? —dice una mujer detrás de mí con voz exasperada de contralto—. ¿Qué van a hacer?

Me doy la vuelta. Algunas mujeres de treinta y tantos están hablando entre ellas.

—¡Ya! ¡Es tan poco enrollado! —exclamo—. Es genial que haya encontrado el amor verdadero, pero se suponía que debía buscarlo en el programa.

Las mujeres se quedan boquiabiertas.

—¿Ves *Buscando al Sr. Perfecto*? —me pregunta una de ellas tímidamente.

—Bueno... a veces —miento.

Veo todos los episodios. Pero por alguna razón, Troy y los demás piensan que esto es extraño.

Cojo mi nueva cerveza del mostrador, le doy su bebida a mi acompañante y me giro hacia las otras mujeres.

—¿Creéis que cambiarán a una nueva ciudad?

—Ni hablar. Tiene que haber otro hombre elegible que pueda protagonizarlo —dice una mujer.

—¡Podrías hacerlo tú! —chilla su amiga.

La cara de la pelirroja palidece, sus sueños de ser mujer de jugador se desvanecen. Rápidamente busco por el bar para ver si alguno de los hombres solteros no está actualmente ligando.

Troy y Dmitri ya se han marchado. Tal vez Troy quiera llegar al apartamento antes que yo para poder hacer algunas de esas cosas privadas que no necesito oírle hacer. Como una variedad de chillidos agudos que duran casi una hora, como si él y su ligue estuvieran escribiendo una ópera juntos.

De todas formas, hablar con alguien sobre *Buscando al Sr. Perfecto* es mucho más interesante.

—¡Tú podrías ser totalmente el Sr. Perfecto! —continúa la mujer.

—Qué va. No querrían a un deportista profesional. Normalmente tienen médicos y cosas así. Gente que no solo se graduó en la universidad, sino que también se graduó en la facultad de medicina o de derecho. Gente que hace algo más que golpear discos.

—¿De qué estás hablando? ¡Todo el mundo adora a los deportistas profesionales! Eres como el marido perfecto.

Mi acompañante se pone rígido a mi lado.

—A menos que... —Desvía la mirada entre nosotros—. ¿Estáis juntos?

—Nos acabamos de conocer —digo.

La pelirroja me dedica una sonrisa tensa. Sin duda, preferiría estar hablando conmigo sobre estadísticas de hockey, como si eso fuera un requisito para pasar el rato conmigo.

—¿Y estás soltero?

—Ajá.

—Nunca has tenido novia, ¿verdad? —pregunta la pelirroja.

Me pongo tenso.

—Me voy a marchar. Un placer hablar contigo. —Se aleja rápidamente, y me doy cuenta de que probablemente debería haberle preguntado su nombre.

Esa es una de las razones por las que no soy adecuado para participar en el programa.

Aunque probablemente en el programa te dan útiles resúmenes de cada persona, con su nombre, cara, intereses principales y ubicación.

—He tenido novias antes —digo, pero la pelirroja no estaba completamente equivocada.

Las chicas tienden a decirme que han desarrollado sentimientos por mis amigos y se alejan, y yo tiendo a sentirme aliviado cuando lo hacen.

Como ahora, me siento aliviado de que la pelirroja esté hablando con Jason.

—Debería irme a casa —digo, pensando ya en ponerme al día con episodios antiguos de *Buscando al Sr. Perfecto*.

La pelirroja charla con entusiasmo con Jason, sus miradas bajando a varias partes de sus cuerpos.

Mi teléfono suena con una notificación: "*Buscando al Sr. Perfecto* anuncia sorpresa: protagonista famoso".

Hago clic con entusiasmo y luego frunzo el ceño.

¿Por qué hay una foto mía junto al titular?

CAPÍTULO TRES

Luke

Troy no está en el apartamento, así que voy a la cafetería que hay al otro lado de la calle. Probablemente aún está teniendo sexo ruidoso con su conquista de esta noche, celebrando cómo ha arruinado mi vida al inscribirme en secreto en *Buscando al Sr. Perfecto*.

Sé que ha sido él. No lo sé al cien por cien, pero últimamente sonríe con más intensidad cada vez que menciono el programa.

Guirnaldas navideñas, adornadas con cintas de terciopelo rojo y elegantes luces doradas, cuelgan sobre cada arco, y Bing Crosby canta suavemente. Boston hace bien la sofisticación. Pido una sidra de manzana caliente y busco un asiento.

La cafetería está casi vacía, y mi mirada se desvía de la decoración navideña hacia las pocas personas que hay dentro. Una pareja camina por la cafetería como si cada uno se hubiera bebido un venti latte de un trago. La mujer es una menuda rubia con flequillo tupido. No puedo ver la cara del tipo, pero es alto y delgado, y su pelo es igual de rubio.

—Esto fue un error —dice el hombre, y frunzo el ceño.

Su voz me suena familiar, y dirijo rápidamente mi mirada hacia la pareja.

—Nunca deberíamos haberle elegido —dice, y estoy seguro de que es *él*.

Sebastian Archer.

Conozco su nombre real, pero después de años de oírle referirse a sí mismo como Sebastian Archer, se ha convertido en eso en mi mente.

Dios, deben estar hablando del Sr. Perfecto. Lo que significa... que están hablando de *mí*.

Está diciendo que *yo* soy un error.

Y aunque es exactamente lo que he estado pensando, no quiero oírlo de él.

—No deberíamos haber elegido a un jugador de hockey —dice Sebastian.

Un viento gélido recorre la cafetería.

Permito que mi mirada se deslice hacia su sección de la cafetería.

Es él, definitivamente él.

Conozco los planos de su rostro y conozco la curva de sus labios.

Me voy de aquí.

Salgo furioso de la cafetería, porque una vez que eres un atleta de cierta masa muscular, escabullirse nunca puede ser la palabra para moverse.

—¡Es él! —Un chillido agudo destroza mi determinación. Mis pasos vacilan, pero luego continúo hacia la puerta.

—¡Luke Hawthorne! —llama la voz de soprano.

Mi mirada se dirige involuntariamente hacia el sonido.

La menuda mujer rubia me sonríe—. Eres Luke Hawthorne, ¿verdad?

Me pregunto si puedo fingir que no lo soy.

—Lo es. —Una voz de tenor que definitivamente reconozco retumba a mi derecha. Giro la mirada y es él.

Por un momento, sus ojos se ensanchan, pero luego algo más, tal vez miedo, aunque no puede ser eso, lo reemplaza.

—Somos de Falcon Productions —dice Sebastian finalmente, aunque lo normal habría sido decir, fuimos juntos al instituto, ¿te acuerdas de mí?

—¡Intentamos verte, pero no había nadie en casa y no contestabas al teléfono! —exclama la mujer rubia, con voz burbujeante.

Parpadeo.

—Soy Ella James —dice, y al momento siguiente estoy estrechándole la mano.

—De Falcon Productions... —Deslizo mi mirada hacia Sebastian.

¿Por qué no ha mencionado que también es de mi ciudad natal?

Pero cuando le miro, él mira al suelo, y aunque es probable que el suelo de madera sea realmente impresionante, esa no es la dirección a la que espero que dirija su mirada.

—¿De qué se trata esto? —pregunto.

—Oh. —Esta vez, Ella parpadea.

Creen que debería saber qué hacen aquí.

—Vas a ser el próximo Sr. Perfecto —dice Sebastian.

—No, no lo voy a ser. —Giro y me apresuro a salir por la puerta.

• • • •

SEBASTIAN

—¿Sebastian? —Ella frunce el ceño—. ¿Quieres...?

La miro fijamente, con el corazón acelerado.

Ese era Luke Hawthorne. Luke Hawthorne del Instituto Ashcove. Y del Colegio Ashcove. Y de la Primaria Ashcove.

Pero esta versión de él no se parece en nada al chico del que una vez estuve vagamente consciente.

Mis órganos se desploman.

Los ojos de Ella se redondean. Creo que se supone que debo hacer algo.

—Se está escapando —dice Ella.

Cierto.

Eso no puede ser. Clark fue inflexible en que quiere que Luke Hawthorne sea su Sr. Perfecto, y no le dejaré irse sin explicación.

—¿Luke pasó a la segunda ronda del proceso de solicitud? —le pregunto a Ella—. ¿Confirmó que estaba interesado en el puesto?

—Sí. De hecho, fue efusivo. Se rio mucho ante la perspectiva. Parecía... alegre.

¿Efusivo? ¿Alegre? Hay muchas palabras para describir a Luke.

Pero ¿efusivo? No, él no. De ninguna manera.

—Debería ir tras él —digo.

—Sí. —Me mira fijamente, y me doy cuenta demasiado tarde de que es porque no me estoy moviendo.

Salgo corriendo de la cafetería.

Veo a Luke de inmediato. Su figura se eleva por encima de los otros peatones. Su pelo rubio brilla bajo la farola, y su imponente figura deja grandes huellas en la capa de nieve que se va espesando.

—¡Luke! —grito.

Sus pasos se aceleran.

Mierda.

Le persigo rápidamente. Mi abrigo de lana de diseñador, que no se parece en nada a la monstruosidad acolchada que solía llevar en Massachusetts, se agita a mi alrededor.

Es demasiado digno para correr, o quizás no cree que necesite hacerlo.

—¡Luke! —vuelvo a llamar.

No se gira hacia mí, pero casi estoy a su lado. Mi respiración se entrecorta, mis zapatos resbalan.

Entonces, de repente, estoy cayendo hacia atrás. Mis manos se agitan.

En el siguiente instante, Luke se gira y, aproximadamente una décima de segundo después, agarra mi mano. Me atrae hacia él, y ya no me dirijo hacia el suelo manchado de hielo y nieve de manera vergonzosa, sino que me desplomo contra su pecho de una forma igualmente embarazosa.

—Te tengo —murmura, con voz baja. El sonido vibra por todo mi cuerpo.

Si no le conociera mejor, diría que es amable.

Desafortunadamente, le conozco mejor.

Me tenso y me aparto, esperando que mis fosas nasales no se dilaten al percibir su aroma.

Probablemente es sudor. No hay razón para que actúe como un perfumista que acaba de crear su obra maestra. Aparto la mirada y espero que mis mejillas no estén ardiendo y que mi respiración no salga tan acelerada como creo.

—¿Estás bien? —Su voz es tranquilizadora, como si estuviera haciendo una audición para narrador de audiolibros.

Me tenso, y mis hombros se cuadran automáticamente. —Bien.

—Bueno —hace una pausa—. Supongo que me iré.

—Puede que no me atrapes a tiempo si vuelvo a correr tras de ti.

Sus labios se contraen. —No.

Me permito escrutarlo. Veo dónde su suave piel de bebé se ha transformado en un rostro bien afeitado y dónde sus rasgos se han vuelto más firmes. El Luke que recuerdo solo llegó a ser más alto

que yo en mi último año en Ashcove. Solía pasear sus ojos azules por todas partes, como si estuviera tan sorprendido de ver a todos desde una perspectiva más alta como los demás lo estaban de verle ahí arriba.

No me recuerda, me digo a mí mismo, tragándome el pozo de miedo. Yo estaba dos cursos por encima de él, y ya no soy Seth Archer.

Mi piel está clara, mi cuerpo tonificado, mis dientes brillantes, mi pelo con mechas y cortado según los caprichos de los mejores estilistas.

El rostro de Luke se vuelve sombrío, la diversión se desvanece, como si hubiera sido barrida por las ráfagas de viento que asaltan desde el Atlántico, todavía buscando hojas que arrancar de sus ramas para ser arrojadas en feas bolsas de basura y llevadas a algún lugar para quemarlas.

—Estoy con Falcon Productions —añado apresuradamente—. Te presentaste para ser nuestro Señor Perfecto en *Buscando al Señor Perfecto: Edición Navideña*. Soy el presentador. En fin —digo rápidamente, porque está actuando como si estuviéramos jugando a las cartas en Las Vegas, y su cara está estoica e impasible—. Has sido seleccionado. ¡Felicidades! ¡Bienvenido al programa!

Su rostro no cambia.

Por un momento, es Bryce, y los latidos de mi corazón retumban, pero luego la luz le ilumina de manera diferente, y vuelve a ser el hermano pequeño de Bryce.

Dios, necesito mantener la compostura. Tengo veintiséis años. Mi vida es completamente diferente.

Inhalo aire helado.

—Busca a otra persona —dice Luke.

Mierda.

—Es un gran honor —digo apresuradamente—. Serás más famoso que nunca.

Luke hace una mueca, y recuerdo demasiado tarde que el Luke Hawthorne que yo conocía era de los más tímidos.

—Tengo que irme —dice.

Luke se da la vuelta, y quiero dejarle marchar. Quiero asentir y decir que lo entiendo y tal vez pronunciar algunas frases de cortesía.

Me niego a volver a la cafetería y decirle a Ella que he fracasado.

—Por favor —digo.

La mirada de Luke cae sobre mí, sus ojos azules me examinan buscando... algo. Le doy mi sonrisa más insulsa y profesional. El tipo de sonrisa que nunca hice en Ashcove porque siempre estaba demasiado asustado.

Que no me recuerde. Que no me recuerde. Que no me recuerde.

No hay forma de que quiera hacer algo con el chico al que su hermano acosaba cada día. Mi conexión con él no me llevará a ninguna parte, y todo lo que puedo hacer es fingir que no le conozco y esperar que no me reconozca.

Probablemente sea tan engreído como Bryce. Probablemente sea peor. Sé lo que ganan los jugadores de la NHL. Si puedo asegurar su participación, será el Señor Perfecto más rico que hayamos tenido nunca.

También el más atractivo.

Odio que sea tan perfecto para el papel. Odio que probablemente consigamos más espectadores que nunca. Odio todo sobre esto, todo sobre él.

Luke suspira. —No.

Con eso, se da la vuelta.

Su figura se aleja a través de la nevada cada vez más intensa, y se mueve cada vez más lejos de mí, llevándose consigo las esperanzas de Falcon Productions.

CAPÍTULO CUATRO

Luke

Nunca pensé que me alejaría de Sebastian Archer, pero sus palabras resuenan en mi cabeza mientras camino hacia el estadio, ignorando el incesante sonido de mi teléfono.

Resuenan en mi cabeza mientras camino hacia el vestuario, ignorando el *nuevo* tono de mi teléfono.

Resuenan en mi cabeza cuando veo a mi agente...

Joder.

Me doy la vuelta rápidamente, pero ya es demasiado tarde.

—Hawthorne —dice Nate—. Sala de conferencias. Ahora.

Espero haberme imaginado su rostro sombrío y que en realidad solo quiera un autógrafo para algún sobrino o algo similar.

No es así.

—¿Se ha presentado usted para ser el nuevo Señor Perfecto? —me pregunta Nate.

—Bueno...

Técnicamente yo no me presenté, pero no quiero admitir que Troy lo hizo en mi nombre. No hasta que sepa cuál será la reacción de Nate.

Además, Troy nunca me habría inscrito en ese programa si no fuera mi favorito absoluto, algo que tampoco estoy ansioso por compartir con mi representante.

Nate está en la mediana edad y tiene toda la sabiduría mundana que ello conlleva.

—Debe hablar conmigo antes de hacer esas cosas. No me gusta que me pillen por sorpresa.

—Lo siento. —Quizás debería haberle llamado ayer. Quizás debería haber hecho algo más que dar vueltas por mi apartamento, esperando a que Troy regresara de su ligue, antes de finalmente rendirme y hacer pesas hasta que mis pensamientos acelerados se ralentizaran con la concentración de contar repeticiones, ducharme y meterme sigilosamente en la cama.

No debería haber dicho esas cosas.

Quería felicitarle por lo lejos que había llegado. Quería hablar con él sobre su éxito. Quería verle sonreír, no ver cómo el miedo aparecía en sus ojos.

¿No me recuerda? Aunque, no he cambiado mi nombre. Sigo siendo Luke Hawthorne, igual que en Ashcove, tal como muestra la más superficial mirada a mi página web de los Blizzards y mi artículo en Wikipedia.

—*Buscando al Señor Perfecto* quiere que usted sea su Señor Perfecto —continúa Nate, sin ser consciente del latido irregular de mi corazón—. Esperan que empiece pronto. Lo bueno es que no es mala idea, y Daniela está de acuerdo conmigo. Debería habérmelo dicho con antelación. Podría haber preparado su solicitud.

—¿En serio quiere que haga el programa? —le miro fijamente.

Él me devuelve la mirada, con sus cejas salpicadas de gris elevándose.

—Sí.

—Yo, eh, pensaba que iba a gritarme.

Sus ojos se entrecierran.

—Nunca le he gritado.

Me arde la piel. Quizás he revelado accidentalmente demasiado sobre mí mismo. Es mi agente, no el terapeuta que el equipo contrata para hablar con nosotros, como si les preocupara que agobiáramos a nuestros entrenadores o preparadores, y que se ablandaran cuando necesitan hacernos trabajar, trabajar y trabajar. Definitivamente no es Bryce, ni mi padre.

—Cierto. Era una exageración. Una forma de hablar. —Las palabras brotan de mí, luego me reclino, con actitud indiferente, como nos han entrenado para las fotografías promocionales.

—En fin. Sí, la dirección de los Blizzards está de acuerdo.

—¿En serio? El hockey me mantiene bastante ocupado.

Nate se encoge de hombros.

—Los productores se adaptarán a su horario.

—¿Pero cómo se supone que voy a encontrar el amor verdadero si estoy ocupado todo el tiempo?

—Boston tiene el mismo aspecto a las 4 de la tarde que a las 10 de la noche en invierno. Además, ¿espera encontrar el amor verdadero?

Me echo hacia atrás.

Los labios de Nate se curvan hacia arriba, y sus ojos bailan como si llevara dos horas en una barra libre.

—Porque estoy bastante seguro de que no es así como funcionan las citas en los reality shows.

—Pero, eh, podría ser.

—Le dará buena exposición y, entre nosotros, creo que la dirección del equipo está deseosa de recordar a su audiencia que la mayoría de los jugadores de hockey son heterosexuales empedernidos, ya que de alguna manera han acabado con cuatro hombres en relaciones homosexuales en un equipo de veinte.

Se ríe, y espero que no espere que me ría con él.

Algo se tensa en mi pecho. Algo en lo que no quiero detenerme. Algo que preferiría no examinar.

El aire se enrarece, con menos moléculas de oxígeno flotando en cada partícula. Aprieto y relajo los dedos, ocultos por la mesa de la sala de conferencias.

Suena un golpe en la puerta, y Nate sonríe.

—Ah, ya están aquí. —Se dirige a la puerta, luego la abre, mostrando su sonrisa de tipo duro, la clase que probablemente da a la gente cuando les dice que no tiene absolutamente ninguna experiencia en el póker, justo antes de desplumarles.

Sebastian y la pequeña rubia con la que estaba anoche entran en la habitación.

CAPÍTULO CINCO

Sebastian

Me equivoqué al pensar que Luke no se parecía a Bryce. La mirada hosca con la que escruta la habitación es idéntica a la de Bryce, aunque la dirija a la mesa, al techo y al paisaje en lugar de a mí.

Si no quería ser el nuevo Señor Perfecto, no debería haberse presentado.

El agente de Luke muestra su elegante sonrisa de agente. Para ser sincero, es más bien una sonrisa de suficiencia, como si esperara ganar un premio por adivinar qué género preferiría tener en mi cama.

No creo que esté acostumbrado a tratar con muchos hombres gays, y odio la ola de inseguridad que choca contra mis órganos, haciéndome ansioso por sentarme. Esto puede ser Boston, puede ser un equipo con dos parejas gays, pero ambas parejas conmocionaron al mundo cuando salieron del armario.

Solo puedo imaginar en qué anuncios comerciales aprovechará la apariencia de Luke.

Voy a hacer que Luke Hawthorne sea aún más rico de lo que ya es, y ni siquiera lo aprecia. El hombre debería tener la decencia de estar agradecido.

Alguien llama a la puerta de nuevo, y Nate sonríe.

—Daniela, Oskar, pasad —Nate hace un gesto con la mano, y una guapa pelirroja entra con elegancia, seguida por un joven que parece recién salido de la universidad.

—Daniela es la Vicepresidenta de Publicidad del equipo —explica Nate.

—Y Oskar es mi asistente —añade Daniela—. Está familiarizado con el equipo.

Luke le da un gesto tranquilizador con la cabeza.

¿Así que ahora está siendo amable?

Pero no debería esperar que un jugador de hockey tenga que ser amable conmigo. Esto es un especial corto, me recuerdo. Seré bien compensado. Todo está bien.

Presento a Ella y a mí mismo mientras Nate sonríe radiante. Espero que pronto le explique a Luke las ramificaciones financieras de inscribirse para hacer este programa.

—Espero con interés trabajar con vosotros —anuncio a la sala, haciendo contacto visual con todos excepto con Luke.

Luke se hunde más en su asiento, como si pensara que es posible que su corpulento cuerpo de metro ochenta y cinco se fusione con el caro cuero y el diseño alemán.

—En Falcon Productions nos encantó recibir la solicitud del señor Hawthorne para convertirse en el nuevo Señor Perfecto para nuestro *Buscando al Señor Perfecto: Edición Navideña* —digo.

—Nos has dado una gran sorpresa, Luke —dice Daniela.

Las mejillas de Luke adquieren un tono rosado que aún logra verse atractivo, y abro de golpe mi carpeta esperando que nadie note mis dedos temblorosos. Una luz gris opaca entra por los grandes ventanales del suelo al techo. No hay palmeras que se balanceen en la distancia. El río Charles fluye ante nosotros, una masa de verde turbio. Algunas personas reman en kayak afuera, con las capuchas de sus chaquetas LL Bean levantadas.

Ignoro la opacidad en mi pecho y cómo coincide con la tristeza del exterior. En cambio, muestro mi propia sonrisa mantenida a un alto coste. —Os pondré al día. *Buscando al Señor Perfecto* es un programa de citas que lleva en antena dos décadas.

—Como El Soltero —dice Nate.

Frunzo el ceño. —Preferimos no hablar de *El Soltero*.

—Eso es de otra cadena —explica Ella innecesariamente.

—Es diferente en general —digo rápidamente.

—No hay rosas —dice Ella.

Nate parece decepcionado.

—Tienen coronas florales —dice Luke—. Lo que es mejor, porque...

Todos se vuelven hacia él, y baja la mirada y juguetea con la manga de su camiseta.

—Luke tiene razón —digo—. Usamos coronas florales. Son de aspecto más bien medieval.

—Ah —asiente Nate, pero puedo ver que prefiere las rosas rojas.

—Bueno, otros grandes programas de citas no hacen especiales navideños —digo—. Viajamos por todo el país, explorando nuevas localizaciones. El especial de Navidad siempre es popular, pero pocas personas están en ambiente navideño durante toda una temporada, así que no grabamos muchos episodios.

Los demás asienten.

Miro a Luke. —Por supuesto, eso significa que solo podrás empezar con diez mujeres en lugar de las veinte habituales.

Las mejillas de Luke se enrojecen, y sus hombros caen aún más.

Frunzo el ceño. Espero que sea más comunicativo ante la cámara.

—No creo que sea una buena idea —dice Luke, con voz baja.

Joder.

—Por supuesto que es una buena idea —dice Nate bruscamente, lanzándome una mirada de disculpa.

—Soy jugador de hockey. Tenemos partidos casi constantemente. Y cuando no, tengo que entrenar. No tengo tiempo para conocer a diez mujeres —se levanta y se dirige hacia la puerta.

Doble joder.

—Siéntate, Luke —dice Nate, con una voz tan firme como la de cualquier director en un internado de alto rendimiento con estudiantes aterrorizados con corbatas.

—Prefiero no participar —dice Luke.

—Oh —Daniela frunce el ceño, y es fácil ver la decepción en su rostro—. Bueno, si ese es tu deseo, Luke. Pero debo decir que estaba deseando verte en *Buscando al Señor Perfecto*. Se ha convertido en uno de los programas más populares del país.

Luke asiente, pero su tez ha adquirido un tono verdoso cuando antes era clara y brillante.

—Ya tengo un horario de locos —dice—. Salir con alguien encima de eso...

—Tenemos algunas ideas —dice Ella con suavidad.

Sé perfectamente que no tenemos ninguna idea sobre cómo acomodar el horario de locos de Luke. Ella y yo hemos discutido muchas cosas, pero no eso.

—Compártelas, Ella —digo, esperando que no esté fanfarroneando. Porque ciertamente no quiero decirle a Clark que hemos perdido a un segundo Señor Perfecto.

—Puedes grabar todas las escenas de reacciones después de los partidos —dice Ella.

—Entonces, ¿solo se me requerirá que asista a las citas? —pregunta él.

Ella asiente con la cabeza. —Gran parte del programa serán las mujeres hablando de usted. Le pondremos en citas grupales, para que su tiempo cunda más.

—Oh —Luke parpadea.

—Es una solución maravillosa, ¿verdad? —pregunta Nate con la misma voz que probablemente utiliza con sus hijos pequeños.

—Yo, eh, supongo —Luke frunce los labios.

Su comportamiento indica que esto es cualquier cosa menos satisfactorio.

—Esto reducirá gran parte de su tiempo —dice Ella con autoridad.

Luke se rasca la cabeza. —Quizás. Pero no sé si quiero todo un equipo a mi alrededor.

—El equipo viaja por todas partes para los partidos fuera —explica Oskar.

—Sebastian puede grabar sus escenas de reacción —dice Ella.

—¿Quiere que viaje a los partidos fuera con Luke? —pregunto.

—Bueno, supongo que querrás estar con las mujeres —dice Ella.

—Podemos incluirte en el transporte del equipo —dice Daniela rápidamente.

—Sí —dice Oskar—. No será ningún problema. Siempre sobran asientos.

Cierro los ojos.

Esto es malo, malo, malo.

—¿Sabes grabar? —pregunta Luke.

Me pongo tenso. —Por supuesto que sé grabar.

—Vale. Lo siento. N-no quería insinuar que no sabías. P-pensaba que solo eras el presentador.

—Sé cómo funcionan las cámaras.

Soy bueno en mi trabajo. No habría llegado tan alto si no supiera cómo hace cada persona su trabajo. Eso me hace bueno hablando con el equipo. Bueno dando instrucciones.

Me giro hacia Oskar. —Coordina el horario con Ella. Iré a todos los partidos fuera.

—Quizás podamos darte una habitación individual también —le dice Oskar a Luke.

Los labios de Luke se curvan en una sonrisa que tiembla tanto como mi alma.

Esta es una idea terrible, horrible.

—Ha sido un absoluto placer —miento, y todos murmuran de vuelta la misma mentira.

—Gran reunión —susurra Ella mientras salimos—. Todo está funcionando perfectamente.

Fuerzo una sonrisa, pensando en viajes en autobús apretados y pasillos de hotel y los ojos de Luke siguiéndome.

Perfecto.

He pasado años huyendo de Ashcove, de los deportistas, de todo lo que Luke me recuerda. Y ahora estaré atrapado con él.

CAPÍTULO SEIS

Luke

Salgo a toda prisa de la sala de conferencias y voy directamente a una de las salas de ejercicio. Me dirijo al estante de pesas, cojo unas mancuernas pesadas, me siento en el banco y empiezo a levantar.

Normalmente, contar me calma, pero hoy mi cuerpo sigue inquieto. Quizás aún esté agotado por mi sesión nocturna de ayer. Aprieto los dientes y tenso la mandíbula.

Troy y Noah están en las cintas de correr, y yo cierro los ojos.

Por lo visto, eso no evita que se fijen en mí, porque cuando termino mi serie, Troy me está sonriendo.

—¿Qué tal la reunión? —pregunta Troy.

Miro con furia a mi mejor amigo y compañero de piso. —Te odio.

—Me adoras —dice Troy despreocupadamente, y ahora solo odio lo mucho que es así.

—Has arruinado mi programa favorito.

Su cara se vuelve seria. —¿En serio?

—Pero has podido conocer a Sebastian Archer en persona —los ojos de Noah bailan como si supiera un secreto—. Seguro que fue... guay.

—Me odia.

Troy parpadea. —A todo el mundo le caes bien, tío.

—Sí, no hay manera de que eso sea verdad. —Noah se deja caer en el banco a mi lado, dedicándome esa sonrisa radiante que ha mantenido firmemente desde que Finn declaró al mundo que Noah es absolutamente maravilloso.

—¿Qué te hace pensar que no le caes bien? —Troy parece estar debatiendo si ir a gritarle a Sebastian por no ser amable conmigo. Suspiro.

—Estuvo bien —digo—. Todo está bien.

—Has dicho "bien" dos veces. —Noah se muerde el labio inferior.

—Entonces debe ser verdad. —Ni me molesto en disimular la falsedad en mi voz.

La expresión de Troy se oscurece, activando su modo de compañero de piso protector y enfadado.

Me encojo de hombros. —Es un programa corto. Solo un mes. No importa.

Noah y Troy intercambian miradas preocupadas. Deberían haberse mostrado más preocupados antes de inscribirme.

Nunca le he contado a Troy y Noah que conozco a Sebastian. Podrían preguntarme si me he puesto en contacto con él o algo así. Parece menos raro estar levemente obsesionado con un programa de televisión cuando no sabes nada sobre el presentador. Y el chico que conocí en el instituto es diferente al de ahora. Era menos seguro de sí mismo, más dócil y menos... deslumbrante.

También estoy bastante seguro de que el chico del instituto sabía quién era yo. Este tío no ha mencionado ni una vez que me conoce. ¿Soy olvidable?

Soy más alto, más ancho, más definido.

Pero estaba obsesionado con el hockey entonces y esa obsesión no ha cambiado. ¿No sabría que soy de Ashcove? ¿No le despertaría eso algo?

Y, Dios, vamos a pasar mucho tiempo juntos. Va a estar en mi habitación de hotel, grabándome. Dejo las pesas, aunque no haya terminado la serie.

Busco a toda prisa mis AirPods y encuentro la canción más furiosa en mi móvil, aunque eso no sea para nada mi estilo habitual, luego corro en la cinta hasta que me cuesta respirar, y puedo fingir que es por mi entrenamiento y no por ninguna otra cosa.

No por Sebastian.

No por la forma en que evita el contacto visual conmigo, aunque quizás en mis más profundas imaginaciones había pensado que nos haríamos amigos si alguna vez nos conociéramos en persona.

Tal vez imaginé que podríamos hablar de cómo ambos salimos de Ashcove. Quizás pensé que podríamos comparar y contrastar la vida en Hollywood y la vida de deportista profesional.

Pero es ridículo.

Sebastian y yo nunca tuvimos nada en común, ni siquiera en el instituto, ni en secundaria, ni en primaria.

Ojalá nunca le hubiera reconocido. Y desde luego, ojalá nunca hubiera visto todos sus programas.

Voy a ser el hazmerreír de mi programa favorito.

Cada noche, si entro en un bar, tengo zorras del hockey que se me acercan, armadas con su conocimiento estadístico sobre este deporte, sus brillantes sonrisas, sus aromas florales, como si pensaran que mi reacción a un prado de flores silvestres es revolcarme en él y jurar adorarlo para toda la eternidad.

Pero al menos entonces no tengo millones de espectadores observándome, juzgando cada interacción incómoda y encontrándome insuficiente. Hay foros dedicados a *Buscando al Sr. Perfecto*. Por no hablar de las conversaciones en todas las oficinas.

¿Y si soy el Sr. Perfecto más visto de la historia? ¿Seré el Sr. Perfecto que resulta sorprendentemente poco encantador en la vida real? ¿El de la expresión tensa y la charla trivial pésima? No es como si pudiera hablar de *Buscando al Sr. Perfecto* con cualquiera de las mujeres que Sebastian y su equipo hayan conseguido.

Mi corazón se acelera y bajo la velocidad de la cinta.

Pero no hay ningún botón que pueda pulsar que haga que esto mejore. Solo me espera una futura vergüenza. Y cada vez que vea *Buscando al Sr. Perfecto* en el futuro, cada vez que vea un póster, cada vez que vea un anuncio, no estaré pensando en lo lejos que ha llegado ese chico del instituto... sino que estaré pensando en mis propias carencias y deficiencias.

Seré el Sr. No-Tan-Perfecto, como he sido para mis ex novias. El tipo con el que están encantadas de salir al principio, hasta que poco a poco se alejan de mí, hasta que las encuentro en brazos de otros amigos, sin bragas, y me pregunto por qué la única emoción que siento es alivio.

Finn entra en la sala, y Noah le sonríe radiante, como si fuera un neandertal viendo el sol de nuevo después de una noche fría y húmeda. ¿Sentiré yo alguna vez algo así?

CAPÍTULO SIETE

Sebastian

La mansión adosada de Back Bay donde vivirán las mujeres se alza ante mí, con toda la grandeza de la Edad Dorada.

No estoy nervioso. Para nada. Yo no.

Ya he hecho este programa antes. Soy el presentador más veterano de *Buscando al Sr. Perfecto*. No soy un novato. Se supone que debo estar aquí.

Los decoradores han transformado el edificio en un paraíso invernal, listo para la llegada de Luke y las mujeres esta noche. Guirnaldas adornan la chimenea de mármol y cojines de terciopelo carmesí descansan en cada asiento, con sus borlas doradas resplandeciendo. Ángeles de papel extienden sus alas, y relucientes cascanueces sonríen. Las luces blancas brillan con su habitual elegancia sofisticada, y todo el lugar huele a naranjas y clavo.

—He retrocedido en el tiempo.

—¡Lo sé! —Ella da vueltas con toda la alegría de alguien que ama su trabajo y no está agobiada por el hermano de su acosador descendiendo sobre su lugar de trabajo. Aunque, probablemente Ella no fue acosada por las chicas malas que rondan las escuelas secundarias del Condado de Orange. Ella es encantadora, burbujeante y perfecta.

—¿No es magnífico? —continúa Ella, con sus ojos verdes brillando con la misma intensidad que algunos adornos del mismo color.

Asiento, pero lo único que puedo pensar es que si no encajaba en Massachusetts en la década de 2010, no hay manera de que hubiera encajado en Massachusetts en la década de 1910.

Quiero volver a California. Quiero estar contemplando un océano azul resplandeciente y colinas polvorientas, donde nadie sepa quién solía ser.

Un gran árbol de Navidad se encuentra en el salón, adornado con decoraciones que mis abuelos, si alguna vez los hubiera conocido,

habrían considerado anticuadas. Bolas rojas y doradas se sitúan junto a renos artesanales de paja y Papás Noel de fieltro con barbas esponjosas de algodón.

—Igual que una Navidad tradicional —dice Ella, y yo asiento, aunque no se parece en nada a las Navidades que solía tener de niño.

Nuestro árbol sería delgado, lanzado al maletero en Nochebuena, cuando las ofertas eran mejores, aunque las agujas de pino ya estarían doradas y desprendiéndose, y ninguna cantidad de agua podría revivirlo jamás. Comprábamos los adornos navideños en Walmart, normalmente una nueva caja de las ofertas más baratas producidas en masa en China, porque nuestras cajas originales inevitablemente no sobrevivían a nuestro traslado de una propiedad de alquiler a otra aún más barata o, ocasionalmente, a viviendas sociales, dependiendo de lo estable que fuera el trabajo mal pagado y nunca duradero de mamá.

—¿Qué hay de las coronas florales? —pregunto.

Ella me muestra la habitación donde se guardan las coronas florales. Luke eliminará a la mitad de las diez mujeres en la primera semana, luego eliminará a una mujer durante las siguientes tres semanas. La final será en Nochebuena y se transmitirá en directo, donde elegirá entre dos mujeres.

Las coronas florales están hechas de flores de pascua, tal como pedí, y me recuerdo a mí mismo que esto será tan maravilloso como cualquier otro *Buscando al Sr. Perfecto*. Sé lo que estoy haciendo. Soy un profesional. Esto será increíble, sin importar cuánto se retuerza mi estómago.

—Deberías ir a buscarlo ahora —dice Ella.

—Claro —digo alegremente, porque no estoy nada nervioso, porque todo está realmente, realmente bien—. Diles a las mujeres que se preparen.

• • • •

LUKE

Camino por mi habitación y jugueteo con mi pajarita por enésima vez. Esto es ridículo. Tengo tantas ganas de matar a Troy.

Suena el timbre.

Mierda.

Salgo de mi dormitorio y le abro, con la pajarita aún suelta. Sus pasos suben por las escaleras, y mi corazón se acelera.

Abro la puerta. Los ojos de Sebastian se dilatan, luego baja la cabeza, con un tono rosado extendiéndose por sus mejillas. Lleva un esmoquin. El color negro brilla contra los mechones rubios de su pelo, cada uno perfectamente en su lugar.

Trago saliva con dificultad, luego abro más la puerta y le hago pasar.

Él se desliza a mi lado, alejándose de mí tanto como puede, y sus mejillas tienen esa palidez típica de los novatos. Sin embargo, inhala, y el brillo en sus ojos azules es duro, y su mandíbula no tiembla. —Se supone que deberías estar listo.

—Lo siento.

—Debería haberte enviado maquillaje.

—No necesito maquillaje —refunfuño.

—¿No sabes hacer el nudo de la pajarita?

—Puedo manejar una corbata normal sin problema. —Tiro de la ofensiva tira de tela.

—Déjame hacerlo. —Su voz se suaviza, y no me mira directamente a los ojos, pero supongo que está concentrado en la tela negra que actualmente es la pesadilla de mi existencia.

—Creo que es demasiado pequeña. —Cierro los ojos. La ropa deportiva es mi moda preferida.

—Está bien. —Su voz es tranquilizadora y profesional y por un momento quiero hundirme en ella, si tal cosa fuera posible, pero luego recuerdo que ni siquiera me recuerda. Odia a los jugadores de hockey. Se lo dijo a Ella.

Quizás me camuflaba con las paredes del instituto, tan poco memorable como un póster motivacional o uno de los trofeos que estaban tras el cristal.

—Probablemente el cardiólogo sabría cómo hacer el nudo de una pajarita —murmuro.

—¿Dónde está tu espejo?

Le llevo a mi dormitorio.

Su mirada se dirige a la cama, y su rostro está aún más pálido que antes, lo cual es extraño, porque mi cara se siente más roja y el calor me invade. Me siento avergonzado e incómodo, como si tuviera catorce años otra vez.

Melissa McCrune. Me llevó al baile de graduación cuando era estudiante de primer año, luego me quitó la virginidad.

Mis amigos estaban felices por mí.

Yo estaba confundido.

Me espera junto al espejo, y le miro a él y a su reflejo. Probablemente por eso parece llenar la habitación.

Me uno a él, pero no dejo de notar la ligera mueca que hace.

Se coloca detrás de mí y ata mi pajarita alrededor de mi cuello. Inhalo una colonia cara que no se parece en nada al jabón que usamos Troy y yo. Huele a caro, e intento identificar las notas, pero entonces él se aparta, y me doy cuenta de que estoy inhalando y quizás eso no es algo que deba hacer.

—Mira, lo sujetas así —dice con su voz de tenor—. Luego lo cruzas y lo doblas.

Hace los movimientos lentamente, y trato de concentrarme, aunque es extrañamente difícil. Es siete centímetros más bajo que yo, y cuando sus mejillas rozan las mías, inhala bruscamente.

—Lo siento —digo.

Él da una sonrisa tensa. —Estás... um, bien.

Sus largas pestañas parpadean hacia abajo, y noto desde este ángulo tan cercano cómo la luz incide en sus pómulos.

Se mueve lentamente, porque estoy seguro de que no quiere tener que hacer esto por mí cada vez que tenga que arreglarme, y se muerde el labio inferior con concentración.

En el instituto Ashcove algunos solían llamarle guapo, pero ahora es aún más atractivo. Sus ojos azules están bien separados, sus rasgos simétricos como los de una muñeca rusa.

Bajo la mirada, mi corazón late con más fuerza, aunque normalmente mi ritmo cardíaco es bastante tranquilo.

Pero supongo que normalmente no estoy a punto de conocer a un montón de mujeres y salir en televisión. Quizá una de ellas se convertirá en mi esposa, y viviremos felices para siempre.

Mi mente vuelve a Sebastian otra vez.

Sus dedos son largos y finos como su cuerpo, sus uñas están perfectamente cuidadas, su piel es suave cuando toca accidentalmente mi cuello. Mis terminaciones nerviosas vibran, claramente tan nerviosas y al límite con esta primera grabación como el resto de mi cuerpo.

Finalmente, sus manos se apartan de mi cuello, y tiemblo, aunque es imposible que la habitación esté más fría.

—La limusina está abajo —dice Sebastian, sin mirarme.

—Vale. —Asiento más veces de lo necesario—. Genial.

—Ajá.

Miro al espejo. La corbata está perfecta. —Gracias.

—Todo en un día de trabajo.

—Bien. —Me aliso el pelo otra vez, luego bajo la mano bruscamente cuando mis dedos tiemblan.

—Todo irá bien —dijo Sebastian—. Lo harás genial. Te adorarán.

Salimos del apartamento, y el conductor de la limusina abre la puerta.

Dios, no puede ser que vaya a montarme en una limusina para ir a conocer a diez mujeres.

—Esto parece irreal. —Mi cuello arde donde los dedos de Sebastian me han tocado, y tengo que contenerme para no levantar la mano y trazar el camino que recorrieron.

CAPÍTULO OCHO

Luke

Los copos de nieve caen perezosamente a través del cielo de principios de diciembre cuando salimos de mi edificio de apartamentos, arremolinándose bajo las brillantes farolas históricas. Me apresuro hacia la limusina aparcada en doble fila, consciente de la presencia de Sebastian detrás de mí.

Nos metemos rápidamente en la limusina. Unas cámaras negras nos apuntan, y las miro con incertidumbre.

—Aún no están encendidas —dice Sebastian, con voz tranquila—. Necesitas, eh...

Me giro hacia él.

No está tan cerca de mí como lo estaba dentro del apartamento, pero no me pasa desapercibida la forma en que recorre su mirada sobre mí, ni tampoco su ceño fruncido.

—¿Hay algo mal?

—¡Nieve! —suelta—. Tienes copos de nieve encima.

Doy golpecitos a mi esmoquin con incertidumbre, y las motas blancas se derriten en la cara lana negra.

—¿Puedo? —pregunta, con voz baja como uno de esos instrumentos de cuerda que tocan en eventos benéficos elegantes.

Asiento con la cabeza, entonces sus dedos me rozan de nuevo, y pasa su mano por mi pelo. Se inclina hacia atrás—. Ya está. Todo listo.

—¿No hay copos de nieve?

—Está usted perfecto —Sus ojos se abren más, pero sé lo que quiere decir.

Miro las cámaras. Sebastian ya me ha informado sobre lo que va a suceder.

—Añadiré una voz en off —dice, con voz baja—. No tiene sentido que hable mientras conducimos por el tráfico de la ciudad. Demasiado impredecible. Sólo quiero conseguir ahora algunas imágenes secundarias de usted.

—V-vale —Mi corazón tartamudea.

Sonríe—. Está bien que parezca nervioso. Podría estar conociendo a su futura esposa.

Parpadeo, y por alguna extraña razón pienso que se refiere a sí mismo y quiero decirle que ya nos hemos conocido.

También quiero decirle que nos conocimos hace mucho tiempo. Quizás se ría y exclame, y hablemos de Ashcove. Pero era diferente entonces, menos deslumbrante, aunque siempre atrajo mi atención. Su cuerpo era más suave, sus extremidades más desgarbadas, su ropa más sencilla, más camisetas impresas de cajas de cartón de Goodwill que esmóquines de diseñador.

Debo tener la frente arrugada o algo así, porque dice—: Las mujeres.

—¿Mujeres?

Me da una mirada de qué-demonios, supongo-que-los-jugadores-de-hockey-son-tan-limitados-intelectualmente-como-imaginaba—. Piense en las diez mujeres.

—Cierto. Muchas mujeres. Genial.

Me da una mirada extraña pero no dice nada—. Así que no hable y parezca nervioso.

—Fácil.

Sonríe y enciende las cámaras mientras me dejo llevar por la inquietud que revolotea a mi alrededor y se instala en cada célula.

—Ahora parezca más intrigado —dice, y trato de reorganizar mis facciones en algo que se asemeje a la emoción, aunque mi corazón late irregularmente, y mis venas saltan y brincan, como lo hacen a veces antes de los partidos importantes. No llega la oleada de adrenalina que normalmente siento cuando estoy a punto de pisar el hielo, la emoción de que voy a hacer mi cosa favorita, ser desafiado de formas nuevas e interesantes, y que podría mejorar mi récord o incluso conseguir mi primer hat trick en la NHL.

Quizás viviré feliz para siempre con una de las mujeres que voy a conocer esta noche, pero cuando trato de visualizar un para siempre con una mujer hermosa, todo lo que veo es gris apagado y marrón turbio, y mis venas se agitan aún más que antes.

La limusina reduce la velocidad, y me doy cuenta de que estamos en Commonwealth Avenue.

Va a empezar. Dios, va a empezar.

Aunque Sebastian me explicó todo, lo único que siento es nerviosismo.

Sebastian y yo salimos de la limusina frente a una casa de piedra rojiza en Back Bay.

Grandes cámaras negras flanquean la entrada como monstruos modernos, el ojo único de los Cíclopes de mis libros infantiles reemplazado por brillantes lentes de cámara, y los transeúntes miran en nuestra dirección.

Sebastian desliza su mirada hacia mí, como si pudiera oír los latidos de mi corazón, incluso envuelto por la sangre que se agita por mi cuerpo, y la lujosa y elegante ropa que no tengo derecho a llevar—. Estará bien. Va a comentar lo bonito que es el edificio y lo emocionado que está por conocer al amor de su vida.

Asiento, y su comentario es agradable, pero no estoy seguro de si está motivado por una certeza real de que lo haré bien o simplemente por un deseo de calmarme antes de que millones de personas me vayan a ver. Nadie quiere que su Sr. Perfecto esté pálido y tembloroso.

Inhalo una profunda bocanada de aire como hago al inicio de cualquier partido, porque tengo esto totalmente controlado, porque nadie lo hará por mí.

Levanto la cabeza—. Vaya. Esto es increíble.

Mi mirada se dirige a Sebastian, y me da la cálida sonrisa que veo en el programa pero que no me ha dado a mí.

—Sí. Tenemos diez mujeres que están encantadas de conocerle.

Mi pecho se retuerce, pero asiento—. Bueno, estoy muy emocionado por conocerlas.

La limusina se aleja, luego se detiene, y una mujer se apresura a entrar a lo lejos. Finalmente, la limusina gira de nuevo hacia mí.

Mis ojos deben ensancharse porque Sebastian reprime una sonrisa. La nieve ha sido limpiada de forma imperfecta, y la limusina negra retumba sobre charcos oscuros y nieve compacta, evitando los peores impedimentos.

Esto parece menos glamuroso que cualquiera de los episodios que he visto, pero quizás las cámaras se centrarán en la parte superior de la limusina, y menos en el desastre fangoso debajo.

La limusina se detiene, y Sebastian se desliza hacia ella. Extiende su mano, sus dedos largos y firmes, y abre la puerta. En el siguiente momento, está ayudando a una esbelta rubia con un vestido azul celeste a salir.

Y supongo que esta podría ser mi futura esposa.

Sus ojos brillan cuando me ve—. Soy Dahlia.

—Encantado de conocerla, Dahlia. Soy Luke.

—Tendrá que enseñarme sobre hockey. Soy buena aprendiendo.

—¿Ah, sí?

Ella asiente—. Estoy haciendo un doctorado en salud pública.

Parpadeo, y ella suelta una risita.

—Habría sido perfecta para el Sr. Perfecto original —digo.

Sebastian cierra los ojos, pero sus labios tiemblan—. Corten.

—¿He hecho algo mal?

—Vamos a fingir que no eres un reemplazo.

Asiento con la cabeza. —De acuerdo. Lo siento.

—No pasa nada.

A lo lejos, otra mujer atractiva, esta vez con un vestido morado, entra en la limusina. La limusina gira en la esquina, y odio estar retrasando las cosas.

—¿Necesita Dahlia volver a la limusina? —pregunto.

—No, está bien —dice Sebastian, con voz tranquila—. Desde la presentación.

Aunque esta grabación no ha ido muy bien hasta ahora, debido a mi capacidad para decir lo incorrecto, la voz de Sebastian es firme y tranquilizadora. Parecía mucho más inseguro cuando no había cámaras sobre nosotros y estábamos solos.

Ahora está en su elemento, y desearía poder simplemente observarle, sin tener que mantener una conversación con esta desconocida. Desearía no tener que fingir que siento química con Dahlia para que los espectadores en casa comenten emocionados sobre nuestro potencial como pareja de por vida y si en unos años

tendremos niños corriendo por ahí con nuestros rasgos faciales, su nariz, mis ojos, mi barbilla, sus mejillas.

Mi pecho se siente vacío, como siempre ocurre cuando imagino una vida después del hockey, o incluso cuando me imagino regresando de partidos fuera a alguna casa de ensueño en los suburbios con una mujer hermosa que desliza sus brazos con aroma floral alrededor de mí y presiona sus labios brillantes contra los míos.

Me alegra que Troy viva ahora conmigo, y como no ha tenido una novia estable en mucho tiempo, estoy seguro de que nuestra vida no tendrá que cambiar. Algunos chicos se preguntan por qué no tenemos cada uno nuestro propio apartamento, ya que el dinero no es un problema, incluso en la cara Boston, pero me gusta la compañía.

Sebastian se aclara la garganta, y me doy cuenta de que mis pensamientos han divagado, como si algo se me fuera a ocurrir que diera sentido a toda mi vida. Lo único que siempre me ha tenido sentido es cada partido individual de hockey. Sé lo que debo hacer para tener éxito en ellos, y puedo dedicar mi tiempo a perfeccionar mi cuerpo y mis habilidades, para que sea cada vez más fácil perseguir el disco, arrebatárselo a cualquier jugador del equipo contrario y mandarlo a la red.

Cada año juego mejor al hockey que el año anterior, aunque estoy cada vez más confundido con las mujeres.

—Hola, soy Dahlia —dice Dahlia una vez más con su alegre voz de soprano con acento sureño.

—Es un nombre muy bonito —digo, porque creo que es algo que debería decir.

Ella me sonríe radiante, sus labios embadurnados de pintalabios rosa estirándose hacia arriba, y sus pestañas cargadas de rímel se elevan.

Mi mirada se dirige automáticamente hacia Sebastian, porque supongo que quiero saber lo que piensa, ya que él es el presentador. Su sonrisa es brillante, pero sus ojos no bailan, y me recuerda a uno de esos frágiles Cascanueces que vemos en las tiendas en esta época del año.

—Estoy entusiasmada por aprender sobre hockey —dice ella.

—¿Ah, sí? —Hago mi mejor intento de coqueteo, manteniendo la mirada en sus ojos, como veo hacer a Dmitri cuando visita bares, y todas las mujeres parecen dispuestas a seguirle a cualquier parte, a cualquier cama, o a un conveniente reservado de baño.

Los ojos de Dahlia son azules, como los de Sebastian, aunque el tono es más pálido y menos brillante que los ojos de Sebastian.

—¿Te gusta aprender?

—Estoy haciendo un doctorado en salud pública —dice.

Esta vez no menciono que habría sido perfecta para el Sr. Ideal elegido anteriormente.

Esta vez solo sonrío. —Supongo que tú tienes el cerebro, y yo...

—Tienes la fuerza —termina por mí, sus ojos brillando, y es fácil imaginar a todos los que lo verán después inclinándose hacia delante, declarando que definitivamente vamos camino de casarnos.

Sebastian asiente, con el rostro frío e impasible mientras la conduce dentro de la casa. Lo veo alejarse, con el corazón hundiéndose al darme cuenta de que me quedan nueve mujeres más con las que fingir enamorarme.

CAPÍTULO NUEVE

Luke

La casa adosada es tan elegante por dentro como podría haber imaginado. Las lámparas de cristal brillan en lo alto.

Las cámaras zumban, siguiendo cada uno de mis movimientos.

Las mujeres charlan alegremente, y los camareros me sirven copa de vino tras copa de vino, con la esperanza de que diga algo interesante. El calor me invade y parte de la tensión se disipa.

Todavía me parece surrealista estar aquí. He visto la noche de apertura de *Buscando al Sr. Perfecto* tantas veces, y aparte de mi metedura de pata con Dahlia, la noche ha ido bien.

Mi mirada se desvía hacia Sebastian. Ha estado charlando con Ella toda la noche, su figura alta y esbelta perfectamente vestida con su esmoquin, su cabello rubio brillando bajo las lámparas de araña.

—¡Me encanta el hockey! —anuncia Gemma, acercándose a mí con paso elegante, sus tacones repiqueteando en el suelo antiguo—. Solía jugar hockey sobre hierba. Campeonas estatales de Rhode Island, nena —Me choca los cinco.

—Excelente.

—¡Estamos destinados a estar juntos! —exclama—. ¡Ninguna de las otras sigue siquiera el hockey. ¡Es el destino!

—Oh —Parpadeo mirándola.

Es guapa. Todas son guapas.

Troy o Dmitri estarían encantados con ella. Tiene la figura curvilínea que ellos adoran, un escote generoso, cintura estrecha, caderas generosas, como una Marilyn Monroe más alta.

Sebastian ya no está junto a Ella cuando vuelvo a recorrer la sala con la mirada.

Quizás no se supone que los presentadores estén en la habitación toda la noche. Quizás esté haciendo algún trabajo importante de presentador en otro lugar.

Probablemente sea eso.

Ella me dedica una de sus sonrisas profesionales que no termino de fiarme del todo.

—Espero que estés disfrutando de tu viaje hacia el amor verdadero.

—¿Dónde está Sebastian?

Ella frunce el ceño.

—Puedo ayudarte si necesitas algo.

Inhalo, odiando que el aire esté lleno de aromas chocantes de perfumes, aperitivos gourmet y alcohol. A pesar de los techos altos, la habitación parece claustrofóbica. Las gruesas cortinas de terciopelo están cerradas, probablemente para que ningún transeúnte poco telegénico pueda arruinar buenas tomas con miradas curiosas.

—Todo está bien —digo.

—¿Alguna favorita? —pregunta Ella.

—Um... —dirijo mi mirada hacia las mujeres con sus vestidos ceñidos, un remolino de cabello voluminoso y azul, rojo, verde, plateado y dorado.

—Está bien. Puedes decírmelo. Tendrás que darme los nombres de las mujeres con las que quieres pasar más tiempo y mantener en el programa antes de que comience la ceremonia de las coronas florales.

—Sebastian ya me lo explicó.

También he visto todas las temporadas de *Buscando al Sr. Perfecto*, pero no se lo digo.

He visto tanto a Sebastian, y él me mira con desdén.

Esto no era lo que imaginaba. Para nada.

No planeaba participar en el programa, pero no pensaba que sería así.

—Hola, chico del hockey —Flora se desliza hacia mí, tambaleándose sobre sus tacones de suela roja, su espacio entre los muslos visible en su vestido corto, lo único que recuerda a la Navidad es el color verde.

—Hola, chica dentista —Le sonrío, y las cámaras se acercan más, ansiosas por captar todo lo que decimos. Flora fue animadora y tiene

la actitud vivaz correspondiente, y ha hecho de su objetivo de vida dar sonrisas brillantes incluso a quienes no fueron animadoras.

Diviso a Sebastian.

—Lo siento... tengo que, um, hacer algo —digo, sin dejar de mirarlo.

Los labios de Flora, embadurnados de rojo, un tono tan profundo y carmesí como gran parte de la decoración navideña, forman una O.

—Por supuesto.

—Lo siento —Me dirijo hacia Sebastian, consciente de la mirada de Flora a mis espaldas.

Me deslizo hasta él, y cualquier remordimiento que pudiera tener por dejar a Flora desaparece cuando vuelvo a estar en su presencia.

—Hola —Le sonrío.

Sus ojos se ensanchan, y quizás realmente he hecho que esto sea incómodo. Quizás no quiere que le hable. Mi corazón late con fuerza, más rápido, como si algún baterista entusiasta se hubiera hecho cargo de él, tocando rock cuando estoy acostumbrado a música de salón tranquila.

—¿Tiene suficiente material? —pregunto, esforzándome por ser profesional, recordando demasiado tarde que no tengo motivo para hablar con él.

—Sí.

—¿Entonces podemos hacer la ceremonia de las coronas florales?

—¿No quiere beber y seguir de fiesta?

—¿Debería?

—A la mayoría de los Sr. Perfecto les gusta. Suele ser su noche favorita.

—Estoy bien —le aseguro, y él asiente y me conduce a una habitación lateral. Es oscura y estrecha, e inhalo su colonia. Su brazo se mueve sobre mí, rozando mi pecho, y respiro hondo, como si quisiera guardar ese aroma en mi memoria para siempre, junto con la sensación de su brazo contra mí.

Entonces la luz se enciende, emitiendo un resplandor dorado a mi alrededor, y él inspira bruscamente y se aleja.

—Lo siento —murmura, un rubor rosado subiendo desde su cuello hasta su rostro bien afeitado.

—Es pequeño —digo, y él asiente con entusiasmo, como si hubiera dicho algo profundo.

Todavía no ha mencionado que fuimos juntos a la escuela.

Sebastian se apresura hacia el otro lado de la habitación, pero yo podría fácilmente atraerlo hacia mí. Supongo que es algo extraño para pensar.

—Esto es diminuto.

—Creo que en realidad esto es un armario —dice Sebastian—. Queríamos dar a las mujeres el mayor espacio posible ya que viven aquí.

—Esto me recuerda a los armarios donde la gente va para "siete minutos en el cielo" —digo, y sus ojos se ensanchan.

Estoy bastante seguro de que mis ojos también se están ensanchando porque definitivamente no debería estar reflexionando sobre siete minutos en el cielo cuando Sebastian está justo a mi lado, y estamos en una habitación cerrada.

El aire es caliente y húmedo, como si hubiéramos aterrizado en Florida en julio. ¿Cómo sería atraer a Sebastian hacia mí y apoyar mis manos contra su esbelta cintura? Podría acurrucar mi mejilla contra la suya y comprobar si sus labios son tan suculentos como parecen.

Es casi tan alto como yo, pero mucho más delgado. Sería fácil para mí colocarle en todas las posiciones agradables, y nos deslizaríamos juntos, sin el estorbo de pechos voluptuosos.

Sebastian se gira, pero sus orejas tienen un color rojo que no tenían antes, y su figura tiembla.

Quiero calmarlo, envolverlo en mis brazos, pero no me corresponde.

En cambio, permanezco en silencio, y cuando se vuelve hacia mí, me muestra su sonrisa de presentador de televisión.

Le devuelvo la sonrisa.

—Aquí están las cinco coronas para dar a las cinco mujeres que te gustaría conocer mejor —señala unas coronas hechas de flores de

pascua. Las flores de un rojo intenso están colocadas muy juntas. Son gruesas y exuberantes.

—Les encantará —digo.

—Solo puedes entregar cinco.

—Lo sé.

—¿Sabes a quién quieres dárselas?

Le digo los nombres, pero mi atención está completamente en cómo se mueve su garganta al tragar, y en el ligero temblor de sus dedos cuando alcanza las coronas.

CAPÍTULO DIEZ

Sebastian

Soy un profesional.

No me siento atraído por el Sr. Perfecto de mi programa.

De ninguna manera.

Hay diez mujeres esperando vivir felices para siempre con él, y no voy a desearle. No voy a hacer que las cosas sean incómodas.

Mis ojos recorren la pequeña habitación, y detesto cómo siempre terminan posándose en Luke. Aborrezco la forma en que mi mirada quiere absorber sus rasgos, como si se hubiera llevado mi corazón y necesitara darle cada detalle a un dibujante forense. Pero no necesito decirle a nadie el ancho de su nariz, el punto donde sus cincelados pómulos son más prominentes... Ya los conozco.

Una sensación enfermiza revolotea por mis entrañas, incendiándolas con ácido.

Se parece a Bryce.

Tiene la misma altura, la misma complexión, y aunque sus rasgos faciales son diferentes, no son tan diferentes.

Dios, ¿fue por esto que Bryce fue tan cruel conmigo? ¿Le miraba de formas que no debía? ¿Cómo supo antes que yo? En aquella época cuando mi instinto era decir que yo no era así. Cuando daba media vuelta y me dirigía en dirección opuesta cada vez que veía a Bryce.

No es que ayudara.

El instituto Ashcove no era grande. No había suficientes pasillos donde esconderse, suficientes personas tras las que ocultarse, suficientes clases que no tuviéramos que compartir.

Veía a Bryce continuamente, y cada vez, él estaba encantado de anunciar al mundo que yo no pertenecía allí, y él sí.

Así que me fui.

Y me transformé.

Hasta que pude mirarme al espejo y no ver quién solía ser, porque había cambiado tanto. Mis cejas están depiladas, cuando

antes estaban a punto de unirse, mi piel suave y radiante, donde antes era opaca, mis ojos ya no obstaculizados por cristales manchados de grasa y monturas poco favorecedoras que destacaban cada ángulo incómodo de mi rostro.

Mi pelo ya no es de un castaño sucio más propio de hámsters, sino un rubio decolorado cuidadosamente mantenido, y el cuerpo rechoncho que tenía cuando mi único consuelo estaba en los paquetes de colores brillantes vendidos en el 7-11, se ha endurecido en músculo a través de una intensa rutina de gimnasio y una dieta menos interesante.

Pero ahora mi mirada sigue dirigiéndose hacia Luke, y lo odio, porque quizás Bryce tenía razón hace todos esos años.

Odio cuando veo a Luke mirarme con comprensión, como si quizás supiera exactamente quién soy y esté siendo amable. Y odio más cuando me mira con admiración, porque me hace sentir como si pudiera haber algo allí, cuando sé que todo lo que hay es un Sr. Perfecto heterosexual. Como todos los Sr. Perfectos, está en el nivel más alto del rango de atractivo y en el nivel más alto del rango de éxito. Simplemente no esperaba que también estuviera en el nivel más alto del rango de empatía.

Él no. De ninguna manera.

Mis dedos tiemblan y mi respiración se vuelve irregular. Las coronas se inclinan, y la de arriba se cae del montón.

Luke extiende su mano hacia delante, atrapando la corona con facilidad. Toma las otras de mis manos y las coloca en una estantería cerca de la puerta.

—C-casi las tiro —miro fijamente al suelo polvoriento donde podrían haber caído.

—Pero no lo hiciste —me recuerda Luke.

—Podrían haberse arrugado. Aplastado. Ensuciado. —Mi mente da vueltas y mi respiración sale entrecortada a un ritmo demasiado rápido.

Él aprieta los labios, y sus perfectos ojos azules bailan. —¿Por qué no descansas?

Parpadeo.

—Vuelvo enseguida. Solo... quédate aquí. —Se acerca poco a poco a la puerta, luego sale.

Frunzo el ceño mirando la puerta. Quiero seguirle, pero me dijo que me quedara, y no estoy preparado para enfrentarme a las cámaras y a las mujeres compitiendo por estar en su brazo para siempre. No quiero verle sonreír a alguien y pensar, es ella, es la elegida.

Luke reaparece, armado con un plato de comida y algo de agua. —No estaba seguro de qué tipo de reconstituyente prefieres, pero pensé que para evitar que te deshidrates, puedes empezar con agua.

—Estoy trabajando.

—Prometo no contárselo a nadie si quieres algo con más fuerza. Te traeré todas las copas de vino que quieras. —Me guiña un ojo, y mi estómago da un vuelco como si estuviéramos atrapados juntos en un globo aerostático y hubiera descorchado el champán y me hubiera dicho...

Bueno, no importa.

Intento alejar al Luke Hombre de Ensueño y centrarme en el Luke Hombre Real.

Su sonrisa se vuelve presumida, y me entrega el plato.

—No se supone que debas pasar tu tiempo alimentándome.

—Necesitas comer, Sr. Presentador. Tú haces que todo el programa funcione.

Examino el surtido de comida que ha seleccionado.

—Todo está delicioso —dice Luke.

Miro los bocados de camembert con arándanos. —Los elegí yo mismo.

Luke sonríe radiante.

—Deberíamos, eh, salir ya... —digo.

Luke coge el bocado de camembert. —Abre la boca.

Se inclina hacia mí, y mis fosas nasales se dilatan, como desesperadas por inhalar su aroma a cítricos y algodón. Bueno, mis fosas nasales tienen buen gusto, igual que el resto de mí.

Hace una pausa. —A menos que haya una razón por la que no quieras comer. No quiero hacerte sentir obligado.

Sonrío. —Solo dámelo.

Abro la boca, y él deja caer el bocado de camembert dentro.

Luke Hawthorne me está dando de comer.

Mis ojos se ponen en blanco, mis pestañas aletean, el camembert llena mi boca, haciendo detonar mis papilas gustativas.

—Está bueno, ¿eh?

Asiento más veces de lo necesario, saboreando el cremoso camembert.

Sonríe con suficiencia, luego coge otra exquisitez.

—En realidad no necesitas darme de comer —protesto, pero mi boca está abierta, y él deja caer otro canapé sobre mi lengua.

Está bueno.

Claro que está bueno.

La indecisión que tenía antes desaparece, desvaneciéndose junto con mis nervios. Debería resultarme molesto, pero en su lugar me río mientras mastico.

Le quito el plato, porque ser alimentada por una estrella ardiente de la NHL podría aparecer en mis sueños por el resto de mi vida, y no estoy preparada para que eso ocurra. Como rápidamente y luego levanto la mirada. —Gracias.

Él sonríe, luego mira las coronas. —Estoy listo.

Mi estómago se encoge, y recuerdo por quién está aquí. No por mí.

En un momento saldrá y elegirá qué mujeres se quedan y cuáles se van a casa.

Porque no estoy aquí para que Luke Hawthorne me dé canapés en armarios oscuros.

• • • •

LUKE

El rostro de Sebastian se cierra cuando menciono las coronas, y desearía haber guardado silencio. Prefería ver sus ojos girando de placer mientras comía.

Estoy bastante seguro de que el descanso es algo que también necesita, y a falta de proponerle que se tumbe en el suelo, sin

almohada, sin colchón, sin manta y duerma mientras el resto del programa de televisión ocurre fuera, quiero hacer mi parte para acelerar el final de esta noche.

Sebastian me explica los siguientes pasos, luego me dice que espere mientras anuncia que la ceremonia de las coronas florales está comenzando.

Cuando Ella me abre la puerta, Sebastian está esperando junto al árbol de Navidad. Tomo mi lugar a su lado.

Las luces brillan en el rostro de Sebastian, otorgándole un halo dorado. Las mujeres se alinean frente a nosotros, sus caras sombrías y asustadas, como si mis próximas palabras fueran a importarles mucho.

Espero que no sea así.

Espero no herir a nadie.

No creo que lo haga, porque solo hemos tenido las conversaciones más superficiales, pero aun así espero que las lágrimas que a veces ocurren después de estas escenas sean por otros Mr. Right más impresionantes, conexiones más genuinas, o por un talento para el drama y la emoción que no tiene nada que ver conmigo.

Me muevo hacia el frente de la sala. Las mujeres muestran sonrisas nerviosas y congeladas, y mi mirada salta de mujer a mujer, mientras la sensación de mareo en mi estómago crece.

Me acerco más a Sebastian, relajándome solo cuando estamos lo suficientemente cerca como para que nuestras manos pudieran rozarse y nuestros hombros pudieran tocarse, si ambos giráramos un poco.

—¿Por qué no te colocas junto al podio? —sugiere Sebastian, con voz baja y retumbante.

Me muevo de vuelta hacia el podio, con la piel ardiendo.

Todo mi equipo verá esto. Mi familia. ¿También lo verán otros jugadores de hockey? Espero que no. Los jugadores podrían considerarme menos intimidante cuando me hayan visto en una ceremonia de un programa de telerrealidad.

No importa.

Cuadro los hombros.

Esto está totalmente bien.

He enfrentado cosas peores.

Entonces Sebastian comienza a hablar. —Buenas noches, señoritas. Esta noche marca un momento crucial en vuestro viaje con Mr. Right. Mientras estamos al lado de este árbol de Navidad, Luke debe tomar la difícil decisión de cuáles de vosotras continuaréis en este camino hacia el amor verdadero. La mitad de nuestro maravilloso grupo se despedirá esta noche. Recordad que, tanto si recibís una corona floral como si no, cada una de vosotras ha contribuido a hacer mágica esta temporada navideña.

Las cámaras comienzan a enfocar, y algunas se acercan a mí. Me obligo a parecer suficientemente consternado, un esfuerzo que las mujeres también están haciendo.

Sebastian me hace un gesto con la cabeza. —¿Te gustaría decir unas palabras, Luke?

—Esta fue una decisión difícil —digo—. Les deseo a todas la mayor felicidad en la vida.

—Y ahora nuestra ceremonia de coronas florales. —La voz de Sebastian es confiada, y me pregunto si imaginé nuestro tiempo juntos en la sala de las flores de pascua—. Cada corona representa no solo la posibilidad de amor, sino la promesa de preciados recuerdos navideños por venir. Luke, ¿quién recibirá tu primera corona?

Levanto la corona de flores de pascua. —Willow.

Willow, una recién graduada de medicina con quien apenas he hablado, sonríe y se desliza hacia mí.

Coloco la corona floral en su cabeza.

—Gracias —murmura.

Se une al resto de las mujeres, y permitimos que las cámaras enfoquen los rostros de las demás.

—Está bien parecer decepcionadas y preocupadas —dice Ella—. Recordad, acabáis de perder vuestra oportunidad de casaros con una estrella de la NHL. Ni siquiera habéis superado la primera noche. Habéis perdido vuestra oportunidad.

Las mujeres parecen más decepcionadas y preocupadas, y las cámaras las enfocan de nuevo.

Entonces es el momento de anunciar a la siguiente mujer que se queda, y cojo otra corona floral.

—Flora.

Flora sonríe y se tambalea hacia mí. Coloco la corona en su cabeza.

—Tu nombre es perfecto para esta corona —digo, y ella suelta una risita.

El rostro de Sebastian se vuelve pétreo, y deslizo mi mirada hacia él, sin estar seguro de si he hecho algo mal, mientras Flora retrocede. Las otras mujeres parecen más celosas, más decepcionadas, justo como se supone que deben estar.

Luego entrego coronas a Katie, Dahlia y Greta. Todas trabajan en el sector sanitario, una industria que parece súper compleja. Apenas logré aprobar biología y química en el instituto, y no estaba tomando las versiones avanzadas.

—A aquellas que no han recibido una corona esta noche... aunque vuestro viaje con Luke ha llegado a su fin, habéis traído calidez y alegría a nuestra temporada navideña —dice Sebastian, con su voz de tenor de un timbre agradable—. Aunque despedirse nunca es fácil, especialmente durante las fiestas, espero que llevéis estos recuerdos con vosotras. Por favor, tomaos un momento para despediros.

Las mujeres con coronas miran a las que no tienen con gran simpatía. Comienza el consuelo, y aunque sé que solo tenía cinco coronas, la culpa aún me atraviesa el pecho.

Ella da un paso adelante. —Felicidades a todas las que permanecerán con nosotros. Por favor, id a la sala contigua para vuestras entrevistas.

Las mujeres salen en fila, las cámaras las siguen, y Sebastian y yo nos quedamos solos.

—¿Necesitas entrevistarme? —pregunto.

No está en el programa, pero no entiendo por qué no. Sebastian niega con la cabeza. —No es necesario. Tienes un entrenamiento temprano mañana. Se supone que no debo retenerte demasiado tiempo.

—Ah.

—Viajaré contigo a New Hampshire para tu partido fuera. Te entrevistaré después de que lleguemos.

—Bien —asiento varias veces.

—Ella tendrá una mejor idea mañana de qué historias quiere contar —explica Sebastian—. Tu tiempo será más útil allí.

—Vale.

Mi corazón se encoge, y de repente me pregunto cómo será viajar con Sebastian. Una extraña emoción recorre mi cuerpo.

CAPÍTULO ONCE

Sebastian

El autobús del equipo reluce en la distancia, con colores brillantes tan alegres y aparentemente inofensivos como medusas venenosas, y salgo de mi coche de alquiler.

No estoy nervioso.

Es solo un autobús.

Lleno de deportistas.

Trago saliva con dificultad.

—Usted es el experto en amor de la televisión —una voz con acento me hace dar un respingo, y me giro.

Lo último que necesito es un jugador de hockey mirándome fijamente, pero un hombre alto y musculoso, con pómulos pronunciados y pelo oscuro, bloquea mi camino hacia el maletero de mi coche.

Bueno, es más bien una sonrisa burlona.

Definitivamente es desagradable, y mis órganos tiemblan, como si me hubiera lanzado al aire como un disco, pero no voy a acobardarme.

Soy Sebastian Archer, Presentador Extraordinario de televisión.

Me coloco mi sonrisa de Los Ángeles, brillante y soleada como la ciudad. —Lo soy —entrecierro los ojos—. Usted es Dmitri Volkov.

—Yo también soy famoso.

Mis cejas se arquean. No pensé que Dmitri me consideraría famoso.

—¿Ve *Buscando al Sr. Perfecto*?

Dmitri resopla, y casi espero verlo alejarse pisando fuerte, pero duda. —Veré esta temporada. Está Luke. Será mi reality favorito.

—¿Eres amigo de Luke?

—Todos son amigos de Luke. Es... un gran tipo. Muy popular.

Asiento, pero siento un vacío en el pecho.

—Estamos encantados de trabajar con él —digo—. En nombre de todo el programa *Buscando al Sr. Perfecto*, puedo confirmar...

Dmitri se aclara la garganta. —Estás orgulloso. Lo entiendo. Pero, ¿tienes maletas?

Parpadeo.

—Estoy aquí para llevar tus maletas.

—Oh.

Sus labios se curvan. Tiene todo el encanto de un tiburón. —¿Piensas que los jugadores de hockey no podemos ser serviciales?

—N-no —niego con la cabeza. Contradecirle parece mala idea. Además, es bastante agradable que esté aquí para ayudarme. El equipo para los segmentos de entrevistas de esta noche está en el maletero. Es decir, puedo hacerlo totalmente solo, pero...

Dmitri recoge todas las bolsas, echándoselas sobre los hombros.

—Iba a cogerlas yo mismo.

—Ahora ya no tienes que hacerlo.

—Cierto. Gracias.

Dmitri extiende el asa de mi maleta y empieza a caminar hacia el autobús.

Me aseguro de que el coche esté cerrado y luego me apresuro tras él.

—¡Ahora no llevo nada! —le grito.

—Pobre de ti. ¡Cuidado con el hielo!

Ralentizo mis pasos.

—Luke se disgustaría si su presentador de televisión favorito se lesionara —continúa Dmitri.

Sonrío, porque por supuesto que no soy el presentador de televisión favorito de Luke. Probablemente le guste algo más. Como los comentaristas deportivos o gente zambulléndose en cubas del tamaño de camiones llenas de bichos.

Por fin, llegamos al autobús.

Oskar baja rápidamente los escalones y me saluda con una sonrisa. —Bienvenido a tu primer viaje con los Blizzards.

—Es autobús caro —me asegura Dmitri, porque tal vez no esté ocultando del todo mi incomodidad—. No está mal. Mejor que en Rusia.

Intento asentir como si supiera de lo que habla. —No he estado en Rusia.

—Es bonito. Pero no para ti. No es LGBTQ friendly. Eres gay, ¿verdad?

Retrocedo automáticamente.

Los ojos oscuros de Dmitri me examinan, y aunque sé que probablemente no pasa nada si sabe que soy gay, mi ritmo cardíaco se acelera.

—Sí, lo eres. Puedo notarlo —sentencia.

El viento frío me envuelve, con las hojas volando en su gélido abrazo.

—Podrías ser atacado si te alejas de los círculos adecuados.

—Oh —retrocedo—. Eso sería poco ideal.

—Estás en el mejor país del mundo. Disfrútalo —Dmitri señala con el pulgar a Oskar—. Oskar es gay.

—Eh...

—Quizás os convirtáis en pareja.

La cara de Oskar se enrojece y luego palidece, como si estuviera demostrando personalmente todos los tonos de rojo.

—No estoy buscando a nadie —dice Oskar apresuradamente.

Los ojos de Dmitri se entrecierran. —Deberías estar con alguien. De lo contrario, estarás solo.

Oskar me mira con disculpa, luego vuelve a dirigirse a Dmitri. —No estoy solo. Soy feliz. Además, tú no estás con nadie, Dmitri.

Dmitri sonríe con suficiencia. —Tengo nueva novia todo el tiempo. Tomo autobús, encuentro nueva novia para la noche. No estoy solo. No como tú.

Los hombros de Oskar caen.

Los ojos de Dmitri se suavizan. —Necesitas a alguien, Oskar —me mira—. Quizás él.

—Normalmente vive en California —dice Oskar.

—Ya veo —Dmitri asiente—. Buena elección. En ese caso, no es bueno para ti —mira a Oskar—. Mantente alejado.

—No es como si fuera a lanzarme a sus brazos ni nada por el estilo —dice Oskar—. Solo porque ambos seamos gay.

—Pensé que dos hombres juntos sería mucho sexo —dice Dmitri, y se forma una arruga en su frente donde no esperaba verla.

—N-no sabía que eso fuera algo en lo que pensaras —dice Oskar.

Un tono rosado colorea las mejillas de Dmitri, tan pálido que no estoy seguro de si me lo estoy imaginando. Da un seco asentimiento. —Me siento en autobús ahora —me mira—. Si te mudas a Boston, Oskar es bueno. Si no, mantente alejado. Puedo darte una paliza.

Trago saliva con dificultad. —De acuerdo.

Vuelve a mostrar su sonrisa de tiburón, y luego sube al autobús con paso arrogante, sus hombros moviéndose con aires de grandeza.

—Tenemos muchos jugadores internacionales —explica Oskar—. Dmitri puede ser... Dmitri. Creo que está preocupado por volver a Rusia. No estoy seguro.

—Está bien —digo.

Más jugadores de hockey suben al autobús, charlando ruidosamente. Son más anchos que yo, incluso sin sus protectores, y me estremezco.

Oskar me dirige una mirada curiosa.

—¡Sebastian! —la voz de Luke retumba, sacándome de mis pensamientos cada vez más intrusivos—. ¿Están tus cosas en el autobús?

—Ajá.

—¿Te ayudó Dmitri?

—Sí.

Luke sonríe radiante.

—Estaba atrapado en la sala de entrevistas.

—¿Tuviste un buen partido? —pregunto, aunque sé que así fue.

—El mejor. Ahora sube al autobús.

Asiento y miro hacia los escalones. Mi estómago se retuerce y lo odio.

Es un autobús.

Bueno, un autobús lleno de jugadores de hockey que podrían aplastarme incluso sin usar sus palos. Dios, algunos de estos tipos se pelean en la pista. Ni siquiera los jugadores de fútbol americano se detienen a hacer eso durante los partidos.

Me dirijo hacia los escalones, consciente de que Luke está detrás de mí, y luego subo al autobús.

Me siento como si estuviera de vuelta en el instituto. Estoy bastante seguro de que fue la última vez que estuve en un autobús. Este autobús es un paso adelante respecto a los autobuses escolares amarillos en los que solía moverme.

Los chicos me miran con curiosidad cuando entro, y Luke posa suavemente una mano en mi espalda.

—Todos, este es Sebastian. Va a viajar conmigo a veces. Es el presentador de *Buscando al Sr. Perfecto.*

Los jugadores de hockey estallan en risas, como si hubiera dicho un chiste, y me pongo tenso.

—Ignóralos —dice Luke, con voz suave—. Busquemos asientos.

La mayoría de los jugadores de hockey están desparramados en asientos dobles, exhibiendo sus considerables piernas. Mantengo la mirada enfocada hacia delante, evitando el contacto visual con todos, porque aunque tengo más de veinte años, ahora mismo estoy en un autobús lleno de deportistas, una situación precaria que logré evitar incluso en el instituto.

Una mano cálida toca mi hombro, y me estremezco.

—Lo siento. No quería asustarte —dice Luke—. Hay un asiento libre allí.

Lo miro, con los ojos demasiado abiertos, la voz demasiado temblorosa.

—V-vale.

Me deslizo en el asiento. Me siento erguido, con mi cara profesional, mi mirada saltando de un atleta musculoso a otro.

Esto no es el instituto, me recuerdo a mí mismo. Definitivamente no es el instituto.

Pero aunque algunas de las personas aquí tienen más de treinta años, porque he hecho mi investigación, no creo que mi cerebro lo entienda, y el miedo me recorre igualmente.

Luke duda y luego se deja caer a mi lado.

—¿Está bien?

—Oh. —Me pongo rígido. Su presencia no debería sentirse tan reconfortante como lo hace.

—Por si se te ocurre algo para el programa —dice.

—Claro.

Me gusta que esté en el lado exterior, como una barrera contra el ruido y el alboroto. Coloco mis pies en el suelo e inhalo.

La charla de los hombres no calma mis nervios. Finalmente, el conductor cierra la puerta y el autobús parte. Observo el cielo gris y el aparcamiento igualmente gris.

Siento la mirada de Luke sobre mí, pero cuando me giro, está abriendo su estuche de AirPods. Inhalo, absorbiendo el aire de veinte colonias diferentes y desodorantes de alta resistencia.

Las risas suenan desde diferentes partes del autobús, y tal vez yo también debería estar sonriendo, pero en lugar de eso pienso en todas las formas en que podrían estar riéndose de mí. Con demasiada frecuencia fui el hazmerreír en el instituto, y todavía me pongo tenso automáticamente.

Pero estoy sentado junto a Luke, y él está tranquilo y despreocupado, y de alguna manera estoy seguro de que no se ha dicho nada que no debiera decirse.

Está bien. Por supuesto, está bien.

¿Puede Luke sentir mi nerviosismo? Mis venas se sienten como si se hubieran convertido en un coche en una autopista, tartamudeando ruidosamente a ciento treinta kilómetros por hora, rechinando sobre el hormigón y aplastando cualquier piedra suelta que pudiera haber.

¿Me mirará en algún momento y dirá que le recuerdo a ese chico de su escuela? ¿Se enfadará porque no revelé nuestro conocimiento mutuo? ¿Era algo que debería haber hecho? Cuadro los hombros y me concentro en mi respiración, porque tal vez eso mejore las cosas.

Luke se inclina y saca algo de su bolsa. Es un iPad.

—¿Quieres ver una película? —pregunta.

—¿Qué? —Mi mirada sigue rebotando por el autobús, queriendo saber si hay peligro en alguna parte.

Sus labios se curvan hacia arriba.

—Estoy seguro de que hay algo que nos guste a los dos.

—Mmm...

Luke se quita un AirPod y me lo coloca en la oreja. Mi corazón late con incertidumbre, y cuando lo miro, su mirada es severa y evaluadora, como la de un cirujano.

Miro hacia abajo, y él ajusta más el AirPod, hasta que está dentro.

—Ahí. —Desplaza los vídeos—. ¿Qué te apetece ver?

Veo una carpeta marcada como "telerrealidad" y señalo hacia ella.

—¿Qué tienes?

Él se pone tenso, y de alguna manera, he dicho algo incorrecto, después de todo.

—Quizás otra cosa —dice.

Señalo Ted Lasso, y aunque estamos en un entorno deportivo, él esboza una sonrisa aliviada.

—Perfecto.

Pronto comienza la serie, y me concentro en los colores brillantes de Londres, el campo de fútbol verde y los jugadores no tan realmente aterradores.

Los chicos continúan charlando a nuestro alrededor, voces estridentes y bulliciosas probablemente más estridentes, más bulliciosas después de la victoria del día.

Finalmente, el autobús aminora la velocidad.

Estamos en el hotel.

—Genial —dice Luke, pausando la serie.

Todos salen del autobús y los seguimos al interior.

—Esto puede llevar un tiempo —dice Luke, guiándome al frente de la fila.

—¿No deberíamos esperar?

—Qué va. Eres el presentador famoso. Además, necesitas instalar las cámaras.

Cierto.

La entrevista.

Luke explica al recepcionista del hotel que necesito mi habitación primero, ignorando los comentarios de algunos de los imponentes hombres musculosos de que nos estamos colando en la fila.

Cojo la llave.

—¿Necesitas que te ayude a instalar las cámaras?

Quiero decirle que no, pero realmente sería útil.

Sus ojos se suavizan.

—Iré contigo.

Luke y yo caminamos por el vestíbulo hacia los ascensores, luego subimos hasta la planta once. Los números aumentan lentamente, cada piso acercándome más a estar a solas con él. Mi corazón se encoge, y me sorprendo a mí misma echando miradas furtivas a su perfil, a cómo las luces fluorescentes iluminan su pelo dorado, a cómo su presencia llena el pequeño espacio.

Se supone que debo ayudarle a encontrar el amor verdadero, no... lo que sea que sea esto. La idea de cómo sonreiría con suficiencia y se burlaría si conociera mis verdaderos pensamientos hace que todas mis terminaciones nerviosas se aceleren, como si intentaran escapar de la posible vergüenza.

Estoy en mayor peligro por lo que estoy sintiendo que por lo que jamás estuve por un autobús lleno de jugadores de hockey.

CAPÍTULO DOCE

Luke

La suite del hotel parece más pequeña con cada pieza de equipo que Sebastian instala. Luces, cámaras, trípodes. Ayudo a Sebastian a desempacar. Le observo mientras me explica las preguntas que va a hacerme.

Sebastian está aquí para hacer esto lo más eficiente posible. No desperdiciaremos nuestro tiempo juntos.

Finalmente, me señala el sillón. —Siéntate.

—Genial —me dejo caer.

Asiente con la cabeza, su rostro tranquilo, como el hielo que cubre los estanques cada invierno, ocultando todo de la vista.

La puerta que da a la sala de estar de la suite está cerrada, pero sigo siendo consciente de la gran cama king con su cómoda ropa de cama al otro lado de la pared. La suite es estrecha, más abarrotada por los trípodes negros dispersos por todas partes, proyectando luz en mi dirección.

—Por favor, muévete hacia adelante —dice.

—Vale.

—Y mantén los brazos en los reposabrazos.

Los agarro con fuerza, y él frunce el ceño.

—Voy a, eh, ayudarte...

Está a mi lado de inmediato, testimonio de lo pequeña que es la habitación y lo alto de su figura delgada. Mueve sus dedos sobre mí, y soy consciente de su longitud y ligereza general mientras rozan mi antebrazo.

Doy un respingo, y sus dedos me abandonan.

—L-lo siento. —Su cara está roja cuando deslizo mi mirada hacia él, y no me gusta. No me gusta haber reordenado su sangre de esa manera. Y no me gusta que Bryce soliera asustarlo todos esos años atrás.

—Estás bien —le aseguro.

Sebastian parece inseguro.

—Perfectamente bien —digo, tratando de sonreír, pero por alguna razón mi piel está caliente donde sus dedos tocaron mi chaqueta, aunque el hecho sea ridículo.

Esto es un hotel, no una tienda de campaña. No debería notar cada cambio de temperatura, como si fuera un hombre congelado y Sebastian me hubiera regalado guantes.

Mira fijamente mi antebrazo de nuevo, como si estuviera notando marcas de quemaduras en mi abrigo, provocadas por alguien demasiado entusiasta con la plancha.

—Gira la mano.

Lo hago, y él asiente.

—Luego mueve el brazo hacia mí.

Se me ocurre que podría rozar con mis dedos su brazo para que estemos en paz.

Pero es una cosa absurda para considerar.

Mis fosas nasales se dilatan con el aroma de su colonia. Miro hacia abajo, porque no quiero actuar como un bárbaro que nunca ha estado expuesto a una colonia antes.

Pero la noto de todos modos.

Sebastian se apresura a volver a su asiento. Sus pasos son demasiado rápidos, el rojo sigue pintando su cara, y frunzo el ceño.

No tengo hijos, pero a Evan siempre le gusta hablar de su hija Stella cuando no está hablando de jugar hockey al mejor nivel posible, cuando no es solo un capitán, sino un hombre. Y aunque es difícil no notar cuánto Evan adora a Stella, también es difícil no prestar atención cuando habla de querer criar a Stella para que sea la mejor versión posible de sí misma, para que sea valiente, para no causar miedo.

Si hubiera sido valiente, tal vez habría conseguido que Bryce parara todos esos años atrás. Sabía que lo que estaba haciendo estaba mal, pero me dije a mí mismo que mi hermano no haría nada demasiado malo. El hermano que me enseñó a montar en bicicleta, que me llevó a los entrenamientos de hockey, que animaba desde las bandas en cada partido en Ashcove no podía ser malo, no podía estar equivocado.

Pero estoy bastante seguro de que me equivoqué.

Bryce era imperfecto, y yo lo sabía, y solo dije unas pocas palabras, unas pocas veces, cuando debería haber dicho muchas, todo el tiempo.

—Voy a empezar la entrevista —dice Sebastian—. Todo será editado, aunque no puedo prometer que no se edite de una manera interesante. Pero puede que haga la misma pregunta varias veces, y puede que sugiera respuestas a las preguntas.

—Eso suena travieso —digo con un guiño.

Él se ocupa detrás de la cámara, y me pregunto si he sido poco profesional. Dios, espero que no piense que soy poco profesional. No estoy aquí para hacer perder el tiempo a nadie. Estoy aquí para hacer un buen trabajo. Eso es todo. Estoy aquí para hacer feliz a todo el mundo. Troy. Noah. Nate. La dirección del equipo. Sebastian.

Una luz verde parpadea.

—Entonces, Luke, ¿cómo ha sido el partido de hoy?

Me reclino, aliviado, luego recuerdo no cambiar demasiado mi posición. —Ha sido genial. Hemos ganado.

Sebastian me devuelve la sonrisa.

—Ahora, ¿qué te hizo decidir unirte a *Buscando al Sr. Perfecto?*

—Umm...

Las puntas de la sonrisa de Sebastian comienzan a deslizarse hacia abajo.

Espero que pueda editar eso.

No estoy seguro de si quiero admitir que Troy y Noah me propusieron para ello, porque la dirección seguro que estará viendo esto, y si esto sale mal, no quiero que se refleje en ellos. No quiero admitir que soy un espectador desde hace mucho tiempo. Sebastian tendrá demasiadas preguntas para las que no estoy preparado para responder.

—No he estado en una relación desde hace tiempo —digo finalmente.

—Ah. —Sebastian asiente—. Pero estás abierto al amor.

—Supongo —digo, luego sacudo la cabeza. Los espectadores no quieren un Sr. Perfecto que diga "supongo" ante la perspectiva del amor. Quieren a un protagonista, un héroe. Algo que nunca he sido. En el hielo, soy uno de muchos. Siempre estoy buscando a quién

puedo pasar el disco, quién está mejor posicionado para llevarnos a la victoria.

—Quiero decir —digo—, estoy abierto al amor. Definitivamente.

Sonríe. —Continúa.

—No hay nada como eso, ¿verdad? Alguien con quien puedes ser tú mismo. Alguien con quien puedes hacer cosas.

—Supongo que debes tener muchos eventos a los que asistir.

—Claro. Estoy involucrado en diferentes organizaciones benéficas. Y las organizaciones benéficas a menudo tienen eventos y recaudaciones de fondos. Pero no es solo eso. No quiero a alguien por conveniencia. Me habría establecido con alguien mucho antes si ese fuera mi criterio principal.

Sebastian asiente, y sé que se supone que debo continuar.

—*Buscando al Sr. Perfecto* trata de alguien que tiene muchas opciones, pero que encuentra a la persona que no es solo guapa, no solo cualificada en el papel, sino alguien que te hace declarar todo tipo de cosas cursis frente al mundo. Creo que eso es bonito.

Parpadea.

—Es bonito —sonrío, pensando en las ceremonias finales de coronas florales que he visto a lo largo de los años. Pienso en los discursos que han dado los distintos Señores Perfectos. Conocieron a diferentes mujeres, en circunstancias que la mayoría de la gente consideraría estresantes, pero al final, siempre encuentran el amor.

Es una de las cosas que me gustan del programa. Me gusta que siempre haya un final feliz a la vista.

—Quiero estar tan cautivado por alguien que desnude mi alma ante la nación —digo.

—¿Cuáles son tus primeras impresiones sobre las mujeres? —pregunta Sebastian.

Frunzo el ceño. —Todas eran guapas.

Su sonrisa se tensa.

—Y todas... agradables. Lo pasé bien con ellas.

—¿Hubo alguien en particular que llamara tu atención?

—No voy a desnudar mi alma ante el país antes de la segunda cita —digo, y él sonríe—. Creo que todas son igualmente atractivas.

Ninguna de ellas ha estado en mi mente, y agradezco que no me pida nombres. ¿Debería haber pasado el día pensando en ellas al azar? ¿Es eso lo que hace la gente?

Intento imaginar si puedo pasar el resto de mi vida con una de ellas. Trato de visualizar llegar a casa y que Flora, Willow, Dahlia, Katie o Greta me rodeen con sus brazos. Intento imaginarme volviéndome hacia una de ellas por la noche, compartiendo secretos y haciendo actividades nocturnas.

El viento golpea contra las ventanas.

—La tormenta está arreciando —dice Sebastian.

—Sí. New Hampshire en invierno.

—Continuemos. ¿Qué buscas en una pareja?

Mis dedos golpean contra los reposabrazos del sillón, luego recuerdo deslizarlos hacia atrás. Queda mejor si mis palmas están expuestas, así parezco más un hombre amable que un brutal jugador de hockey. Esculpí mis músculos para desempeñar bien mi trabajo, no para asustar.

—Me gustaría alguien que haya pasado por cosas. Que tenga cierto filo. L-lo aprecio. Me gustan los estanques tranquilos, son mejores para patinar, pero crecí junto al océano.

—Tu familia eran pescadores.

—Así es. Si no hubiera descubierto el hockey, si no hubiera sido bueno en ello, por cualquier razón, probablemente estaría ahora mismo en el océano. Bueno, espero que no exactamente ahora mismo, porque hay una tormenta, pero habría hecho eso en general.

Sebastian asiente, sin parecer importarle mi frase poco gramatical. Supongo que sabe lo que se puede editar fácilmente.

—Sería bonito si alguien me entendiera. Si alguien también hubiera pasado por cosas.

Me dirige una mirada extraña, y me pregunto qué estará pensando. Continúo con mi línea de pensamiento. No es algo a lo que haya dado mucha consideración antes, pero ahora parece lo más importante del mundo.

—Alguien resiliente que haya hecho algo de sí misma. Que sepa lo que es venir de... no mucho y que aprecie todo ahora. Alguien que vea al verdadero yo.

Sebastian aparta la mirada de mí y mira su hoja de preguntas.

—Háblame de tu infancia.

—Bueno, como sabes, crecí en Ashcove.

Él se tensa.

Yo me tenso.

Sus ojos se abren.

Mis ojos se abren.

—Q-quiero decir que probablemente lo hayas leído. Está en Wikipedia. Y en la solicitud. Probablemente. —Dios, a veces desearía haber solicitado realmente participar en el programa. No estoy seguro de qué pusieron Troy y Noah. Por la sorpresa en el rostro de Sebastian, no estoy respondiendo a las preguntas de la manera que él esperaba.

La mirada de Sebastian está escondida tras el objetivo de la cámara, pero sus dedos tiemblan.

—Es un pequeño pueblo pesquero en la costa de Massachusetts —digo apresuradamente—. Estaba... bien.

Sebastian se levanta bruscamente.

—N-no respondí a esa pregunta con mucho detalle. ¿Quieres que hable más?

—Sobre... —Sé que va a decir Ashcove, pero no lo hace. En su lugar, empieza a apagar todo.

Ya no estoy inundado de luz brillante. La habitación se vuelve tenue, luego más tenue.

Finalmente, estamos a oscuras, y lo miro fijamente, aunque ahora es solo una sombra. Soy consciente de nuestra respiración y de la tormenta exterior.

—Lo siento —dice, aunque no quiero que se disculpe. Se apresura a alejarse de mí, pero en el siguiente momento la habitación se inunda con la tenue luz del hotel—. Se ha puesto muy oscuro.

Asiento con incertidumbre. —Sí.

La tensión burbujea entre nosotros.

—Recogeré estas cosas por la mañana —dice—. No hace falta que te quedes. Puedes... irte.

Me doy cuenta de que estoy de pie en su habitación.

—Claro. Vale.

Siento como si hubiera más cosas sin decir. Como si tal vez deberíamos hablar de Ashcove. Pero no creo que él quiera, y no quiero obligarle a hacer nada que no quiera hacer.

Así que, en su lugar, me voy, con pasos pesados.

CAPÍTULO TRECE

Sebastian

Sabe quién soy.

Este pensamiento hace que el hielo recorra mis venas. Una palabra de Luke Hawthorne a su hermano y todo lo que he construido —mi carrera, mi cuidadosamente elaborada nueva identidad, todo— se vendrá abajo.

Quizás me equivoco. Creo que su mirada se suavizó, pero no estoy seguro. Y siendo sincero, siempre parece amable. Es una de las cosas irritantes de él, porque no puedo, *no debo*, confiar en él.

Me siento en el sofá, mirando fijamente el equipo que necesito empacar. Una boa constrictora se desliza alrededor de mi torso, apretándome en su terrible abrazo. La inmaculada suite se vuelve una pesadilla.

Está bien. De verdad.

Quiero decir, no es gran cosa si sabe que me conoció en Ashcove. No importa.

Pero la vergüenza burbujea en mi interior de todos modos. No es que no piense nunca en mi juventud, en los años antes de tener mis músculos, antes de haberme decolorado el pelo, antes de poder entrar en una habitación con confianza.

La mayor parte de mi vida la pasé allí. Hace una década, era miserable. Hace una década, no pensaba que nada cambiaría. Y si no hubiera tenido interés en las videocámaras, quizás nada lo habría hecho. Si el tercer casi-marido de mi madre no hubiera tenido una casa de empeños y no le hubiera importado que usara el equipo de vídeo, algo que, mirando atrás, debería haberle importado. Preocuparse nunca fue una de sus mejores cualidades. Follarse a mi madre era uno de sus intereses, y podía hacerlo más si yo estaba ocupado.

Huí de Ashcove porque lo había odiado tanto que no había otra opción.

La vergüenza borbotea dentro de mí, arañando mis venas mientras recorre mi cuerpo.

Me deslizo hasta el suelo y presiono los brazos contra mi pecho. Mi corazón late violentamente, como un animal asustado. Pero no puedo alcanzarlo para calmarlo. Nadie puede.

Necesito ir a dormir.

Necesito recoger mi equipo.

No puedo quedarme en el suelo para siempre. Me obligo a levantarme y comienzo a desmontar las luces. Cada pieza del equipo va a su estuche designado, una rutina que normalmente me calma. Ni siquiera contar ovejas sería reconfortante ahora.

Un mensaje suena en mi teléfono. Es Ella. El alivio me recorre.

ELLA: ¿Cómo fue la entrevista?

YO: Bien.

ELLA: Estoy preparando todo para la cita en el pueblo natal.

Miro fijamente el mensaje, y luego me apresuro a llamarla.

—¡Hola Sebastian! —dice Ella alegremente.

—Ella, no hay cita en el pueblo natal en los especiales de Navidad.

—Lo sé. Pero él es de un pueblo pesquero cerca de Boston. Podemos hacerlo fácilmente.

—Sí, pero...

—Esto nos dará ambiente de pueblo pequeño. A la audiencia le encanta eso. Es perfecto.

Cierro los ojos. —No habrá cita en su pueblo natal, Ella. Confía en mí.

Duermo irregularmente durante la noche, atormentado por recuerdos de Bryce gritándome en momentos aleatorios. Él supo que yo era gay antes que yo mismo, anunciándolo durante la clase de biología a un grupo de preadolescentes risueños. Solía preguntarme si quería lamer sus pelotas peludas y me convertía en el objeto de cada broma. Cada vez que me acercaba, porque Dios, teníamos clases juntos y Ashcove High no era lo suficientemente grande para tragarnos a ambos, anunciaba alguna variación de "qué asco".

Nunca hice amigos. El colegio era algo a lo que tenía que asistir. Me gustaría decir que hubo algo positivo. Que ahora soy más fuerte debido a la experiencia. Me gustaría decir que la experiencia me hizo concentrarme en mis clases, que encontré consuelo en la ciencia, la historia y los idiomas extranjeros.

Pero la afirmación sería absurda.

Mi mente estaba dispersa, incapaz de retener temas y hechos, incapaz de retener nada excepto el hecho de que era odiado, despreciado y objeto de burla.

Cada clase me llevaba al extremo. No podía concentrarme en los números o las lecturas. Nunca sabía cuándo vería a Bryce, y por supuesto, Bryce no era el único instigador. Incluso cuando él no estaba, sus amigos se burlaban de mí, porque eso es lo que hacían a mi alrededor.

Me fui de Ashcove High después de la graduación, pero no con una beca para una universidad de la Ivy League, siendo objeto de elogios por parte de mis profesores. Me fui sin más planes que poner la mayor distancia posible entre yo y todos los que había conocido.

Pero ahora estoy de vuelta en Massachusetts. Peor aún, podría volver a Ashcove. Puedo cambiar mi apariencia... hasta cierto punto. Pero siempre seré el chico del que Bryce solía burlarse.

Espero que Luke no haya descubierto quién soy.

Espero que nunca lo haga.

Dios, hubo momentos esta noche en los que casi quise decírselo. Pero eso habría sido ridículo. Porque lo único que habría pasado es que, en el mejor de los casos, habría visto compasión donde había visto curiosidad y asombro. En el peor, habría visto repulsión.

No estoy preparado para que Luke me vea de esa manera, y no quiero reflexionar demasiado sobre por qué es así.

Más vale que la cita en el pueblo natal nunca ocurra.

Me despierto con los ojos soñolientos. Hoy es un nuevo día, y será maravilloso. Tiene que serlo.

Voy a ver jugar a Luke contra New Hampshire. Me aseguro de tener todo completamente empacado, y luego me dirijo al enorme comedor. Los huéspedes atacan su bacon y salchichas con el entusiasmo de quienes se limitan a tostadas y avena en casa.

—¡Sebastian! —Luke saluda con la mano cuando me ve, y le sonrío con incertidumbre.

Está sentado en una mesa con sus amigos.

Dudo.

Luke frunce el ceño, como si estuviera actuando de forma extraña, luego suelta un suspiro y se levanta. Su camiseta de algodón se estira de formas interesantes alrededor de su pecho. Mi mirada se aparta de él, porque no voy a estar deseándolo en una habitación llena de deportistas.

—Hay una mesa por aquí, señor —dice el camarero, haciendo un gesto con la mano en dirección a algunos empresarios cuyos cuerpos rechonchos y complexiones amarillentas muestran que no forman parte del equipo.

—No será necesario. —Luke empuja suavemente mi hombro, rozándolo contra el suyo—. Le he guardado un asiento a mi amigo.

Las cejas del camarero se alzan de golpe, como si hasta él pudiera notar que "amigo" no debería ser un término que nos describa a Luke y a mí.

No pertenezco a la mesa de los guays llena de atletas profesionales. No a la mesa que todos miran con curiosidad, algunos haciéndose selfies estratégicamente apuntados, otros simplemente fotos de ellos.

Pero Luke me guía hacia ella de todos modos. —Siéntate.

Lo hago.

—¿Café o té? —me pregunta.

—Café.

—¿Zumo de naranja o de uva?

—De naranja.

—¿Qué te gusta comer?

—Puedo coger mi propia comida.

—Sí, ¿cómo va a saber él que vas a elegir las cosas buenas del bufé? —pregunta Troy.

Luke frunce los labios y los otros chicos de la mesa se ríen.

No nos han presentado formalmente, pero sé que Troy es el portero de los Blizzards.

—Vale. Coge tu comida —me dice Luke—. Te mostraré las cosas buenas y te traeré las bebidas.

Troy resopla. —Mejor haz lo que dice, Sebastian.

Sigo a Luke hasta el bufé. De todos modos, coge una bandeja y la llena con más comida de la necesaria, pidiéndome mi opinión sobre los huevos revueltos, la bollería y la ensalada de frutas.

Los otros chicos siguen allí cuando regresamos, y me siento obedientemente. Luke se ocupa de asegurarse de que tengo todo, luego se desliza a mi lado.

—Chicos, este es Sebastian Archer —dice Luke—. Sebastian, este es Troy, mi compañero de piso. Este es Noah y Finn, el marido de Noah.

Mis cejas se alzan por un momento, y la mesa sonríe con suficiencia. La comprensión me ilumina.

—Os vi en la televisión —admito.

El romance de Finn y Noah apareció por todas partes.

—A Finn le gusta la atención —dice Noah ligeramente.

Finn pellizca la mejilla de Noah. —Soy romántico.

—Súper romántico.

Finn mira fijamente.

Noah mira fijamente.

Troy pone los ojos en blanco, pero sus labios se aprietan, como si estuviera reprimiendo una sonrisa.

Y entonces, lo juro por Dios, Noah y Finn se besan.

Inhalo.

Quiero decir, he visto a hombres besarse antes. Obviamente. Yo mismo he besado a hombres. Muchas veces. Es una de mis cosas favoritas.

Simplemente no esperaba verlo aquí.

La conversación cambia al partido de la tarde. La nieve cae cada vez con más rapidez.

—¿Creéis que podrían cancelar el partido? —pregunto abruptamente.

La conversación se detiene y dirigen su atención hacia la ventana.

—¿En New Hampshire? —Finn niega con la cabeza—. Ni hablar. Sé que eres californiano, pero estamos acostumbrados al mal tiempo en el noreste.

Me tenso ante el recordatorio de mi cuidadosamente construida identidad californiana. La taza de café de Luke se congela a mitad de camino de sus labios, sus ojos dirigiéndose hacia mí. ¿Lo sabe? ¿Lo sabe?

No decírselo se siente como una mentira.

CAPÍTULO CATORCE

Luke

Me deslizo sobre el hielo, ignorando el tibio aplauso disperso del público de New Hampshire. No están aquí por nosotros. Somos el enemigo.

Mi mirada se dirige a las gradas.

Sebastian está sentado junto a Oskar. Ha cambiado su traje a medida por una camiseta azul de los Blizzards que le queda holgada.

Sebastian está sonriendo, y yo le devuelvo la sonrisa.

Sus ojos separados recorren todo el estadio, absorbiendo las luces brillantes y la extrañeza del partido. La música pop retumba mientras tomamos nuestras posiciones, y el público aplaude cuando se anuncia el nombre de cada jugador.

Los destellos rosados parpadean sobre su rostro, y me fijo en lo esculpidos que están sus pómulos y su mandíbula, como un Miguel Ángel fuera de lugar.

Si las esculturas de Miguel Ángel llevaran camisetas de los Blizzards.

No puedo distinguir el número desde aquí.

Más vale que sea el mío.

Desvío la mirada hacia el resto del estadio.

Dmitri se coloca a mi lado. —Oskar está entreteniendo a tu chico de la tele.

—Ajá.

—Les dije que no salieran juntos.

—¿Qué?

Dmitri frunce el ceño en dirección a Oskar y Sebastian. —¿Crees que me harán caso?

—¿Por qué deberían...? —Aprieto el agarre en mi palo de hockey —. ¿Se gustan?

Dmitri se encoge de hombros. —A todo el mundo le gusta Oskar.

Arrugo la frente. No estoy completamente seguro de que Oskar haya salido con alguien antes. Principalmente lanza miradas

anhelantes a Dmitri. Pero eso probablemente significa que está soltero. ¿Y creo que Sebastian también? No ha mencionado a ninguna pareja. Pero ¿por qué alguien no querría salir con Sebastian? Es decir, si alguien fuera un hombre gay. O bisexual. O pansexual.

Sebastian probablemente tiene montones de hombres californianos atractivos y encantadores haciendo cola para salir con él. Seguramente todos quieren meterlo en sus camas. Quizás por eso está gruñón a veces. Quizás echa de menos su vida llena de diversión. Quizás odia tener que pasar su tiempo conmigo y hablar de hockey y hacerme preguntas sobre chicas.

Algo se retuerce en mi estómago.

Alguna celebridad local está cantando el himno nacional, pero mi mirada vuelve a Oskar y Sebastian de nuevo. Parecen estar divirtiéndose. Y Dmitri podría notar cosas sobre Oskar.

El silbato chirría, y vuelvo a prestar atención al hielo.

El público ruge cuando cae el disco, pero mi concentración se desvanece. Miro a las gradas una última vez. Oskar se inclina para decirle algo a Sebastian, y mi estómago se retuerce, como si Evan estuviera actualmente aporreando mi estómago, y no el disco, con su palo.

Mi corazón se acelera, y no por la ansiedad de que un partido vaya a comenzar, y tengamos otra oportunidad de ganar, y también otra oportunidad de perder.

No, lo único que pasa por mi mente ahora es Sebastian.

CAPÍTULO QUINCE

Sebastian

Luke es increíble.

Quiero decir, ya sabía que era increíble antes.

Pero hay algo especial en ir a un partido en directo. Algo en ver lo rápido que patina, mientras el resto de nosotros estamos sentados. Se desliza velozmente sobre el hielo, con el palo de hockey en la mano, sobresaliendo entre los demás jugadores.

—Es excelente —murmuro boquiabierto a Oskar.

Oskar sonríe radiante. —Todos lo son. Mira a Dmitri.

Asiento, pero mi mirada sigue fija en Luke, aunque esta sea una versión más voluminosa de él, imponiéndose con su casco y protecciones.

Pero sigue siendo él. Estoy fascinado.

Normalmente no le observo. No quiero que me vea lanzándole miradas de admiración. Dios, estoy aquí para ayudarle a encontrar esposa.

Pero quizás mientras está ocupado jugando al hockey, puedo mirar. Puedo admirar su altura y la anchura de sus hombros. Puedo admirar cómo pasa el disco a los demás. Y puedo animarle cuando consigue primero una asistencia, y luego otra.

Le echo de menos cada vez que su línea vuelve al banquillo.

—Está nevando fuerte —murmura Oskar.

Me giro hacia él. —¿Has dicho algo?

Levanta la mirada de su teléfono. —El tiempo es horrible.

—Eso no es bueno.

—No. —Oskar se muerde el labio inferior, luego envía un mensaje a alguien. Sus dedos vuelan sobre las teclas, y me pregunto qué está haciendo.

—Mierda. —Se pone de pie—. El conductor dice que el tiempo es imposible. No hay forma de que podamos volver a Boston. Tengo que encontrar alojamiento para veinte jugadores de hockey y su personal. Voy a hacer algunas llamadas. Lo siento.

Oskar se marcha rápidamente, y yo vuelvo a fijar la mirada en los jugadores mientras persiguen el disco por el hielo, sin ser conscientes de la ventisca que está cayendo sobre nosotros.

Finalmente, Oskar regresa y se desploma en el asiento a mi lado. —Todo arreglado.

—Eso es genial.

—Encontrar habitaciones a última hora no es fácil.

—Pero lo has conseguido.

—Ajá.

Chocamos los puños y él se ríe. Siento que alguien me mira y noto que Luke me está observando desde el banquillo. Está frunciendo el ceño, lo que no es su estado normal, y miro al marcador por si me he perdido otro gol de New Hampshire.

Pero el marcador sigue en 3-1. Luke consiguió asistencias para dos de los goles.

Quizás ha oído que el autobús se ha cancelado.

Finalmente, el partido termina, los Blizzards siguen por delante, y el equipo estalla en abrazos de felicitación.

Sonrío de oreja a oreja.

No dejo de sonreír cuando salgo. La multitud se amontona a mi alrededor, más densa ahora que ya no estamos en nuestros asientos. La mayoría de la gente habla sobre el tiempo, temiendo su viaje de vuelta a casa.

Pero entonces lo oigo.

—¿Habéis visto a Luke Hawthorne? —pregunta alguien.

—Es tan guapo...

—Ardiente.

—Totalmente.

—Y podemos verle cada semana en *Buscando al Sr. Perfecto*.

Me ajusto la bufanda alrededor de la barbilla y me subo la cremallera de mi abrigo acolchado, apto para ventiscas, por si alguien me reconoce.

Las voces continúan, elogiando a Luke.

Oskar me da un codazo. —Buena elección, ¿eh?

Asiento, pero la alegría que me invadió después de la victoria se esfuma. Por supuesto, Luke es adorado por todos. No soy la primera

persona que ha notado sus muchas, muchas, *muchísimas* buenas cualidades.

Dios, espero que Luke no se haya dado cuenta de que le admiraba. Espero que no esté sonriendo con suficiencia pensando que su hermano tenía toda la razón.

Y aunque no me recuerde, y me diga a mí mismo que dos cursos de diferencia en el colegio son enormes, y mi nombre es distinto, y mi apariencia y estatus general también lo son, aún podría encontrarlo divertido si piensa que me gusta *de esa* manera.

No quiero ser un admirador melancólico al que tenga que sentarse al lado en cada viaje en autobús y en cada comida. Debería estar hablando de hockey con sus amigos.

El aparcamiento gris se ha transformado en un paraíso invernal. Un pie de nieve se acumula sobre cada coche, y las máquinas quitanieves gruñen y rechinan sobre la nieve cada vez más apelmazada y sucia.

Las conversaciones de todos cambian al tema de la nieve que nos azota. ¿Reflexiones sobre el partido? Da igual. El tiempo de New Hampshire es más memorable.

—Mierda. —Oskar saca su teléfono—. Hola. ¿Pappa? Está nevando. Muchísimo. Como para no hacer entrevistas. —Permanece callado unos momentos—. Los periodistas tampoco podrán volver a casa. Necesitamos ir al hotel, y las carreteras... —Hace una pausa de nuevo—. Sí. Nos vemos pronto.

—¿Van a venir? —pregunto.

Oskar asiente. —Vamos al autobús.

Nos apresuramos hacia él. Oskar resbala y lo sostengo.

Mira al suelo nevado. —Casi me caigo.

—No me digas.

—Me has salvado.

—Quédate cerca —le digo, agradeciendo a mis botas. Hay muchos buenos beneficios en tener dinero. Los conozco todos porque antes no tenía ninguno. Pero ahora mismo, la cualidad que más me entusiasma es la tracción de mis botas.

Extiendo mi mano enguantada hacia la suya. —Vamos.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Luke

Me subo la cremallera del abrigo mientras huyo del vestuario. No quiero hacer esperar a Sebastian. Las entrevistas fueron canceladas. Creo que Evan y el entrenador hablarán con los periodistas más tarde por Zoom o algo así.

Diviso a Sebastian de inmediato. Reconozco su abrigo azul. Pero la última vez que lo vi no estaba cogiendo la mano de Oskar.

Mi paso vacila y luego se ralentiza.

Quizás me lo estoy imaginando.

Pero definitivamente se están cogiendo de las manos. También se están riendo.

Algo se me revuelve en las entrañas. Quizás no bebí suficiente agua después del partido. Normalmente me siento más deshidratado cuando estoy en un lugar caluroso, como Las Vegas o Dallas, pero el agua es importante en todo momento, incluso cuando estoy cubierto de su variante congelada.

Porque no estoy sintiendo otra emoción.

Ni de coña.

Quiero decir, si a Sebastian y Oskar se gustan, justo como dijo Dmitri... eso es genial. Me caen bien los dos. Es todo maravilloso. Totalmente maravilloso.

Frunzo el ceño y marcho hacia el autobús.

La vida es fantástica.

Estoy bastante seguro de que sigo con el ceño fruncido cuando llego al autobús.

Oskar y Sebastian están separados. Pero eso es probablemente porque Oskar se va a sentar junto a su padre como siempre.

Mi mirada está centrada en Sebastian. Él me nota enseguida, pero en lugar de sonreír o algo, agacha la cabeza.

Me dejo caer a su lado. —Hola.

—Buen partido.

—Ajá.

—Mis productores lo vieron y están encantados.

—Genial.

—Las chicas también lo vieron.

—Pensaba que no se suponía que tuvieran acceso al mundo exterior.

—Tú eres la excepción. —Su sonrisa es frágil.

Y entonces lo entiendo.

Me estaba esperando aquí porque quería ponerme al día sobre cosas de Mr. Right.

—No tienes que sentarte conmigo —digo.

Sus ojos se redondean y se echa hacia atrás. Si no supiera que estaba cogido de la mano con Oskar hace sesenta segundos, podría sentirme arrepentido.

Pero lo sé, así que no lo estoy.

Su mirada se dirige hacia mí, con las cejas algo más altas de lo normal. Odio saber eso. No debería.

Entrecierro los ojos y él aparta la mirada bruscamente. —Estoy bien.

Saca su teléfono, y sus dedos tiemblan. Tengo un extraño impulso de atraparlos con los míos, de acercarlo a mí para que la expresión nerviosa de su rostro se disipe y esté feliz y sonriente.

En su lugar, cruzo los brazos y miro al frente.

Mis compañeros de equipo van entrando en el autobús. Me lanzan miradas curiosas a mí y a Sebastian, como si la tensión entre nosotros fuera tan visible como cualquier muro. El aire vibra entre nosotros, las moléculas reacomodándose e intentando volverse sólidas en lugar de flotar.

Me quito los guantes de un tirón y extiendo las manos sobre mis muslos, mirando hacia abajo. Siento la mirada de Sebastian sobre ellas, pero cuando me giro, él está mirando hacia el aparcamiento.

Bueno, supongo que no puedo culparlo. No ha visto nieve en mucho tiempo. Debe ser un concepto bastante extraño. Y sé con certeza que no ha vuelto a casa desde que tenía dieciocho años, porque cuando pasé por la tienda de empeños de su padrastro este verano, el tipo apenas lo recordaba.

El autobús finalmente arranca con un tirón. Avanza lentamente, arrastrándose por el aguanieve, para luego ir aún más despacio. El parabrisas está blanco, y cuando me giro para mirar por la ventana, Sebastian está contemplando la igualmente blanca capa de nieve.

—Bastante diferente de California —digo.

Él mueve la cabeza en un asentimiento brusco. No múltiples cabeceos. Solo uno. Su mirada permanece fija en la vista inexistente.

Aprieto los labios. No estoy seguro de por qué decidió quedarse sentado a mi lado cuando podría haber estado junto a Oskar. Probablemente riendo o algo. Pero Oskar está sentado junto al entrenador. Sus cabezas están juntas, discutiendo quién sabe qué.

El autobús resbala, y el teléfono de Sebastian se escurre de sus manos. Él se agacha para recogerlo, pero eso no va a funcionar. No cuando el autobús está deslizándose sobre el hielo. Lo atraigo hacia atrás.

Se tensa en mis brazos, su respiración más pesada de lo que imaginaba. Es el sonido que oigo a veces tarde en la noche, cuando estoy entrando y saliendo de alguien, y el sudor ha pegado nuestros cuerpos.

Sus ojos se agrandan.

Espero que no haya leído mis pensamientos. Mis mejillas arden. —Lo siento. Quizás deberías esperar hasta que el autobús deje de resbalar.

—¿Como ahora?

Parpadeo, y entonces me doy cuenta de que el autobús continúa avanzando. Peor aún, me doy cuenta de que todavía estoy sujetando a Sebastian. Parece nervioso con los ojos muy abiertos, y lo odio.

Retiro mi brazo rápidamente. —Sí. Um, déjame a mí.

Me agacho y busco el teléfono, presionando mis dedos contra el suelo granulado y manchado de nieve. Muevo las piernas de Sebastian para buscar mejor, y finalmente agarro el frío rectángulo de cristal. Levanto el teléfono triunfalmente.

—Gracias. —Sebastian duda, y luego me lo arrebata. Su cara está más sonrojada que antes, aunque no se haya esforzado de manera atlética.

Me vuelvo a sentar. Mi corazón galopa, latiendo sobre terreno inestable, aunque tener el pulso acelerado no es lo mío para nada.

Finalmente, el autobús llega al hotel.

Mis hombros se relajan, ansiosos por abandonar la extraña tensión.

El micrófono suena, y luego Oskar anuncia que tendremos que apretujarnos en menos habitaciones que antes.

Aprieto los labios. ¿Sebastian compartirá habitación con Oskar? ¿Explorarán su super especial amistad?

Frunzo el ceño, aunque sería totalmente genial —de verdad— si congeniaran. Podrían cogerse de las manos mucho más.

• • • •

SEBASTIAN

El autobús llega al hotel, y Luke se levanta de un salto. —Yo cogeré tus maletas.

Para cuando bajo del autobús, él ya está en la entrada del hotel, con todo mi equipo colgado sobre sus considerables hombros. Mi maleta de mano favorita de Louis Vuitton descansa sobre la maleta de Luke.

—Lo siento —dice cuando me reúno con él en el vestíbulo—. Te habría esperado en la entrada del autobús, pero no sabía qué tan impermeables son estas bolsas. Creo que escuché que el equipo puede dañarse si se deja en el frío y pensé que quizás preferirías tenerlos cerca de todos modos...

—Gracias —digo rápidamente—. Es a-amable.

Quizás después de todo las cosas están bien. Él sonríe radiante, y aparto la mirada porque su sonrisa es tan brillante, como si intentara quemar mi alma.

Oskar se dirige a la recepción, sonriéndonos al pasar. La sonrisa de Luke disminuye, y mi creciente alegría vacila.

Pensaba que Luke no tenía problemas con los homosexuales. Es decir, parece estar bien conmigo, y tiene amigos gays...

Pero definitivamente parece estar fulminando con la mirada a Oskar.

Oskar es más tipo twink. De huesos pequeños y bonito. Más sinceramente, como yo, y todos mis músculos se tensan.

Los otros jugadores de hockey entran en tropel al vestíbulo.

—¡Primero de nuevo, Luke! —anuncia Troy.

—Eso es porque no es un lento como tú —dice Finn—. Quiero decir, apenas patinaste durante el partido...

—¡Estaba protegiendo la portería! —dice Troy, ofendido.

—Me suena a excusa —dice Finn, pasando un brazo alrededor de Noah—. ¿No estás de acuerdo, Mi Dulce Disco?

Noah asiente solemnemente.

—Supongo que no tienes energía para la distancia, Troy.

Troy frunce el ceño, luego al momento siguiente se desliza en un spagat y agita los brazos sobre su cabeza.

—¡Ta-chán!

—Si arruinas tus pantalones de traje, necesitarás un traje nuevo antes del próximo partido —dice el entrenador.

—¡Eh! —Troy se levanta rápidamente—. Compro pantalones de traje con mucha elasticidad. Soy un hombre que piensa con antelación.

Oskar me entrega una tarjeta de plástico, luego le da una a Luke.

—Estaréis en la habitación 547.

Luego continúa su camino.

Luke mira fijamente la tarjeta de plástico, y no estoy seguro de lo que está pensando. Tiemblo. ¿No quiere quedarse en la misma habitación conmigo?

Una cosa es compartir asientos de autobús, pero un dormitorio es diferente.

—¡Espera! —llama Luke, y Oskar se da la vuelta.

—¿Hay algún problema? —pregunta Oskar.

—¿Estas son para la misma habitación? —pregunta Luke—. ¿Como... ¿la misma?

Quiero hundirme en el suelo.

Aunque Oskar mantiene todo su encanto profesional.

—El hotel no tenía suficientes habitaciones para todos nosotros. Me temo que esta vez todos compartimos.

—Lo entiendo, pero um, ¿Sebastian comparte conmigo?

La confusión logra instalarse en la cara de Oskar, antes de que sacuda la cabeza.

—Sí.

—¿No contigo?

Esta vez Oskar realmente frunce el ceño.

—Me quedaré con mi padre. Yo, um, no pensé que ninguno de los otros jugadores quisiera compartir con su entrenador...

—Tienes razón... —dice Luke rápidamente—. Lo siento. Y-yo solo asumí.

—¿Está todo bien? —Los ojos de Oskar se redondean—. Creo que hay un motel cerca de aquí. Podría comprobar si tienen espacio.

Miro fijamente a la alfombra. Todo mi cuerpo se desploma. Mi corazón late con fuerza. He escuchado esta conversación antes. He sido rechazado antes. No pensé que sucedería... ahora.

Luke recoge todas las bolsas.

—Ven, Sebastian. Busquemos nuestra habitación.

Dirijo mi mirada hacia él, confundido, y me devuelve la sonrisa, pero todo sigue siendo extraño.

—Genial. Os dejo con ello. —Oskar se aleja, dirigiéndose a entregar otras llaves a otros jugadores.

Sigo a Luke.

—P-puedo llevar mis cosas.

—Sé que puedes —dice Luke con ligereza, como si no acabara de intentar que compartiera habitación con Oskar—. Pero no necesitas hacerlo estando yo aquí.

Frunzo el ceño, pero él marcha hacia el ascensor y pulsa el botón con el codo. El ascensor suena y algunos de los chicos corren hacia él. Me acerco a Luke. Más chicos entran, y me aprieto contra la pared, tratando de no tocar a Luke mientras el ascensor sube zumbando.

Luke desliza su mirada hacia mí. Sus fosas nasales se dilatan y su cara está pétrea. Me apresuro hacia nuestra habitación una vez que el ascensor llega a nuestro piso.

Quiero meterme bajo las sábanas y fingir que no parece enfadado, que no parece despreciarme. Quiero dormir y fingir que esta noche no sucedió, y que el día terminó después de la victoria

de Luke en el hockey, y podría fingir que si tuviéramos que compartir habitaciones, no le importaría.

Jugueteo con la tarjeta de plástico, pero mis dedos tiemblan.

Él frunce el ceño.

—¿Tienes frío?

Por suerte, el lector de tarjetas parpadea en verde, y mantengo la puerta abierta para Luke.

—Después de ti.

Luke frunce el ceño, como si quisiera cargar con todas mis cosas, todas sus cosas *y* mantener la puerta abierta para mí, pero asiente secamente y entra en la habitación.

Lo sigo, con el corazón latiendo con fuerza. Esto estará bien. Me iré a la cama y por la mañana fingiremos que nunca tuvimos que hacer esto.

Pero esto no es nada como la suite de anoche.

Es el mismo hotel, pero el pasillo es más estrecho, la alfombra está gastada, el lujoso papel tapiz ha sido reemplazado por pintura simple.

Se me ocurre algo y mis pasos vacilan. Seguramente no...

Pero entonces lo veo: una cama. Una cama de matrimonio.

CAPÍTULO DIECISIETE

Sebastian

Luke deja las bolsas en el suelo, con la mirada también fija en la cama.

Cierro los ojos. No quería compartir habitación conmigo. ¿Y ahora tiene que compartir *cama* conmigo?

—Quizás pueda ver si hay habitaciones en ese motel, después de todo —digo—. No te preocupes. Yo-yo me encargaré.

Retrocedo poco a poco hasta que mis hombros chocan contra la pared. Dios, esta habitación es diminuta. Mis entrañas se retuercen, amoldándose de formas nuevas e insólitas.

Luke frunce el ceño.

—El tiempo está fatal, Sebastian. No deberías ir a ningún lado.

—Pero... —Miro de nuevo la cama.

—Está bien, Sebastian. Totalmente bien.

Me muerdo el labio inferior. Luke parecía miserable cuando estábamos sentados uno al lado del otro en el autobús.

Luke se baja la cremallera del abrigo y lo cuelga en el armario. Me tiende la mano para que le dé el mío.

—No estoy seguro...

—Ahora, Sebastian.

Me quito el abrigo y se lo doy. Sus ojos se encienden al cogerlo, con la mirada fija en mi pecho.

Está mirando mi camiseta.

Mierda.

—Esa es mi camiseta —dice finalmente, con una sonrisa cada vez más amplia.

—Eh... ¿Lo es?

Se ríe y lanza mi abrigo sobre un sillón, sin comprobar si cae correctamente. Por supuesto que cae bien porque Luke es atlético por encima de todo.

Luke reduce la distancia entre nosotros. La sonrisa en sus labios sigue ensanchándose, y sus ojos, que antes parecían apagados y

cautelosos, ahora bailan, como si hubiera encontrado la mejor discoteca del mundo.

No debería haberme puesto esta camiseta.

—Yo-yo pensé que debería llevar una camiseta a un partido de hockey —digo.

—Pensaba que no te gustaba el hockey.

—Esto es nuevo.

Niega con la cabeza, con la mirada aún fija en el número estampado en mi pecho. Su número. Su jodido número.

Sacude la cabeza, con sus suculentos labios esbozando una sonrisa burlona, y odio estar pensando en cómo se sentirían sus labios sobre los míos. Odio estar luchando por no inhalar su delicioso aroma.

Doy otro paso atrás, chocando de nuevo contra la pared.

Maldita sea. Deberían hacer las habitaciones de hotel más grandes.

Luke extiende sus manos, y mi corazón se agita, hipnotizado por la visión de sus dedos dorados, y por la forma en que su pelo claro se curva sobre sus muñecas.

Entonces está tocando mi camiseta, tirando de la tela hacia sí mismo, mientras la inspecciona. Dios, ¿está intentando atraerme a sus brazos? Imágenes de exactamente eso cruzan por mi mente.

Cuando me atrevo a mirarlo, está sonriendo.

Pasa el dedo por las letras en relieve.

—Ya no venden esta versión.

Mierda.

—¿No? —Mi voz sale demasiado aguda, y sus ojos bailan, como si estuviera viendo un vídeo de YouTube de cachorros.

Niega con la cabeza.

—Esta se descatalogó hace tres años. Cambiaron poco después de que yo me uniera.

—Oh.

—¿Por qué tienes una edición limitada de mi camiseta?

—Eh... —Miro hacia abajo—. ¿Tal vez se habían agotado las normales en la tienda de regalos?

—¿Así que compraste una camiseta de 7000 dólares?

Joder.

No debería haber comprado esa camiseta. Pero Luke no me caía mal, ni siquiera entonces, no realmente, y me parecía genial que alguien a quien conocía de alguna manera hubiera tenido tanto éxito. Era inspirador. Conseguí mi trabajo como presentador de *Buscando al Sr. Perfecto* poco después de que la camiseta llegara por correo y la veía como una especie de amuleto de buena suerte. No es que quiera contarle todo eso. Poseerla ya es suficientemente vergonzoso.

—O has gastado una cantidad ridícula de dinero en mi camiseta, lo que no es rentable, porque tienen muchas de las normales a precios normales, o la compraste cuando la sacaron por primera vez. —Sonríe radiante, más feliz de lo que le he visto nunca—. ¿Odias el hockey, Sebastian?

Niego con la cabeza, sintiéndome como un niño travieso que no ha hecho los deberes.

—No del todo.

Sonríe.

—No del todo.

Todas las moléculas que habían estado construyendo un muro entre nosotros en el autobús se rompen, desvaneciéndose en el éter. Me siento atraído hacia él, como si estuviéramos en un remolino.

Conozco esa mirada en los hombres.

La he visto antes.

Normalmente, va seguida de que me arrastren a sus brazos y me besen.

Pero esto es diferente.

Luke es heterosexual.

Me pregunto si va a preguntarme por Ashcove. Me pregunto si va a preguntarme si por eso he estado siguiendo su carrera. Mi corazón se acelera. No estoy preparado para hablar de eso y luego meterme en la cama con él.

Veo el debate en sus ojos, pero finalmente se suavizan, y baja las manos y ya las echo de menos, como si me hubieran lanzado a la ventisca sin mi abrigo, sin mi gorro, sin mis guantes.

Baja las manos, todavía sonriendo, y camina hacia atrás. Recoge mi abrigo de la silla donde lo dejó y lo cuelga en el armario.

Luego se quita la chaqueta del traje.

—¿Aún os hacen llevar eso? —pregunto.

—Los jugadores de hockey siempre vamos elegantes. —Me guiña un ojo.

—Os deben confundir con banqueros de inversión constantemente.

Resopla, luego se deshace la corbata.

Probablemente debería apartar la mirada.

Definitivamente debería apartar la mirada.

Pero sigue mirándome directamente a los ojos. Sus manos se mueven con firmeza sobre el nudo. Quizás las pajaritas estén más allá de sus capacidades, pero no este tipo de corbatas.

—¿Pasa algo? —pregunta.

Mierda.

Me he quedado mirando.

Tengo su camiseta, con su número, su nombre. Sabe que debí conseguirla justo después de que se uniera a los Blizzards. Y ahora me quedo mirándole mientras se desviste.

Todas las palabras con las que Bryce solía llamarme atraviesan mi mente como si tuviera mi propio pelotón de fusilamiento personal.

—L-lo siento. —Me doy la vuelta apresuradamente, chocando contra la cómoda.

—Eh. —Su voz es tranquila, firme y suave—. Estás bien. Todo está bien.

Me habla en voz baja como si fuera un gato callejero al que está tratando de convencer para que salga de debajo de un porche.

—Voy a cambiarme —me dirijo al baño, entonces recuerdo que no tengo mi pijama. Me doy la vuelta—. Necesito mis cosas.

Él se hace a un lado, su mirada más preocupada de lo que me gustaría, y yo forcejeo con mi maleta, mis manos haciendo ese temblor que tanto odio.

Luke encuentra el soporte plegable para equipaje y lo coloca junto a la pared. Luego coge mi maleta y la pone encima. Finalmente, abre la cremallera de mi maleta, levanta la tapa...

Demasiado tarde me doy cuenta de que es una idea terrible.

Porque sé lo que está en la parte superior de la maleta. Lo que metí en el último minuto antes de venir aquí, porque no tengo mucha privacidad en Boston y pensé que era algo que podría disfrutar.

Quizás no lo note.

Espero que mis cosas se hayan movido, pero es una maleta, no una lavadora, y veo el momento en que Luke lo nota. Sus hombros detienen su movimiento elegante.

Sus ojos se abren como platos. Su mandíbula cae.

Sí, ha visto totalmente mi consolador.

—No se suponía que tú...

—L-lo sé.

Todavía está de pie frente a mi maleta. Mi consolador, venoso y de color carne, reposa sobre mi ropa en su bolsa de plástico transparente.

—Tú te pones eso... —hace un gesto en mi dirección general, luego deja caer su mano.

Mierda. Mierda. Mierda.

Me apresuro hacia él y cierro la tapa de la maleta—. Eso es personal.

—¿Pero te cabe? —Su frente está arrugada y gotas de sudor perlan su frente donde antes no había nada. Reluce, como un hermano Cullen.

—Um...

—Lo siento. No tienes que responder a eso. Obviamente —Esta vez se está disculpando conmigo, y el rojo le cubre las mejillas. Probablemente nunca ha visto algo así antes.

Mi corazón da un vuelco, mis nervios se enredan.

Pero está bien. Él sabe que soy gay.

Aunque quizás saber que alguien es gay y ver un consolador son cosas diferentes.

Mi ropa sigue en la maleta, y todavía la necesito. Me acerco a él —. Lo siento. Mi ropa...

Él gira bruscamente la cabeza hacia mí, con los ojos muy abiertos —. Claro. Por supuesto. Lo siento.

Se aparta. Agarro apresuradamente mi pijama y escondo el consolador en el fondo de la maleta como si pudiera aparecer de repente y hacer las cosas vergonzosas de nuevo.

Me apresuro al baño y realizo mis abluciones nocturnas, luego me dirijo al dormitorio. Luke parece bastante más desvestido de lo que estaba al principio. Mi mirada cae sobre su torso ahora desnudo, sobre sus abdominales, todos ocho, y sus largos pantalones de pijama.

Se pone una sudadera, y espero que no sea porque me quedé mirándolo.

Las luces se apagan. Ha desaparecido, como si hubiera sido parte de mi imaginación todo el tiempo.

—¿Has apagado el interruptor? —pregunta.

—C-creo que se ha ido la luz.

—Oh —hace una pausa—. Deberían tener un generador. Probablemente se encenderá pronto.

Asiento, luego me doy cuenta de que no puede verme, porque a pesar de todas sus cualidades de superhéroe, la visión de rayos X probablemente no es una de ellas. Moverse rápidamente y ser ridículamente fuerte ya son suficientes cualidades de superhéroe.

—Sí —digo.

Hurga en su teléfono, luego rebusca en su maleta. Probablemente está buscando su cepillo de dientes.

Me apresuro a la cama y me deslizo bajo las sábanas. Mi nuevo plan es despertar, quedarme dormido y esperar que olvide toda la incomodidad por la mañana.

Es un buen plan.

No funciona.

En su lugar, le oigo prepararse para ir a la cama, luego le oigo caminar hacia la cama mientras espero que no pueda escuchar los violentos latidos de mi corazón. Finalmente, el colchón se mueve cuando se une a mí.

Me quedo tan quieto como puedo. Tal vez pueda olvidar que estoy aquí. Tal vez pueda olvidar que está compartiendo habitación con alguien a quien su propio hermano odiaba. Tal vez pueda olvidar

el enorme consolador en mi maleta y todas las cosas que hago con él.

Cierro los ojos y espero que la mañana llegue pronto.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Luke

La habitación está en silencio.

Demasiado silencio.

Y muchísimo frío.

Creo que la electricidad sigue cortada, y este hotel es lo bastante elegante como para no tener uno de esos calefactores externos que hacen ruido, ocupan espacio y vibran.

Sebastian se mueve a mi lado, y me doy cuenta de que su respiración constante se ha detenido, sustituida por temblores.

Mierda.

—Tienes frío —digo, aunque sea lo más obvio del mundo.

—E-estoy bien —contesta, aunque sea la mentira más obvia del mundo.

Le castañetean los dientes y encoge los hombros hacia adelante, como si la posición fetal fuera a solucionar todos sus problemas.

Antes de que pueda pensarlo demasiado, me acerco. Lo recojo entre mis brazos, sujetándolo contra mi pecho.

Se pone rígido, con el cuerpo tenso.

Demasiado tarde me doy cuenta de que quizás esto no es, estrictamente hablando, un comportamiento recomendado por Recursos Humanos. Estoy bastante seguro de que los hombres en programas de citas no suelen envolver a sus presentadores masculinos entre sus brazos. Nos estamos tocando por todas partes: mi pecho contra su espalda, mis piernas contra sus piernas, mi nariz rozando su nuca.

—Eh, ¿Luke? —susurra en la oscuridad y empieza a retorcerse para alejarse.

—Quiero que estés caliente —digo—. El calor corporal y todo eso.

—Pero... —Sebastian se aleja ligeramente—. No creo que esto sea profesional.

Contemplo la habitación a oscuras, sin saber si Sebastian no quiere que lo toque o si no cree que sea apropiado.

—A mí no me importa —digo finalmente—. Obviamente.

—Soy un tío.

—Y preferiría que no fueras un tío congelado.

Se ríe suavemente, y quizás estamos bien. Quizás la incomodidad de antes ha desaparecido, olvidada después de nuestros sueños.

Todavía le oigo temblar, todavía oigo su respiración entrecortada, más rápida de lo que debería. Bueno, hace un frío excepcional... es como la especialidad de New Hampshire.

—¿Y tú quieres que yo esté caliente, verdad? —pregunto.

—Bueno. —Se da la vuelta—. Nunca hemos tenido un Señor Perfecto estornudando. Agarrando pañuelos y la corona de flores.

—No pretendo ser el primero.

—Sería más trabajo para el equipo de edición.

—No podemos permitir eso.

Se ríe de nuevo, un sonido ligero y etéreo, y algo me oprime el corazón. Lo atraigo hacia mí. Esta vez, estamos cara a cara, como amantes. De repente, me imagino que envuelve sus brazos largos y delgados alrededor de mí y roza sus suculentos labios contra los míos. Me pregunto si besar a un hombre sería diferente a besar a una mujer.

No debería estar pensando esas cosas. No sobre alguien con quien de alguna manera trabajo. No sobre alguien que se supone que debe encontrarme una esposa.

Se aleja, y espero que no haya escuchado todos mis pensamientos, pero sé que eso es imposible, y además, no es como si me sintiera atraído por él ni nada. Es decir, soy heterosexual. Eso es un hecho.

—Sebastian... —Mi voz tiene más anhelo del que esperaba.

—Solo me estoy dando la vuelta —dice, y luego se gira y se echa hacia atrás contra mí. No estoy seguro de por qué esta posición es mejor que cuando estaba de cara a mí, pero lo atraigo con fuerza contra mi pecho. Mis piernas presionan contra las suyas porque el calor corporal es totalmente real.

No quiero presumir, pero estoy bastante seguro de que puedo darle más calor que una manta extra. Todavía está temblando, y

muevo mis brazos arriba y abajo por su cuerpo, queriendo hacer desaparecer sus temblores, queriendo calentar su sangre.

—Creo que la calefacción se fue con la electricidad —digo.

—Sí.

La nieve cae más silenciosa que la lluvia, pero el viento ruge de igual manera, haciendo que las ventanas tiemblen. Si hubiera muebles en el exterior, probablemente estarían volcados. Lo sujeto con fuerza contra mí. No me gusta pensar en él con frío, y quizás algo de sujetarlo me calienta también a mí, algo que ni siquiera me había dado cuenta de que estaba frío.

Me pregunto si debería disculparme por sujetarlo tan fuerte, pero entonces escucho un nuevo sonido... el de una respiración constante. Está durmiendo. En mis brazos.

El pensamiento me hace sonreír en la noche, aunque no debería, y algo revolotea en mi estómago.

Me estoy poniendo más duro.

Me muerdo el labio porque eso definitivamente no es apropiado. Mi polla está presionada contra el trasero redondo de Sebastian, y parece que a mi polla le gusta eso. Me alejo un poco de él, aunque todos mis instintos me dicen que me frote contra él.

Pero no voy a hacer eso mientras duerme, y ciertamente no voy a hacerlo cuando esté despierto. Mi polla sigue dura, como si se esforzara por encontrarse con Sebastian. Supongo que es un comportamiento normal. Si alguien está en mi cama, normalmente es para una actividad nocturna especial.

No estoy pensando en el dildo grande y carnoso de la maleta de Sebastian. De ninguna manera.

Incluso si el dildo es del mismo tamaño que yo.

¿Se lo mete dentro? ¿Todo? Pero tiene que hacerlo. Eso no es algo que la gente tenga de decoración. Me imagino a Sebastian lubricando el dildo y metiéndoselo dentro. Me lo imagino desapareciendo en su interior. ¿Cómo sería su expresión facial?

Y luego me imagino metiendo mi propia polla dentro. Me imagino su culo tragándose mi polla y... Sacudo la cabeza. No me estoy imaginando eso. Fue un pensamiento aleatorio nocturno. Señal de una mente adormilada.

Porque obviamente, soy heterosexual. Solo he salido con mujeres. Nunca me he encontrado anhelando a un hombre, y tengo veinticuatro años. Si eso fuera lo que quisiera, podría haberlo hecho. Finn es uno de mis mejores amigos, y ahora también lo es Noah.

Pero siendo sincero, nunca me han gustado tanto las mujeres.

Siempre me he sentido desconcertado por el entusiasmo de mis amigos por acostarse con alguien. Una noche ligando con mujeres era una noche en la que no podíamos sentarnos y charlar.

El sexo se siente bien, lo entiendo, pero he empezado a preguntarme si tal vez se siente mejor para mis amigos. Porque nunca he estado tan loco por ello como ellos. Penetrar a alguna mujer a la que apenas conocía siempre me ha parecido más incómodo que emocionante, en una lista de cosas que tolero, en lugar de ansiar.

Y sin embargo, ahora el dildo de Sebastian sigue en mi mente.

Nunca he practicado sexo anal. Las mujeres siempre han estado lo suficientemente intimidadas por mi polla como para que nunca quisiera sugerirlo. Aunque los traseros redondos y respingones son atractivos. Pero todo el mundo lo sabe.

Apuesto a que el trasero de Sebastian es atractivo. Parece alto y redondo cuando lleva trajes, con un corte más ajustado que cualquier cosa que Troy usa.

La sangre pulsa a través de mí. Mi mente está cansada y confusa. Eso es todo.

Perfectamente normal. Por eso todo el mundo siempre recomienda dormir bien por la noche. Probablemente saben que, de lo contrario, todos estaríamos pensando locuras como esta.

La habitación se calienta, aunque no hay electricidad. Me obligo a dormir, pero cuando me despierto, Sebastian ya no está en mis brazos. La ducha está corriendo, y me siento frío y desconcertado.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Sebastian

No creo que Luke me oyera salir de la cama. Estoy casi seguro de que sigue durmiendo. Me quito la ropa y observo mi dura y excepcionalmente poco profesional erección en el espejo del baño.

Si Clark tuviera la más mínima idea, me despediría inmediatamente.

Niego con la cabeza.

Está bien. Me desperté con una erección matutina. No es nada sorprendente.

Pero no estaría tan duro como estoy ahora si no pudiera sentir todavía los brazos de Luke a mi alrededor. Si no pudiera sentir aún su dureza contra mí.

Dios, al menos salí precipitadamente de la cama antes de que pudiera despertarse. El hombre es heterosexual. Hetero, hetero, hetero. Necesito recordar eso.

Los hombres gays no se unen a *Buscando al Sr. Adecuado*. Y aunque la bisexualidad existe, nunca ha habido ningún indicio de eso con Luke.

No debería ver romance en un simple acto de amabilidad. Es estupendo que no quiera burlarse de mí como Bryce, pero eso no significa que quiera hacer algo más conmigo.

Aprieto los ojos, pero lo único en lo que puedo pensar es en cómo se sentían sus brazos envueltos a mi alrededor. Cómo se sentía su polla presionada contra mí. Su polla súper grande.

Se me hace la boca agua, y *no* estoy pensando en chupársela. Eso sería definitivamente inapropiado, y yo *no* soy inapropiado.

Soy Sebastian Archer, presentador de televisión. Presentador de televisión *profesional*.

No estoy imaginando lo mucho que tendría que abrir mi boca para metérmela. *No* estoy imaginando cómo pasaría mi lengua alrededor de su glande. *No* estoy contemplando chupar su

aterciopelada piel. Y definitivamente *no* estoy imaginando a qué sabría su semen.

Porque sé que sabría bien.

Todo en él es bueno.

Cierro los ojos y odio estar más duro que nunca. Tengo que sentarme junto a él en un autobús. No puedo tener erecciones espontáneas. Soy más pequeño que él, pero se daría cuenta si tuviera una erección. El hombre es capaz de notar una mota negra deslizándose por el hielo. Difícilmente es un profesor distraído.

Dios mío.

¿Por qué es esto tan difícil?

Miro fijamente mi dureza, deseando que baje, pero solo palpita. El líquido preseminal mancha la punta. Quiero agarrarla. Quiero deslizar mis dedos por ella. Quiero jugar con mis testículos y coger mi consolador y pensar en todas las cosas en las que no debería pensar.

Sentarme junto a Luke con una erección probablemente sea mala idea. Especialmente porque él probablemente se vería a sí mismo como la causa más probable. No quiero sentirme desconectado y nervioso durante todo el viaje de regreso, y no querría que él se sintiera incómodo.

Realmente, se podría decir que lo profesional —y yo *soy* profesional— sería ocuparme de este asunto.

Me meto en la ducha. El agua no está helada, gracias a Dios. Claramente, el hotel ha solucionado cualquier dificultad que pudiera haber tenido con su generador, o tal vez la electricidad en el vecindario se ha restaurado.

El agua está cálida y maravillosa, como la sensación de los brazos de Luke anoche. Mi miembro se sacude con ese pensamiento.

Dios, estoy tan perdido por él.

No debería estarlo. Lo sé.

Pero cierro los ojos de todas formas porque soy un individuo imperfecto, e imagino que el día comienza de manera diferente. Imagino despertar con la dureza de Luke presionando contra mi trasero, pero esta vez, él no estaría dormido. Esta vez estaría

despierto, presionando contra él, porque no podría evitarlo, porque estaría fascinado por él.

Es decir, tengo un buen trasero.

Imagino que me baja los pantalones del pijama. Quizás pasaría tiempo mirándolo, sintiendo la forma con sus grandes manos. Me estremezco, luego paso mis dedos por mis nalgas. Tiemblo, y no de frío. Tiemblo, pero de placer.

El pensamiento no debería ser tan excitante, pero Luke es excitante.

Por eso Clark saltó ante su solicitud.

Millones de otras personas sienten lo mismo que yo. El pensamiento hace que algo en mi pecho duela, pero lo aparto. En su lugar, agarro mi miembro y me obligo a no pensar en jugadores de hockey ridículamente guapos al otro lado de esta pared. Me esfuerzo por no contemplar hombros anchos y una sonrisa brillante y una voz suave de tenor.

Intento imaginar otra fantasía, y busco precipitadamente mi teléfono. Normalmente no veo porno en la ducha, no suelo ver porno, y punto, pero se podría decir que esto sería lo profesional. Porque dejarme llevar por fantasías con un hombre tan dulce y amable se siente mal, asqueroso y terrible.

Hago clic rápidamente en el sitio porno, eligiendo a un twink de pelo oscuro que no se parece a Luke.

Me concentro en la imagen. La cámara baja hasta la polla del hombre y me centro en ella.

Mira, estoy pensando en otra persona.

Absolutamente *no* estoy pensando en Luke.

Muevo mi mano más rápidamente sobre mi miembro. El líquido preseminal aumenta, mezclándose con el agua.

Ojalá estuviera en la cama. Masturbarme en la ducha nunca ha sido lo mío. Los botes de champú, acondicionador y jabón siempre me han atormentado cuando he intentado hacerlo, recordándome que no estoy concentrado en lo que se supone que debo hacer.

Veo al tipo del vídeo deslizar sus dedos —más cortos que los de Luke— sobre su miembro. Estoy bastante seguro de que su polla

también es más pequeña que la de Luke, aunque no es una pregunta que pueda hacerle jamás.

Mi mente divaga hacia la sensación de Luke por la mañana. Recuerdo su grosor.

¿Y si me hubiera girado hacia él, en lugar de alejarme precipitadamente? ¿Y si no me hubiera apartado anoche, cuando sentí que me ponía duro cuando me envolvió contra su pecho, cuando estaba seguro de que en cualquier momento sentiría mi polla? ¿Y si en lugar de eso hubiera dejado que siguiera moviendo sus manos sobre mí? ¿Y si aún hubiera temblado, y él hubiera sugerido que nos besáramos, porque esa es otra forma de mantenerse caliente? ¿Y si hubiera succionado mi piel, succionado mis labios, succionado mi lengua?

Mis ojos se cierran y me pierdo en la fantasía de Luke reclamándome, envolviéndome con sus grandes brazos y no dejándome ir. De besarme una y otra vez. Casi puedo sentir su lengua de fantasía contra mis labios. Imagino sus manos apretando mi trasero, imagino sentir su erección presionando contra mi vientre, imagino que sugiere, quizás con timidez, quizás no, que se ocupará de mí, de nosotros.

Imagino su mano envolviéndome, su miembro tocando el mío, su lengua enredada con la mía, su otra mano agarrando mi trasero...

Y entonces exploto.

CAPÍTULO VEINTE

Luke

Un gemido bajo emana del baño, y mi cuerpo se pone inmediatamente alerta. ¿Era Sebastian?

Mis terminaciones nerviosas hormiguean, y mi polla, que ha estado más dura y palpitante de lo habitual esta mañana, se sacude.

Imágenes de un hombre desnudo con un rostro bonito y complexión delgada con gotas de agua cayendo por su cuerpo, sus mejillas rojas y sonrojadas, invaden mi mente.

Me imagino a Sebastian tocándose. Tomándose a sí mismo con la mano. Mi corazón se agita, irregular y descontrolado.

La ducha se apaga.

Probablemente lo imaginé.

Si acaso, el sonido probablemente fuera de alguna tubería o algo así.

Guardo silencio, como si pudiera escuchar el chapoteo de una mano moviéndose rápidamente sobre una polla dura, como si pudiera oír gemidos saliendo de una boca cerrada, la persona gimiendo demasiado perdida en sus propios pensamientos para ser consciente de los sonidos sexuales que emite.

Normalmente no estoy tan cachondo. Normalmente me río cuando mis compañeros de equipo hablan sobre su urgencia de embestir y correrse. Normalmente pienso que están exagerando, utilizando las mismas técnicas de impacto que los comediantes.

Pero quizás ese impulso siempre ha estado ahí, las capas dobles no lo hacen menos sórdido. Paso un dedo a lo largo de mi miembro. Dios, quiero correrme.

No hará falta mucho.

Tengo el horrible pensamiento de que si me corro, estaré pensando en Sebastian. Sebastian, a pesar de ser hombre. Sebastian, a pesar de que estoy en un programa de citas y debería estar pensando en futuras novias, no en pollas duras.

Se oyen movimientos en el baño por encima del zumbido del ventilador. Me lo imagino secándose con una de las toallas esponjosas de dentro, y desearía poder secarlo yo. Quiero darle calor, perseguir cada gota húmeda, frotar la toalla por su pelo mientras me mira parpadeando con sus brillantes ojos azules, con gotas de agua cayendo de sus largas pestañas, sus labios rosados, sus...

La puerta se abre.

Sebastian aparece, completamente vestido. Sus ojos recorren la habitación, y si no lo conociera mejor, pensaría que su expresión es culpable. Pero la única persona que debería sentirse culpable aquí soy yo.

No debería tener tales pensamientos sobre él. Está en mi habitación por su trabajo, y porque mi trabajo no pudo encontrarle su propia habitación. Durmió en mis brazos, y me dije a mí mismo que quería mantenerlo caliente, protegerlo del frío y la incomodidad.

Pero tal vez una parte de mí quería sentir su cuerpo contra el mío. Tal vez una parte de mí quería inhalar su aroma, incluso sin estar realzado por una colonia cara, incluso cuando todo lo que puedo oler es a él. Quizás quería sentir sus extremidades largas y delgadas y un trasero redondo y firme. Quizás también me habría encantado ver su polla. Encantado sentirla. Encantado probarla.

La mirada de Sebastian se vuelve extraña. Probablemente debería haberle saludado.

Le muestro mi mejor sonrisa. —Buenos días.

Me responde con una sonrisa temblorosa que quiero besar hasta sentir una sonrisa presionada contra mi mejilla y escuchar una risa ronca llegando a mis oídos. —El baño es todo tuyo.

Claro.

Me muevo, pero entonces pienso en mi polla. Mi dureza es super indecente. El tipo de dureza que tienes cuando estás a punto de penetrar a alguien. El tipo de dureza que podría hacerle pensar que estaba teniendo pensamientos indecentes. El tipo de dureza que podría incomodarle.

—Quizás, um, espere un poco.

—¿No quieres que bajemos a desayunar juntos?

Niego con la cabeza, culpable. —Adelántate tú.

—Pero... —Algo revolotea por su rostro, transformando sus facciones de asombro y preocupación a comprensión. Pero no el buen tipo de comprensión. Se da la vuelta, con los hombros menos erguidos de lo que estaban hace un momento—. No te preocupes. Iré yo solo.

Algo en esta conversación parece fuera de lugar, aunque este es el resultado que quería.

—Espera... En realidad...

Me mira, y me pregunto si notaría si llevara una almohada delante de mí camino al baño.

Sacudo la cabeza. —Estaré allí pronto. Te lo prometo.

Te lo prometo, pero sus mejillas tienen un tono más rosado que antes, y no encuentra mi mirada, como si todavía se sintiera culpable por alguna razón.

La única persona que debería sentirse culpable soy yo.

La puerta se cierra tras él, y cuando voy al baño, mi polla ya se ha ablandado, con una vergüenza ardiente abrasando cada célula.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Sebastian

La casa adosada de Back Bay brilla y resplandece. Hago un gesto con la cabeza al equipo de cámaras y voy a buscar a Ella. Me abro paso entre el elaborado árbol de Navidad y los arreglos de flores de pascua. Aquí es donde pertenezco.

Las mujeres están sentadas en círculo con pijamas navideños, sus pies abrigados por zapatillas de renos y pingüinos. Es cálido, acogedor y maravilloso.

—¿Has pensado en hacer películas navideñas? —le pregunto a Ella.

—Quizás eso podría ser algo para ti —dice ella—. Ya sabes que los presentadores cambian en estos programas.

—¿Qué se supone que significa eso? —me giro bruscamente, con el corazón latiendo más rápido que antes.

—Justo eso.

—Eso sonó ominoso.

—No viene de mí, cariño. Te quiero. Lo sabes, ¿verdad?

Asiento, pero sus palabras no son precisamente tranquilizadoras. Porque si no vienen de ella, pero aun así siente la necesidad de decírmelo...

—Ya conoces a Clark —dice—. Le gusta que las cosas se hagan a su manera.

—Protesté demasiado cuando anunciaron a Luke.

—Sí. Y estoy bastante segura de que sabías que estabas protestando demasiado. Fue raro.

Mis labios forman una línea recta, como la primera línea de infantería que sabe que va a caer, que sabe que será brutal, pero que no va a huir.

Puedo aceptar las críticas.

Soy un profesional.

Y Dios sabe que me convertí en un experto en recibir críticas en Ashcove.

—Pero le gustó el primer episodio, ¿no? —pregunto.

—Sí. Pero no enviaste mucho material de New Hampshire. Necesitas hacerle preguntas más difíciles a Luke en el futuro. Y ser más específico sobre las mujeres. Es por eso que la gente ve el programa. Hablaba de querer alguien que hubiera pasado por dificultades... ¿de qué iba todo eso? —Ella sacude la cabeza, mientras mi corazón late más rápido—. Ninguna de las mujeres ha pasado por dificultades. Tuve que volver a hablar con ellas y preguntarles sobre lo más difícil que les había pasado jamás, y créeme, no fue nada emocionante.

Fuerzo mis labios a sonreír. —Qué suerte tienen.

—Pero no tienes tanta suerte tú. Hazlo mejor la próxima vez. Lo digo en serio. No puedo protegerte para siempre. Cada nueva temporada que eres el presentador, más difícil es para Clark cambiarte: el público empieza a encariñarse. Clark podría querer acabar con esto ahora.

—¿Eso es algo habitual?

—Por supuesto que lo es. Incluso es algo que pasa aunque lo hagas increíblemente bien. Fred Astaire dejó de bailar con Ginger Rogers para mantener las cosas frescas y asegurarse de que el público todavía pudiera imaginarlo con otras actrices principales.

—Esa es una referencia antigua.

—Antigua pero cierta. Hollywood, cariño.

Asiento, pero el temor se desliza por mi interior. Dios, ¿y si Clark descubriera que dormí en los brazos del Señor Perfecto anoche? ¿O que pensé en el Señor Perfecto de maneras totalmente poco profesionales a la mañana siguiente en la ducha, con solo una pared separándonos?

¿Gemí cuando llegué al orgasmo? Creo que sí. Estoy seguro de que sí. Me tapé la boca con la mano después de hacerlo, con el corazón latiendo rápidamente, como si buscara un lugar donde esconderse.

Pero seguía esperando que Luke no me hubiera oído, que las paredes hubieran tragado todo sonido, aunque podía oír a Luke cepillándose los dientes anoche, y ese sonido es más suave que un gemido loco de placer.

Y luego él no quiso acompañarme a desayunar.

Había querido que me sentara a su lado en el desayuno el día anterior, pero hoy, ni siquiera quería bajar las escaleras conmigo.

Apareció más tarde, con el pelo mojado y mirada salvaje, cuando yo subía después de comer con Oskar y su padre.

Quizás no le gusta que pase tiempo con su entrenador o algo así. Pasé el viaje en autobús con Oskar. Ya veré a Luke pronto en el programa.

Esta noche es la primera cita grupal. Realizará actividades con tres mujeres, luego llevará a las otras dos a una cita romántica más tarde. Ya no estará revoloteando por la casa adosada, yendo de mujer en mujer como una abeja sobrealimentada, asegurándose de que todas estén felices, asegurándose de que yo esté feliz...

¿Vio Ella cuánto tiempo estuvo conmigo en el armario de coronas florales? ¿Se trata de eso? ¿Lo vio salir y volver con un plato de comida para mí, cuando podría haberlo hecho para cualquiera de las mujeres? Dios, debería haber controlado mejor mi nivel de azúcar en sangre. No debería sorprenderme tanto estar en presencia de un hombre guapo. Los Ángeles está repleto de ellos, y yo he estado actuando como un paleto del campo de Kansas en su primer día en la gran ciudad. Estoy bastante seguro de que incluso ellos no tienen piernas temblorosas y ojos inestables que inspiran a los hombres a traerles comida.

Ella revolotea por la habitación, asegurándose de que todo está listo para la cita grupal. La sigo lentamente.

—¿Quieres que entreviste a algunas de las concursantes?

—¿Lo harías? —Sonríe radiante—. Puedes hablar con Willow. Asegúrate de que no hable de cosas médicas. La gente en los foros está comentando. No se supone que sea tan obvio que estas mujeres no fueron elegidas para Luke.

—Por supuesto.

Encuentro a Willow y la llevo a la sala de entrevistas. Si a este programa no le va bien, si mi actuación no está a la altura, esta podría ser la última vez que soy el presentador.

No puedo permitir que eso suceda.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Luke

Algo pasa con Sebastian. Su sonrisa es brillante, sus ojos amables, pero cada vez que me ve se escabulle, consultando con los cámaras, los productores, incluso con el responsable de redes sociales.

Frunzo el ceño.

—Así que Luke... —comienza Flora—. ¿Cuándo aprendiste a patinar?

Cierto.

El patinaje.

Estoy en una cita de grupo. Intento sonreír a Flora, pero estoy bastante seguro de que me sale una sonrisa temblorosa o algo así, porque su frente se arruga.

Willow y Dahlia parecen igualmente perplejas.

—No recuerdo un momento en que no supiera patinar —admito —. Mi padre solía llevarme a mí y a mis hermanos a un estanque congelado cerca de nuestra casa. Columpios en verano, patines de hielo en invierno.

—Vaya, eso es increíble —dice Flora, y asiento, aunque estoy bastante seguro de que no hay nada particularmente increíble en la historia.

Es la cuarta vez que grabamos esta conversación.

Algo no va bien. Mi mirada intenta encontrar a Sebastian, pero ahora no puedo verlo por ninguna parte. Echo un vistazo al personal.

Ella, la productora, se ve menos burbujeante y efervescente que antes.

—¿Cuándo decidiste que querías ser patinador profesional? —pregunta Dahlia, desviando mi atención de un rubio inexpresivo a lo lejos.

—Bueno, creo que es bueno hacer aquello que se te da bien y que te interesa —digo—. Si me interesaran los dientes, tal vez me

habría convertido en dentista.

—Guay.

Estamos en el exterior, y el cielo es de un azul brillante que hizo que todos los cámaras y productores vitorearan hasta que presenciaron mi rígida conversación.

—No, eh, quiero decir que los dientes no sean interesantes —digo apresuradamente—. Probablemente sean fascinantes. Si te va ese rollo.

—No diría que me van —dice Dahlia, arrugando la frente del mismo modo que Flora.

—Muchos jugadores de hockey pierden los dientes —digo.

—¿Has perdido algún diente? —Willow se inclina hacia mí, también frunciendo el ceño.

—Bueno, no. Todavía no, al menos, pero podría ocurrir en cualquier momento.

Willow se retrae, como si estuviera imaginando una versión de mí sin dientes.

—Probablemente no serían todos —digo apresuradamente—. Quizás solo unos pocos.

—¿Unos pocos? —La voz de Willow suena más aguda que antes.

—Los discos se mueven rápidamente —digo—. Y los tiros... Un disco puede estar volando en el aire, dirigiéndose directamente hacia...

—Tus dientes —dice Flora, con los ojos muy abiertos.

—Exacto. —Asiento.

De alguna manera, las cosas parecen aún más incómodas que antes. Pensé que les gustaría hablar de dientes más de lo que les gusta.

Mi pecho se tensa y mi mirada vuelve a desviarse hacia Sebastian.

Flora se aclara la garganta. Cuando la miro, sus ojos están chispeantes.

Supongo que al menos ella apreció mis pensamientos sobre los dientes.

—¿Quién fue la última persona con la que saliste? —pregunta Flora.

Ella frunce el ceño, quizás preguntándose por qué Flora se ha salido del guion. Se supone que debemos estar hablando de patinaje sobre hielo, y después yo les daría una clase en Frog Pond, en el centro de Boston Common.

Me rasco la cabeza. —Probablemente Jessica.

La mirada de Willow se vuelve comprensiva. Es dulce, con aires de enfermera. —¿Qué pasó?

—Agradeceríamos que pudieras compartirlo —dice Ella—. Sé que debe ser difícil. Pero eso es lo que aman nuestros espectadores. Quizás una conexión emocional, íntima, es lo que necesitas para descubrir cuál de estas mujeres es tu verdadero amor.

Parpadeo, sin estar seguro de si lo dice en serio, pero luego decido que no importa de todos modos.

—La pillé con uno de mis compañeros de equipo —admito.

Las mujeres se echan hacia atrás, horrorizadas.

—¡Eso es terrible! —exclama Flora.

—¡Espantoso!

Muevo las piernas, arrepintiéndome ya de haber dicho algo. Los productores parecen más felices, y bueno, eso probablemente es algo.

Incluso Sebastian está mirando en mi dirección, y de alguna manera, es ese pensamiento el que hace que la calma fluya a través de mí, como si un monje entusiasta me arrojara incienso.

—¿Sigue en tu equipo? —pregunta Dahlia, con los ojos muy abiertos.

—¿Axel? —Mis cejas se disparan hacia arriba—. Eh, sí.

Ella sonríe.

Mateo sonríe.

Aisha sonríe.

Los ojos de Sebastian se abren con preocupación, y se me ocurre que quizás esto podría comentarse.

Genial.

Primero no estaba siendo lo suficientemente interesante en el programa, y ahora he superado eso con creces.

—¡Está bien! —digo rápidamente.

—¿No estás enfadado con Axel? —pregunta Willow.

—¿Por qué iba a estar enfadado con Axel? —Frunzo el ceño—. Axel es un tipo estupendo. Gracioso y excelente en el hockey. —Asiento varias veces para enfatizar ese punto—. Sin rencores en absoluto.

—Pero eso tiene que romper el código de hermanos —dice Flora, aunque no parece tan incrédula como las demás.

Me encojo de hombros. —Eh, supongo. Pero Axel me dijo que pensaba que ya habíamos roto, así que no importaba.

—¿Por qué pensaría eso? —Willow mira a su alrededor, como para comprobar si los demás están igualmente confundidos.

—Supongo que no hablaba mucho de ella. —La culpa me invade, pero no estoy seguro de haber hecho nada malo.

Sebastian se aclara la garganta, y su cara está más oscura que antes. —Corten.

Las cejas de Ella se disparan hacia arriba. —¿Corten? ¿Estás loco? ¡Esa fue la primera cosa interesante en este programa!

—Estoy seguro de que Luke no pretendía revelar esas cosas privadas. Está cansado.

—¿Quieres que lo envíe a dormir la siesta? —pregunta Ella, más enfadada de lo que jamás la he visto.

—Quizás —dice Sebastian.

Me levanto. —No necesito una siesta.

Todos me miran, y mi cara se enciende. Vale, quizás esa no ha sido mi declaración más madura. —Lo siento. Son las dos de la tarde. Estoy bien.

—Intento ayudarte —dice Sebastian.

—No necesito tu ayuda. —Frunzo el ceño y soy consciente de que estoy siendo hosco, pero no me importa—. Quizás deberías haber prestado más atención antes.

A Ella se le cae la mandíbula, pero Flora parece presumida por alguna razón. Flora susurra algo al oído de Willow, y ahora ambas me están mirando como si fuera un meme gracioso sobre salud o algo así.

La mirada de Dahlia va de Flora a Willow como en un partido de ping-pong, luego se inclina hacia ellas. Todas están susurrando

juntas, entonces Dahlia se pone la mano sobre la boca y suelta una risita.

Raro. Muy raro.

Dirijo mi atención a Sebastian, porque, seamos sinceros, su opinión es la que más me importa.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Sebastian

Ella y Mateo definitivamente no van a dejar pasar esto, y se me cae el alma a los pies. Ambos muestran el entusiasmo de los instructores de aeróbic de vídeos caseros de los años 80 a punto de lanzarse a la última ronda de ejercicios de step.

—¡Esto es oro! —exclama Ella.

—Ajá —Mateo teclea en su móvil. Me enseña la foto de un hombre corpulento con una camiseta azul—. Este es su compañero de equipo que le robó la novia.

—Luke dijo que no fuéramos a por él.

—Luke contó esa historia delante de cámaras que están grabando.

—Hablo en serio —digo.

—Yo también —Ella tiene el ceño fruncido y, sí, realmente parece seria.

—Qué pena que ya lo haya publicado en redes sociales —dice Mateo con picardía, haciendo un encogimiento de hombros despreocupado que inmediatamente detesto.

Mis manos se tensan.

Es demasiado tarde.

—Lo has publicado mientras hablábamos —protesto.

—Te voy a llevar a cenar, Mateo —anuncia Ella—. ¿Has comido caviar alguna vez?

—Chicos, esto es grave —suplico.

—Ya está hecho —dice Mateo, mirando su móvil—. Ya está recibiendo muchos comentarios.

—Prometí a los Blizzards que no interferiría en sus partidos.

—Cariño, si este tal Axel se acostó con la novia de Luke, ¿no crees que merece un pequeño escarmiento? —pregunta Ella.

Abro la boca y luego la cierro.

Ella me lanza una mirada significativa.

—Creo que lo que intentas decir es "de nada".

—No puedo imaginar a nadie engañando a Luke —digo.

Mateo resopla y Ella sonríe. Aunque ella ha estado de buen humor desde que Luke reveló esa información sobre su ex novia.

—Eso ya lo sabemos —explica Mateo.

Asiento.

—La infidelidad es mala.

Los dos se ríen más.

—¿Qué pasa?

—Tú nunca le serías infiel, ¿verdad? —los ojos de Ella bailan, y mis órganos chocan entre sí, como si estuviera en la pista con defensas abalanzándose sobre mí sabiendo que soy tan incompetente como parezco.

Lo saben.

Estoy seguro de que lo saben.

—Bueno, supongo que es guapo —intento fingir indiferencia.

No funciona, a juzgar por las risitas, que estoy bastante seguro de que indican eso.

—Es un diez sobre diez —dice Mateo.

Mi mirada se dirige hacia Luke. Está ayudando a las chicas a patinar. Aisha está merodeando detrás de las cámaras, con cara de felicidad. Y sí, definitivamente es un diez sobre diez.

Sus pómulos están perfectamente cincelados, un lugar donde se posa la luz y se aferran las sombras por debajo, y sus mechones son del tipo de oro que la gente solía robar en los cuentos de hadas. Sus ojos son grandes y azules, brillan con comprensión y compasión, aunque he visto esos mismos ojos destellar con frialdad cuando pertenecían a su hermano mayor. Sus extremidades son largas y musculosas, y sé lo reconfortantes que se sienten cuando estoy envuelto en ellas, del mismo modo que sé lo definidas que están cuando posa para fotografías comerciales.

O cuando se desnuda.

Como en New Hampshire.

Mis pestañas se cierran. Si me concentro, casi puedo oler su aroma. Limón y algodón y...

Un ataque de risitas estalla a mi alrededor. Abro los ojos.

—Eso ha sido más de sesenta segundos —Mateo me muestra la aplicación del cronómetro en su teléfono.

—¿Me estabas cronometrando?

—Te habríamos observado más tiempo, pero algunos tenemos que trabajar —dice Ella con ligereza.

—Tío, estás completamente pillado por él —dice Mateo—. ¿Sabes cuántas veces miras a Luke y luego no dejas de mirarlo fijamente? Es obvio.

—Y-yo no hago eso.

—Sí, a veces ni siquiera lo miras, y básicamente ese es tu trabajo —dice Mateo—. También es extraño.

—Bien dicho, Mateo —Ella le da un puño.

Dios, odio a mis compañeros de trabajo.

—No estoy colado por el Sr. Perfecto —les fulmino con la mirada a ambos, pero nada les quita la diversión de sus caras.

—Está bien —dice Ella—. Tenía que pasar en algún momento. No pensé que sería con un jugador de hockey, dadas todas tus quejas sobre los deportistas.

—Esas quejas siguen siendo legítimas.

—Los dos también pensamos que es mono —dice Mateo—. Solo que no nos quedamos mirando al vacío con los ojos vidriosos.

—Creo que el término oficial es "ojos de ternera" —declara Ella.

Le lanzo una mirada de enfado y ella se encoge de hombros con inocencia.

—¿Qué? Fui estudiante de filología inglesa en UCLA. Leí mucha literatura del siglo diecinueve.

Ella se dirige hacia los patinadores.

—Voy a ver cómo están.

—Sabes, él también te mira fijamente —dice Mateo, frunciendo el ceño—. ¿Estás seguro de que él es...

—No lo es —digo bruscamente.

Quizás Luke me gusta más de lo que debería. Es decir, mi comportamiento en la ducha lo confirmó. Pero Mateo está equivocado respecto a Luke.

No le gustan los hombres.

Es amigo de hombres en relaciones homosexuales. Si quisiera a un hombre, estaría con un hombre. Simple. No estaría conmigo.

No, es heterosexual.

Si a veces me mira fijamente, es porque está intentando averiguar a quién le recuerdo. Un hecho que podría ocurrírsele en cualquier momento. Un hecho que será cada vez más incómodo de explicar.

Debería haberle dicho quién era antes de meterme en la cama con él, antes de dejar que me atrajera contra su cuerpo, antes de dejar que me presentara a sus amigos.

Aprieto los ojos.

Mateo está equivocado. Completamente equivocado.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Luke

Me gusta patinar en Frog Pond. Me muevo despacio por el bien de las mujeres, enseñándoles algunos movimientos. —Así que ya veis, patinar no es difícil.

—Yo ya me he caído —dice Dahlia con pesar.

—Eso es señal de que estás más cómoda en el hielo. Sabes lo peor que puede pasar. Y sabes que lo siguiente que debes hacer es simplemente volver a levantarte.

Dahlia asiente, como si le estuviera revelando secretos cual anciano barbudo con túnica sujetando tablas de piedra.

—Pan comido —digo.

—Buen trabajo, chicos —dice Aisha.

Espero que diga que podemos dar el día por terminado. En cambio, frunce los labios. —¿No es cierto que uno de los chicos que se unió recientemente a tu equipo tuvo un debut terrible en la NHL?

Se refiere a Noah, y me tenso.

—No me siento cómodo contando esa historia ante las cámaras —digo, y Aisha parece decepcionada.

Ella se une a mí, toda eficiencia y diligencia, y Sebastian se apresura tras ella. Sus mechones rubios vuelan con el viento; la gomina, la espuma y cualquier otro producto mágico que vi en el lavabo de New Hampshire obviamente no son rival para las ráfagas del invierno de Boston.

Los cámaras querían limitar el número de productores cuando filmábamos la parte del hielo, pero me gusta cuando él está cerca. Me tranquiliza más. Probablemente porque lo conozco un poco.

Sonrío, aliviado, y Flora se ríe. También lo hace Dahlia. Y Willow.

Frunzo el ceño porque debo estar más distraído de lo que pensaba. Me he perdido por completo lo que han dicho, y mucho menos un chiste.

—¿Ha pasado algo? —pregunto.

Willow niega con la cabeza. —No, solo estamos en un programa sobre encontrar el amor verdadero.

Las otras mujeres vuelven a reír, y lanzo una mirada preocupada. ¿De quién creen que me he enamorado? ¿De Dahlia porque estaba hablando con ella sobre caerse?

Las mujeres son extrañas.

Pero entonces Sebastian está a mi lado, y todo vuelve a ser maravilloso.

—Deberíamos, eh, tener una reunión de producción —dice Sebastian—. Disculpadnos, señoritas.

—¡Disfrutad! —exclama Flora, y las mujeres sueltan risitas.

—Están de buen humor —digo, perplejo—. Supongo que les gusta patinar.

—Ajá. —Sebastian parece distraído. Sus dedos tiemblan, y quiero agarrarlos entre mis manos para calmarlo—. T-tengo que decirte algo.

—Vale. Claro. —Me pregunto qué puede hacer que su mirada salte así. Dirige su mirada hacia Ella, que está frunciendo el ceño.

Qué raro.

—Vamos, eh, a esa esquina.

Caminamos hasta el borde del hielo.

—¿Qué pasa? —pregunto—. ¿Estás bien?

Parpadea, luego niega con la cabeza con determinación. —Estoy bien.

—Bien. —El alivio me invade, y le sonrío ampliamente.

Sin embargo, no me mira a los ojos, y aunque sé que el hielo probablemente sea interesante para alguien como él, no debería ser tan interesante.

—¿Patinas? —pregunto.

Frunce el ceño.

—Aisha llevaba patines. Tú y Ella no. Pensé... quizás no sabes cómo. Puedo enseñarte.

—¿Quieres enseñarme a patinar?

Asiento. —Sí. Todo el mundo debería patinar.

—Eso es amable. —Su piel se sonroja—. Podría dar a la gente la impresión equivocada.

—¿Podrían pensar que eres mejor patinador de lo que realmente eres? No soy un profesor titulado. No creo que eso corra el riesgo de ocurrir.

—La información sobre ti y Axel ya ha sido publicada —dice Sebastian rápidamente.

Me echo hacia atrás.

Él también.

—¿Ya?

Sebastian asiente con tristeza. —El responsable de redes sociales lo publicó.

—Oh. Bueno, supongo que tiene sentido.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que probablemente sea el tipo de cosa que haría que la gente estuviera ansiosa por, eh, sintonizar el próximo episodio.

—¿No estás enfadado?

—Solo me enfado cuando el otro equipo tiene el puck —digo—. E incluso entonces, lo entiendo. Solo quiero recuperarlo.

Frunce el ceño, como si estuviera hablando un idioma extraño, que quizás lo sea para él.

—Lo entiendo —dice—. Y no creo que a Axel le importe. No le molesta su reputación de jugador.

—P-pero...

—Le mandaré un mensaje para avisarle.

Sebastian asiente. —Vale. Puedo darte tu móvil.

—Gracias.

Sebastian se da la vuelta, luego se detiene. —Eres realmente genial, Luke.

Lo miro, confundido.

—Espero que encuentres el amor verdadero.

Asiento, y él se da la vuelta. Lo observo mientras se aleja, con el corazón acelerado, preguntándome por qué todo se siente tan mal.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Luke

—Es el Sr. Perfecto más soso que ha existido jamás... —la voz de Jason llega hasta mí mientras entro en el vestuario.

—Mierda —dice Troy, al darse cuenta de mi presencia.

—¿Estabais hablando de mí, Jason? —pregunto.

—Tengo que ir a un masaje. —Jason pasa rápidamente por mi lado.

La puerta se cierra tras él. Miro a Troy, miro a Finn, miro a Noah, miro a Dmitri. —¿A qué se refería?

—No es importante —dice Finn rápidamente—. ¿Quieres asegurarme?

—¿Y quitarle a Noah su actividad favorita del gimnasio? —Sonrío —. Ni hablar. Soy el Sr. Perfecto, no el Sr. Monstruo.

—¡Eh! ¡No me gusta solo asegurar a Finn! —exclama Noah.

—Sí, pero te encanta hacerlo —digo.

—Esto parece una peli porno cuando le aseguras —dice Troy.

—Bueno, no del tipo que tú ves —dice Noah.

Troy se da la vuelta, y por un momento, mis cejas se fruncen.

—En realidad, nadie ve porno —digo.

Todos me miran fijamente.

—¿Nadie? —pregunta Dmitri, con una ceja levantada y una sonrisa socarrona.

—Sí. Solo dicen que la gente la ve para vender suscripciones o lo que sea.

Los chicos intercambian miradas desconcertadas.

—¿Estás diciendo que tú no ves porno, Luke? —pregunta Finn, entrecerrando los ojos—. ¿Nunca?

—¿Sí? —Por alguna razón, la conversación está haciendo que mi corazón lata más rápido de lo que debería—. Quiero decir, es una conspiración, ¿no?

—Bueno... —Finn frunce los labios—. No exactamente.

—Es un negocio de miles de millones, tío —dice Noah, rodeando la cintura de Finn con el brazo. Se miran mutuamente con más amor del que deberían, considerando de lo que están hablando.

—Quiero decir, por eso le dicen a la gente que es popular, pero ¿quién quiere ver eso en realidad?

—Mucha gente —dice Dmitri—. Países enteros de gente. La mitad del planeta.

—Eh, las chicas también lo ven —dice Finn—. He estado con muchas chicas que...

Noah le pisa el pie, y la cara de Finn palidece.

—¡Lo siento, cariño! —dice Finn—. ¡No quería decir eso, mi Dulce Puck!

—¿Por qué se llaman así? —pregunta Dmitri.

—Porque están enamoraditos... —se ríe Troy.

Dmitri pone los ojos en blanco. —Puaj.

—Te pasará a ti algún día.

—¡Ja! Soy ruso. ¡Resisto las tonterías! Soy hombre serio.

—¿Quieres decir que estarás seriamente enamorado? —bromea Finn.

—Tonterías. —Dmitri me señala—. ¿Pero cómo eres tú el Sr. Perfecto? ¡Yo soy más guapo y no soy soso!

Troy y Noah intercambian miradas tímidas.

—Me habría encantado verte como Sr. Perfecto —digo—. Habrías estado genial.

—Lo sé. —Dmitri se encoge de hombros con modestia, pero su pecho está mucho más hinchado que antes—. Puedo darte consejos.

—Luke no necesita consejos —dice Troy, pero todos saben que sus palabras están más basadas en la lealtad que en la verdad.

—Por supuesto que necesita consejos. —Dmitri levanta su móvil —. ¿No has leído lo que dice la gente sobre él?

—¿Están hablando de mí? —Niego con la cabeza.

Estaba obsesionado con *Buscando al Sr. Perfecto* antes de unirme. Lo veía todo el tiempo. En realidad, no me sorprende que la gente esté hablando de mí.

—¿Qué están diciendo? —Se me encoge el pecho cuando pregunto, pero vamos, me he enfrentado a cosas más aterradoras

que unos comentarios.

No importa lo que diga la gente.

Sé que no importa.

Pero mis pulmones siguen expulsando el aire en ráfagas cortas de todos modos.

—Eres Sr. Perfecto de madera. Sr. Perfecto Cascanueces. Apropiado para Navidad, ¿no crees?

—Eh...

—Podrían llamarte cosas peores —dice Dmitri, asintiendo con tanta sinceridad que le creo absolutamente—. Pero puedo enseñarte. Eres malo ligando. Nunca bueno. No como Dmitri.

Finn cierra los ojos. —¿Tienes que hablar de ti mismo en tercera persona, Dmitri?

—Vale. Pero sigo sin tener problemas con las mujeres.

—Luke no tiene problemas con las mujeres —dice Noah.

—¡Tiene un problema enorme! Hablan con él cinco minutos y luego se enrollan con los novatos. Por eso está en el programa, ¿no? No puede encontrar el amor.

Noah parece ligeramente enfermo. Me pregunto si alguna vez le dirá a Dmitri que él y Troy me inscribieron.

—Pero las mujeres necesitan pensar que estás interesado en ellas. En cambio, el hashtag tendencia con el programa es "SELUKE". —Frunce el ceño—. ¿Qué significa eso?

—¡Espera! ¿En serio? —Troy se lanza a por el teléfono de Dmitri, pero Dmitri lo levanta alto—. Tienes tu propio teléfono.

—Vale. —Troy busca en su teléfono, luego su mandíbula cae, antes de que rápidamente recomponga su rostro con su habitual expresión jovial—. #SELUKE es un gran fenómeno. Eres tendencia, tío. —Sonríe con suficiencia—. Bueno, no solo tú.

—No lo entiendo —digo—. ¿Qué significa SELUKE?

—Lo entiendes —dice Troy, sonriéndome.

—Os están emparejando —dice Noah.

—No lo entiendo —dice Finn.

Noah le susurra al oído a Finn.

—Oh. —Los ojos de Finn se agrandan—. Si alguna vez quieres hablar, estoy aquí para ti, tío.

—¿Qué significa SELUKE? —pregunta Dmitri.

—Mira el fan art —dice Noah.

—Están publicados en muchos de los comentarios.

Dmitri frunce el ceño, luego se ríe. —Eres terrible en este programa de citas. Piensan que tienes más química con el presentador. —Se encoge de hombros—. No te preocupes, lo entiendo.

—¿Lo entiendes? —Noah junta las cejas.

—Tienes más química con este Sebastian porque es hombre.

—Eso es bastante comprensivo de tu parte, Dmitri —dice Noah—. No sabía que tenías una mente tan abierta.

Dmitri asiente. —Tengo muchas cualidades excelentes. ¿Bueno en mallas, verdad?

Parpadeo, pero por alguna razón, Noah está asintiendo.

—Dmitri es un hombre del Renacimiento —explica Noah.

—Luke está acostumbrado a pasar tiempo con chicos. Yo soy chico. Finn es chico. Noah es chico. Troy es chico —se encoge de hombros—. Pero las mujeres también son geniales. Guapas. Suaves. Huelen bien —tiene una expresión lejana en el rostro, como si estuviera contemplando todas las grandes cualidades de las mujeres.

Troy resopla. —Al menos alguien aquí es heterosexual.

—Y tú —digo yo.

—Eh, sí —Troy agarra unas pesas y las coloca de nuevo en el soporte—. Debería, um, ver si puedo conseguir un masaje.

—¿Y tú también, verdad? —pregunta Finn, mirándome de forma extraña.

—¿Qué?

Noah le da un codazo, y Finn parece avergonzado.

Qué raro.

—¿Cuáles son tus consejos para ligar? —le pregunto a Dmitri.

—Ah. Tengo muchos consejos increíbles —suspira—. Haz que la mujer se sienta especial. Míralas a ellas, no al presentador.

—No es mal consejo —admite Finn.

—Es consejo excelente —dice Dmitri con severidad—. Es consejo de mí.

—Halaga su pelo —añade Dmitri.

—No está mal —dice Noah.

—No necesito que aprendas técnicas de ligoteo —gruñe Finn.

—Te halago el pelo todo el tiempo, cariño —dice Noah—. Bonitos mechones castaño dorados. Sedosos.

—Puedes tocarlo si quieres —dice Finn, y Noah ronronea.

Dmitri asiente sabiamente. —¿Ves? Mi consejo es excelente.

—Quizás Luke prefiere hablar con el presentador —dice Noah.

—Y está bien si lo haces —dice Finn rápidamente—. Completamente bien.

—Por eso vuestro consejo es terrible. No escuches a estos hombres gays —dice Dmitri, y luego sale de la habitación.

—¡Bisexuales! —grita Finn. Suspira, y luego me dedica una sonrisa suave—. Cuando quieras hablar.

—Estamos hablando ahora.

—Sí, pero...

Noah pisa el pie de Finn, y luego entran en una especie de competición de cosquillas. Yo me quedo en mi banco, frunciendo el ceño.

¿La gente cree que tengo más química con Sebastian?

—Le conozco mejor, eso es todo —digo.

Noah y Finn detienen sus cosquillas y me miran fijamente.

—Y durmió en mis brazos —digo—. Probablemente ocurrió alguna reacción bioquímica.

—¿Durmió en tus brazos? —balbucea Finn.

—No había electricidad en el hotel. ¡No iba a dejar que tiritara!

—¿Le habrías dicho al Entrenador o a Dmitri que durmieran en tus brazos? —pregunta Finn.

—¡Por supuesto que no!

Espero a que Finn o Noah se rían de nuevo, pero en lugar de eso sus miradas se vuelven comprensivas, y de alguna manera eso es peor.

El programa se une a mí en Montreal mañana, y la incertidumbre me invade.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Sebastian

La nieve resplandece en montones a ambos lados de las calles adoquinadas del Viejo Montreal, hileras de luces blancas centellean entre los edificios, y el vapor se eleva desde los pasajes subterráneos hacia el anochecer violeta.

—¡No puedo creer que estemos en Montreal! —chilla Dahlia, y las otras chicas aplauden con el mismo entusiasmo.

Algunos canadienses nos miran fijamente, poco acostumbrados a las cámaras y un equipo siguiendo a tres mujeres preciosas.

Willow, Dahlia y Flora son las mujeres que quedan. Me despedí de Katie y Greta después de un frío tour en el duck tour. El viento cortante de Montreal mantiene las calles despejadas para nosotros, y las mujeres tienen las mejillas sonrosadas bajo sus pesados abrigos acolchados que les llegan casi hasta el suelo. El cielo es de un sombrío color gris metálico. Sería demasiado esperar un azul más brillante y favorable para las cámaras. Pero las mujeres parecen suficientemente intrigadas por los edificios de piedra en colores pastel que bordean Montreal, exclamando sobre su similitud con Europa, ese continente del buen gusto.

Luke está ausente, un hecho en el que no nos detenemos. Lo verán en el partido de esta noche, y con una buena edición, todos podremos fingir que Luke también les mostró Montreal.

Finalmente, es hora de que vean su primer partido de hockey. Hacemos que se reúnan con las WAGs, quienes les cuentan sobre la vida casadas con un jugador de hockey.

—Puede haber lesiones —dice una.

—Y largas horas —dice otra.

—Bueno, los médicos también tienen horarios largos —responde Willow.

Ella frunce el ceño. Willow, Dahlia y Flora fueron elegidas por su potencial compatibilidad con un cardiólogo, y a veces les resulta

difícil fingir el entusiasmo apropiado por estar potencialmente casadas con un deportista profesional.

El partido comienza, y Luke está increíble.

Incluso el espectador de hockey más desinteresado lo nota de inmediato. Luke vuela sobre el hielo, como si tuviera alas, no cuchillas, en sus pies. No puedo apartar mis ojos de él. Solo cuando me doy cuenta de que las mujeres están observando cómo el disco se desliza y salta por el hielo, se me ocurre que probablemente debería mantener mis ojos en algo que no sea Luke Hawthorne.

La tarea es casi imposible.

Incluso envuelto en protecciones y un casco, es perfecto. Sus mechones rubios pueden estar cubiertos, sus ojos azules pueden estar ocultos por el grueso plástico frente a él, una voluminosa camiseta puede estar sobre su cuerpo, y puede llevar un material similar a pantalones cortos en la parte inferior... pero es increíble.

Es elegante y amable en el hielo, observador y rápido.

Me inclino hacia delante.

A veces, creo que me nota en las gradas. A veces, creo que sus ojos se encuentran con los míos, y sonríe.

Probablemente sea mi imaginación. Está tan lejos, y solo está mirando en la dirección general de las cámaras porque es un buen hombre.

Se produce un altercado, y Luke cae al suelo.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Sebastian

Frunzo el ceño, confundido.

—¿Qué ha pasado? —Mi estómago se retuerce, el ácido se derrama por él, aunque sé lo que ha pasado. Vi lo que pasó.

Le han golpeado.

—Estará bien. Ya verás —Flora frunce el ceño—. Probablemente.

Pero por supuesto, es algo grave.

Está herido.

No hay nada más terrible. Nada más devastador.

¿Por qué no se levanta? Necesita levantarse.

Pero no lo hace.

Al final, los médicos corren hacia él. Y finalmente, después de diez angustiosos segundos, se mueve.

Dios mío.

—Está bien —digo—. Va a estar bien.

Flora me lanza una mirada comprensiva.

—Sí, va a estar bien.

Sin embargo, no se queda en el hielo, y tampoco se une a su línea en el banquillo. Mis dedos tiemblan, y entrelazo mis manos. El mundo se difumina y gira.

Por favor, que esté bien. Por favor, que esté bien. Por favor, que esté bien.

Flora frunce el ceño, luego se inclina hacia mí, susurrándome al oído.

—Las cámaras probablemente están captando tu reacción.

Mi estómago da un vuelco.

—¿Qué quieres decir?

—Creo que a él también le gustas. ¿Por qué no vas a ver cómo está?

Me pongo tenso. Nuestra conversación ha pasado de lo inapropiado a lo absolutamente inapropiado. Flora es una concursante. Y está hablando de nosotros como si...

Debería decirle que está completamente equivocada. Pero lo único en lo que puedo pensar es que quiero ir a verle.

—No soy un familiar.

—¿Hay algún familiar suyo aquí?

Niego con la cabeza.

—Puedes decir que es algo relacionado con el programa —dice Flora, haciendo un gesto casual.

—¿Por qué piensas que quiero verle? —Mi voz suena cortante.

Dios, lo saben.

—Vosotros dos sois un hashtag de moda —dice Flora.

—Se supone que no deberías estar mirando las redes sociales —refunfuño.

—Ups —Flora muestra una sonrisa tímida—. Supongo que tenía dos móviles o algo así.

—No se lo digas a nadie —digo.

—Es solo un... flechazo —Odio cómo se siente esta palabra en mi boca. Odio cómo se siente en mi lengua. Odio cómo quema mi boca, como si estuviera tragando fuego o algo así.

Me siento como un niño de diez años cuando lo digo. Porque mi alma sabe que es más. Lo que sea que siento por Luke, y nada de ello, hay que afrontarlo, es bueno, es fuerte. Me siento arrastrado a un remolino, llevado a un mundo extraño, rodeado de peces, cuando estoy acostumbrado a mamíferos, y de coral, cuando estoy acostumbrado a plantas.

Alicia, una de las WAGs, levanta la vista de su teléfono.

—Necesitas bajar ahí. Te está llamando.

Ella y Mateo fruncen el ceño, pero yo ya estoy de pie.

—Probablemente esté preocupado por el programa —dice Flora, aunque ese no es en absoluto su trabajo. Ella es una concursante.

Asiento de todos modos.

—Sí. Lo tranquilizaré.

Y luego me apresuro a salir, antes de que Mateo pueda sugerir que grabe todo o algo así. Corro por los túneles de servicio de hormigón debajo del estadio, iluminados por duras luces fluorescentes. Mi pase de prensa me permite pasar la seguridad, pero mi corazón late con fuerza mientras me acerco al último

control, sabiendo que Luke está esperando en algún lugar más allá de esas puertas de acero, herido y solo mientras el partido continúa sin él arriba.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Luke

El dolor inunda mi cuerpo, asentándose en cada célula y convirtiéndolas en ácido. Estoy en una mesa de exploración. Intento marcharme.

—¡Espera! —la Dra. Novak corre hacia mí—. Vuelve a tumbarte. No estás en condiciones de volver al hielo.

La miro parpadeando. —Lo sé.

Sus cejas hacen una especie de movimiento hacia arriba, y desearía que se quedara quieta, porque mi cabeza ya duele y el mundo ya está dando vueltas.

—Quédate quieta —murmuro.

Ella suspira. —Vuelve a tumbarte, Luke. No puedes jugar.

—No intento jugar —refunfuño—. Intento...

—¿Qué necesitas?

—Sebastian.

—Yo... —revisa sus papeles—. ¿Es Sebastian tu contacto de emergencia? Tengo a tu hermano Bryce apuntado...

—¡No! ¡Bryce no! No puede venir. Está en Massachusetts.

—¿Sebastian Archer? —Aunque mi cabeza está palpitando, aunque la información se mueve por mis venas y vías neuronales lentamente, como si estuviera forzando lodo a través de mi cuerpo, recuerdo su nombre—. El que hace el programa de televisión.

—Oh, Dios, sí. —La Dra. Novak me da una sonrisa brillante—. Es el rubio flacucho.

Frunzo el ceño, porque estoy bastante seguro de que esa no es una buena descripción de él. Niego con la cabeza. —No.

—Oh.

—Esbelto —explico—. Cara como de... muñeco. Grandes ojos azules. No demasiado juntos. Perfecto.

La cara de la Dra. Novak se vuelve alarmada. Espero que no piense que estoy peor de lo que dijo.

—No es grave, ¿verdad? —señalo mi cabeza.

—¿El dolor? Vas a estar bien, Luke. Te lo prometo. Solo necesitas mucho descanso. No puedo autorizar tu vuelo de regreso. Volar podría no ser bueno para ti ahora mismo.

—Necesito... a Sebastian.

Ella asiente. —He avisado al grupo de WAG para que le digan que baje.

—No conoce bien los estadios de hockey. Se perderá.

Sonríe, y sus ojos se suavizan. —Creo que le veo ahora, Luke.

La miro frunciendo el ceño, porque no puedo ver a nadie, pero hace una especie de gesto con la mano, y Sebastian aparece frente a mí.

Sus ojos azules están redondos de preocupación, y creo que tal vez está temblando, pero quizás es mi cabeza la que hace que todo se vea agitado.

—Estoy bien —le prometo—. Voy a estar bien.

—B-bien.

Mierda.

Lo he preocupado. Quizás no debería haberle pedido que viniera aquí. Quizás eso le ha preocupado más.

Sigue temblando, como una hoja de otoño que sabe que va a ser arrancada del árbol que ha adorado y donde ha pasado su vida, solo para caer sobre el asfalto, ser aplastada por los coches, antes de ser finalmente barrida a una bolsa de basura e incinerada.

Agarro su mano, aferrándola con la mía. —Estoy bien.

Sus ojos se redondean, luego sus labios se curvan hacia arriba. Brillan, y me pregunto si lleva bálsamo labial. Sebastian probablemente sabe qué ponerse cuando hace frío y está seco. Sabe cómo verse perfecto.

—Me alegro —dice Sebastian.

Paso un dedo por su palma. Es más pequeña que la mía y mucho más suave. —Suave.

—¿Sí? —Me sonríe, y sus ojos flotan hacia arriba, como si me estuviera viendo a mí y a algo aún más agradable, algo que le hace sonreír.

La Dra. Novak sonríe. —Veo que os habéis hecho buenos amigos.

La cara de Sebastian palidece, y niega con la cabeza.

Me gustaba más su primera expresión.

Sebastian suelta su mano, alejándola de mí. Probablemente es bueno no insistir en seguir agarrándolo, pero frunzo el ceño, como si hubiera estado llevando mi jersey favorito y alguien me lo hubiera quitado contra mi voluntad.

—Luke probablemente se preguntaba dónde estaba yo por el programa —dice Sebastian con esa voz compuesta de televisión—. Es extremadamente dedicado. En Falcon Productions estamos muy entusiasmados de trabajar con él. Es un verdadero placer. Estoy, um, honrado de poder ayudarle en su camino para encontrar el amor verdadero.

—Bueno. Me alegro de que hayas venido —dice la Dra. Novak.

—¿Va a estar bien? —Sebastian le pregunta a la Dra. Novak.

—Estará bien.

—Eso es genial. Magnífico. ¿Podrá volver a jugar?

—No debería haber ningún problema.

El alivio se extiende por su rostro, y me sonríe de nuevo, antes de que su cara se vuelva solemne, como un hombre sonriendo accidentalmente en un funeral. Un tono rosado mancha sus mejillas. —En Falcon Productions queremos transmitir nuestro máximo alivio y buenos deseos.

—Pero no está completamente recuperado —dice la Dra. Novak.

—Oh. —Desliza su mirada hacia mí, frunciendo el ceño, como si tal vez la sangre estuviera brotando de mí o algo así y aún no se hubiera dado cuenta.

—Luke tiene una conmoción cerebral. Necesitará que alguien lo cuide. Puede ser uno de los médicos, o puede ser un amigo.

Me mira cuando dice la última palabra.

—Sebastian me cuidará —digo.

Ella asiente. —Eso pensaba.

Los ojos de Sebastian se ensanchan, lo cual está mal. Eso no debería suceder. No debería parecer que está buscando una razón para no cuidarme. No debería verse ansioso. No debería verse asustado.

Quiero alcanzar su mano de nuevo, pero eso no funcionó tan bien la última vez, y tal vez Sebastian es simplemente muy tímido.

Era tímido en la escuela, aunque ahora finge no serlo, cuando todas las cámaras están sobre él y toda América lo está viendo, y da sus pequeños discursos sobre el amor de esa manera tranquila e inspiradora.

—Luke probablemente quiere que uno de sus amigos lo cuide.

La Dra. Novak parece decepcionada. —Los otros chicos tendrán que volar de regreso a Boston esta noche. No puedo pedirle a alguien más que se quede. La nieve siempre es un problema, y no quiero que más de un jugador potencialmente pierda su vuelo. Luke es importante para el equipo, y nuestra prioridad es mantenerlo saludable, pero...

—Entiendo. —Sebastian me mira—. Pero...

—Por favor —suplico.

Su cara se desmorona. —Por supuesto. Lo que quieras.

Me reclino aliviado.

—Perfecto —la Dra. Novak le entrega a Sebastian un papel—. Aquí están las instrucciones para nuestro protocolo de conmoción cerebral. Tendrás que despertarle durante la noche y hacerle preguntas. También necesitarás estar disponible en caso de que te necesite.

—Estaré allí —promete.

—Aquí están los analgésicos que debes darle. Y por supuesto, también tienes mi número si tienes alguna pregunta.

Sebastian asiente, pareciendo ligeramente abrumado, y quizás debería haber pedido que se quedara alguien del personal del equipo en su lugar.

Aprieto los ojos y todo mi cuerpo duele.

—¿Estás bien...? —la voz de Sebastian está más cerca de mí que antes, baja y retumbante. Las vibraciones parecen moverse sobre mí, asentándose en todos los lugares donde antes solo había dolor.

Debería pensar más en mi lesión, estar más enfadado, conmigo mismo, con el montrealés que me lesionó, pero en lugar de eso, lo único en lo que puedo pensar es que Sebastian está aquí justo a mi lado. Parece un ángel, con sus grandes ojos azules llenos de preocupación. Su pelo se eriza en direcciones extrañas, a pesar de

su sin duda rigurosa rutina con la pomada, y extiendo la mano para suavizar los mechones más escandalosos, al estilo de La Pandilla.

Se retira, con un rubor rosa subiendo a sus pómulos altos de nuevo, y sus labios forman una O. Necesito preguntarle si usa brillo en ellos. Quiero preguntárselo ahora, pero sé que es más tímido de lo que parece en la pantalla. Lo sé porque solía conocerle.

Más o menos.

Pero ahora le estoy conociendo. Sonrío. Vamos a pasar la noche juntos.

—Pareces estar de buen humor para alguien con una conmoción cerebral —dice la Dra. Novak, sonriendo.

—¿Eso es un problema? —pregunta Sebastian, y odio la preocupación en su voz.

—Bueno. Quizás los analgésicos están haciendo efecto. Normalmente, es una lucha mantener a los jugadores fuera del hielo.

—Soy razonable —digo.

—Es un buen hombre —le dice la Dra. Novak a Sebastian, con voz seria—. No le hagas daño.

—El disco ya se encargó de eso —explico, y la Dra. Novak se ríe y explica más sobre lo que Sebastian debe hacer para cuidarme.

Hay muchas cosas, y mi estómago se hunde. Los ojos de Sebastian van de mí a la hoja.

—Pero no tienes que ayudar —digo, interrumpiendo el discurso de la Dra. Novak sobre la hidratación. Los hombros de Sebastian se desploman, como si le hubiera dicho que no quiero almorzar con él o algo así, y rápidamente añado—: Es mucho. N-no me di cuenta de todo lo que implicaba. Y sé que estás ocupado y...

—Oh. —Sebastian se retira—. No tengo que ayudar, Luke. Si estás más cómodo con...

—No. —Frunzo el ceño—. S-solo quiero decir que entiendo si no quieres hacerlo.

—Estaré a una llamada de distancia —le dice la Dra. Novak a Sebastian—. Le diré a Oskar que haga los arreglos.

Sebastian asiente y luego me sonríe. —Vamos, um, a llevarte al hotel.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Sebastian

Voy a pasar la noche con Luke Hawthorne, y no es absolutamente nada extraño.

Para nada extraño.

De ninguna manera.

—¡Está aquí! —exclama Oskar, y nos dirigimos hacia el vehículo de la aplicación de transporte que pidió para nosotros. Llevo los medicamentos de Luke y su bolsa.

—¡Sebastian y yo vamos a pasar la noche juntos! —exclama Luke, tambaleándose ligeramente. No quiero que se tambalee y caiga en la calle helada y embarrada.

—Lo sé —dice Oskar con naturalidad.

—¿No es genial? —sonríe Luke.

Los ojos de Oskar se entrecierran ligeramente, pero solo asiente —. Súper genial.

Luke asiente encantado—. También pasamos la noche juntos en New Hampshire.

—Lo siento por eso —dice Oskar—. Fue una ocasión extraordinaria...

—Y esta también es una ocasión extraordinaria —dice Luke alegremente.

—Sabes, Luke es prácticamente nuestro jugador de hockey más alegre —dice Oskar—. Evan y Vinnie están prácticamente casados ahora, pero tendrías que haber visto lo reacio que estaba Evan a que Vinnie lo cuidara. ¡Y aparentemente tenían todo un romance en marcha!

Luke se tambalea, y rodeo su cintura con mi brazo.

Estoy seguro de que este estadio es riguroso con sus aplicaciones de sal, pero no suelto a Luke por si acaso. La franquicia Mr. Right y los Boston Blizzards dependen de mí.

Oskar toma la bolsa de Luke de mis manos, abre la puerta y recibe al taxi.

Luke y yo le seguimos más lentamente.

La distancia desde el estadio hasta el taxi es minúscula, pero Luke se toma su tiempo, balanceándose mientras mira al cielo.

—¡Qué bonito! —Señala al cielo.

No hay estrellas esta noche, pero los copos de nieve revolotean, iluminados por las luces exteriores del estadio. Flotan suavemente, como si fueran conscientes de que pronto se disolverán contra el camino salado o serán presionados uno contra otro, y todos sus delicados bordes quedarán aplastados y perdidos para siempre.

Pero ahora mismo, revolotean hacia abajo.

Ahora mismo, están disfrutando de sus vidas.

Luke extiende su dedo hacia el cielo, y Oskar me lanza una mirada de preocupación. Casi espero que corra adentro y traiga una silla de ruedas para Luke para los últimos cuatro pasos hasta el taxi. Pero entonces Luke sonríe, emocionado, y acerca su dedo hacia mis ojos—. He atrapado uno para ti.

Mi corazón se detiene.

El copo de nieve es precioso. Es complejo, delicado y impresionante.

No sé cómo decirle todas esas cosas a Luke, así que en su lugar, digo—: Es hermoso.

—Lo sé —dice él—. Por eso te lo he dado.

Oskar resopla—. ¿Y en los foros dicen que es soso?

—Estándares altos —digo débilmente, porque quizás Oskar tiene razón. Quizás Luke no debería comportarse así conmigo. No realmente. Cada mirada que Luke me ha dirigido, cada comentario dulce, cada vez que me mostró que le importaba, cada vez que alguien más me ha tomado el pelo por él, todo eso se estrella contra mí.

Recuerdo no tambalearme.

No ahora. No cuando estoy sujetando a un Luke feliz, bajo los efectos de los analgésicos, estirando el cuello hacia el cielo y todos sus copos de nieve revoloteando y danzando.

Pero las palabras siguen golpeando mi plexo solar.

Él no...

Seguro que no.

De ninguna manera...

Oskar abre la puerta completamente—. Vamos a meterte, Luke. Sebastian, ¿tienes mi número por si el hotel necesita algo?

Asiento.

—Que paséis una buena noche.

—¡Lo haremos! —exclama Luke, con los ojos brillantes.

Oskar se ríe—. Mejor entrad antes de que la prensa os encuentre.

Me tenso. El horror debe notarse en mi cara porque Oskar se ríe de nuevo y empuja a Luke dentro. Me deslizo tras él, luego Oskar me da nuestras bolsas, así que me muevo al centro junto a Luke y me aprieto contra los más de noventa kilos de músculo de hockey esculpido—. Ahora, te ayudaré a ponerte el cinturón —dice Luke, jugueteando con la hebilla del asiento central.

Los ojos de Oskar se abren de nuevo, pero solo saluda con la mano y cierra la puerta.

Aprieto los ojos. Luke trastea con mi cinturón.

—Me ocuparé yo —le digo a Luke.

Luke frunce el ceño—. Quiero ayudarte. Tú me estás ayudando a mí.

No quiero explicar que el enredo de sus extremidades contra mi cuerpo hace cosas extrañas a mis terminaciones nerviosas y a mi corazón, que zumban y laten más rápido de lo que deberían, confundiendo su contacto con algo más. Algo que no está sucediendo. Algo que se limita a mi imaginación.

Estoy esperando algo que no debería desear. Viendo cosas que sé que son imposibles. Luke se inscribió en Mr. Right. Está en un programa de citas heterosexual.

Y aunque ser bisexual es totalmente posible, nunca ha habido ninguna señal. Yo mismo he repasado su historial de citas. De hecho, vi su historial de citas en la vida real.

Lo recuerdo como estudiante de primer año. Salía con una chica de tercero, una joven con un gran pecho del que todos los chicos hablaban con aprecio cuando ella no estaba, y a veces incluso hablaban con aprecio cuando ella estaba presente.

No, a Luke le gustan las mujeres. Estoy seguro de ello.

No está aquí por mí.
Sigo recordándomelo mientras el taxi se aleja del estadio.

CAPÍTULO TREINTA

Luke

—¡Lo conseguimos! —me desplomo del taxi y parpadeo bajo el cielo de Montreal.

—¡Espera! ¡Ten cuidado! —grita Sebastian detrás de mí.

Asiento. Probablemente sea bueno tomar un descanso. Bueno para relajarse.

Porque incluso con todos los analgésicos, todavía me duele. No quiero concentrarme en mi dolor. Quiero concentrarme en Sebastian. Mi corazón se calienta cuando pienso en él, aunque creo que hay una razón por la que no debería.

Pero es adorable de una manera que me hace sonreír. Me gusta ver cómo el rubor sube por sus mejillas, hasta que me siento mal y quiero suavizarlo y asegurarle que todo es maravilloso. Me gusta tenerlo a mi lado y asegurarme de que esté bien.

Me gustaba verlo cada semana.

Y ahora puedo hacerlo en persona.

¿Qué hay de malo en eso?

Uno de los botones del hotel se apresura hacia mí. —¿Equipaje?

—Sí —asiento varias veces, pero Sebastian ya está saliendo del coche y explicando dónde está todo.

La luz explota a nuestro alrededor, y mi frente se arruga.

—Mierda.

—¿Desde cuándo dices palabrotas? —le pregunto a Sebastian.

La cara de Sebastian palidece, y recuerdo que hay una razón por la que no le pregunto sobre el pasado. Le entristece, y no quiero que esté triste.

Sebastian feliz es lo mejor.

Porque puede estar triste, pero quiero aliviar sus dolores. Estoy aquí para ayudar.

Pero lo que dice a continuación es algo que no espero.

—Es un fotógrafo.

Me doy la vuelta. —¡Genial! ¿Dónde?

—No mires —me ordena Sebastian, y yo frunzo el ceño.

No estoy acostumbrado a esta versión mandona de Sebastian, pero luego resoplo. Es bastante interesante, en realidad. Me gusta un poco. Definitivamente no es el Sebastian que conocí en el Instituto Ashcove, pero tampoco soy el mismo tipo que era entonces. No deberíamos seguir siendo los adolescentes que fuimos, después de todo. No completamente.

Me río.

Sebastian dice algo apresuradamente al botones. —Vamos, Luke.

—Vale —camino hacia el hotel, luego me detengo—. Voy.

—Solo mantengo una distancia profesional —grita Sebastian desde atrás—. Porque soy profesional.

—De acuerdo, Señor Profesional —le abro la puerta, y él frunce el ceño, como si no debiera hacer eso, pero el botones estaba ocupado.

La cámara destella de nuevo, la luz explotando sobre la oscuridad gris y turbia, las luces de la ciudad impidiendo que sea realmente oscuro, y la cara de Sebastian se vuelve insulsa y pasiva, y se apresura a entrar.

Una recepcionista del hotel se acerca con unas llaves, claramente habiendo sido instruida para acelerar el proceso de registro, y pronto estamos de camino a nuestra habitación, subiendo en el ascensor de mármol, y luego caminando sobre la gruesa moqueta acolchada.

—Esto es diferente de casa —digo, y Sebastian se pone tenso, y recuerdo que no le gusta hablar de casa.

Está bien.

Puedo estar callado.

Todos mis compañeros de equipo dicen que soy callado, siguiendo a Troy, Finn y Dmitri como una sombra. Estoy ahí para reírme de sus bromas. Estoy ahí para que de vez en cuando me miren con incredulidad cuando no muestro suficiente entusiasmo ante la perspectiva de convertir a alguna mujer completamente vestida con la que mantengo una conversación incómoda en una mujer desnuda en mi cama con la que luego puedo tener sexo incómodo.

Estoy callado cuando nos paramos frente a la habitación del hotel, estoy callado cuando Sebastian se prepara, como si estuviera nervioso por lo que encontrará al otro lado, y estoy callado cuando Sebastian emite un suspiro que suena demasiado a alivio cuando su mirada cae sobre las dos camas de matrimonio en la habitación.

Le sigo dentro de la habitación. La puerta se cierra tras nosotros.

Suena un golpe en la puerta, y Sebastian salta.

—Apuesto a que es el equipaje —murmuro, y me dirijo hacia la puerta.

—Ya lo cojo yo —dice Sebastian.

Mira por la mirilla, y yo escondo mi sonrisa.

—¿Ves maletas?

—Sí —Sebastian abre la puerta con cuidado, y el botones entra con nuestro equipaje en mano.

—Gracias —Sebastian le da propina.

El botones me mira tímidamente.

Conozco esa mirada.

La he visto antes.

—No puedo creer que esté en la habitación con un jugador de la NHL. Lástima que juegues para Boston.

—No todos podemos ser de Montreal.

—¿Puedo hacerme un selfie?

—Por supuesto —echo mi brazo a su alrededor y sonrío a la cámara.

Él mira a Sebastian. —¿Tú también?

—Eh...

Arrastro a Sebastian, y luego paso mi otro brazo por su hombro. Gimo un poco, porque todo me duele, y él me lanza una mirada alarmada y se mueve hacia adelante.

Lo agarro con más fuerza.

Sebastian no me causa dolor.

Hace que todo sea mejor.

—Esto es genial —dice el botones, y sonreímos a la cámara. A pesar del retorcimiento anterior de Sebastian, se relaja contra mí, su respiración temblando, y le doy un codazo para recordarle que

mantenga los ojos abiertos. Pone su perfecta sonrisa de Hollywood en su rostro besado por el sol, y el calor de su cuerpo me llena.

Entonces el momento termina. El botones se aparta de mi brazo.

—Gracias —dice, y luego sus ojos se redondean, dirigidos al espacio entre Sebastian y yo. Que francamente es bastante estrecho. Es decir, no hay espacio entre nosotros. Ninguno en absoluto.

Me doy cuenta demasiado tarde de que esto podría interpretarse como extraño, y retiro mi brazo de Sebastian. Mis reflejos son lentos, espesos por el golpe que hace que mi mente dé vueltas y mi cuerpo duela. Quiero agarrarme a Sebastian para evitar que todo gire y se descontrole en mi conciencia turbia.

—Claro —el rosa una vez más adorna las mejillas de Sebastian, y le sonrío.

—Yo, eh, me iré... —El botones retrocede, sus ojos saltando entre nosotros.

—¡Espera! —Sebastian saca su billetera, y luego presiona algunos billetes en las manos del botones.

Luego la puerta se cierra, y Sebastian y yo estamos solos.

De nuevo.

—¿Cómo te sientes?

—Como si me estuviera martilleando la cabeza.

Sebastian hace una mueca.

—Y tengo el cuerpo magullado y dolorido.

La mirada de Sebastian se dirige a mi torso, como si pudiera ver los moratones bajo mi ropa.

Quizás debo ponérselo más fácil. Desabrocho mi abrigo.

—¿Necesitas ayuda? —pregunta Sebastian.

No la necesito.

Es decir, puedo arreglármelas con los botones del abrigo. Pero por alguna razón, todo en mi cuerpo se siente suelto, y apenas puedo evitar sonreír.

Acorto la distancia entre nosotros. —Necesito ayuda.

Extiendo los brazos. Si los tengo en el aire, no puedo bajar la cremallera.

Él se acerca más y, aunque me da vueltas la cabeza, noto cómo trabaja su garganta cuando traga. Sus dedos tiemblan mientras encuentran mi cremallera, y algo en mi pecho duele. Quiero atrapar esas manos elegantes entre las mías, decirle que no necesita estar nervioso. No conmigo. Nunca conmigo. Yo no soy Bryce.

Sebastian agarra la cremallera y tira hacia abajo. El sonido de los dientes metálicos aflojándose llena la habitación.

Mi abrigo está abierto. Sebastian mira fijamente mi pecho, como si se preparara para dibujar el logo de los Blizzards y necesitara memorizar cada ángulo.

Sebastian me quita el abrigo, con los ojos muy abiertos.

Creo que le gusto.

—No me gustas —dice Sebastian.

Frunzo el ceño. ¿He dicho eso en voz alta?

Sonríe. —Sí, lo has hecho.

—Te gusto —digo, extendiendo los brazos para que pueda quitarme el abrigo.

Sebastian se coloca detrás de mí, moviendo sus manos sobre el material acolchado y quitándomelo.

—Ahora la sudadera. —Levanto las manos por encima de mi cabeza.

Se ríe. —Tendré que subirme a la cama para quitártela de esa manera.

—Vale.

Me giro y tomo a Sebastian en mis brazos.

—¡Luke!

Me río, luego lo llevo a la cama y lo dejo caer sobre ella. Rebota en la cama, mirándome maravillado. Después rápidamente se incorpora, totalmente profesional, y se pone de pie en la cama.

—Levanta los brazos, grandullón —ordena.

—A tus órdenes —digo alegremente.

Los dedos de Sebastian rozan mis costados mientras tira de la sudadera hacia arriba. El algodón gastado atrapa mi camiseta, arrastrándola más arriba, y sus manos se congelan.

El aire fresco golpea mis abdominales, pero no es por eso que mi piel se eriza. Sus yemas de los dedos flotan cerca de mi piel

desnuda. Cuando miro hacia abajo, sus ojos están fijos en la estrecha franja de estómago expuesto, siguiendo la línea de músculos que desaparece en la cintura de mi pantalón.

Traga con dificultad, la elegante línea de su garganta trabajando. Un rubor se extiende desde su cuello hacia arriba, tiñendo sus pómulos de ese rosa perfecto al que me estoy volviendo adicto. Sus labios se separan, y su lengua asoma para humedecerlos.

—Yo, um... —Su voz suena más profunda de lo habitual. Todavía está mirando mi torso como si hubiera olvidado cómo apartar la mirada—. No quería... la camiseta...

—Tenía que pasar —digo.

Me mira fijamente.

Yo lo miro fijamente a él.

El mundo es ojos azules y Sebastian. El mundo es mejillas cinceladas y ojos separados y labios rosados y pelo con puntas rubias. El mundo es maravilloso.

Me quito los pantalones de chándal. Mi erección presiona, y quizás estoy siendo indecente, pero de todos modos tengo que cambiarme al pijama.

No pierdo el contacto visual con Sebastian.

—Luke... —Su voz es ronca, destrozada.

Todavía se alza sobre mí, y levanto la cabeza. —Pareces un ángel.

Su rostro se contrae. —Estás drogado.

—No. —Sacudo la cabeza con firmeza—. Estás muy arriba.

Sus labios se curvan hacia arriba, y lo levanto en mis brazos, deslizándolo cuidadosamente por mi cuerpo para que sus pies toquen el suelo. Sus pantalones de chándal, apropiados para un asistente de hockey, pero mucho menos formales que cualquier cosa que normalmente llevaría, se deslizan contra mi torso desnudo. Su camiseta, con mi número, mi nombre, presiona contra mí, y lo aprieto contra mi cuerpo, inhalando su colonia.

Cuando sus dedos de los pies tocan el suelo, puedo sentir su dureza contra mí.

Miro hacia abajo, y él mira hacia abajo. Sus mejillas se vuelven rosadas otra vez. —L-lo siento.

Intenta escapar de mis brazos, pero no voy a permitirlo. Está duro por mí.

—Está bien —digo.

—No lo está...

Y sé que está hablando de más cosas que el hecho de que sea el presentador del programa de citas en el que estoy. Está hablando de más que el hecho de que millones de personas sintonizan cada semana para verme. Está hablando del hecho de que fuimos juntos al colegio. Que mi hermano lo llamaba con nombres viles. Que le gusto, y quizás mi hermano no se equivocó cuando etiquetó a Sebastian como gay y lo anunció a toda la escuela, cada vez que podía.

Y no voy a permitirlo.

Sebastian es el hombre más maravilloso que he conocido jamás.

Así que lo beso. Lo atraigo hacia mí, y cierro los ojos, y luego nuestros labios se fusionan, nuestras lenguas se unen, nuestros cuerpos toman el control, cuando no tenemos palabras, solo sentimientos.

Y Dios, qué bien se siente.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Sebastian

Luke Hawthorne me está besando. Los brazos de Luke Hawthorne están a mi alrededor. Los labios de Luke Hawthorne se entrelazan con los míos, mientras sus dedos juguetean con mi pelo.

Esto es... Dios.

¿Ha pasado algo? ¿Algún asteroide ha golpeado la Tierra? ¿Y estoy en el cielo? ¿Se ha llenado el aire del Grand Hotel de Montreal de monóxido de carbono, y estoy inconsciente, con mis últimos pensamientos en la tierra sobre una fantasía que nunca puede suceder?

Porque esto no puede ser real.

Esto no debería ser real.

Esto... oh, Dios.

El hombre está medicado. Literalmente recibió un golpe en la cabeza. Estaba mirando los copos de nieve maravillado, recogiendo uno del cielo y dándomelo, radiante como si hubiera bajado la luna.

No es él mismo.

Cierro los labios. Luke se queja contra mí, como si al instante me echara de menos, como si el hecho de que yo no lo bese le causara dolor, cuando, por supuesto, ese hecho solo puede ser ridículo.

Porque si hay algo que sé en este mundo es que no debería estar besando a un Hawthorne.

Aprieto los ojos. No sabe quién soy. Nunca me besaría si lo supiera.

Me aparto. Sus manos siguen en mi cintura.

—Luke —digo con tono firme.

Él suelta las manos de inmediato.

—Dios, lo siento. Yo... te he acosado. Yo... pensé... —El rojo se extiende por su rostro, bajando hacia su torso, y la angustia se instala en sus ojos—. Lo siento.

—Está bien.

—Estás en esta habitación para cuidar de mí, no para...

No termina el resto de la frase. Se lo agradezco. Ya hay demasiada incomodidad en la habitación sin añadir palabras de verdad.

Se aleja, y odio el espacio de aire entre nosotros. Odio que haya frialdad, donde había calor. Odio que haya dolor donde había placer. Lo odio todo.

Mi cuerpo tiembla, como si estuviera desesperado por alcanzarlo, desesperado por pasar mis dedos por sus planos musculosos, por aliviar el dolor y el temblor, por decirle que no quería parar, que no quería separarnos.

Pero todas las razones por las que no deberíamos besarnos se acumulan entre nosotros en cambio, y por la tristeza en el rostro de Luke, él también las ve, tan claramente como si estuvieran compuestas de letras reales y las señales rojas intermitentes que se encuentran en las secciones peligrosas de algunas autopistas, cuando un movimiento en falso podría aplastar a un equipo de trabajadores de la construcción.

—Si las circunstancias fueran diferentes...

La esperanza brilla en sus ojos, y su rostro es más luminoso que antes.

—¿Qué pasaría si las circunstancias fueran diferentes? —pregunta, reduciendo la distancia entre nosotros. Se mueve lentamente, con los ojos fijos en mí, como si fuera un ciervo que pudiera escapar de su alcance en cualquier momento.

Pero lo cierto es que no hay ningún otro lugar donde preferiría estar que en sus brazos. Él no es un depredador. Es Luke Hawthorne, guapo y amable, talentoso y fuerte. Pertenecía al mismo pueblo que yo. Y salió adelante con la misma determinación que yo.

Es increíble.

—Hay cosas que no te he contado —digo.

—Oh. —Sus ojos se suavizan—. ¿Secretos, quieres decir?

Me tenso, y mis ojos bajan al suelo, la culpa arremolinándose y fortaleciéndose, pasando de categoría de huracán peligroso a categoría de huracán más peligroso a categoría de huracán aún más peligroso.

Asiento miserablemente. Debería confesarlos todos, pero no estoy preparado. No estoy preparado para que la decepción y la confusión marquen su rostro, donde había ternura.

Mis órganos se aprietan y retuercen porque sé que necesito decírselo. Debería habérselo dicho hace mucho tiempo.

—No soy quien tú crees —digo finalmente.

Sus ojos se suavizan aún más, la ternura tan dulce que hace que mi corazón dé un vuelco. —Cariño, sé exactamente quién eres.

Sacudo la cabeza frenéticamente, ignorando el apelativo cariñoso, porque todo esto lo hará peor. —No, yo soy...

Mis dedos tiemblan, y él reduce la distancia entre nosotros de inmediato.

Agarra mis dedos temblorosos, luego les da un beso. Mantiene la mirada en mí. —Eres Seth Archer de Ashcove.

Me quedo rígido. —Lo sabes.

—Siempre lo he sabido.

Parpadeo.

—¿Quieres decir que cuando fui a hablar con tu agente? ¿Me reconociste entonces? ¿Por eso cambiaste de opinión sobre ir al programa? —Mi voz tiembla, pero lo entiendo. Realmente lo entiendo.

Él niega con la cabeza.

—¿En la cafetería? —Mi voz se quiebra, y recuerdo cómo él se marchaba, y yo lo perseguía en la nieve y el hielo, cómo él se giró y me atrapó...

—Siempre lo he sabido —repite con voz firme.

Frunce el ceño, luego se sienta en la cama, luego me atrae a sus brazos. Nunca me han abrazado así antes. Siempre me he fijado en chicos delgados como yo, que no me recuerdan a los deportistas. Que no me dan miedo.

Pero me doy cuenta de que no hay nada aterrador en Sebastian, y todo lo que siento es seguridad y calidez.

—He visto todos los episodios de *Buscando al Sr. Perfecto* —dice Luke.

Sea lo que sea que esperaba que dijera, no esperaba que dijera eso. —¿Qué?

Asiente y me rodea con sus brazos más fuertemente. —Múltiples veces, la mayoría de ellos. Yo, um, te oí decirle a Ella que no querías que yo fuera el Sr. Perfecto.

Cierro los ojos. —¿Oíste eso? Lo siento mucho.

Él besa la piel junto a mis ojos, un gesto tierno, y mi corazón duele por tanta dulzura.

Luke no es un tipo que conocí en una fiesta de Hollywood que me saca mientras me explica todas las cosas maravillosas sobre él, que o bien se escabulle antes del desayuno, o se aferra a mi brazo en eventos con pasión, mientras me pregunto por qué hay más fotógrafos que antes, y veo nuestros nombres juntos salpicados en los periódicos y su descripción laboral cambiando de "aspirante a actor" a "actor" hasta que deja de llamarme y responder a mis mensajes y lo siguiente que sé de él es por las redes sociales donde aparece agarrado del brazo de alguien más exitoso que yo.

Nunca me importó la frialdad de mis relaciones. Nunca me permití preocuparme. Pero ninguna de esas personas era Luke.

Él tiene la capacidad de destrozarme con la misma facilidad que si personalmente me levantara en sus fuertes y musculosos brazos, y me lanzara por la ventana, dejándome caer cuatro pisos hacia abajo.

Me hundo contra su piel, su torso caliente, y él me envuelve con sus brazos, entrelazando sus manos con las mías y presionándolas contra mi corazón.

Quiero decirle que es increíble, pero la vergüenza también me invade. Es el hermano de Bryce. Escuchó lo que Bryce me decía en los pasillos, y aunque Bryce nunca me puso una mano encima, porque supongo que no crecí en los años 70, sus palabras me atravesaron.

Estaba bien.

Estoy bien.

Pero odio que Bryce tuviera razón. Me gusta mi vida, pero odio que él supiera en aquel entonces, incluso antes de que yo lo supiera, lo que yo quería. Odio que los actos sexuales que él me describía teniendo, anhelando, usando lenguaje vulgar para hacer reír a la gente, son actos sexuales que tengo, actos sexuales que anhelo.

Soy todas las cosas que Bryce dijo que era.

Y Luke lo escuchó. ¿Bryce hablaba de mí en casa? ¿Qué decía sobre mí cuando yo no estaba? ¿Se quedaba callado entonces, o mi nombre seguía mencionándose, como sustituto de todo lo ridículo, crudo, erróneo y feo? Un sustituto de todo lo que él despreciaba.

Mi corazón se acelera a pesar de mí mismo, y no creo que sea porque estoy siendo abrazado por un hombre hermoso, el hombre que es literalmente el arquetipo de la perfección romántica en todo este país, y en los países con los que Falcon Productions aseguró acuerdos de distribución. Ahora hay gente traduciendo las palabras de Luke dirigidas a mujeres preciosas a otros idiomas, concentrándose en adaptar su propio trabajo para ponerlo en boca de Luke, llenando sus palabras de emoción, para que los corazones en Francia, América Latina y Japón se agiten con la misma fuerza que los corazones de aquí.

No es eso.

Es que Luke lo sabe todo.

—Está bien, cariño —dice Luke, acariciándome el pelo, y de repente recuerdo que la única razón por la que estoy a solas con Luke ahora es porque se supone que debo estar cuidándolo.

—Tienes una conmoción cerebral —digo—. Se supone que debo cuidarte.

Él sonríe ampliamente. —Bueno, me ayudaste a quitarme la ropa.

—¡Y no te he traído el pijama! —Me apresuro a salir de su regazo y levanto los brazos. Me dirijo rápidamente a su maleta, encuentro el soporte para el equipaje y subo la maleta.

Empieza a levantarse, pero le hago un gesto para que se siente con un impaciente movimiento de mi mano.

—¡Me estabas llevando en brazos! —exclamo—. Se suponía que no debías esforzarte físicamente. Eso dice el papel que me dio tu médico del equipo. ¡Se supone que debo hacerte preguntas regularmente, para asegurarme de que sabes tu nombre!

—Sé mi nombre. —Sus ojos bailan—. ¡Y sé tu nombre! ¡Y tu antiguo nombre!

—No es momento de bromear sobre eso —resoplo.

Me giro y me centro en desabrochar su bolsa.

Luke suspira. —No necesitas...

Le hago un gesto con la palma otra vez, y se detiene y sonríe. Abro la tapa de su maleta de golpe, y golpea la pared con un estruendo. —Ups.

Él se ríe, el sonido es cálido. Parece envolverme, aunque esté a tres metros de distancia, aunque el sonido de la risa no debería sentirse tan reconfortante como un abrazo, aunque los sonidos en general no deberían hacer eso.

Pero es su sonido.

Su risa.

Y mi cuerpo la anhela.

Fijo la mirada en el contenido de su maleta.

—Ningún consolador, desafortunadamente —dice Luke.

Frunzo el ceño y le lanzo una camiseta. Vuela por el aire y él la atrapa con toda su gracia de la NHL.

—Mierda. Te he lanzado algo.

—El algodón no es dañino, Sebastian.

—Pero estás herido. Tienes una conmoción cerebral.

—Una ligera conmoción cerebral —dice.

—¡No te pusieron en el avión del equipo!

—Por medidas de precaución. Problemas de altitud. —Se encoge de hombros con indiferencia, pero mi corazón sigue latiendo demasiado rápido, la culpa tan efectiva como cualquier pedal.

Me concentro en su ropa.

Solo veo algunos pantalones de chándal y camisetas.

—¿Cuál es tu pijama?

—Cualquiera de ellos.

Giro bruscamente la cabeza hacia las prendas.

—Quiero decir, todos son suaves, ¿no?

Parpadeo. —¿En serio? ¿No tienes ninguno en particular?

—Todos funcionan igual.

Frunzo el ceño. Mi frente se arruga. Quizás el disco me golpeó a mí en lugar de a él. —¿Pero qué te pones durante el día?

—Cualquiera de ellos.

—Oh. —Miro su ropa de nuevo, luego selecciono una camiseta y unos pantalones de chándal—. Bueno, llevabas esto en New Hampshire.

—Recuerdas lo que llevaba en New Hampshire.

—Por supuesto. Lo recuerdo todo.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Luke

Las palabras de Sebastian resuenan en mi mente y sonrío. Lleva la misma camiseta y pantalones de chándal que yo usé en New Hampshire.

—Levanta los brazos —me ordena.

—¿Ah, sí? —Arqueo una ceja.

—Sí. —Asiente con firmeza.

—Supongo que será mejor que te haga caso. —Levanto los brazos y él me baja la camiseta.

Después coge mis pantalones de chándal y me levanta una pierna.

—Veo que estoy recibiendo un servicio excelente —digo—. Debe ser alguien muy bueno cuidándome.

—Ajá. —Me coge la otra pierna y la mete por el otro agujero. Entonces frunce el ceño—. Um.

—¿Debería ponerme de pie?

Asiente. —Sí.

Me levanto y me sube los pantalones. La tela roza mis terminaciones nerviosas y me doy cuenta de que Sebastian está prácticamente arrodillado ante mí. Es casi como si...

Sebastian debe darse cuenta al mismo tiempo, y su mirada cae sobre mi polla. Mi polla que está empezando a ponerse dura. Su mirada se detiene en ella, y sonrío, esperando que una vez más se sonroje.

Tarda tres segundos.

Entonces Sebastian se apresura a levantarse, subiéndome los pantalones, y da varios pasos gigantes hacia atrás.

—La habitación del hotel es grande, pero no tanto —le advierto.

—Oh. —Hace una pausa, luego gira y mira a la pared—. Claro. Por supuesto.

Mira el papel que le dio el Dr. Novak. —Yo, um, necesito darte tu medicina y hacerte algunas preguntas.

—Vale. —Asiento, decepcionado, pero no puedo fingir que mis párpados no se están volviendo más pesados, que mis reacciones no son más lentas, que el dolor en mi cuerpo no aumenta, aunque estoy satisfecho al saber que Sebastian quizás también siente algo por mí.

Puede que me hayan golpeado, pero este día es totalmente bueno.

Estoy callado mientras Sebastian me prepara para acostarme, luego me lleva a la cama, deshace las sábanas y señala.

—¿Me vas a arropar?

—Ajá.

Me meto felizmente, y empieza a subir la sábana, pero frunzo el ceño, decepcionado. —Tú te metes.

—Hay otra cama para mí —explica.

—Te quiero a mi lado.

Sus ojos se suavizan. No suelo pedir lo que quiero, pero soy mandón cuando se trata de Sebastian. Seré mandón por los dos.

—Sigues siendo el Sr. Perfecto —dice—. Yo sigo siendo el presentador de tu programa de citas.

—Lo sé.

—No podemos estar juntos.

Me quedo callado. Aquí es donde digo "lo sé" otra vez, pero aunque me gusta estar de acuerdo con Sebastian, aunque me gusta decirle que tiene razón, guardo silencio.

—Tiene que haber una manera.

Me da una sonrisa triste. —Cuando te despiertes por la mañana, podemos fingir que esto nunca pasó.

—Nunca haré eso.

—Pero si cambias de opinión, puedes hacerlo. No te lo reprocharé.

Frunzo el ceño, y luego también lo hace Sebastian, y odio ver que las comisuras de sus labios caen hacia abajo.

—Túmbate a mi lado —digo—. Quiero sentirte. Quiero saber que estás aquí.

—Todavía estás herido...

—Me portaré bien —digo.

Duda, pero luego se mete en la cama a mi lado. Se pone de espaldas a mí, pero lo atraigo hacia mí y apago el interruptor de la luz junto a la cama. Podemos estar envueltos en la oscuridad, pero quiero que nuestras caras estén una junto a la otra. Lo abrazo, y tras un momento de duda, él me abraza a mí, acercándome más, haciendo que nuestras respiraciones se fusionen, su agarre más firme, más fuerte que cualquier cosa a la que esté acostumbrado.

Me duermo fácilmente, y cuando me despierto por última vez, todavía lo estoy agarrando. Sebastian duerme acurrucado contra mí, sus mechones rubios contra mi pecho, sus dedos delgados y elegantes aferrándose a mi camiseta. Su boca está entreabierta, como si estuviera a mitad de un beso, y sus pestañas aletean. Quiero memorizar cada detalle.

Un zumbido que no estaba antes llena la habitación como un insecto furioso.

Los ojos de Sebastian se abren de golpe.

—Buenos días —digo, apartándolo mientras me lanzo a por el teléfono.

Asiente, pero la alarma llena el azul de sus ojos, y espero que sea por el sonido del teléfono, y no por nosotros.

Al final es su teléfono, y se lo paso.

Suspira. —Hola, Ella.

Se levanta de la cama y siento frío. Me recuesto, pero no hay sueño. El día está comenzando.

—¿Hay una foto? —Sebastian frunce el ceño—. ¿De nosotros? Espera...

Mi estómago se hunde, e intercambio miradas de asombro con Sebastian. Pero él está en modo trabajo. Su voz no tiembla. No vacila.

Espero mientras abre una foto en el teléfono. Apenas se inmuta.

—Eso no es nada —dice Sebastian—. El botones nos pidió un selfie.

Me levanto de la cama, pero él me hace un gesto para que me siente.

—Los selfies implican que la gente se junte, Ella. Ese es todo el concepto. ¿Recuerdas ese selfie que hizo Ellen hace años con más

de una docena de personas? Ninguno de ellos tuvo rumores sobre los demás. Por supuesto que tengo razón. Por eso me has llamado. Esto no es nada, te lo prometo. Van a por Luke por las dos parejas del mismo sexo en su equipo. Él es un hombre heterosexual en un programa de citas heterosexual.

Sebastian miente fácil y suavemente.

Lo que sea que pasó entre nosotros anoche, no fue heterosexual.

—Tengo que irme, Ella —dice Sebastian—. Luke está despierto. Sí, lo estoy cuidando. Es la estrella de nuestro programa. Conseguiré un vídeo suyo hoy. Mateo puede ponerlo en las redes sociales.

Frunzo el ceño. ¿Esa es la razón por la que se quedó? ¿Porque quería hacer algunas publicaciones en redes sociales conmigo?

Me recuerdo a mí mismo que eso no es cierto. Sé que no es cierto. Sé que la razón por la que está aquí es porque se lo pedí. Insistí en que el Dr. Novak lo trajera. Recuerdo al menos eso de cuando me desperté ayer. Recuerdo echarlo de menos. Recuerdo estar en la consulta del médico y preguntarme dónde estaba.

Espero que haya explicado eso.

De repente me doy cuenta de que no puede haber un futuro entre nosotros. ¿El presentador de un reality seduce al supuestamente heterosexual Señor Perfecto del programa y lo reclama para sí mismo?

Me estremezco.

—¿Cómo te encuentras? —dice Sebastian, con voz más suave.

—Solo dolorido —respondo.

Él asiente.

No le digo que siento como si me hubieran lanzado al ojo de un tornado, que estoy dando vueltas, que no sé si puedo sobrevivir. Siento que estoy destrozando todo a mi alrededor.

La carrera de Sebastian.

Mi carrera.

Me preocupa enfadar a la directiva de los Blizzards, aunque nunca antes les haya dado problemas. Me preocupa perjudicar a Falcon Productions y a los productores que he conocido.

Me preocupa herir a las mujeres con las que se supone que debo salir. Quizás todas lo consideren un juego, pero ¿quieren ver

especulaciones sobre que podría estar saliendo con el presentador?

Me preocupa que me traspasen lejos de los mejores amigos que tengo en el mundo, de Troy, Finn, Noah y Dmitri. Incluso Axel. Incluso Vinnie con sus ceños fruncidos al mundo. Y Evan, a quien respeto demasiado como para considerarlo un amigo, pero a quien respeto dentro y fuera del hielo.

No, todo eso me lo callo. No quiero disgustar a Sebastian. No quiero que su rostro se entristezca y que diga que debería haber detenido el beso antes de que ocurriera, que nunca debería haberme devuelto el beso, nunca debería haber dormido en mis brazos.

Porque a pesar de todo eso... le gusto a Sebastian. Estoy seguro. El hombre al que he estado observando durante años en cualquier pantalla que pudiera encontrar.

Le gusto.

Siente las mismas emociones que yo. Al menos en parte.

Me tumbo en la cama. —Va a ser un buen día.

—Em, Luke, ¿el botones ha publicado una foto nuestra que se está haciendo viral.

—Eso es una pena.

—Y-ya lo sé.

—Para el botones —digo, tomando las manos de Sebastian entre las mías—. Podrían despedirle, y este parece un buen trabajo.

—Eres tan dulce —dice Sebastian, mirándome con algo parecido a la admiración—. Imagino que le han pagado generosamente.

—Quizás lo haya publicado en sus redes sociales.

—Ahora cualquiera puede ser un paparazzi.

—Tal vez.

Miramos fijamente la pared frente a nosotros. El papel pintado beige con hierba, lo suficientemente especial como para considerarse apropiado para un hotel de lujo.

Sebastian está a mi lado.

Tomo su mano en la mía. —Me gustó lo de anoche.

—No podemos repetirlo.

—¿Quieres repetirlo?

—Eso no es relevante.

—No —digo con firmeza—. Lo que tú quieres es relevante.

—No puedo creer que sepas quién soy.

—Es adorable que actuaras como si no te fuera a reconocer —digo, y sonrío mientras el rosa desciende de nuevo sobre sus mejillas.

Sebastian levanta la barbilla. —Le funcionó a Clark Kent.

—Entonces supongo que ya sé cuál es el problema.

—¿Que no vuelo por el cielo con un traje elástico?

—Oye, me gustan tus trajes y desde luego has alcanzado las mayores alturas de la telerrealidad.

—No estoy salvando el mundo.

—Estás salvando al mundo de noches aburridas, una hora bien producida cada vez.

Se ríe, y la calidez llena mi corazón.

—No soy Lois Lane.

Lo recuesto en la cama, suavemente porque no hay nada más precioso en este mundo, luego me coloco sobre él.

Los besos son buenos.

Por supuesto que son buenos.

Porque somos nosotros.

Mi corazón se acelera, volando cada vez más rápido. El mundo son unos labios suculentos y una lengua talentosa y mejillas sin afeitar que raspan las mías y me recuerdan que estoy besando a un hombre, que lo estoy besando a él. El mundo son manos firmes y un torso plano y un pene duro empujando contra mí. El mundo son ojos azules que me miran atónitos cuando dejo sus labios para respirar.

El mundo es él, y es maravilloso.

—No podemos hacer esto —dice.

—Lo sé —le digo porque tiene razón. Mi Sebastian no es poco inteligente.

—Es una mala idea.

—Terrible. —Me lanzo de nuevo a su boca, succionando su lengua y girándolo para que quedemos de lado. Nuestras piernas se entrelazan, y mi miembro busca tocar el suyo. Estoy duro. Una roca. Una montaña. Uno de esos tanques indestructibles construidos en

fábricas militares con décadas de tecnología de las mentes más brillantes del mundo detrás de mí.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Sebastian

Luke sigue besándome. Me estaba besando anoche, pero ahora es por la mañana, y sigue besándome.

Nada ha cambiado.

Debería retorcerme para zafarme de su agarre. Debería hablar sobre profesionalidad y deber.

Pero no puedo hacer eso, igual que no puedo decirle al oxígeno que ya no lo deseo.

Luke se estira a mi lado, su piel desnuda enredándose con la mía. Mis terminaciones nerviosas saltan, y sé que es de alegría, y quiero decirles que no celebren. Porque Luke y yo quizás tengamos este momento ahora mismo, cuando es por la mañana y aún no tenemos que prepararnos para el vuelo de regreso a Boston, pero quizás no lo tengamos otra vez.

Esto debe ser atesorado. Quiero recordar este momento para siempre porque los buenos momentos son preciosos. Valoro cada uno que he creado, pero nada me ha sorprendido más que esto.

Luke se aparta y mi corazón se rompe, pero entonces susurra: —Quiero sentirte —y todo vuelve a tener sentido.

—Buena idea.

—Los jugadores de hockey tenemos algo de cerebro —dice Luke.

—Como si no supiera lo difícil que es jugar al hockey. Todo el análisis que tienes que hacer.

Sus ojos brillan. —Así que sobre esa camiseta de los Blizzards con mi nombre...

—Deberías estar desvistiéndote.

—Vale.

—Te ayudaré.

—También vale. —Sus ojos bailan—. Pero no respondiste a la pregunta. ¿Cuántos de mis partidos has visto?

—Bueno, considerando que odio el hockey... —Frunzo los labios.

—Claro. Quizás sea divertido llevarla.

—Con bastante frecuencia —admito, y él suelta una risa sorprendida.

—No odio el hockey, no realmente —explico—. Uno de los novios de mi madre era aficionado. Él me enseñó sobre ello.

—Eso es agradable.

—Él no era agradable. Está en prisión ahora. Pero aprovechas los buenos momentos cuando llegan y los aprecias.

—Te aprecio a ti —dice Luke.

—Yo también te aprecio a ti. —Le quito la camiseta a Luke, maravillándome ante sus perfectos pectorales y sus impresionantes abdominales—. Te ves tan bien.

Sonríe. —Eso nos hace dos.

Entonces, aunque se suponía que yo debía desnudarle, él termina quitándome el pijama. No me ha visto desnudo antes, no realmente, y me tenso.

Luke solo ha estado con mujeres.

¿Dirá, lo siento, olvídalo? ¿Se dará cuenta de qué partes de mi cuerpo faltan, qué partes tengo con las que no tiene experiencia?

Mis nervios laten.

Recorre mi torso con un dedo. —Tan hermoso. Hermoso Sebastian.

Me atrae hacia él, y esta vez mi torso desnudo toca el suyo, mis piernas desnudas tocan las suyas. Nuestros bóxers siguen firmemente puestos, y me pregunto si eso significa que la perspectiva de estar con un hombre todavía podría ser inquietante para él. Hay algunas preguntas que no quiero hacer, y por suerte, cuando sus labios capturan los míos, no tengo que hacerlo.

Nos besamos un poco más, y Luke enreda sus manos en mi pelo.

—Quiero verte —dice Luke.

—Puedes verme. Estoy aquí. Soy tuyo.

Mis pulmones duelen cuando digo esto, y espero que no lo haya notado. Esto probablemente sea solo una aventura pasajera después de todo. Algo que puede contar a sus amigos para mostrar lo abierto de mente que es, como si no lo supieran ya. Algo que puede confesar a la mujer con la que finalmente estará. Algo que quizás pueda confesar a las mujeres con las que sale, esas que aparecerán

a su lado en público, mirándole con adoración, sin necesidad de ocultar su afecto por él, sin necesidad de fingir que son completamente indiferentes a sus encantos.

—¿Qué pasa después? —pregunto.

—Lo que tú quieras que pase.

Suspiro. —Bueno, tendremos que dejar de vernos. Dejar de hacer... esto.

Sonríe, aunque mi corazón se está rompiendo, y parpadeo, confundido. —¿Qué?

Continúa sonriendo, sus ojos suavizándose.

—Podrías fingir estar triste —digo.

—Eres adorable —dice en cambio—. Encantador. Además, dije que pasaría lo que tú quisieras que pasara. No lo que crees que es apropiado. No lo que crees que es nuestro deber.

—Oh —respiro.

—Voy a seguir viéndote —dice—. Porque eso es lo que quiero y eso es lo que tú quieres.

—Si nos descubren...

—Lo sé. No dejaré que nadie dañe tu carrera, cariño.

—No es solo mi carrera la que está en riesgo. Es la tuya. Y tu... familia.

No digo la palabra Bryce. Pero él no lo aprobaría. Nunca podría aprobarlo.

Doy una suave sonrisa. —¿Has leído alguna novela romántica?

—Soy, um, más de verlas.

—Está bien. Pero en las novelas románticas dicen que a veces no deberías salir con el mejor amigo de tu hermano. Por, um, conflicto. Pero yo no era el mejor amigo de tu hermano. Era su...

Acosado.

Fui acosado por Bryce.

No hay futuro donde Luke y yo podamos ser algo más que un secreto. No hay futuro en el que Bryce no esté asombrado, consternado y horrorizado si se entera de nosotros.

Luke me aprieta la mano, reconociendo todas las cosas que no diremos porque son tan poderosas. Las cosas que no necesitamos

decir porque incluso nuestros pensamientos sobre ellas son tan intensos.

—Me entrevistas en privado —dice Luke—. Podemos vernos entonces.

Asiento.

Estamos a mitad de camino de terminar este programa. La implicación es que una vez que las entrevistas terminen, no veré más a Luke.

Pero está bien.

Totalmente bien.

Habré visto más de Luke de lo que jamás podría haber esperado. Y en tres semanas lo estaré viendo en la pantalla plana de mi apartamento, observándolo jugar al hockey, viendo cómo los canales de noticias de entretenimiento hablan de su futura vida con cualquiera que sea la mujer que elija.

Probablemente se informará de una ruptura en unos meses porque, Dios mío, eso es lo que siempre ocurre en estos programas, pero durante años, cada nueva novia será ávidamente reportada por los medios.

Él siempre estará en mi vida mientras tenga televisión y siga cuentas de deportes y entretenimiento en redes sociales. Pronto, esta versión física de Luke ya no estará ahí. Ya no está desnudo a mi lado. Pronto, se transformará en una versión brillante en 2D, y mi corazón dolerá cada vez que lo vea.

Ya lo hace.

Estoy bastante seguro de que siempre será así.

La lluvia nos envuelve cuando salimos del hotel, y el gerente personalmente nos pide disculpas por la foto filtrada.

El cielo es gris sobre gris, y el viento no se intimida por la lluvia, y continúa soplando con toda su fuerza.

Es un día miserable, pero miro con asombro todos los edificios de piedra en tonos pastel del Viejo Montreal cuando pasamos por allí de camino al aeropuerto. La niebla le da a todo un aspecto de cuento de hadas, y me pregunto si he imaginado todo lo que pasó entre nosotros. Deslizo la mirada hacia Luke.

Aprieta las manos, como para recordarse a sí mismo que no debe extenderlas para tocarme, que no debe agarrar mis dedos entre los suyos.

Llegamos al aeropuerto y, después de un rato en la sala VIP, ocupamos nuestros asientos de primera clase de vuelta a Boston. Los amplios asientos normalmente son agradables, pero desearía que estuviéramos apretados juntos en clase turista, donde nuestras piernas podrían tocarse, nuestros hombros podrían rozarse, y nadie pensaría nada al respecto.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

Luke

—¿Qué quieres decir con que no nos quedamos en Boston?

Miro a Ella con asombro al otro lado de la mesa de conferencias de los Blizzards. Desde que me uní al programa, he estado en esta sala más veces de las que jamás habría deseado. Soy el tipo de jugador que se mantiene lo más lejos posible de la dirección. Deslizo la mirada por la habitación, de Daniela a Oskar, a Nate y a Sebastian para ver qué piensan.

Es un error. La luz dorada entra por los ventanales del suelo al techo, envolviendo a Sebastian en un resplandor brillante. Estoy totalmente dispuesto a cualquier momento en que Sebastian quiera chuparme.

Anoche fue...

Los ojos de Sebastian arden, y quizás le estoy mirando con lujuria, y quizás Sebastian también me está mirando con cierta lujuria porque Oskar elige ese momento para toser.

A veces creo que podría estar sospechando de nosotros. No estoy muy seguro de lo que dije en Montreal cuando estaba aturdido por los analgésicos y animado por saber que Sebastian vendría al hotel conmigo, pero por las miradas curiosas que tanto Oskar como el Dr. Novak me lanzan, tengo la sensación de que no fui lo más discreto posible.

No importa. Seré discreto ahora. Mi plan es no volver a lesionarme, no bajar mis inhibiciones, no mirar a Sebastian con asombro...

Oskar tose de nuevo. —¡Perdón! Creo que tengo un resfriado.

—¿Debería subir la calefacción? —pregunta Daniela.

—Ya hace suficiente calor —murmura Oskar.

Las cejas de Daniela se alzan, pero por suerte Ella comienza a hablar de nuevo, agitando los brazos con ese entusiasmo tan típico de Los Ángeles que consigue que la gente done millones de dólares e hipoteque su casa y las casas de sus hijos, todo por perseguir un

sueño y unas cámaras de lujo que graban a personas fingiendo ser otras personas.

—Todavía no te han autorizado para jugar —me recuerda Ella.

No soy el tipo de chico que suele fruncir el ceño a la gente, y el optimismo nunca me ha irritado, pero seguro que no hay motivo para que parezca tan animada.

Los ojos azules de Sebastian se deslizan hacia mí. Quiero mirarlos para siempre. Quiero ponerle nombre a cada mota de azul.

En lugar de eso, doy un largo trago al agua con infusión de pepino y limón y evito mirarlo.

—Creo que a Luke le resulta molesto no estar autorizado para jugar —dice Sebastian.

—Cierto. Por supuesto. —Aunque Ella sigue sonriendo—. Quiero decir, todos en Falcon Productions estamos extremadamente tristes por lo ocurrido. Estamos encantados de que no fuera más grave.

Quiero decirle que no poder ayudar a mi equipo es grave.

—¿Pero esto significa que definitivamente podremos hacer una cita en tu ciudad natal? —pregunta Ella.

La cara de Sebastian palidece, pero estoy seguro de que esto significa que podré colarme en su habitación de hotel, y me encuentro inclinándome hacia delante. —Eso suena bien.

—¿En serio? —Ella junta las manos y suelta un chillido.

Probablemente sea bueno que estas habitaciones estén insonorizadas, no sea que alguien en la habitación de al lado deje caer una pesa o algo así.

—Porque Sebastian pensaba que quizás no querrías viajar con tu lesión...

—Sí —interrumpe Sebastian—. Eso es lo que pienso.

—Oh. —Parpadeo mirándole.

Daniela y Oskar me están observando. De ninguna manera voy a insinuarles que no solo no puedo jugar al hockey, sino que tampoco puedo viajar. Es decir, soy jugador de hockey. Literalmente me pagan millones de dólares cada año por ser duro.

Quizás Sebastian no se ha dado cuenta del potencial de una habitación de hotel durante la noche.

—Quiero decir, será agradable conocer a las familias de Willow y Flora —digo—. Las dos son muy simpáticas, y seguro que sus padres también son geniales.

—Oh. —Ella parpadea—. Bueno, eso no es exactamente lo que tenía en mente.

Sebastian cierra los ojos. Sus pestañas bajan revoloteando, y se me ocurre que necesito medirlas. O contarlas. O medirlas y contarlas. Solo porque...

Oskar tose otra vez.

—Pero si estás dispuesto a viajar a Florida y Kansas, entonces Ashcove no debería ser ningún problema.

Escupo agua sobre la mesa. —Um... lo siento.

Los ojos de Oskar se redondean, pero me pasa algunos pañuelos.

—Supongo que me ha entrado un trozo de limón o algo.

Daniela parece legítimamente preocupada, como si todos los jugadores de hockey fueran a empezar a asfixiarse.

—O quizás simplemente se me fue por el conducto equivocado. En realidad, eso es una señal de que tal vez no debería viajar después de todo. —Hago lo posible por parecer arrepentido—. La conmoción cerebral podría haber reordenado mi equipamiento de garganta.

Sebastian entierra la cabeza entre las manos.

—Probablemente eso no ha ocurrido —dice Daniela, lanzándome una larga mirada que probablemente dice que soy la última persona que habría pensado que acabaría en la televisión. Televisión sin guion.

—Quiero decir, ¿a quién le importa Ashcove? —Meneo la cabeza con escepticismo—. Solo un montón de chocolaterías y galerías de arte. Bastante aburrido.

—¡Suena adorable! —Ella junta las manos.

Me encojo de hombros. —Quiero decir, es básicamente lo que ves si enciendes Hall-

—No. —Sebastian se levanta. Su cuerpo tiembla. Sus ojos están como locos—. Este hombre está enfermo.

—Gravemente —digo, asintiendo varias veces, porque si algo soy, es alguien que apoya a Sebastian—. Probablemente debería ingresar en el hospital después de esta reunión.

—¿Por lo de la redistribución del equipamiento interior de la garganta? —Los ojos de Ella se redondean—. ¿Podrás hacer la cita de esta noche en el restaurante francés de ese rascacielos con vistas a todo Boston? Porque hemos reservado una sala privada con vistas y...

—Puedo hacer eso —digo.

—¿Y el plato de ostras? —pregunta Ella—. Porque esas cosas son bastante... resbaladizas. Y significativamente más grandes que la pulpa de limón.

—Estaré bien —le aseguro.

Sebastian suspira. —Y probablemente estarás bien para un viaje de setenta minutos a Ashcove.

Me muerdo el labio.

Tiene razón. Si puedo comer ostras, probablemente puedo hacer el viaje.

Asiento a regañadientes.

Dios, no pretendía que esto ocurriera. Sebastian no quiere ir a Ashcove, y yo quiero que sea feliz. Inhalo, pero todo el aire se ha vuelto rancio, despojado de todo lo bueno y reemplazado por la preocupación.

Los ojos de Sebastian se vuelven tristes y suaves. —Está bien.

—¡Mejor que bien! —exclama Ella—. Será estupendo. Pero entiendo tu punto sobre querer conocer a los padres de tus futuras novias. Podemos hacerlos volar hasta aquí. ¡Este será el mejor *Buscando al Sr. Perfecto: Edición Navideña* de todos los tiempos!

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

Sebastian

No pasa nada. Solo voy a volver a Ashcove. Donde no he estado desde que me fui. Mis dedos tiemblan.

Soy Sebastian Archer, Presentador Extraordinario de TV. Soy Sebastian Archer, Presentador de TV-

—Entonces, ¿qué opinas? —pregunta Ella con un tipo de preocupación en su rostro que me hace pensar que no es la primera vez que me hace esta pregunta.

Mi mente es el mismo lodo espeso en el que Bryce y sus amigos me tiraron una vez.

—Eh...

—Sobre la familia de Willow y Flora que viene —dice Luke.

—¿Por qué...? —frunzo el ceño.

Normalmente no se trae a las familias al lugar de rodaje de Mr. Right.

—Para que pueda evaluar a mis futuros suegros —dice Luke, y su voz se quiebra, y mira fijamente sus dedos.

—Oh. —Me echo hacia atrás. Una ráfaga de aire gélido atraviesa la habitación. No estoy seguro de por qué Oskar dijo antes que hacía calor. Quizás nacer en Suecia estropea el termómetro interno de alguien o algo así—. Sí... ¿Lo que sea?

—Quizás ese resfriado es contagioso —dice Ella, lanzando una mirada a Oskar.

Trago saliva con dificultad. Normalmente soy elocuente. Súper elocuente.

—Sabes, me encantaría poder hablar con Sebastian en privado —dice Luke con ese tono formal que utiliza a veces como si estuviera fingiendo ser el hombre del tiempo o algo así.

—Eso no es necesario —digo rápidamente.

Porque no pueden sospechar. Absolutamente no pueden sospechar. Bryce va a pensar que es sumamente hilarante que yo esté allí.

Los ojos de Luke se suavizan.

—Solo quiero decir que tengo más reflexiones sobre...

—¿Tu camino hacia el amor verdadero? —sugiere Ella alegremente.

Luke asiente.

—Exactamente. Estoy evaluando los méritos de Flora frente a Willow y tengo algunas nuevas ideas que me encantaría grabar lo antes posible.

Los ojos de Ella se redondean.

—¿De verdad?

—Ajá... —Asiente varias veces—. De hecho, probablemente por eso he estado distraído. No he podido dejar de pensar en ellas.

Me lanza una mirada significativa, pero es difícil creer que está dirigida a mí cuando literalmente está hablando del amor verdadero con dos mujeres absolutamente guapísimas y elegibles con las que toda América se alegraría si las eligiera.

—Probablemente puede esperar... —digo, porque escuchar a Luke exponer sobre las cualidades de otra mujer no es exactamente lo que me apetece.

—Queremos contenido —dice Ella con firmeza—. Y Luke rara vez está inspirado...

La piel de Luke se sonroja.

—¿Quizás puedes darnos un adelanto? —sugiere Ella—. Para ver si es importante.

—Oh. —Luke traga con dificultad, su nuez de Adán subiendo y bajando—. Bien. Pues verás...

Todos miran expectantes a Luke.

Las mejillas de Luke pasan de un rosa pálido a un rosa más intenso y robusto, del tipo que usan en cajas de colores de cartón de tamaño poco generoso.

—Es solo que... —Luke se endereza—. Bueno, el hecho de que Flora un día será dentista es atractivo. Sería genial saber que podría abrir la boca en cualquier momento y ella podría diagnosticar cualquier problema dental.

—Probablemente necesitaría más herramientas que solo su cabeza —murmura Oskar.

Luke le lanza una mirada irritada, muy parecida a la que un espía podría lanzar a un ligue de Grindr en un evento secreto.

—Afortunadamente, muy afortunadamente, tengo los fondos para comprar mi propio sillón de dentista y cualquier, um, equipo que ella pueda necesitar. Como esas cosas metálicas puntiagudas.

Los ojos de Daniela se ensanchan, pero Luke asiente, claramente entrando en el espíritu de la cosa, y agita los brazos al estilo de Los Ángeles, y me pregunto si quizás está pasando demasiado tiempo con Ella.

—Oh, sí. Como palillos largos pero plateados. No plata de verdad. Solo...

—¿Plata falsa? —sugiere Oskar, con una ceja peligrosamente cerca de elevarse a una región más alta de su frente que la otra.

—Algo así. Un dentista lo sabría.

Los ojos de Ella se suavizan.

—Como Flora.

—Y podríamos tener una de esas cosas puntiagudas con un espejo hecho del mismo material.

—¿Plata falsa? —proporciona Oskar.

Luke le da a Oskar un asentimiento de gratitud, como si Oskar acabara de mostrarle una veta de plata en la Nevada del siglo XIX y le hubiera dado un pico.

—Y esas cremas de flúor en moldes de goma para dientes que casi te hacen vomitar.

—Sabes mucho sobre odontología —dice Ella.

—Le he estado dando muchas vueltas.

—Bueno, esto se trata de que encuentres el amor verdadero. Tu felices para siempre. Tu Julieta para tu Romeo. Tu Cleopatra para tu Antonio. Tu Elizabeth Taylor para tu Richard Burton.

—Ninguna de esas relaciones acabó bien —dice Oskar.

—Al menos no todas terminaron en muerte violenta —reflexiona Daniela, siempre la optimista y experta en ver el vaso no solo medio lleno sino prácticamente lleno.

—¿Y Willow? —suspira Ella.

—Quizás le gusta porque se está formando para ser médico —dice Oskar.

Luke sonríe encantado.

—¡Has estado viendo el programa!

—Todo el mundo está viendo el programa —dice Ella—. Tenemos los mejores índices de audiencia de cualquier programa de *Seeking Mr. Right*. No solo de la edición navideña.

—¿En serio? —La mandíbula de Luke cae.

—Sí. —Ella sonríe orgullosamente—. Por eso ningún gasto es demasiado para traer a cualquiera que quieras de las familias de estas mujeres. El mundo entero está viendo este viaje. ¡Ahora tenemos licencia para emitirlo en veinte países!

—Vaya —dice Daniela.

—Y estamos en negociaciones ahora para mostrarlo en doce países más.

La sien de Luke late, y creo que sus dedos tiemblan, pero los desliza hacia abajo y los apoya en su regazo, aunque eso no es algo que él suela hacer.

—Entonces, ¿qué piensas de Willow?

Luke parpadea un número de veces más apropiado para caminar por tormentas de arena en Oriente Medio, pero baja los hombros e inhala. —Bueno, los jugadores de hockey también se lesionan.

Willow aplaude. —Así que podrías instalar un consultorio médico en lugar de un consultorio dental en tu nueva casa con tu futura esposa.

—Sí.

—Supongo que la pregunta es, ¿cuál preferirías tener en tu casa?

—Um... —Luke se levanta de repente—. Debería hablar con Sebastian sobre esto. Por favor...

—El hombre está inspirado —dice Ella. Se lleva una mano a la boca para que Luke no pueda ver sus labios—. No ocurre a menudo.

—Claro —digo sin saber qué hacer—. Vamos, um, a descubrir tus pensamientos sobre el amor verdadero.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

Luke

Prácticamente arrastro a Sebastian fuera de la habitación. —Podrías haber aceptado acompañarme antes.

—Lo siento. Estaba en shock. ¿Por qué les dijiste que podías viajar?

—Y-yo no sabía que querían ir allí. Te lo juro.

—Nunca van a las ciudades natales de los concursantes en la Edición de Navidad —decimos al mismo tiempo, mirándonos fijamente.

—Deberíamos irnos antes de perder demasiado tiempo citando las reglas de Mr. Right el uno al otro en el pasillo —conduzco a Sebastian dentro de la sala de masajes.

Gracias a Dios el masajista está en otro de sus largos descansos.

El aire está impregnado con aroma de eucalipto y cedro, pero estoy bastante seguro de que aún así no calmará a Sebastian. Lo atraigo hacia mis brazos. —Lo siento mucho.

Él se tensa. —Estoy bien.

—Sé que lo estás, cariño —le acaricio el pelo—. No quiero que ocurra nada malo, y...

—¿Y ahora podría ocurrir lo peor posible?

Me pongo rígido. Tiene razón. Nada podría ser más terrible que esto.

—Te mantendré alejado de Bryce —digo—. Quiero decir, él me habría dicho si te hubiera reconocido.

Los hombros de Sebastian se relajan un poco. —Quizás.

—Le habría parecido hilarante —le prometo—. Me habría enviado un mensaje sin duda. Estaría por todo el grupo de WhatsApp de nuestra familia.

—¿Tu familia tiene su propio grupo de WhatsApp?

—Eh, sí.

—Suena bien.

—Es una cosa de tecnología. Puedo crearlo para ti...

—¿Para que mi madre tenga otro lugar donde pedirme dinero? —Sebastian niega con la cabeza—. No, gracias. Quiero decir, no soy cruel. Y-yo quiero compartir. Pero ya le compré una casa, y siempre está drogada y no creo que quiera que tenga demasiado dinero por si va a parar a algo... nefasto.

Se me cae el alma a los pies. Estoy bastante seguro de que la madre de Sebastian es tan sorprendentemente imperfecta como su hijo es sorprendentemente perfecto. Le acaricio el pelo. —Lo siento mucho.

Él apoya su cabeza contra mí, y yo inhalo su colonia de Tom Ford, más sofisticada que cualquier cosa que la mayoría de los atletas nos rociamos aquí, donde el sudor es el olor predominante. —¿Qué es esta habitación?

—Es nuestra sala de masajes.

—No formaba parte del tour la última vez.

—No queremos dar a la gente la impresión equivocada sobre nosotros.

—¿Que pasáis el tiempo inhalando eucalipto? —Sus ojos bailan, y todo en mi cuerpo se calienta, como si hubiera lanzado una cerilla encendida hacia mí.

—Sí. Podría dar una impresión equivocada a Montreal.

Él se ríe contra mí.

—¿Te sientes mejor? —pregunto.

—No si pienso en todo lo que está mal.

—¿Quieres que te dé un masaje?

Me mira de forma extraña.

Cierro la puerta con un sonoro clic.

Definitivamente está cerrada.

Definitivamente estamos solos.

—Te voy a dar un masaje —digo.

—No soy un atleta de los Blizzards.

—Bueno, yo no soy un masajista de los Blizzards.

—Nos meteríamos en problemas.

—Menos mal que le dije a todo el mundo que estábamos grabando.

—Estoy bastante seguro de que nadie quiere oírte exponer tus opiniones sobre tener una sala dental o médica en tu mansión de la NHL.

—Siempre he tenido predilección por las salas de grabación de vídeo —digo.

Él se tensa.

Yo me tenso.

Dios, ¿pretendía decir eso?

Me mira de reojo. —No deberías decir cosas que no sientes. Solo hará que sea más difícil cuando...

La semana que viene. Ahí es cuando termina el programa. Cuando Sebastian vuelve a casa. Cuando fingimos que nunca significamos nada el uno para el otro, que nunca nos importamos, que nuestros corazones no duelen y nuestros cuerpos no sufren, confundidos, preguntándose por qué no estamos juntos.

—Voy en serio contigo —digo.

—No deberías.

—Lo hago. A pesar de todo, lo hago.

Me mira con asombro, luego baja la mirada. —No importa de todas formas.

Suspiro. —No creo que estés entendiendo la situación.

—¿Los miles de kilómetros que nos separan? ¿El hecho de que pronto vas a anunciar tu compromiso con alguna mujer?

—El hecho de que estamos en una habitación cerrada con una camilla de masajes.

—Oh —Sus ojos se abren, sus mejillas se sonrojan, su lengua rosada humedece sus labios rosados—. Oh.

Lo levanto en mis brazos y lo coloco en la camilla de masajes. Luego le quito la corbata, moviendo la tela sedosa en mis manos.

Entrecierra los ojos. —Recuerdo que tuve que anudarte la pajarita.

—Tú eres el responsable de volverla a anudar —digo.

Él resopla. —¿Me recuerdas por qué estamos haciendo esto?

Capturo sus labios con los míos, y luego succiono su lengua. El calor me invade.

Me aparto, y sus ojos están vidriosos. —Ya recuerdo. Dios, ya recuerdo.

Sonrío con suficiencia. —Bien —Y añado—: Perdedor de tiempo.

—Por suerte soy un experto quitando ropa.

—¿Lo eres?

—Ajá —Asiente frenéticamente—. La actividad física no es totalmente lo mío, no como para ti, pero que sepas que llevo décadas quitándome mi propia ropa.

Me río. —Eres un experto.

Hace un gesto modesto. —Y no paso mis días con ropa deportiva sin botones ni cremalleras.

—¡Eh!

—Solo digo.

Le doy un puñetazo, y él me da otro, y de repente ambos estamos afanados en arrancarle la ropa.

—Un masaje no tiene por qué ser desnudo —dice él.

—¿Es esa la dirección que quieres tomar? —pregunto.

Se sonroja. —Quizás no.

—Por supuesto que no. —Lo tumbo sobre la camilla de masaje. Todavía lleva puesta la ropa interior, y empiezo a quitársela.

Sus ojos se abren de par en par. —¿Estás seguro? Porque no estoy... Tengo...

Sonrío. —Puede que apenas aprobara la clase de biología del Sr. B, pero he notado que eres un chico.

—Cierto. —Asiente—. Sabía que lo sabías. Quiero decir... soy el primero.

Le beso la sien. —Me gusta todo de ti. No hay nada en ti que pueda asustarme. —Le beso la comisura del labio—. Tengo el mismo equipamiento. No estamos hablando precisamente de algo horroroso.

—Debería dejar de hablar.

—Nunca deberías dejar de hablar.

Le bajo los calzoncillos. Su polla salta hacia arriba. Está dura y palpitante, nada que ver con las pollas blandas y sin vida que a veces veo en el vestuario. Pulsa con luz, brillante por el líquido preseminal.

Froto mi dedo contra ella, sintiendo la piel elástica. —Hola.

—Ya sé que estaba preocupado por que te asustaras, pero no hace falta que empieces una conversación con ella.

Me inclino hacia ella. —¿Has oído cómo habla Sebastian de ti? —Mi boca está a solo unos centímetros, y da un respingo hacia mí—. Definitivamente creo que está intentando hablarme.

Sebastian tiene una expresión tensa en el rostro, como si estuviera intentando nombrar todas las partes de una videocámara. —Puede que tengas razón.

Alargo la mano hacia ella, porque aunque haya visto pollas antes, de la misma manera que he visto los hombros y las pantorrillas de otros chicos, y algunas de ellas pueden haber estado más llenas de lo normal de vez en cuando, nunca he visto una dura como esta. Paso mi dedo por toda su longitud, siguiendo las venas y la forma exacta.

—Luke... —gime.

Todo está al revés de como debería ser normalmente, pero aun así es perfecto. Beso su torso, haciendo girar mi lengua sobre su marco estrecho y suave, sujetando sus manos con las mías. Cuanto más contacto con Sebastian, mejor. Exploro su ombligo, luego continúo besándolo hacia abajo.

—Luke... —Se retuerce—. No necesitas...

Capturo su polla con mi mano. —¿Decías algo?

Muevo mis dedos alrededor. Sacude la cabeza frenéticamente. —No. En absoluto. No estoy diciendo nada.

Sonrío con suficiencia, luego giro mi lengua por la punta, saboreando la esencia de Sebastian. Es salada y, en realidad, no está mal.

Paso mis dedos por las líneas marcadas de sus caderas.

—Este es un masaje extremadamente feliz —dice.

—Ajá —murmuro, con los movimientos de mi boca todavía centrados en la polla de Sebastian. Quiero hacerle feliz. Quiero arrancar la preocupación de su cuerpo y cargarla yo mismo, para que pueda estar ligero y sin cargas a mi lado.

No he descubierto cómo hacer eso, la magnitud de *Seeking Mr. Right* y los Boston Blizzards dificulta cualquier solución simple, pero

quizás pueda empezar por sacarle el semen de los testículos. Sonrío mientras continúo girando mi lengua sobre su glande, luego deslizo mi boca sobre su miembro.

Aprieta los labios, y su agarre en mis manos se intensifica.

Sigo deslizando mi boca hacia abajo, tragando todo lo que es él. Succiono, porque puede que no sea un obsesionado con el sexo como Troy o Dmitri, pero sé lo que me gusta, sé lo que quiero compartir con Sebastian. Mantengo la succión constante mientras memorizo los relieves de su polla con mis labios.

—Luke... —murmura.

Deslizo mis labios fuera de su polla. —¿Quieres que pare?

—No. —Cierra los ojos—. En realidad, um, preferiría que continuaras.

—Entonces quizás puedas dejar de hablar. —Sigo acariciándolo con mis manos, porque puede que ahora no lo esté lamiendo, pero no soy cruel. Gané el premio al Mejor Compañero de Equipo varias veces cuando jugaba al hockey de niño, y aunque no soy engreído y quiero y adoro totalmente a todos mis compañeros, sospecho que tendría posibilidades si los Blizzards lo ofrecieran como premio.

—Vale —dice débilmente—. Estaré callado.

—Porque quiero que te relajes —digo—. Y, um, probablemente sea mejor si no hacemos mucho ruido. Solo porque personalmente no he probado la insonorización de esta habitación.

—Estaré callado —susurra.

Vuelvo a lamer, chupar y acariciar, mis nuevas cosas favoritas. Vuelvo a inhalar el aroma de Sebastian, menos Tom Ford, más él mismo, y vuelvo a contemplarlo desde mi posición, viendo crecer el rosa sobre su pecho, y viendo sus ojos azules mirarme con asombro.

—Voy a... —susurra.

Sacudo la cabeza y chupo más fuerte.

—Voy a —susurra aún más en voz baja, aún más frenéticamente. Se retuerce en la camilla de masaje. Su garganta se mueve. El sudor salpica su frente.

Y entonces explota. Lo succiono todo, agradecido de que no sea tan grande como yo. Agradecido de que sea algo que puedo manejar con facilidad.

—Eso fue...

—¿Increíble? —pregunto.

—Magnífico... —murmura.

Sus pestañas revolotean, y beso sus sienes, beso sus mejillas, beso sus labios.

En algún momento toda su preocupación volverá a él, y su pensamiento se pondrá en marcha a toda velocidad, pero por ahora quiero que esté saciado y resplandeciente.

Se incorpora, y me deslizo a su lado en la camilla de masaje, rodeando su cintura con mi brazo. Apoya su cabeza contra mi cuello, su respiración todavía acelerada.

Echa un vistazo a mi propia polla, dura y palpitante e incómoda en mis pantalones. Apunta hacia arriba de manera indecente, sin que mis pantalones de chándal la obstaculicen.

Extiende la mano hacia ella. —Puedo...

Le beso la frente. —Más tarde. Ahora pensaré en cosas desagradables.

—Como el viaje a Ashcove.

Le miro de reojo. —Se suponía que ibas a dejar de pensar en eso durante más tiempo.

Él se encoge de hombros. —Lo siento. Para que conste, aquello fue super excitante. ¿Estás seguro de que no lo habías hecho antes?

—Solo contigo —sonrío—. Aunque tengo fama de tener fuerza física y elegancia.

Entrecierra los ojos. —¿Estás citando el último artículo de Sports Sphere sobre ti?

—¿Tú también lo has leído?

—Puramente por motivos profesionales —dice con rigidez—. Tú eres mi Sr. Perfecto.

—¿Ah, sí? —Estoy seguro de que mis ojos brillan de emoción, y él se sonroja.

—Quiero decir... —Traga saliva con dificultad—. Quiero decir, por el programa...

Le doy un golpecito en el hombro. Hay cosas que quiero decir, pero quizás no debería. Promesas que no estoy seguro de poder cumplir.

Así que me quedo en silencio, inhalando el aroma a eucalipto y el tenue olor a sudor y semen. Con suerte el aire acondicionado hará su trabajo y el olor se disipará para cuando el masajista regrese de su siempre prolongado descanso.

—Sé lo que querías decir —digo en su lugar, pero él sigue tenso, como si de alguna manera eso no fuera lo correcto que decir después de todo.

—Debería haber seguido tu ejemplo sobre el viaje —digo—. Lo siento. Me siento fatal.

—Lo sé. —Me aprieta la mano—. Supongo que tenías motivos para no querer decirles a Daniela y a Oskar que no estabas lo suficientemente bien para viajar.

—En realidad, estaba más interesado en que quizás podríamos colarnos en las habitaciones del hotel del otro —confieso.

Sebastian sonríe. —¿En serio?

Asiento. —Me gusta dormir a tu lado, Sebastian. También me gusta no dormir a tu lado.

—¿Como ahora? —Sus ojos brillan.

—Sí, ahora no estamos durmiendo uno al lado del otro —digo—. Y es bastante genial.

Se ríe a mi lado.

Me gusta que haga esto. Me gusta que pase de la tristeza y la preocupación a la alegría. Aprovecha los buenos momentos cuando los encuentra. Probablemente por eso no se hundió en Ashcove. Quizás por eso mi hermano continuó burlándose de él, como si cualquier sonrisa, cualquier alegría, fuera una afrenta personal al arduo trabajo de mi hermano por mantenerlo hundido.

Dios, estoy tan enfadado con Bryce. Tan enfadado conmigo mismo por no haberle parado. Tan enfadado porque Sebastian no esté emocionado por volver a su ciudad natal, el chico de pueblo que triunfó a lo grande, sino nervioso.

—Sabes, probablemente podríamos pasar la noche en Boston —dice.

—¿Ella y Mateo no notarían que entro en el lugar que habéis alquilado?

—Bueno, probablemente sí lo notarían —admite.

—Ven a mi casa —digo—. Todavía no me has grabado hablando sobre Flora y Willow.

—El gran debate entre la sala del dentista y la del médico.

—Ella se decepcionaría si no tienes el vídeo.

—Sí, sorprendentemente le intrigó bastante.

Hago un gesto modesto con los hombros. —No soy terrible improvisando.

Sebastian hace algo entre un bufido y una risita, y vale, quizás la comunicación no sea lo mío. Lo mío es perseguir discos, después de todo. No hay mucho en común con contar historias.

—Les diré que el vídeo falló.

—Y como eres tan noble, fuiste a mi casa a grabarlo el mismo día.

—Soy verdaderamente dedicado y abnegado.

—Eres increíble. Completa y absolutamente.

Sebastian se detiene y me mira fijamente. Una oleada de calor me recorre, y le devuelvo la mirada.

No debería haber invitado a Sebastian a mi casa.

Es una mala idea.

No vivo solo.

No quiero que Troy lo sepa. No quiero que Sebastian se preocupe por si puede o no confiar en mi alto, intimidante y bromista compañero de piso, el portero.

—Te colaré dentro —digo.

—Diré que eras un ligue de Grindr que salió bien si alguien pregunta mañana.

—Te sorprendiste gratamente de lo genial que soy en 3D —digo, y él se ríe.

Le doy otro beso, y luego le ayudo a vestirse.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

Sebastian

Esto es definitivamente una mala idea.

La casa adosada de Luke se alza imponente frente a mí. Está a solo un corto paseo de donde se está realizando la filmación, y aunque las chicas están confinadas en la casa salvo cuando tienen citas por Boston, los miembros del equipo no tienen limitaciones de ubicación. Espero que ninguno me vea. Que me vean contemplando la casa de Luke con aire melancólico como si fuera un actor de tragedias shakesperianas.

No es que esté melancólico, por supuesto.

Es decir, no estoy enamorado.

Solo estoy... nostálgico. Nostálgico-de-gustarle. Nostálgico-de-un-buen-conocido.

Aun así, probablemente parecería extraño si paso demasiado tiempo examinando la fachada de la casa, por muy agradable que sea, como lo son la mayoría de las casas adosadas del siglo XIX de Back Bay.

Es ese pensamiento el que me impulsa a apresurarme y no quedarme simplemente mirando con ojos de cordero la casa de Luke.

Esto está bien. Voy a filmar a Luke hablando de sus opciones románticas, y luego voy a tener un encuentro casual. No importa que la persona con la que voy a tener ese encuentro sea Luke. No importa que no sea una persona de encuentros casuales en el mejor de los casos, y que mi historia pueda hacer que Ella, Mateo y Aisha levanten las cejas.

Estoy en una nueva ciudad. Es posible que usara una aplicación. Es decir, eso es algo que la gente hace. Y yo soy una persona. Así que todo tiene perfecto sentido.

Toco el timbre y enseguida me abren.

Me apresuro a subir los tramos de escaleras hasta que veo a Luke en la puerta.

Dios, el hombre es precioso. Sus ojos se suavizan cuando se posan en mí, pero luego su mirada se desvía hacia su derecha, y su comportamiento se vuelve más rígido, no muy diferente a cuando Ella le da palabras para decir durante el programa Mr. Right, y se convierte en una mezcla entre un hombre del tiempo y un niño presentando un informe sobre un libro que no ha leído.

Troy debe estar en casa.

—Ah, Sebastian. Es un placer verte. Lamento lo de las cámaras averiadas y que nuestra conversación se perdiera. Por favor, pasa.

—Hola Luke —digo.

—¡Hola Sebastian! —Troy asoma la cabeza—. Siento lo del incidente con la avería de la cámara.

—Está bien —digo—. Estas cosas pasan.

—Deberías decirle al estudio que te compre mejor equipo.

—Sí, quizás.

Entro al apartamento. Luke se aparta de mí a una velocidad que se ajusta a su persona atlética pero no es la más halagadora. Me encuentro cara a cara con Troy, que parece vagamente arrepentido.

—Así que, esta es nuestra casa —dice Troy—. ¿Dónde quieres filmar?

—Em...

—Te daré un tour —dice Troy alegremente.

—Genial. —Sigo a Troy, con Luke detrás.

—Así que, aquí es donde vive Luke. ¿Quizás quieras filmarlo?

Luke se tensa, pero algo en mi mirada debe calmarlo.

Los ojos de Troy van de Luke a mí. —Eres un gran comunicador, Sebastian. Es como si pudierais comunicaros sin hablar.

—Oh —me rasco la cabeza—. Bueno, eso viene bien cuando se filma.

—Me lo imagino.

—Sebastian está super implicado —dice Luke.

—Claramente. Quiero decir, es sábado por la noche a las nueve.

Los ojos de Luke se agrandan.

—Los días son largos en la televisión —digo.

—También en el hockey. —Troy me choca el puño.

Luke no me choca el puño. En su lugar, se recuesta contra la pared, como si tuviera miedo de estar demasiado cerca de mí. Troy frunce los labios.

—Nuestro Luke es bastante tímido —dice Troy en tono de disculpa.

—No soy tímido —dice Luke.

—Es difícil arrastrarlo a las fiestas —dice Troy.

—Eso es porque las fiestas son aburridas. —Luke mira con el ceño fruncido.

Este es un Luke malhumorado al que no estoy completamente acostumbrado.

—Bueno, no comparado con ver... —Luke pisa el pie de Troy, y Troy se detiene—. Quizás debería irme.

—¿Vas a salir? —dice Luke, con voz ansiosa.

—Nah, no esta noche. Descansando para nuestro partido de hockey mañana por la tarde. —Me mira—. Partidos de hockey en fin de semana, ya sabes.

—Em, claro. —Intento asentir con conocimiento de causa.

—Estaré en mi habitación.

Se aleja sigilosamente.

—Mierda —susurra Luke, una vez que Troy está *probablemente* fuera del alcance del oído—. Lo siento. Normalmente sale por la noche.

—Está bien —susurro en respuesta—. Además, realmente necesito filmarte después de todo tu discurso frente a Ella hoy.

—Cierto. Claro. Por aquí. —Luke avanza por el pasillo, luego abre la puerta de la habitación junto a la que entró Troy.

Entro y miro la pared que separa las dos habitaciones.

—Esta es mi habitación —dice Luke con esa extraña voz formal suya, y tomo nota mental de decirle a Ella que necesitamos que un proceso de audición forme parte del proceso de solicitud para Mr. Right. No podemos asumir que los futuros Mr. Rights serán capaces de actuar con naturalidad.

Obviamente, Luke es impresionante. Pero eso es porque es Luke. Otros Mr. Rights no serán Luke.

—Guay. —Empiezo a montar mis cámaras.

Me doy la vuelta, y en el siguiente momento, Luke me atrae hacia él. Mi trasero está presionado contra su dura y palpitante erección.

—Ugh... —murmuro, y Luke coloca una mano delante de mi boca, lo cual es muy sexy aunque totalmente inesperado. Me da la vuelta, y nos estamos besando. Locamente. Desesperadamente. Apasionadamente.

Me empuja contra la pared, luego aparta sus labios de mí. —Ups, se te cayó mi bolsa.

Me da un codazo.

—La recogeré —digo apresuradamente, aunque la bolsa absolutamente no se cayó y absolutamente no voy a recoger nada.

Él asiente aliviado, antes de besarme otra vez. El calor pulsa a través de mí, pulsa a través de él. Me sujeta contra la pared, y mi universo consiste en un gran cuerpo musculoso presionándose contra mí.

Quiero besarle para siempre.

Pero tengo que escucharle explicar las maravillas de las mujeres del programa de citas que presento, así que, en lugar de eso, detengo mi beso.

—Ah, parece que casi has terminado de configurar las cámaras —dice Luke en voz alta a la pared.

Sonrío. El hombre es adorable. No es un buen actor. Pero adorable. Definitivamente adorable.

—Sí, casi estoy —digo igualmente alto, también a la pared.

Luke se relaja, mientras yo rápidamente preparo las cámaras, los trípodes y la iluminación.

Me alegro de que los editores de *Buscando al Sr. Perfecto* sean tan excelentes, porque los lugares donde he grabado a Luke rara vez han alcanzado la calidad de un estudio.

—¿Cómo te sientes respecto a tu elección de parejas románticas? —le pregunto a Luke.

—Es difícil.

Frunzo los labios, deseando que continúe. Finalmente habla sobre las maravillas de ambas mujeres, y le sonrío animándole, y

finjo que mi corazón no se está rompiendo con cada cumplido que les hace.

Está diciendo estas cosas para que podamos pasar una noche juntos.

Le gusto.

Pero sé cuánto anima Falcon Productions al Sr. Perfecto de la temporada a que se declare, y sé que en una semana podría estar viendo a Luke declarar su corazón a otra persona.

Después de que Luke entra en más detalles de los necesarios sobre las lesiones de hockey que ha tenido, las lesiones de hockey que han tenido sus amigos, las lesiones de hockey que han tenido personas que conoce, las lesiones de hockey de personas que no conoce pero sobre las que ha leído, termina.

—Supongo que todavía tendré que pensarlo —dice.

—Supongo que sí —digo débilmente, luego apago el vídeo y se lo envío a Ella.

Quizás ella pueda convertirlo en algo intrigante. Sin duda, puede. Ella es increíble.

—Bueno... —Luke señala la cama—. Supongo que tendrás que recoger ahora. Es una lástima que tarde tanto en guardar tus cosas. Muchas cremalleras y compartimentos y... botones.

Habla con voz retumbante a la pared otra vez, y trato de no imaginar la expresión de Troy.

—Exacto —digo en cambio—. Lleva mucho tiempo.

Luke me atrae hacia él, y una vez más estamos besándonos. Intento no parecer triste. Besarse es genial. Pero en cualquier momento va a terminar y no estoy preparado para volver a mi cama real, lejos de Luke, lejos de todo lo que he llegado a apreciar. Como conocido. Nada más. Yo no. De ninguna manera.

Me quedo inmóvil en sus brazos, y él lo nota al instante.

—¿Qué pasa? —articula sin voz.

Le doy una sonrisa y me dirijo hacia la puerta. Él me recoge en sus brazos y me deja caer sobre la cama. Luego se inclina y susurra:

—Tengo un plan.

Parpadeo mirándole.

Luke está sonriendo como un loco mientras tira de la colcha sobre mí, luego pisa fuerte y sale de la habitación. Grita:

—¡Adiós Sebastian!

Oigo murmullos en el pasillo.

—¿Sebastian ya se ha ido?

—Oh sí, ya se marchó —asegura Luke a Troy.

—Genial.

—¿Quieres ver la tele?

—Me duele la cabeza —dice Luke, y está claro que incluso cuando habla con su mejor amigo y compañero de piso, no está más relajado que en el programa.

Luego Luke entra en la habitación. Sonríe. Su pecho se hincha.

Hago todo lo posible por no reírme en voz alta.

Cierra la puerta con llave, luego salta sobre la cama, oscilando los muelles. Reboto, y él me aprieta contra su pecho.

—Eso fue un gran subterfugio —susurro.

—Sabía que mi extenso conocimiento de películas de espías algún día daría sus frutos.

Asiento, preguntándome cómo sería su actuación si nunca hubiera visto ninguna película de espías. La calidez llena mi cuerpo. Estamos juntos. Me aferro a él, mirando en sus ojos, porque no tenemos unos minutos, tenemos toda la noche.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

Luke

Sebastian está en mi cama.

Mi cama.

Conmigo.

Sonrío ridículamente a Sebastian mientras estamos tumbados uno al lado del otro, luego lo atraigo sobre mí y sigo sonriéndole como un idiota. Quiero sentir su peso. Quiero saber que está ahí. Dios, estará conmigo toda la noche.

Nuestros labios se encuentran, y lo estrecho contra mí. Nos besamos, y luego nos besamos más. Nos quitamos la ropa. O al menos, yo me deslizo fuera de ella, y Sebastian desabrocha botones.

—Deberías usar más chándal —le digo.

—Vale, tío —retumba la voz de Troy desde el otro lado de la pared—. Señor gurú de la moda.

Me río débilmente, y los ojos de Sebastian se abren de par en par.

—Casa vieja —articulo sin voz.

Sebastian aprieta los labios, y yo aprieto los míos. Temblamos, y no de forma sexy. La alegría se derrama de mí, envolviéndome, cuando antes solo había entrenamientos de hockey y ejercicios y comida sana y ver a Sebastian presentar *Buscando al Señor Perfecto* desde la pantalla de mi portátil.

Esto es mucho mejor.

Debí saberlo entonces. Debí ver algo en el programa, algo que me hizo verlo una y otra vez. Alguna fascinación con Sebastian. Alguna atracción que existía cuando solo era una cara pequeña, no más grande que mi pulgar, en mi pantalla.

Lo sabía. Debí saberlo.

Estamos desnudos, con las pollas duras, y aunque esto no es un partido de hockey, nuestros cuerpos están resbaladizos por el sudor. El cuerpo de Sebastian brilla, húmedo de sudor, y le aliso el pelo donde su gomina se ha aflojado, y su pelo ahora se pega a su

frente, los mechones más oscuros, más salvajes, como solo yo puedo verlo.

Pero nuestro tiempo no se extiende eternamente. Sebastian no puede explicar a su jefe que robó al Señor Perfecto de las concursantes reales, que todas mis alabanzas sobre ellas, forzadas como fueron por Ella, Aisha, e incluso el propio Sebastian, eran fingidas.

No puede admitir que la conversación mundial sobre qué mujer elegiré estaba equivocada desde el principio, que todas sus reflexiones, todas sus conversaciones en foros e hilos de Twitter y charlas de oficina y conversaciones en los bares después del trabajo fueron en vano.

No puedo hacer que Sebastian pierda su trabajo. No puedo trasladarlo del brillo y glamour de California con sus palmeras y cielos azules y un océano más azul aún y famosos conduciendo coches lujosos, nunca manchados por la sal, nunca avanzando lentamente por el aguanieve y la nieve, al lugar que dejó atrás. Dios, mi hermano es su mayor enemigo.

Y aunque puedo decirle a Bryce que lo respete, que sea amable y honorable, y que sea todas esas cosas que debería haber sido desde el principio, no puedo borrar sus recuerdos. No existe un borrador, con todo el dinero que tengo ahora, que pueda comprar para eliminar su dolor, aunque daría cada uno de mis millones. ¿Puedo pedirle que forme parte de mi vida de manera permanente cuando tendría que arruinar todo lo bueno que ha conseguido para hacerlo?

Lo beso con más fuerza porque no quiero pensar. No quiero discutir. No quiero ser maduro y decidir que todo esto no tiene sentido.

Quiero besarlo y abrazarlo y atesorar cada segundo que tenemos. Quiero...

Dejo de besarlo. Él me sonríe con ojos nublados, sus mejillas ahora rosadas.

—Quiero hacer el amor contigo —susurro.

Me tenso, por un momento imaginando que Troy responderá con algún comentario sarcástico.

Pero fui silencioso.

Sí sé cómo estar callado.

—¿Estás seguro? —susurra Sebastian.

Me encuentro sonriendo. Porque nunca he estado más seguro de nada.

• • • •

SEBASTIAN

Luke ha pasado de besar a hacer una mamada a aparentemente hacer el amor. Hay otra palabra que normalmente usaría, pero no parece adecuada en este contexto.

Mi corazón se hincha, y asiento con la cabeza.

Porque si Luke lo quiere, voy a dárselo.

Soy suyo, como él quiera, mientras me quiera.

Luke sonríe y luego se sienta, rodeando mi cintura con un brazo para que no me caiga de su regazo con el movimiento. Envuelvo mis piernas alrededor de su cintura, y nuestras caras están tan cerca que podrían tocarse.

No hay hombre más dulce en el mundo.

Lo cual es probablemente una de las razones por las que el mundo —al menos la proporción con la que Falcon Productions aseguró acuerdos de distribución— está viendo su *Buscando al Señor Perfecto: Edición Navideña*.

No voy a pensar en eso.

Tampoco voy a pensar en el viaje a Ashcove.

Voy a pensar en una gran figura musculosa y los ojos más dulces del mundo y unos labios suculentos que quiero besar para siempre.

Luke hurga en su mesita de noche y saca un montón de condones. Intento no pensar en con quién los usó por última vez, para quién los compró.

No hay vibradores, ni esposas, ni masturbadores, ni bolas anales asomando de su cajón. Dios sabe que he visto todas esas cosas y más en las mesitas de noche de algunos hombres en Los Ángeles.

Luke abre el envoltorio del condón, dejando el papel arrugado sobre la mesita. Todavía estoy en su regazo. Nuestras pollas están pegadas, y si solo nos frotamos el uno contra el otro, sería increíble.

Pero quiero sentirlo dentro de mí. Quiero saber que hemos estado unidos, aunque sea momentáneamente. Le quito el condón de las manos. —Déjame a mí.

Lo desenrollo por toda su longitud, sintiendo la forma de su glande y las venas de su tallo con mis manos.

—Es bastante grande —dice disculpándose.

—Nunca tienes que disculparte por eso.

—A muchas mujeres no les gusta.

—Yo puedo con ello —digo.

Me sonríe. —Bueno, personalmente me gusta que seas un poco más pequeño para cuando me penetres.

Hago una pausa, y mi corazón late con fuerza. Luke está siendo diplomático. Soy la mitad de su tamaño ahí abajo. Pero no es eso lo que hace que mis manos dejen de moverse y que la temperatura de la habitación aumente, controlada por sus palabras y no por el termostato.

—¿Tienes planes para eso? —pregunto, asegurándome de que he oído correctamente.

Frunce el ceño. —Bueno, sí —mordisquea su labio inferior—. Aunque quizás podrías ir despacio porque no tengo, um, experiencia ahí abajo.

—Supuse que no lo querrías...

—¿Y entonces nunca podrías experimentar entrar en mí? —Su boca forma una O, y tengo tantas ganas de besarle.

—Así es como muchos hombres se sienten —digo.

—Yo no —dice con firmeza, y mi corazón se eleva.

Si estuviéramos juntos, no importaría de una forma u otra. Querría estar con él aunque lo único que hiciéramos fuera abrazarnos en la cama y sentir cómo nuestras terminaciones nerviosas se saludan.

No le presiono para que haga promesas que quizás no quiera cumplir. Pero mi corazón aún se acelera porque nunca he conocido a un hombre más dulce.

Pero no estamos juntos, y esta noche podría ser todo lo que tengamos antes de que se convierta en un recuerdo, desvaneciéndose en una visión, hasta que ya no esté seguro de

cómo suena su voz, y me resulte cada vez más difícil recordar la sensación exacta de su tacto, y se convierta en un hombre de ensueño del que me pregunto si realmente existió.

Pero no haré que esta noche sea triste.

—Voy a hacerte sentir muy bien —le susurro.

—Ya lo has hecho —me susurra en respuesta.

—Un momento. —Me aparto de sus piernas, sonriendo ante su expresión afligida, y voy hacia mi bolsa. Saco un lubricante envasado y lo exprimo en mi palma para empezar a prepararme.

—Ven aquí —dice Luke—. Puedo hacer eso.

Debo parecer sorprendido porque sus ojos se suavizan. Se acerca más al borde de la cama, apoyándose contra el cabecero, y luego me hace un gesto para que me una a él.

Me acerco, aún inseguro.

—Realmente puedo hacerlo yo... —digo.

—¿Y quitarme ese placer? —Toma mi mano y me atrae hacia él, luego me guía hasta su regazo. Mi vientre presiona contra su polla, y me tumbo sobre él, perpendicular a la cama. Mi polla presiona contra sus piernas, y mi corazón late mientras él separa mis nalgas.

Me tenso porque él solo ha estado con mujeres. Y he dormido antes con hombres supuestamente heterosexuales sin experiencia. Les he oído hablar sobre cómo un agujero es un agujero y he visto cómo evitaban mi polla. No habrían querido tocarme ahí abajo. No con sus dedos. Estirar y preparar es algo a lo que no están acostumbrados y que les horroriza vagamente.

Pero supongo que Luke no ve las cosas de la misma manera. No me está diciendo que me parezco a una mujer en la oscuridad. Todas las luces están encendidas. No me está diciendo que escuchó que los hombres gay dan las mejores mamadas y que siempre quiso probarlo por sí mismo.

El nerviosismo se aleja de mí. Quizás lo que suceda estará bien. La calma me llena. No estoy contorsionando mis dedos en posiciones extrañas detrás de mí, tratando de estirarme y prepararme lo más rápido posible, preguntándome por qué no usé un plug para disminuir la molestia para él.

Estoy siendo cuidado. Pasa sus dedos por la curva de mis nalgas con algo que se siente como reverencia, luego presiona la yema de su dedo contra mi entrada.

Mis terminaciones nerviosas explotan.

Luke está aquí.

—¿Te gusta eso, cariño? —susurra, su voz tan suave que podría ser mi imaginación o un recuerdo.

Asiento frenéticamente. Toma el lubricante de mis palmas y lo extiende en su propia mano, luego inserta la punta de su dedo en mí.

Luke está dentro de mí.

Solo su dedo.

Pero su dedo es increíble, igual que todo en Luke es increíble. Lo mueve más y más profundo, adentrándose sin miedo.

—Qué hermoso —dice, con asombro en su voz.

Su dedo es largo y poderoso. Lo gira dentro de mí, y antes de que necesite indicarle, añade un segundo dedo.

Mueve su otra mano sobre mi cuerpo, como para calmarme. Pero ya estoy flotando en una nube. Juega con mi pelo, masajea mis hombros, traza su dedo a lo largo de la curva de mi columna, encontrando una fascinación con la curva de mi cintura, como si fuera un escultor que quiere tallar a su musa en piedra, y quiere memorizar cada ángulo preciso, porque nada más servirá.

Separa sus dos dedos, abriéndome. Su polla se hincha contra mí, caliente y palpitante, y pronto estará dentro de mí.

—Puedes meterla —digo.

—Shhh... —Curva uno de sus dedos, y una deliciosa tensión me atraviesa.

—¿Eso fue tu...?

—Sí. Lo fue. —Sonrío contra las sábanas mientras Luke continúa jugando con mis nalgas, moviéndose contra mi próstata.

Mis dedos de los pies se curvan y es todo lo que puedo hacer para no frotarme contra él. Luego Luke añade un tercer dedo. Empuja dentro y fuera de mí, y estoy relajado y soy suyo.

Finalmente, me recoge y me coloca a su lado.

—Creo que estás listo —dice, sonriéndome radiante.

Le devuelvo la sonrisa. —Creo que yo también estoy listo.

—¿Cómo quieres hacer esto? —pregunto—. ¿Me quieres a cuatro patas?

—Quiero ver tu cara.

Es dolorosamente romántico, si lo que estuviera pasando entre nosotros fuera romántico. Si sus tiernas palabras de cariño y la forma en que me cuida fueran algo más que los actos amables de un buen hombre.

—Túmbate —digo en su lugar.

Sus ojos se encienden, y sé que estaba imaginando algún tipo de postura del misionero donde él hace todo el trabajo. Y eso está totalmente bien, pero ahora quiero hacer algo por él.

Se desliza hacia abajo, moviendo su cabeza desde el cabecero hasta la almohada. Me pongo a horcajadas sobre él, con mi polla apuntando hacia arriba. Sus ojos bajan hacia ella, y se lame los labios automáticamente.

Sonrío. Quizás sí le gusta cada parte de mí. Mis partes no son algo que tolerará porque lo importante es lo que hay dentro. No, le resulto atractivo.

Alcanza mi polla. —¿Puedo?

—Por supuesto.

Sus ojos brillan, y por alguna razón me mira maravillado, como si fuera una valiosa obra de arte en un museo, la razón por la que está allí.

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

Luke

Sebastian se cierne sobre mí. Me monta a horcajadas, con su polla alzándose, dura, rosada y perfecta.

Toma mi miembro con su mano y lo coloca contra su entrada. Ajusta la posición, haciendo que mi polla palpite de deseo.

No va a funcionar.

Soy demasiado grande.

Pero entonces un calor lento envuelve mi glande. La sensación crece. Sebastian se muerde el labio y sus fosas nasales se dilatan mientras inhala.

—No tenemos que hacerlo... —digo nuevamente, porque de verdad, de verdad que no es necesario.

Los ojos de Sebastian se suavizan, como si hubiera dicho algo adorable, y continúa deslizándose por mi miembro. Sujeto sus manos, porque quiero estar sosteniéndolo todo el tiempo, y quizás le ayude a sentirse mejor si puede apretarlas o algo así.

Y entonces Sebastian llega hasta el final. Está más cerca de mí, y nos sonreímos el uno al otro.

—Estoy dentro de ti —susurro.

Aprieta los labios y asiente con la cabeza. Sus ojos brillan, como si sintiera todos los mismos sentimientos que yo estoy sintiendo, toda la misma alegría, todos los mismos saltos y giros y piruetas de su corazón, como si algún patinador artístico se hubiera apoderado de él.

Sebastian comienza a moverse. Se desliza arriba y abajo, apretando mi miembro de modo que todo lo que siento es calor ardiente y tibio y todo lo que veo es a él.

Sus grandes ojos azules.

Su polla reluciente.

Su figura esbelta y firme.

Sus pezones rosados y erectos.

Su pelo rubio que se mueve con su cuerpo, recordándome que esto está ocurriendo de verdad. Sebastian está aquí, en mi apartamento, en mi habitación, en mi cama, y yo estoy dentro de él.

Se mueve arriba y abajo. Arriba y abajo. Arriba y abajo.

Se mueve al ritmo de los latidos de mi corazón.

El sudor brilla en el pecho de Sebastian, y su cuerpo resplandece sobre mí. Sus ojos y sus manos no abandonan los míos. Ni por un segundo. Ni para echar la cabeza hacia atrás. Ni para cerrar los ojos y concentrarse en las sensaciones. Ni para lanzar los brazos hacia el cielo para acelerar su ritmo, estilo vaquero.

Y creo que tiene los mismos sentimientos que yo. Porque si cierro los ojos, ya no lo veré. Y si retiro mis manos de las suyas, lo sentiré en un lugar menos, y no puedo permitir que eso suceda.

Porque no tenemos para siempre.

Años y décadas no se extienden ante nosotros. Nuestro tiempo es finito.

Así que no lo suelto, y mantengo mis ojos en él, hasta que él tiembla, y yo tiemblo, y pinta mi pecho de blanco. Con él.

Por un momento, simplemente nos miramos el uno al otro, nuestras respiraciones llenando el aire. Quiero decirle guau y eso ha sido increíble y hacerle cumplidos cien veces, mil, un millón.

Pero Troy está al otro lado de la pared, y cuando miro a los ojos de Sebastian, me doy cuenta de que, de alguna manera, todo ya ha sido dicho. Mi miembro se desinfla, agotado por Sebastian, y finalmente él me suelta. Quiero decirle que se quede, pero ya está a medio camino de cruzar la habitación. Coge algunos pañuelos y limpia mi estómago, sus movimientos ligeros y rápidos como si apenas hubiera estado allí.

Capturo su mano con la mía cuando termina, y lo acerco para un beso. Se acuesta sobre mi estómago, aún caliente, aún pegajoso. Un beso se convierte en muchos, nuestros cuerpos fusionados por su esencia. Finalmente, veo que sus ojos caen, su corazón al mismo nivel que el mío.

—¿Hora de dormir? —susurro.

Aprieta los ojos y luego asiente.

Nos cepillamos los dientes, correteando de puntillas por el suelo, y nos preparamos para dormir. Nos duchamos.

Mañana, iremos a Ashcove.

Finalmente, nos desplomamos en los brazos del otro, nuestro aliento ahora fresco a menta, y nos besamos más, nuestros labios y lenguas aún activos, tratando de recordarnos el uno al otro como para prepararnos para el momento en que desaparezcamos, cuando Sebastian regrese a las palmeras balanceantes y las cámaras, y yo regrese al frío hielo y cualquier futuro fingido que haga para *Buscando al Sr. Adecuado.*

Sebastian envuelve sus brazos alrededor de mi cuello, sus labios aún moviéndose en la habitación oscura y silenciosa hasta que finalmente el sueño nos vence.

Nos despertamos en algún momento de la noche, recordándonos mutuamente que seguimos uno al lado del otro, aferrando nuestros cuerpos, deslizando nuestras manos por nuestros rostros, hasta que me río suavemente y enciendo la luz.

La luz dorada envuelve a Sebastian en un resplandor angelical. Su pelo está despeinado, sus mejillas enrojecidas por el calor de nuestros cuerpos y el roce de mi barba incipiente.

—Podríamos... —susurra.

—¿Hacerlo otra vez? —susurro en respuesta.

Asiente con entusiasmo, sus ojos brillantes, sus labios tan perfectos y rosados, hinchados por mi insaciabilidad.

• • • •

SEBASTIAN

Luke y yo nos movemos rápidamente. Él coge los condones, yo el lubricante. Luego me tumba boca abajo, y me preparo para la misma preparación de antes.

No me preparo para que empiece a depositar besos húmedos por mi columna, y no me preparo para que bese las curvas de mis nalgas, mordiéndolas como si estuviera fascinado por ellas, y desde luego no me preparo para que vaya acercándose con mordisquitos hacia mi entrada. Su lengua se arremolina sobre mi piel, sus labios

succionan, sus dientes muerden. Mis terminaciones nerviosas están en llamas, y me aferro a la sábana, como si en cualquier momento pudiera salir volando a través del techo hacia la noche nevada.

Y entonces está ahí.

Separando mis nalgas.

Mi corazón se acelera. ¿Va a...? Seguramente no...

Pero entonces su lengua está sobre mí... ahí.

Me está lamiendo... ahí.

Me está besando... ahí.

Oh, Dios. Oh, Dios. Oh, Dios.

Mi polla se endurece, se expande, se hincha.

Nunca ha sido así antes. Nunca se ha sentido tan bien. Nunca he tenido la lengua de un hombre arremolinándose... ahí.

Estoy flotando. El mundo es cálido. Definitivamente maravilloso.

Y Luke todavía me está besando. Bueno, lamiendo.

¿Es esto lo que me estaba perdiendo cuando estaba más centrado en mi carrera que en salir? ¿Cuando cada fiesta era una oportunidad para hacer contactos? Dios, tengo la costumbre de no salir nunca con nadie remotamente relacionado con mi industria por si las cosas van mal, aunque nunca conozco a hombres fuera de mi sector. Supongo que hice todo lo inapropiado de golpe.

Pero cualquier otro no sería Luke. No sería tan absolu—

Mi respiración se desvanece.

Luke se incorpora, luego me recoloca para que mi trasero quede en el aire. Examina mi trasero de nuevo, separando mis nalgas, y debería sentirme vulnerable—

Pero no me siento así.

Porque es Luke.

Y ya hemos hecho el am—

No termino ese pensamiento en mi mente e intento expulsarlo de mi cuerpo. En su lugar, me concentro en la sensación de Luke detrás de mí. Lo oigo extender lubricante sobre sus dedos, y siento cómo me abre. Luego escucho el crujido de un envoltorio de condón.

Ya viene.

Luke empuja dentro de mí, abriéndome. Su polla se mueve dentro de mí lentamente.

Es grande, llenándome de formas que no sabía que eran posibles, llenándome más que nadie antes, incluso mientras susurra palabras cariñosas y acaricia mi cuerpo.

No puedo verlo, pero lo imagino detrás de mí. Siento cómo sigue separando mis nalgas, como si lo más interesante del mundo fuera su polla deslizándose dentro de mí.

Me muevo hacia atrás porque estoy desesperado por tener tanto de él dentro como sea posible.

Él gime, o lo hago yo. Nuestras respiraciones se convierten en jadeos, nuestra piel se calienta y chisporrotea.

Nos balanceamos por la cama, nuestros cuerpos unidos.

—Sebastian... —murmura Luke detrás de mí, y se aferra a mi cuerpo, como si pudiera caerse.

Sus embestidas atléticas son precisas y perfectas, golpeando mi próstata de la manera que me gusta. Si no hubiéramos tenido sexo hace horas, podría explotar. Pero lo hicimos, y trato de controlarme. Porque quiero que esto continúe para siempre. Quiero sentirlo siempre dentro de mí, quiero escuchar siempre esa admiración sin aliento cuando se refiere a mí, quiero fingir que esta es nuestra vida. Que somos personas que duermen una al lado de la otra. Que esto es normal, y no robado de nuestras vidas, que nuestros mundos no se derrumbarían si la gente se diera cuenta de lo que estamos haciendo.

Sus embestidas firmes se vuelven irregulares, y mi polla se acelera.

Voy a correrme.

Voy a correrme definitivamente.

—Sebastian —dice de nuevo, su voz tan llena de admiración y algo crudo que casi suena como algo en lo que no puedo, no debo permitirme pensar.

Porque esto no es eso. Esto no es nada que empiece con A, y no nos estamos dando nada que empiece con C.

Sus embestidas pasan de firmes a frenéticas. —Dios. Sebastian.

El calor me atraviesa, y estoy seguro de que a él también. Su cálida polla golpea mi conjunto de terminaciones nerviosas una y otra y otra vez.

Luke ya no lleva su esmoquin de Mr. Right, ya no se para frente a las cámaras con su traje apropiado para periodistas. Ya no representa la perfección pulida, el hombre que todos adoran, el hombre al que su empresa le paga millones cada año.

Ahora es todo hombre, todo animal, el hombre que solo yo puedo ver.

Frenético y salvaje y tan dolorosamente dulce y amo—, bueno, obviamente no eso. Pero es tierno y dulce, incluso cuando siento toda la fuerza de su cuerpo. Estoy lleno y querido. Estoy completo de una manera que es solo temporal, pero que hace que mi corazón se agite locamente, como si hubiera encontrado algo precioso y no pudiera informarle que es solo algo temporal, algo prohibido, algo por lo que no deberíamos estar arriesgándonos.

Sonrío. Ni Luke ni yo nos comportamos particularmente bien en el instituto. Quizás otra cosa que tenemos en común.

Entonces él balbucea detrás de mí. Sus jadeos son más irregulares, y se sacude frenéticamente dentro de mí. Llego al clímax de inmediato.

Temblamos juntos, desesperados por aire, sin querer que estos momentos terminen, que sean reemplazados por la vida real y todas las desagradables consecuencias que conlleva. Cuando tendré que irme de su apartamento y contar una mentira sobre dónde estaba, cuando él tendrá que fingir ante Troy que nunca estuve aquí.

Está bien. Tuvimos estos momentos, y lo fueron todo. Fueron más de lo que podría haber esperado, y él me los dio. Los recordaré por siempre y para siempre. Soy feliz. Totalmente.

Envuelve sus fuertes brazos alrededor de mi cintura, y nos derrumbamos juntos de costado, nuestros cuerpos enroscados en posición fetal. Permanece dentro de mí. Presiona besos en la nuca de mi cuello y juega con mi pelo, pasando sus dedos por él y masajeando mi cuero cabelludo, haciendo que el mundo vuelva a ser cálido y maravilloso.

Al menos por ahora. Finalmente, se retira de mí y desecha el condón. El aire huele a sexo. Huele a masculinidad y sudor. Apaga la luz, luego se sube sobre mí, como si lo hubiera hecho mil veces antes, y me atrae hacia él. Coloco mis manos sobre sus dedos,

todavía verificando que está ahí, sintiendo las curvas de sus nudillos, hasta que el sueño nos vence a ambos.

La alarma no viene de nuestra habitación.

La ruidosa música de los 80 no es algo en lo que Luke haya expresado interés, pero ahora sus rápidos bombos llenan la habitación. En algún momento de la noche, debo haberme dado la vuelta, mi mente prefiriendo estar lo más cerca posible del rostro de Luke, aunque posiblemente él me manipuló y me movió él mismo.

De cualquier manera, veo el momento en que las pestañas de Luke se agitan. Veo el momento en que su gemido por la estridente alarma se convierte en asombro. Veo el momento en que la piel alrededor de sus ojos se arruga, y veo el momento en que sus labios se curvan hacia arriba.

—Hola —dice la voz de tenor de Luke.

—Hola —responde otra voz de tenor desde el otro lado de la pared, y Luke se tensa. Nos giramos hacia la pared.

Troy está al otro lado. ¿Nos habrá oído anoche?

Espero que no. Susurramos, ¿verdad? Estamos bien, ¿verdad?

Mi corazón da un vuelco, el miedo reemplaza toda la alegría, y espero tener razón.

Luke aprieta los labios, y odio la preocupación en sus ojos. Odio la forma en que aleja sus brazos de mí, y odio cómo se aleja rodando. El colchón se hunde después de que centímetro tras centímetro nos separan, hasta que se ha movido completamente a través de la cama de tamaño king. Prácticamente se precipita fuera de la cama, y el golpe de su gran cuerpo atlético resuena por la habitación, hasta los techos altos con molduras de corona, hasta los pomos de cristal de las puertas, y las grandes ventanas de vidrio y sus paneles centenarios.

—¿Estás bien? —pregunta Troy.

—Estoy bien —dice Luke con voz chillona.

Frunzo el ceño.

Luke frunce el ceño.

Suena un golpe en la puerta. La calma de Luke ha sido reemplazada por pánico, y cierro los ojos con fuerza, porque no quiero ver eso.

No quiero ver pánico y arrepentimiento y ese distanciamiento educado, y francamente no tan educado.

No quiero ver nada de eso.

Quiero vivir en mis recuerdos, mantener todo lo demás a salvo, para poder decirme a mí mismo que la razón por la que no estamos juntos es por la distancia y el trabajo, y no por mí. No porque Luke se avergonzaría de estar conmigo. No porque la idea de que Troy sepa que estábamos juntos le haga saltar de la cama más rápido que si se hubiera bebido dos Red Bulls de un trago.

Se oyen pasos, y me pregunto si es el sonido de mi corazón. Pero se hace más fuerte, Luke se vuelve más angustiado, llenando la papelera con pañuelos para ocultar los restos de nuestra noche juntos, arrugándolos en sus manos y dejándolos caer dentro.

El pomo de la puerta gira, y en el momento siguiente Luke me lanza su sudadera sobre la cabeza, y me quedo inmóvil.

No estoy aquí. No existo.

CAPÍTULO CUARENTA

Luke

La sudadera cae perfectamente sobre el cuerpo de Sebastian. Quizás debería haberme dedicado al fútbol.

La puerta se abre y mi compañero de piso, tremendamente molesto, aparece frente a mí. Bloqueo la habitación lo mejor que puedo y finjo que mi corazón no late a una velocidad que normalmente haría que mi entrenador insistiera en conectarme a varios dispositivos de monitorización cardíaca si me pillara así durante el entrenamiento.

Estoy bien.

Sebastian está escondido.

Está escondido y quieto.

No tuve que decírselo y supo lo que quería. Mis ojos se ablandan, y miro la cama con ojos llorosos, hasta que me doy cuenta de que probablemente Troy piense que eso es extraño.

Quiero decir, normalmente no miro con sentimentalismo las camas sin hacer. Nunca ha sido lo mío. Soy más del tipo que aprovecha la mañana y hace la cama al estilo militar.

Me vuelvo hacia Troy. Definitivamente me está mirando de forma extraña.

Mierda.

—Lo siento, tío. No quería interrumpirte. Quería disculparme por poner la alarma demasiado alta. Me, eh, quitaré de en medio. Solo voy a yoga.

—Que lo pases bien —digo.

—Volveré extra flexible —se muerde los labios y retrocede—. Lo siento de nuevo.

—No has interrumpido nada —digo rápidamente—. Buen momento para despertarse. Realmente genial.

Me mira con vacilación.

—No lo decía de forma sarcástica —explico.

Sonríe.

—Tú no haces sarcasmos.

—¿Tú, eh, quieres hablar?

Levanta las cejas.

—¿Tú quieres hablar?

—Quiero decir, porque no tengo nada que hacer. Absolutamente nada. Estaba durmiendo. Pero, eh, ¡ahora ya no!

—Vale. Guay —Troy recorre la habitación con sus ojos de portero que todo lo ven, de esos que detectan el desastre mucho antes que nadie, que son los primeros en avistar un pequeño objeto negro deslizándose hacia él, que es rápido con su cuerpo—. ¿Sabes que puedes contarme cualquier cosa, tío?

Entrecierro los ojos. Troy está actuando de forma extraña. Es decir, supongo que yo empecé primero. Aun así, su comportamiento es definitivamente inusual.

—Normalmente no me llamas "tío".

Troy parpadea, luego asiente, con una sonrisa tranquilizadora en su rostro, como si estuviera pensando en dedicarse al adiestramiento de mascotas o algo así y estuviera probando métodos conmigo.

—Bueno, podría. Quiero decir, somos cercanos, ¿verdad?

Asiento.

—Sí.

Los ojos de Troy bailan.

—¿Sabes que estas paredes no son exactamente insonorizadas?

Trago saliva.

—Sí. Me he dado cuenta.

Sus labios se curvan en una sonrisa.

—Parecía que lo pasaste bien anoche. Como *muy* bien.

—Oh —abro mucho los ojos. Le miro fijamente. Totalmente cree que tengo a alguien aquí. Se le nota.

Pero necesito mantener esto en secreto, y no solo por mí. Es la carrera de Sebastian. No puedo dejar que la gente sepa que el presentador de *Buscando al Señor Perfecto* se está acostando con su protagonista masculino. Es decir, confío totalmente en Troy. Pero es un secreto demasiado grande para cargárselo, y un secreto demasiado grande para que Sebastian sepa que Troy lo tiene.

Sebastian tiene miedo a los deportistas. Lo sé. Fui al colegio con él. Y le he visto con mis compañeros de equipo.

No voy a soltar todos nuestros secretos a Troy cuando Sebastian está metido bajo las sábanas, quieto, haciendo su parte. De ninguna manera.

Quiero proteger a Sebastian. Hacer su carga más ligera, no llenar su mente de cosas de las que preocuparse.

—¿Tío? —pregunta Troy, frunciendo el ceño, como si fuera un niño de once años fingiendo ser un anciano en una obra escolar. Lo único que le falta son las bolas de algodón pegadas a la cara—. ¿Todo bien?

—Sí. Yo, eh...

Mi mente se esfuerza por pensar en una razón para que yo hiciera ese tipo de ruido sin tener a alguien en mi habitación. ¿Debería decirle que usé una aplicación de citas o algo así? ¿Y que hice venir a alguien a mi habitación?

Pero eso se siente repugnante. Odio la idea de estar con alguien que no sea Sebastian, incluso alguien imaginario.

Y así, miento.

—¡Vi porno! —suelto de golpe.

La boca de Troy se abre y sus ojos se hinchan, al estilo de los dibujos animados del sábado por la mañana.

—¿Que tú qué?

Asiento con entusiasmo.

—Sí. ¿Recuerdas cómo todos hablaban del porno? ¿Y yo dije que pensaba que era solo una conspiración para que la gente comprara suscripciones a páginas porno?

—Vagamente...

—Así que pensé... ¡Quizás hay algo en las suscripciones porno! —mi voz se eleva, feliz de haber encontrado una solución, y asiento algunas veces más, solo para mostrar a Troy que estoy siendo absoluta y totalmente serio.

—Así que conseguiste una suscripción porno... —dice Troy con cuidado.

—¡Sí! —prácticamente chillo, probablemente porque mi flujo sanguíneo sigue siendo inestable debido a mi pánico anterior.

Definitivamente no parece haber mucho funcionando en mi cabeza ahora.

Troy resopla.

—Guay. Eh, me alegro por ti.

—Sí —sonrío encantado a mi mejor amigo. Hoy está resultando ser mucho más increíble de lo que había planeado. Estaba preocupado cuando me desperté, y super preocupado cuando Troy vino a hablar conmigo, pero he encontrado una manera de proteger la dignidad de Sebastian.

Aunque mi dignidad no esté completamente intacta, si Troy ahora piensa que me suscribo a páginas porno. Bueno, vale totalmente la pena.

—Parecía que estabas golpeando bastante la cama —dice Troy, con los ojos bailando—. ¿Es por eso que aún está sin hacer?

—¿Qué? —me tenso—. Tío. No deberías estar fijándote en si mi cama está hecha o no. Eso es como una violación total de las normas entre colegas.

—¿Ah, sí?

—Quiero decir, sería como compartir piso con un sargento instructor.

—¿Acaso los sargentos instructores no viven con sus soldados? —los labios de Troy se crispan—. Quiero decir, nosotros estamos en habitaciones separadas.

—¡Me compré un fleshlight! —exclamo.

La mandíbula de Troy cae completamente ahora, y me está mirando de una manera diferente, menos burlona.

Diferente es bueno cuando parecía que me había pillado antes. Definitivamente. Casi con toda seguridad.

—¿Un fleshlight?

—Sí, uno de esos, eh, aparatos sexuales. Como un dildo pero, eh, al revés.

Levanta una ceja.

—¿Estás mirando dildos, Luke?

—Bueno, yo estaba más interesado en la otra experiencia —digo, porque tengo que hacer que esta mentira suene convincente—. No es que haya nada malo con las personas que compran, em, juguetes

que ofrecen la otra experiencia. Como los de hacia dentro frente a los de hacia fuera.

—Quizás compres un consolador la próxima vez.

—Quizás —hago mi mejor encogimiento de hombros casual como si fuera normal para mí hablar de juguetes sexuales inexistentes con mi compañero de piso muy existente.

Desafortunadamente, los ojos de Troy se abren, bueno, exageradamente. No estoy seguro de estar resultando convincente.

—Era un, em, masturbador increíble. De verdad, alucinante —intento darle emoción a mi voz de la manera que Aisha y Ella me recomendaron cuando dijeron que necesitaba un poco más de pasión al hablar de las mujeres con las que salgo.

Troy parece más desconcertado que otra cosa, y no seré uno de esos tipos que aprovecha su carrera deportiva para lanzarse a Hollywood. No soy OJ Simpson. Lo cual es bueno por múltiples razones.

Me niego a mirar hacia la cama otra vez, aunque mi mirada anhela desviarse en esa dirección. No mirar a Sebastian, incluso la versión de él cubierta por la manta y la sudadera cuando está aquí, se siente incorrecto.

—Tal vez debería preguntarte la marca de ese masturbador —dice Troy, con esa sonrisa burlona de nuevo en sus labios, y por un terrible momento me pregunto si quizás permití que mi mirada se desviara hacia la cama después de todo. Sebastian es magnético.

—¿Quieres saber la marca del masturbador? —parpadeo mirándole.

—Sí. Quiero decir, cualquier cosa que haga que mi formal y correcto compañero de habitación tenga múltiples sesiones de sexo durante la noche cuando sabe que estoy en la habitación de al lado debe ser increíble.

—Em... —se me seca la garganta. Necesito agua. Necesito que esta conversación termine. Ya.

Troy se inclina hacia adelante, y sus labios se curvan hacia arriba —. Quiero decir, tú me recomiendas qué marcas comprar para otras cosas.

Trago saliva con dificultad. De repente desearía haber mantenido mis recomendaciones de champú en secreto. He sentado un precedente. No puedo negarlo.

—Bueno...

—Quizás podrías enseñármelo —sugiere Troy, con los ojos brillantes como un mal jugador de póker al que le han repartido una mano increíble.

—¡Lo tiré! —tartamudeo.

—¿Lo tiraste? Se supone que esas cosas duran. Solo necesitas limpiarlo. No es un juguete de un solo uso. Podemos sacarlo de la basura.

Me pregunto si debería fingir que no lo sabía.

—Quiero decir... ¡lo estropeé!

—¿Qué?

—No, em, sobrevivió a la noche —explico—. Está... destrozado.

—¿Destrozado? —La boca de Troy se abre—. ¿Destrozaste tu masturbador?

—En pedacitos. Así que, em, te lo enseñaría si pudiera. Pero no hay, em, forma de saber el modelo.

—Vaya. —Troy todavía me mira con esa extraña expresión—. He notado que eres bastante grande, pero em...

Traga saliva con dificultad, luego retrocede, con las mejillas más rojas—. Destrozado, ¿eh?

—Destrozado —repito una vez más, asintiendo varias veces, feliz de que Troy se esté retirando.

Cierro la puerta. Se ha ido. Mi corazón da un salto, y espero que las mantas se muevan y mi sudadera se mueva y Sebastian se mueva de la cama, como el ángel brillante y resplandeciente que es.

En cambio, no hay movimiento en la cama.

Aprieto los labios, y algo presiona mi pecho, como si quizás no hubiera manejado esto tan bien como pensaba.

Me acerco a la cama, con el temor golpeando mi corazón. Levanto la manta, pero el rostro de Sebastian está presionado contra el colchón, y no puedo verlo.

Quizás se quedó dormido. Esa cálida sensación me invade de nuevo. No necesito vacaciones en el Caribe cuando simplemente

puedo mirar a Sebastian y estoy rodeado de calor.

Sebastian es Santo Tomás y Aruba y Jamaica. Es los Cayos de Florida y Cancún.

Él es...

Me arrodillo junto a la cama y lo volteo. Sus manos se mueven hacia su cara, lo que es extraño, y cuando lo miro, está acostado inmóvil, con el rostro hundido en sus manos.

¿Está...?

La preocupación me invade.

No, eso no.

No he estropeado tanto las cosas, ¿verdad? No...

Pero mi corazón late con fuerza y quizás, quizás sí lo hice.

Quizás Sebastian está llorando. Mi corazón se rompe, y me bajo al suelo, arrodillándome en el suelo de madera centenario—. Cariño. Está bien. Todo está bien.

Mi voz suena desesperada y ronca, pero Sebastian no baja las manos, y todo dentro de mí se rompe.

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

Sebastian

Probablemente debería abrir los ojos. Y bajar las manos.

Pero una vez que lo haga, verá lo disgustado que estoy, y no quiero eso. No necesita ver los rastros de sal corriendo por mis mejillas, y no necesita ver mi nariz roja, manchada y terrible, como Bryce me hizo lucir en algún momento de secundaria, cuando sus palabras y mi vida y todo se volvió demasiado.

Soy Seb-

Mi cerebro está espeso. El fango se eleva a través de él, destruyendo toda mi conectividad neuronal. Inhalo y suelto. Inhalo y suelto.

Soy Sebasti-

Cuadro mis hombros.

Soy Sebastian Archer, Presentador Extraordinario de TV. Soy...

Frunzo el ceño. Mi mantra aparece en mi mente, y quiero aferrarme a él. Quiero repetirlo y repetirlo y repetirlo hasta que sea todas las cosas que quiero ser y haya dejado atrás todas las cosas que no quiero ser.

Pero tropiezo con las palabras, incluso en mis pensamientos, y lo único de lo que soy consciente es de que he fracasado una vez más.

No soy el presentador de televisión compuesto que quiero ser. No ahora. No con Luke a mi lado. No con el hombre ante el que más deseo verme bien.

Aunque, a pesar de que estamos manteniendo en secreto lo que sea que es esto, y estoy bastante seguro de que una vez que quite mis manos de mi cara y Luke vea el desastre que soy, y que no soy elegante, suave y sofisticado en todo momento, ya no estará interesado. Podría... disculparse. Podría decir... que no lo decía en serio.

Pero en realidad, se sentirá aliviado cuando ya no esté en su habitación y no tenga que susurrarme mentiras y pueda jugar a

videojuegos y entrenar y hacer lo que sea que él y Troy harían normalmente juntos.

Y porque a pesar de todo, quiero que sea feliz.

Supongo que será mejor que termine con esto. Necesito salir de esta habitación, salir de este apartamento, salir de Massachusetts tan pronto como me sea posible.

Abro los ojos y retiro las manos.

Luke me mira fijamente, con los ojos muy abiertos. —Cariño... —dice de nuevo, y frunzo el ceño, porque no necesita mentir.

Aunque, en realidad, el apelativo cariñoso funciona perfectamente en este caso. Este es sin duda mi momento más infantil. Trago con fuerza, odiando el ácido que me inunda, que hace que el dolor se escabulla por mi cuerpo.

Dios, ¿en qué estaba pensando?

Ella y Mateo me advirtieron. Lo sé perfectamente. Sí, realmente lo sé.

Me incorporo hasta quedar sentado. Luke está bloqueando mi camino, y aparto mis piernas hacia un lado para poder salir por ahí.

Cuadro mi mandíbula. Cuadro mis hombros. Intento cuadrar mi alma.

Luke me mira, con angustia en sus ojos. —He herido tus sentimientos. Lo siento. Te pido disculpas.

Cierro los ojos. No quiero tener esta conversación. No quiero tener ninguna conversación, pero esta, en particular, es un no.

Inhalo y pego mi mejor aspecto profesional en mi cara. Mis lágrimas han dejado de caer. Me veré ridículo, pero no añadiré drama a su día. Me iré. Eso es todo.

—Estás bien —digo, orgulloso de que mi voz no tiemble—. Supongo que no dormí bien anoche.

Se estremece, como si lo hubiera herido. No pretendía que mis comentarios dolieran, pero alguna parte horrible de mí no está del todo disgustada.

Porque ambos sabemos que me mantuvo despierto hasta tarde anoche.

Y luego interrumpió mi sueño.

Su mirada se desplaza hacia mi trasero, y no tiene ningún derecho a mirar allí, y le miro con enfado.

—¿Estás con dolor? —pregunta finalmente.

—Sobreviviré.

Y si mi voz suena amarga... Bueno, quizás lo esté.

Los ojos de Luke se redondean, y mis hombros se desploman.

—Lo siento —susurro porque realmente lo siento—. Sé que no pretendías que Troy entrara en la habitación.

Asiente con entusiasmo, y le doy algo parecido a una sonrisa, porque parece gustarle, e incluso ahora, incluso después de todo, quiero que sea feliz.

—Estaba siendo dramático —me disculpo, más sinceramente esta vez—. Está bien. Estaré bien. Es solo que me hizo sentir...

Hago una pausa. No quiero entrar en sentimientos.

Sonrío de nuevo, y tal vez entonces parecerá más feliz, y podré irme y marcharme. Quizás pueda colarme de vuelta en la casa adosada que Ella reservó para el equipo, lo suficientemente cerca de las mujeres para poder verlas en cualquier momento del día si algo interesante está sucediendo.

Y quizás no pueda, y les diré que tuve un mal rollo y que nunca volveré a usar aplicaciones de móvil. Y será vergonzoso, y me mirarán de manera diferente, pero estará bien. No se sorprenderían, no realmente.

Sería mejor que contar la verdad.

Levanto la barbilla. He pasado por cosas peores. Puedo con esto.

Rodeo a Luke y voy a por mis cosas. Es raro que Troy no las mencionara, pero quizás el ángulo de la puerta lo impidió.

—Sebastian... —dice Luke—. No puedes irte.

Frunzo el ceño. —Por supuesto que puedo irme.

Cierra los ojos. —Tienes razón. Por supuesto que puedes irte. Lo siento. Quería decir, vamos a limpiarte.

Extiende su mano, y como soy un tonto por él y no puedo evitar darle cualquier cosa que me pida, me encuentro tomándola.

Me lleva al baño, y odio que no podamos fingir que nada pasó, que fui digno, que esto terminó con el estilo óptimo de una noche de aventura.

Entramos al baño, todavía de la mano, y agarra una toallita y la moja.

—No tienes que hacer esto.

—Déjame.

Me trago mi enfado y mis lágrimas. —Vale.

Asiente solemnemente, y supongo que debería estar agradecido de que no esté haciendo bailes de victoria o algo así. Pasa la toallita por mi cara, con los ojos entrecerrados, asegurándose de que estoy bien atendido.

—No quería decirle a Troy que estábamos juntos.

Me tenso. ¿Va a darme todo el discurso de estaba-experimentando-pero-en-realidad-soy-hetero? Pero por supuesto que lo hará. Me preparo para el sermón.

—Sé que no conoces bien a Troy —continúa, y este no es exactamente el enfoque que esperaba que diera a ese discurso, así que me encuentro mirándole.

Sus ojos son grandes y considerados. —No quería que tuvieras que confiar en un desconocido con nuestro secreto.

—Oh.

—No soy el mejor improvisando. Aunque definitivamente agradezco la formación que Aisha y Ella me han dado para mejorar. Es, um, un conjunto de habilidades en sí mismo. No es que estemos aquí para hablar de *Seeking Mr. Right*.

Suelta una risa incómoda, un sonido entrecortado y chirriante de una forma que nunca antes había tenido ninguna de sus risas. Pero me ha recordado tanto que está íntimamente conectado con mi trabajo, que conoce los nombres de mis colegas, de una manera que estoy bastante seguro que los rollos de una noche normalmente no conocen, y que una parte significativa del país ya le considera como el Sr. Perfecto. No soy la persona que se supone que debe hacerle feliz. Hasta ahora hoy he sido la persona que le ha puesto nervioso, otra cosa que no se supone que debo hacerle.

Nuestras reuniones privadas y entrevistas se suponía que debían quitarle estrés.

—Lo siento —digo de nuevo, y él frunce el ceño.

—No has hecho nada malo —dice.

Entrecierro los ojos. —Estás limpiándome la cara.

—Porque yo fui desconsiderado, no tú.

—Deberías estar hockeyando.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—¿Qué implica eso?

—Ejercicio, practicar el manejo del stick o...

—Manejaste bastante bien mi stick anoche.

Pongo los ojos en blanco. —No se supone que debas hacerme sonreír.

Se inclina más hacia mí. —La cosa es que siempre quiero que sonrías. Es mi mayor deseo. —Me acuna la cara—. Tus lágrimas me entristecen.

—Siento habértelas mostrado. No quería.

—Me alegro de que me las mostraras —dice—. Porque ahora lo sé y puedo intentar hacerte sentir mejor.

Mi mandíbula cae. Esto tampoco es el discurso de estaba-experimentando-pero-en-realidad-soy-hetero. ¿Cuándo va a llegar a ello?

—Debería haber manejado mejor esta mañana —dice—. Y no debería haber arriesgado tu reputación haciendo todas las cosas que hicimos con Troy al lado. No fue justo para ti. Esas paredes son delgadas. Y aunque tiene AirPods y estoy seguro de que los usó, aún así, um, no estuvo bien.

—Sabía que las paredes eran delgadas anoche —admito—. No fue solo culpa tuya.

—No pude resistirme a ti —dice—. Y disfruté todo lo que hicimos.

Mi mandíbula cae.

—Todo —enfatiza, con voz baja, y por un momento, los recuerdos de lo que hicimos anoche pasan por mi mente.

—¿Así que no me estás diciendo que estabas experimentando pero que en realidad eres heterosexual?

Sus ojos bailan. —Quiero decir, eso no sería del todo exacto —dice finalmente—. Después de anoche. Y probablemente desde bastante antes también.

—¿Pero yo fui tu primer hombre?

Asiente. —Y fuiste la primera vez que se sintió tan bien.

—No estuvo mal —admito.

—No, para nada. —Sus ojos son tiernos—. Siento que tuvieras que esconderte bajo las sábanas. No creo que Troy vaya a decir nada. No es así. No realmente. Es sorprendentemente discreto.

—No parece horrible —admito.

Luke asiente y luego me acerca más a él. —¿Puedo besarte, cariño?

—Todavía estoy... con manchas.

—Eres el hombre más hermoso —dice, y lo dice con tanta confianza que casi le creo.

—No tienes que decir eso —digo.

—Sebastian Archer, ¿no te has dado cuenta de que no me gusta decir lo que no es verdad?

Inclino la cabeza. —¿Le dijiste que destrozaste un masturbador?

Asiente con reluctancia, y sonrío.

—Eres ridículo.

—En realidad nunca he usado uno —admite.

—¿En serio? —Mis ojos se alzan rápidamente.

—No tengo tanta experiencia —admite—. Y definitivamente no sentiría la necesidad de experimentar al azar.

—Pero nos acostamos juntos —digo.

—Ah. Eso, Sebastian, fue porque realmente... me gustas.

Y toda la tristeza que llenaba mis células antes, que empezó a alejarse cuando tomó mi mano con la suya, se desvanece revoloteando.

CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

Luke

Quiero mantener a Sebastian conmigo para siempre, a salvo aquí conmigo, su rostro ahora sin lágrimas.

El baño de mármol resplandece, con vetas doradas serpenteando por la piedra cremosa. Alguien lo remodeló antes de que Troy y yo nos mudáramos aquí, y me gusta la luz que brilla cuando enciendo el grifo y que baila desde la parte superior de las molduras. La tecnología se encuentra con lo clásico.

Pero es por la mañana, y algo más suele ocurrir entonces.

—Déjame prepararte el desayuno —digo.

—¿Cocinas? —los ojos de Sebastian se abren como platos.

—¿Eso fue sorpresa?

—Tal vez —admite Sebastian, e inclina la cabeza mientras me evalúa.

—Soy un atleta profesional. La nutrición es necesaria.

—Entonces, ¿eres como un experto en magdalenas de salvado? —los ojos de Sebastian bailan.

—Se me conoce por hacer unos productos horneados altos en fibra que son la leche.

—Pensaba que los atletas profesionales tragaban batidos de proteínas con sabor a chocolate y ya está.

—Todo está en los micronutrientes, Sebastian. Proteínas más verduras es totalmente el camino a seguir. —Me acerco más—. Pero esos ingredientes también pueden usarse para imitar todo tipo de dulces horneados.

—Así que tienes un espiralizador.

—No te voy a hacer pasta para el desayuno, cariño.

Sus ojos se encienden al oír el término cariñoso, y me alegro de que se sienta mejor. Se va a sentir mucho mejor después de comer.

—No soy solo yo —digo—. Vinnie es un gran cocinero.

—¿Ese defensa de aspecto temible?

—Bueno, él se siente más a gusto con el fuego.

Los ojos azules de Sebastian se ensanchan, y sonrío.

—Él y Evan tienen una de esas elegantes cocinas de gas con aspecto antiguo que son totalmente nuevas.

—Ah.

Me encojo de hombros.

—Y Finn publica muchos vídeos sobre nutrición. Noah y Finn hacen los mejores batidos.

—¿Me vas a hacer verduras y frutas trituradas para el desayuno?

Sonrío con picardía. —Como si eso no fuera popular en Los Ángeles.

—Es totalmente popular.

—Pensaba hacerte algo más apropiado de Massachusetts.

—¿Ah, sí?

—Viviste la mayor parte de tu vida en la mancomunidad —digo—. Debe haber algo que hayas echado de menos.

Duda, y desearía no haber hecho la pregunta.

No hay nada de Massachusetts que eche de menos. Se supone que debería estar paseando bajo el brillante sol mientras las palmeras se mecen sobre él. Se supone que debería mirar por su ventana y no ver nubes grises tan juntas durante tantos meses que se olvide de que el cielo alguna vez es azul, sino colinas salpicadas de casas de famosos que se proyectan hacia el cielo. Incluso la neblina de Los Ángeles tiñe todo de rosa y naranja, un filtro suave por sí mismo.

Trago el sabor ácido en mi boca. Está bien. California es mejor. Massachusetts tiene el frío y el aguanieve y los malos recuerdos.

Probablemente esté deseando estar en California ahora mismo, flotando en su piscina infinita o algo así.

—Supongo que eché de menos Boston —dice finalmente—. Me gustan los edificios antiguos.

—¿Ah, sí?

Esa respuesta no está mal. Después de todo, yo vivo en Boston.

—Fuimos allí de excursión en octavo —dice.

—La famosa excursión de fin de secundaria.

—¿No la habían cancelado para cuando tú fuiste al Instituto Ashcove?

—La convirtieron en una excursión de un día. Al parecer, una de las clases de cursos superiores destrozó las habitaciones del hotel.

—Yo no estuve involucrado en eso —dice Sebastian con remilgo —. Solo recibí la charla.

—La señora Kowalski podía dar bastante miedo —digo con simpatía.

Frunzo los labios, sin estar seguro de si compartir la siguiente parte con Sebastian o no. Podría enterarse cuando vaya a Ashcove y quizás no sea horrible si puede tener algo de tiempo para adaptarse a la idea.

—Sabes que ahora es Bryce quien da esas charlas —digo, sacando ingredientes de la nevera.

—¿Qué?

—Es subdirector en el Instituto Ashcove.

Sebastian parpadea. —¿En serio?

—Dijo que el instituto fue la mejor época de su vida.

—Oh. —Sebastian frunce el ceño—. Él mandaba en el instituto.

—Y ahora le pagan por caminar por los pasillos y parecer intimidante.

Sebastian se echa hacia atrás. —¿Bien por él?

—¿Estás contento por mi hermano, cariño? —pregunto con ligereza.

—Estoy contento por cualquiera que encuentre su verdadero propósito.

—Extraordinariamente diplomático por tu parte. —Quiero alborotar el pelo de Sebastian y sentarlo en mi regazo y darle todos los besos del mundo. En cambio, busco la tabla de cortar y algunos cuencos de cocina y los coloco en la encimera.

—¿Quieres que hable con él antes del viaje? —pregunto—. ¿Por si te lo encuentras?

Sebastian cierra los ojos, y mi corazón se encoge. Cruzo la cocina a zancadas y agarro sus manos entre las mías.

—Haré lo que tú quieras —prometo—. Tú mandas aquí.

Sus ojos siguen cerrados, pero sé que está escuchando. Beso su mejilla, luego alboroto su pelo porque sus mechones siguen

agitándose en todas direcciones, y soy un hombre y no estoy hecho para resistirme a tal adorabilidad.

—Tal vez no me recuerde —dice finalmente.

No estoy seguro de si eso es correcto, pero me encojo de hombros.

—Mi hermano es bastante despistado —digo en cambio, luego lleno una olla con agua y la pongo a hervir.

Pongo la mesa en el rincón del desayuno. Tiene vistas al río Charles.

—Es precioso —dice Sebastian.

—Me gusta ver a la gente bajando en kayak.

—¿También tuviste que aprender a hacer kayak en clase de gimnasia? —pregunta Sebastian con una sonrisa nostálgica.

—El Sr. C seguía pensando que era una parte esencial de la educación física —digo.

—Ven. —Extiendo la mano y tomo la de Sebastian otra vez, y esta vez él no duda y la toma. Aprieto mi mano firmemente contra la suya—. Creo que Troy ya te dio un tour del apartamento anoche.

—Sí.

Le doy un codazo suave. —Le caes bien.

—Somos bastante diferentes.

Inclino la cabeza y le evalúo. —Sí. Probablemente tengas razón.

Me mira con escepticismo.

—Quiero decir, tú me gustas mucho —digo, y casi siento como si debiera estar diciendo algo más.

Pero nunca le he dicho esas otras palabras a nadie, y decírselas a él podría trastornar demasiado su vida. Todas las razones por las que esto está prohibido siguen existiendo.

Pero por ahora, hay desayuno y unos ojos azul brillante mirándome desde el otro lado de la mesa. Le entrego a Sebastian un mando a distancia.

—¿Los robots cocinan para ti? —pregunta.

Frunzo el ceño. —Yo cocino para nosotros. Tú puedes elegir la música.

—Oh. Eso es bastante agradable.

Sebastian enciende la música, y la habitación se llena con los complejos sonidos de bajos que solo salen de sistemas de sonido sofisticados. Sonríe.

Hago una reverencia. —¿Me concedes este baile, Sebastian Archer?

—La gente no baila antes del desayuno.

—Tenemos cosas que celebrar.

—¿Ah, sí?

Asiento, y quiero decirle que quiero celebrar que le he vuelto a encontrar, que Falcon Productions me eligió para ser el Sr. Perfecto, y ahora puedo verle, que es tan maravilloso como imaginaba. Pero quizás sea demasiado.

Él tiene su propia vida en Los Ángeles. No necesita mis complicaciones.

Así que en su lugar, digo: —Te he visto sonreír.

Y por la forma en que sus labios vuelven a curvarse hacia arriba, fue exactamente lo correcto que decir.

Finalmente, le siento frente a la vista para que pueda cocinar, y eventualmente, coloco un plato delante de él.

Sus ojos se abren de par en par. —¡Huevos Benedict con langosta!

—Ajá.

—Has escalfado los huevos. E incluso has incluido espinacas. —Calidez y asombro recorren su voz.

—Hice los muffins ingleses a principios de esta semana. Son sin gluten.

Frunce el ceño.

—¿Qué pasa, cariño?

—Estaba sentado aquí. Me perdí verte cocinar.

—Oh. —Sonrío—. Estaré encantado de darte un espectáculo culinario privado y en primera fila cuando quieras.

Se ríe, pero la luz en sus ojos se atenúa un poco, y ambos apartamos la mirada.

Porque la realidad es que no tenemos mucho tiempo.

Ojalá lo tuviéramos.

De verdad que ojalá lo tuviéramos.

Pero tengo partidos, y la visita a Ashcove, y un calendario completamente lleno. No estoy seguro de si Sebastian va a querer arriesgarse a colarse en mi apartamento de nuevo.

Tal vez.

Con suerte.

Pero en diez días, será Nochebuena, la noche final del programa, cuando elija con quién pasar felices para siempre.

No existe un mundo donde pueda estar volando por todo el país para ver a Sebastian. Lo he pensado. De verdad que sí.

Quizás si hubiera sido menos torpe e incómodo esta mañana, podría haber una realidad alternativa donde Sebastian y yo estuviéramos discutiendo horarios y subterfugios.

Pero la felicidad de Sebastian es mi prioridad, y él no necesita atarse a un atleta torpe que dice lo incorrecto. No cuando mi familia le causa dolor. No cuando las cámaras me seguirán después de que termine el programa. No cuando Sebastian podría despertarse encontrando fotos nuestras en la cola del supermercado o la farmacia. No cuando podrían estar salpicadas por todas las páginas de redes sociales, la historia nunca muriendo del todo, incluso cuando las revistas de la semana sean reemplazadas.

Me gusta que me esté dejando tener este tiempo con él. Que me deje alimentarle. Que me deje sostenerlo en mis brazos.

Esto es más de lo que esperaba, y es egoísta exigir más.

En algún momento Sebastian conocerá al hombre de sus sueños, al hombre que no le recuerde todas las cosas que quiere olvidar. Ese hombre probablemente será tan elegante y encantador como Sebastian. No tartamudeará ante la cámara ni se sonrojará en momentos inoportunos. Vivirá en la misma ciudad que Sebastian, y nadie encontrará escandaloso que estén juntos. Por el contrario, la gente probablemente estará feliz.

Los titulares pasan por mi mente, tan claros como si estuviera en la caja del CVS: *Presentador de TV conoce a un gran chico. Presentador de TV y gran chico van a fiestas increíbles. Gran chico le propone matrimonio al presentador de TV. Presentador de TV y gran chico se casan en una súper boda de destino. Presentador de TV y gran chico adoptan adorables niños.*

Él no hará llorar a Sebastian.

Mi corazón se retuerce, pero está bien.

Sebastian amará ese futuro. Yo también quiero que tenga ese futuro.

No lo tendrá si la gente descubre lo que hicimos la otra noche.

—Buena langosta —dice Sebastian, sacándome de los frenéticos murmullos de mi mente.

Fijo mis ojos en él, en todo lo bueno.

—¿Estás bien? —pregunta, con voz vacilante.

Aprieto los labios.

Mi gran chico está sentado frente a mí. No por mucho tiempo, por supuesto. Pero está aquí ahora.

—Todo es perfecto —digo, con voz firme, mis nervios explotando, pensando en la verdad de ello.

Aprieto su mano, porque quizás estamos comiendo juntos, pero no puedo resistirme a tocarle.

Sebastian muerde la parte de langosta del Huevos Benedict con langosta. Sus pestañas revolotean. —Esto es increíble.

—Me alegro de que te guste.

—Quiero decir... Es nivel de restaurante.

—De buen restaurante, espero.

Deja de comer, y algo de langosta se cae de su tenedor. Tiene salsa holandesa manchada en la comisura de los labios, pero levanta las pestañas y sonríe. —Magnífico.

Le devuelvo la sonrisa.

—Te prepararé algunas cosas para que te las lleves.

Resopla. —¿Por qué no pusiste que cocinabas en tu ensayo de solicitud?

—¿Quieres que hubiera cocinado para los otros concursantes?

Frunce el ceño. —No.

—Además, en realidad no solicité participar.

CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

Sebastian

Parpadeo mirando a Luke. —Perdona. Creo que no te he oído bien.

—No es importante.

Da un bocado a su increíble Huevos Benedict con langosta, pero no creo que lo haya oído mal. Creo que lo que dijo no tiene sentido.

—¿No te presentaste a Mr. Right?

Suspira. —No.

—Pero...

—Algunos de mis amigos decidieron inscribirme en mi nombre.

Frunzo el ceño. Sus palabras no tienen sentido. —Eso debería haberse detectado en el proceso de selección.

—No fue así.

Mierda.

Ella me había dicho que había hablado por teléfono con un Luke entusiasta y risueño durante la entrevista.

¿Luke ha estado sometido a cámaras y productores y nunca lo quiso? ¿Nunca? Su horario se ha estirado hasta límites irrazonables, porque seamos sinceros, el horario de un jugador de hockey ya es bastante irrazonable, y un programa de telerrealidad encima de eso es... mucho. ¿Nunca quiso encontrar el amor verdadero? ¿O aprovechar su participación para algo más visible, como mejores contratos publicitarios? ¿O el simple conocimiento de que es famoso, el nombre de la estrella de hockey que está en boca de todos en este país?

No, ese no era Luke.

No es de extrañar que sea nuestro Mr. Right más rígido. Es el primero sin interés en actuar.

Ahora es tan famoso.

—Pero aceptaste hacerlo.

—Alguien convenció a mi agente de que sería genial.

La culpa inunda mis células. Solo puedo imaginar cómo fue la conversación entre Nate y él. Pero de repente todo el mal humor de Luke cuando lo conocí tiene mucho más sentido. —Lo siento muchísimo. Es terrible.

Se encoge de hombros. —Y no quería meter en problemas a las personas en cuestión...

—Déjame adivinar. ¿Tus compañeros de equipo?

—No pasa nada —dice Luke, aunque teniendo en cuenta su incomodidad con las cámaras y todo el proceso de rodaje, está siendo demasiado generoso. Y, Dios, me dijo varias veces que no quería hacer el programa.

No le escuché. Yo también le presioné.

El arrepentimiento me invade.

Suspiro. —En nombre de Falcon Productions, te pido disculpas. Y a nivel personal, lo siento mucho.

—No todo es malo. He podido pasar tiempo contigo.

—Entonces, ¿supongo que Troy quiere que salgas con alguien?

Frunce el ceño. —Supongo que sí. —Su frente se arruga y tiene una expresión extraña en su cara.

De repente se me ocurre que Troy podría volver. Me levanto. —Gracias por la comida. Estaba deliciosa.

—¿Ya te vas?

—Tengo que volver con las chicas del adosado.

—Claro.

—Te veré en Ashcove —digo.

—Vale. Dime si quieres que le diga algo a...

—Le evitaré. Gracias por avisarme.

Luke asiente con incertidumbre. —Déjame prepararte algunas cosas.

—No tienes por qué hacer eso.

—Quiero cuidar de ti —dice, moviéndose por la cocina.

Lo miro con los ojos como platos. Nadie me ha dicho esas palabras antes.

La gente me evitaba antes, y después de conseguir dinero y fama, querían esas cosas. He tenido novios que disfrutaban del lado lujoso de la vida, que estaban conmigo mientras construían sus

carreras como actores pero me abandonaban después. Y estaba bien porque tampoco estaba interesado en ellos. Me sentía aliviado de tener a alguien que me acompañara en las fiestas, e igualmente aliviado cuando ya no tenía que pasar tiempo con ellos.

—Recogeré mis cosas —digo, y él asiente. Tomo mi equipo de cámara y lo coloco junto a la puerta. Luke me encuentra en la entrada y me entrega un recipiente de Tupperware con algunos productos horneados.

—Gracias.

Desliza el recipiente en mi bolsa de cuero, luego busca mi abrigo. Me sube la cremallera lentamente, sin preocuparse de que Troy pueda reaparecer.

Me mira a los ojos. —Te voy a echar de menos.

Su voz es áspera, y le devuelvo la mirada.

—Te echaré de menos.

Asiente y luego coloca mi gorro sobre mi cabeza, asegurándose de que me cubra las orejas justo así, mientras deja mi visión completamente despejada. Finalmente, desliza mis guantes de cuero en mis manos.

—No tienes que...

Pone un dedo sobre mis labios. —Me gusta cuidar de ti.

Luego desliza mis bolsas sobre mis hombros y me besa. Sus labios son suaves contra los míos, y abro la boca. Su lengua se desliza dentro, girando brevemente contra la punta de la mía. Cuando se retira, lucho contra el impulso de atraerlo hacia mí otra vez, y sus ojos me miran con una ternura abrumadora. —Que tengas un buen día.

Logro asentir y luego emitir una respuesta, y sus labios se contraen, pero la mirada afectuosa en sus ojos no se disipa. Floto bajando las escaleras, floto hasta la acera, floto todo el camino de regreso al adosado.

• • • •

LUKE

En lo que se refiere a pueblos pequeños, Ashcove no es terrible en absoluto, y la Navidad es la mejor época para visitarlo. Flora está sentada a mi lado en el Ferrari rojo que el programa alquiló para mí. Los descapotables no son la opción típica en Massachusetts a finales de diciembre, y conduzco el coche lentamente por la calle principal.

Flora aplaude obedientemente, como ha hecho las cuatro veces anteriores cuando hemos grabado esta toma, y Willow está sentada en la parte trasera mirándome con anhelo, igualmente obediente, mientras lanza miradas fulminantes a Flora.

Es ridículo. Willow y Flora se llevan bien. Prácticamente terminan las frases la una de la otra.

Pero están haciendo todo lo posible para dar dramatismo a la escena, y yo estoy haciendo todo lo posible por no estrellar el Ferrari y acabar en *Los vídeos más divertidos de América* en lugar de *Buscando a Mr. Right: Edición Navideña.*

Empieza a nevar, y agarro el volante con más fuerza. Los nudillos se me ponen blancos alrededor del suave cuero.

Conducir no es lo mío. Aprendí, pero mis padres me reservaron las clases de conducir más baratas, donde íbamos apretados cuatro en un coche. Luego me mudé a Boston inmediatamente después del instituto.

Nunca necesito conducir en Boston. Elegí el apartamento porque quería estar a poca distancia a pie del estadio.

Pero como estoy a mediados de los veinte y quizás también porque soy un chico, la gente asume que me gustan los coches. No es así. Ir en coche es prácticamente lo opuesto a ser atlético. Soy un tío de mover-mi-cuerpo-en-cada-oportunidad.

—Canta canciones navideñas —ordena la voz de Ella—. Jingle Bells.

Mierda.

—No tengo buena voz —digo.

—¡Mejor aún! —exclama Ella—. Será muy mono.

Empiezo a cerrar los ojos, pero entonces recuerdo que estoy conduciendo y que es una idea terrible. Esbozo una sonrisa tensa.

Ni siquiera me gusta cantar durante las fiestas de cumpleaños, y conozco todas las palabras de esa canción y estoy rodeado de más

personas que... dos. Y esas voces son masculinas. Las voces de Flora y Willow sonarán claramente diferentes a la mía.

Agarro con fuerza el volante del coche. —Eh...

Willow y Flora intercambian miradas, luego todos empezamos a cantar Jingle Bells.

Está bien. Es decir, no es terrible. Y cuando finalmente aparcamos, Ella sonríe, lo cual es mejor que si no lo hiciera.

Salgo del coche. Mi mirada vaga alrededor. —¿Sebastian no está aquí?

Ella y Mateo intercambian miradas, de esas significativas, y no estoy seguro de lo que significa, pero los copos de nieve de repente caen más rápido, dirigiéndose directamente a la parte posterior de mi cuello.

—Está en otro sitio —dice Ella.

—Genial —intento asentir con indiferencia, arrepintiéndome de haber dicho algo sobre él.

—¡Este pueblo es precioso! —exclama Flora.

—¡Fantástico! —dice Willow con igual entusiasmo.

—¿Por qué no les preguntas si pueden imaginarse mudándose aquí alguna vez? —sugiere Ella, con los ojos brillantes.

—Nunca volvería a vivir aquí.

Ella suspira. —Esto es un programa de televisión. Y nunca se sabe, ¿verdad?

—Supongo —inhalo e intento actuar con naturalidad—. Entonces, ¿os podéis imaginar viviendo aquí en unos años?

Ni Willow ni Flora necesitan instrucciones. Responden inmediatamente, dando ambas largas explicaciones sobre las alegrías de los pueblos pequeños y su idoneidad única para ellas. Flora explica detalladamente que aparentemente le encanta visitar pueblos pequeños, y Willow se apoya en el hecho de que adora leer novelas románticas ambientadas en pueblos pequeños, aunque no puede recordar ningún título exacto.

—¿Por qué no haces una broma sobre que esperas que Willow no se escape con el herrero vestido de cuadros si os mudáis aquí? —sugiere Ella, con los ojos bailando.

—No tenemos herreros aquí —digo, y probablemente llevaría delantales todo el tiempo para protegerse contra las chispas y todo eso.

Ella me lanza una mirada que dice que he vuelto a perder el punto.

Quiero hacer más preguntas sobre dónde está Sebastian, pero Ella y Mateo parecen sospechosos.

Me paso la mano por el pelo y frunzo el ceño. —Lo siento. He olvidado lo que debería decir.

Ella suspira. —Esto es televisión sin guion. No puedo escribir cosas en tarjetas.

—Cierto. Por supuesto. Era algo sobre herreros.

—Solo di: espero que no te escapes con un herrero que lleva camisa de franela —dice Mateo, dedicándome una sonrisa más amable, y de alguna manera me relajo.

—Vale.

—Ahora.

—Espero que no te escapes con un herrero que lleva camisa de franela —le digo a Flora.

—Corten —dice Ella—. Recuerda, le estás hablando a Willow.

Frunzo el ceño.

—Ella es la que adora leer novelas románticas —dice Mateo.

—Cierto —intento sonreír, pero mi cara está tensa.

No dormí bien anoche. No tenía a Sebastian entre mis brazos, y mi cama se sentía fría, incluso después de subir la calefacción.

Quería unos brazos delgados alrededor de mí, y quería una respiración suave a mi lado. Quería bajar y capturar un pene en mi boca, chupándolo hasta que el líquido salado llenara mi boca. Quería mover mis dedos por un pelo corto y sedoso, y atraer un cuerpo cálido contra mi pecho.

En cambio, la habitación estaba fría, y mis recuerdos eran insuficientes, cada vez que recordaba que Sebastian no está destinado para mí. Su vida siempre estará separada. No hay un gran romance para nosotros.

Inhalo. Mi actuación es peor de lo normal. Lanzo una mirada calle abajo. ¿Tal vez Sebastian vendrá ahora?

Pero solo un flujo constante de berlinas plateadas manchadas de nieve se desliza por la calle, los conductores sin duda irritados porque tuvieron que esperar mientras yo hacía mi propio camino tembloroso y excesivamente alerta por la carretera durante cuatro tomas sucesivas mientras el tráfico estaba bloqueado.

Digo la frase a la persona correcta.

Ella y Mateo suspiran.

—Todo acabará pronto —dice Mateo, en lo que supongo que él cree que es una forma reconfortante.

Asiento, pero mi corazón duele.

Porque una vez que termine, ya ni siquiera veré a Sebastian. No habrá ningún hombre de cabello dorado hacia el que mi mirada pueda desviarse. No habrá ninguna posibilidad de que encontremos otra forma de reunirnos. Todo habrá... terminado.

CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO

Luke

Por supuesto, sabía que me iban a llevar al instituto Ashcove. Normalmente visitan los antiguos colegios del Sr. Perfecto en el episodio de la ciudad natal. Al parecer, es adorable o algo así. Antes disfrutaba de esta parte del programa cuando lo veía, pero ahora lo sé mejor.

La inquietud me invade mientras contemplo el largo y cuadrado instituto de estilo años sesenta.

No es bonito.

Nunca lo fue.

Pero es especialmente poco atractivo ahora, con los laterales amarillentos por la dura sal marina que cae del Atlántico con demasiada frecuencia. Las ventanas desoladas descansan en marcos desconchados.

Siempre odié el instituto. Mis días giraban en torno al hockey, y la tortura de las clases de ciencias, matemáticas y lengua me parecía absurda.

Me escapaba al gimnasio durante cada hora libre, algo que quizás no deberían haberme permitido, pero todos adoraban a los hermanos Hawthorne. Nos salíamos con la nuestra en muchas cosas.

Nunca pensé que volvería a entrar en este colegio, y me sorprende cómo se ve cuando los pasillos están vacíos y mis pensamientos no están consumidos por los deberes que no hice y los exámenes que tendré que hacer y la forma general en que estoy seguro de que me aburriré.

Las cámaras siguen cada una de mis expresiones, y en unos días, cuando esto se emita, los desconocidos también verán cada una de mis expresiones.

Intento no tragar con fuerza.

Es un instituto. Y fue mucho peor para otros.

Quiero mirar a Sebastian, consciente de que está detrás de mí. Puedo sentir su tensión, incluso cuando no lo estoy mirando, aunque

la inesperada aparición del llamativo jefe de estudio vestido de diseñador probablemente no sea una fuente de calma. Al parecer, estaba recogiendo a Clark antes. ¿Qué está haciendo siquiera en Massachusetts?

—Este colegio es adorable —dice Flora, aplaudiendo, y sonrío.

—No creo que adorable sea la palabra que yo usaría —digo.

—Es totalmente adorable —insiste.

Me giro hacia Willow—. ¿Tú qué opinas?

Ella frunce el ceño, recorriendo con sus inteligentes ojos la entrada del instituto—. Creo que lo adorable termina cuando los niños llegan a los dos dígitos.

—Totalmente —Choco el puño con Willow.

Ella arruga la frente mientras mira nuestras manos. Me pregunto cuándo fue la última vez que chocó el puño con alguien, o si esto es algo que ha visto en dramas médicos en tramas sobre médicos poco serios.

No estoy seguro de que existan médicos poco serios incluso en la televisión.

—¡Este intercambio es genial! —Ella sonríe radiante—. Excelente trabajo, Luke. Haz más de eso. Creo que os va a gustar el nuevo segmento. Sebastian, adelante.

Sebastian está de pie frente a una pancarta que dice Ashcove High. Me permito mirarlo por primera vez. Cada mechón de su pelo sigue siendo perfecto. Hay ojeras bajo sus ojos que normalmente no están ahí, y quiero abrazarlo y decirle que es perfecto.

No lo hago, por supuesto, y finjo que mi corazón no duele, que todo esto es total y absolutamente genial.

—Tenemos una sorpresa especial para vosotros —dice Sebastian.

Las mujeres murmuran obedientemente.

—Todos vais a tener una visita guiada por el instituto.

Las cámaras se mueven hacia Flora y Willow.

—Podéis aparentar entusiasmo —dice Ella.

—¡Esto es súper guay! —dice Flora inmediatamente, juntando sus manos.

—Sí. Será intrigante ver dónde Luke experimentó su juventud —dice Willow, y aunque aplaudir no es algo que haga, las comisuras

de sus labios sí se curvan hacia arriba.

—Tenéis un guía muy especial —dice Sebastian, su voz clara y sin tensión, aunque a mí se me cae el alma a los pies.

Estoy seguro de que sé quién es mi guía tan especial.

Uno de los miembros del equipo hace un gesto hacia la esquina, y entonces Bryce se dirige hacia nosotros a grandes zancadas. Lleva traje y corbata, lo cual es raro, pero supongo que es el atuendo adecuado para los subdirectores importantes.

Muestra su deslumbrante sonrisa—. ¡Bienvenidos al instituto Ashcove!

Las mujeres aplauden, sin necesitar que Ella las anime esta vez. Bryce siempre se le dio bien tratar con mujeres.

—Soy Bryce, el hermano de Luke —dice, y aunque no hay nada especial en sus palabras, está totalmente relajado, rezumando carisma.

Incluso Clark asiente con aprobación fuera del campo de visión de la cámara, como si estuviera contemplando si un subdirector sería un buen futuro candidato a Sr. Perfecto y preguntándose por qué eligió al atleta profesional sin gracia.

—Os parecéis mucho —dice Flora.

—¿Ah, sí? —Los ojos de Bryce bailan—. Creo que mis manos son más grandes.

Las levanta, y ambas mujeres se ríen.

Frunzo el ceño. Mis manos son perfectamente grandes, muchas gracias. La pequeñez en cualquier departamento no es un rasgo de los Hawthorne. Excepto quizás la pequeñez del cerebro, pero no hay forma de medirlo. Tal vez un escáner cerebral podría decirlo.

Miro a Willow, preguntándome si podría saber algo sobre escáneres cerebrales y tamaños de cerebro.

—¡Perfecto! —dice Ella—. ¿Habéis captado esa mirada de anhelo que Luke le ha enviado a Willow? Claramente está celoso de la conversación de su hermano con Willow.

Willow y Flora me dirigen miradas confusas, e intento no mirar a Sebastian. Quiero decirles a todos que están equivocados, que no estoy celoso de Bryce y Willow, que Willow, aunque es genial, no ocupa mis pensamientos.

Pero se supone que no debo decir esas cosas, y probablemente sería poco caballeroso si lo hiciera, así que en su lugar un silencio incómodo se extiende ante nosotros.

Finalmente, Bryce sonríe—. Pobre hermanito. Todas las chicas se le escapan.

—Bueno, ¿empezamos? —pregunta Ella con la alegría forzada de una maestra de infantil en una sala de niños de cinco años adormilados.

Todos asentimos, y Bryce comienza la visita guiada. Le seguimos mientras pontifica sobre el edificio y, a veces, sobre mí. Flora y Willow pronto le flanquean, y yo me arrastro detrás.

—¿Sabéis cómo algunos niños son empollones? —pregunta Bryce.

—Sí —dice Flora, mientras las mejillas de Willow se tornan de un tono rojizo que no puede explicarse por el polvo pigmentado.

—Luke era así —continúa Bryce—. Súper obsesionado con el hockey. Conocía todas las estadísticas. Toda la historia. Todos los equipos. Todos los jugadores —Sacude la cabeza con desdén—. Pero como también jugaba, se libraba. Quiero decir, si hubiera estado tan obsesionado con juegos de magia o algo así, seguro que le habría hecho pasar un mal rato.

—¿No te gustan los juegos de magia? —pregunta Willow.

—Me gustarían los juegos de magia si... —Bryce vacila, y Willow se inclina más cerca, como si esperara que mi tosco hermano mayor de repente empezara a hablar sobre su preferencia por cierto tipo de juego o problemas más grandes con las reglas.

Sé que no va a decir eso, sin embargo.

Nunca lo hace.

—¿Si? —le anima Willow.

—Si fuera idiota —exclama Bryce, con su rostro transformándose en una sonrisa jubilosa.

Es el tipo de sonrisa que te hace querer sonreír con él. Ser feliz por su felicidad. Y quizás le permití salirse con la suya durante demasiado tiempo. Quizás demasiada gente lo hizo. Bryce es el Señor Carismático, pero sigue clasificando a las personas en categorías como siempre ha hecho.

Flora frunce el ceño y me mira con algo que parece comprensión. No he dicho nada, y no estoy seguro de por qué me miraría de esa manera.

Me siento expuesto, vulnerable, y sus ojos se suavizan, y me dirige una dulce sonrisa.

Bryce empieza a hablar sobre las instalaciones del gimnasio, y se me seca la garganta. Miro alrededor, reconociendo algunas de las aulas, recordando días que preferiría dejar olvidados.

Finalmente, entramos al gimnasio, y Bryce sujeta la puerta abierta con un ademán. —Húmedo, oscuro y lúgubre. Bienvenidos al lugar favorito de mi hermano pequeño.

Willow suelta una risa débil, que Flora ni se molesta en imitar. Incluso Ella parece exhausta, más como una cajera en el Black Friday que como una alegre productora de televisión. La interminable visita guiada de Bryce y su monólogo de historias embarazosas sobre mí son agotadores.

Ella nunca le pide a Bryce que repita una historia, para asegurarse de que el equipo capte cada palabra.

Entramos al gimnasio. No ha sido renovado desde la última vez que estuve aquí, y es asombroso que llegara a la NHL. Dios, he recorrido un largo camino.

Lanzo la mirada por la habitación y me encuentro con los ojos de Sebastian.

—Creo que podemos hacerle algunas preguntas a Luke aquí —dice Sebastian.

—¿Quieres decir, hacerme preguntas a *mí* aquí? —pregunta Bryce.

Sebastian se tensa. Esta es la primera vez que Bryce mira a Sebastian, y lo odio.

—Luke será suficiente —dice Sebastian, y el equipo instala cámaras en una esquina de la sala.

Los ojos de Bryce se estrechan.

Mierda.

—Me resultas familiar.

—He presentado doce temporadas de diferentes programas de telerrealidad —dice Sebastian—. ¿O quizás me viste en uno de los

Canales de Entretenimiento? ¿Entrevistando a celebridades en la alfombra roja?

La cara de Bryce enrojece, y da un paso atrás.

Un punto para Sebastian.

Sonrío, y mi mirada cae sobre Sebastian. Sus ojos destellan, y le devuelvo la sonrisa ampliamente.

—También había muchos hombres medio desnudos en este gimnasio —murmura Bryce.

—¿Perdona? —pregunta Flora.

—Solo digo que hay una razón por la que no me dediqué al hockey profesional.

—¿Porque podrías haber visto a un hombre medio desnudo? —pregunta Flora.

—O completamente desnudo —Bryce se encoge de hombros—. No es lo mío. Soy de esos hombres de verdad, ¿sabes?

—Ya tienes la auténtica tripa de padre —murmura Flora.

Me tenso, y mis pasos se vuelven pesados. Nada en mí es grácil, incluso mientras lucho por mantener la calma.

Bryce me ha insinuado esas cosas antes, cada vez que estaba sin novia. Aun así, no pensé que lo diría ante las cámaras.

—No vamos a conservar todo —dice Ella con un suspiro, como si pudiera leer mis pensamientos—. Este es un programa navideño. Todo sobre familias felices para hacer que los espectadores se sientan acogidos. Sebastian, adelante y hazle algunas preguntas a Luke sobre lo que se siente al volver aquí.

Sebastian asiente y comienza el proceso de entrevista. Es todo profesionalidad, y me concentro en las respuestas, apartando a Bryce de mi mente, mientras hablo sobre lo extraño que es volver al lugar donde todo comenzó.

CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO

Sebastian

Bryce no me ha reconocido.

Sigue siendo un imbécil, y es extraño escucharle como adulto, ver su encanto y lo rápido que los demás se desilusionan con él.

Odio que esté trabajando aquí. Odio que siga paseándose por estos pasillos, clasificando a las personas en categorías y etiquetando las pasiones y alegrías de algunos como despreciables, como si solo él fuera el árbitro del buen gusto.

Pero no me ha reconocido. No me ha mirado y ha visto a un chico con acné y cara de asustado. Y aunque me duele por aquel niño que Bryce no pudiera imaginárselo convirtiéndose algún día en un presentador de televisión, ahora mismo estoy aliviado.

Quiero seguir siendo Sebastian Archer aquí. No quiero ser Seth. Ya no más.

Luke y yo terminamos nuestra entrevista improvisada, y estoy bastante seguro de que todo el equipo suspira.

No quiero estar en este edificio lleno, sin duda, de moho y amianto. Quiero estar fuera, al aire fresco. Aunque Luke piense que añoro California, me gusta Massachusetts. Hay muchas cosas buenas en mi estado natal. Muchas cosas buenas que no habría reconocido si no hubiera vuelto aquí.

Como Luke.

Luke es bueno.

Sonrío para mis adentros, y de repente el colegio no es tan terrible como recordaba. Es oscuro y lúgubre, tal como dijo Bryce. No solo el vestuario. Todo el lugar. Las taquillas flanquean a ambos lados el pasillo sin ventanas, y la luz amarillo-azulada que brilla desde las lámparas sucias no contrarresta lo suficiente esa sensación.

—Vamos por aquí —digo espontáneamente—. También lleva afuera, ¿verdad?

Luke asiente. —Creo que sí.

Bryce pone los ojos en blanco. —Ese es solo el camino a la biblioteca. Nadie va allí.

—¡Una biblioteca! —exclama Flora—. Eso sí que es adorable.

Bryce parpadea. —¿Adorable? Solo tienen un montón de libros.

El equipo se dirige hacia la biblioteca de todos modos. Mis mejores recuerdos del instituto los pasé en la biblioteca. Solía ir allí en cada periodo de comida. También en cada hora libre.

Todos los demás chicos comían en la cafetería, pero supongo que no fui el primer chico sin nadie con quien comer, y la bibliotecaria, la señora Smith, era amable.

Paseo por el instituto, permitiéndome disfrutar de los buenos sentimientos. Me gustaba aprender, al menos algunas asignaturas. Me gustaban Teatro, Literatura e Historia.

Flora se entusiasma con las obras de arte en algunos de los tablones de corcho de las paredes. No hay taquillas cerca de la biblioteca, y echo un vistazo a los autorretratos angustiosos colgados.

Me alegro de haber salido de aquí.

La puerta de la biblioteca se abre, y frunzo el ceño.

Es domingo. El colegio está cerrado. Por eso estamos aquí. Estamos grabando algunas tomas de la pista de hielo donde Luke solía practicar, pero no necesitamos otra escena de todas las mujeres con patines. Ella decidió venir aquí para añadir algo más de nostalgia.

Pero la puerta se está abriendo, y alguien está saliendo.

La preocupación se apodera de mi corazón, aferrándose a todos mis órganos.

No es...

No podría ser...

Una mujer se desliza por la puerta. Lleva un vestido floral y tiene el pelo teñido de rojo, al estilo de los años 90. Sus raíces están más grises de lo que recuerdo, y debería darme la vuelta. No debería estar aquí.

Cierro los ojos, pero obviamente eso no funciona.

Mis dedos tiemblan. ¿Pensarían Ella, el equipo de cámaras y Clark que es extraño si empezara a correr por el pasillo?

Luke se aleja de las mujeres. Se pone delante de mí, bloqueando la vista de la señora Smith.

Todo va a estar bien.

—Hay mucha gente aquí —dice la señora Smith.

—Estoy dando un tour para *Buscando al Sr. Perfecto* —dice la voz de Bryce—. Mi hermano es el actual Sr. Perfecto, y una de estas dos preciosas mujeres podría ser mi futura cuñada.

Voces de soprano ríen a mi alrededor. Quiero apoyarme en la espalda de Luke, sentir su calor contra mi cara, para que nuestras respiraciones se mezclen, inhalando y exhalando al mismo tiempo, como gemelos en incubadoras.

Soy Sebastian Archer, Presentador Extraordinario de TV. Soy Sebastian Archer, Presentador Extraordinario de TV.

—Bueno, esa es una forma poco convencional de encontrar pareja —dice la señora Smith—. Quizás deberíamos empezar a asignar novelas románticas para la planificación de las clases.

—Pero no lo haremos porque no queremos que sus cerebros se pudran —dice Bryce con su habitual voz untuosa—. Es bueno que sea el subdirector, así puedo prevenir estas catástrofes.

—Deberíamos irnos ya —dice Ella, y mis hombros se relajan.

—No te recuerdo —dice la señora Smith, y estoy seguro de que le está hablando a Luke.

—Quizás sea hora de traer una nueva bibliotecaria —dice Bryce.

—Estoy seguro de que eso no es necesario —dice Luke apresuradamente—. No iba a la biblioteca muy a menudo.

Puedo imaginarlos fácilmente sonriéndose el uno al otro ante la afirmación de Luke. El hombre es tan amable. Tan considerado. La forma en que me cubrió con su cuerpo, sin tener que pedírselo. La forma en que es tan maravilloso.

Mi corazón late felizmente.

—Ah, eso lo explica —dice la señora Smith—. Recuerdo a Seth, por supuesto.

Me tenso.

—¿Seth? —pregunta Ella.

Eso no acaba de pasar. Debo haber oído mal.

—¡Seth! —retumba la voz de Bryce—. Así es como te recuerdo. ¿Te estás escondiendo detrás de mi hermano?

Entonces Bryce empieza a reír. Algunos podrían llamarlo alegre. Para mí, es el sonido que precede a otra broma cruel, otro comentario despiadado, como si ya pudiera escucharlo en su cabeza.

—Eres tan gay, Seth —dice Bryce.

Vale. No un gran humor entonces. Vamos con ese tipo de insulto.

Pensaba que ese era el repertorio de sexagenarios desconectados de la realidad, pero supongo que también es el repertorio de administradores escolares de pueblos pequeños igualmente desconectados.

—¿Estudiaste aquí? —pregunta Ella, y odio la traición en su voz.

Porque hemos trabajado juntos durante años. Ahora sabrá por qué no quería ir a Ashcove. Y sabrá que fue por motivos personales. Que estaba pensando en mí mismo y no en los arcos argumentales del Señor Perfecto.

Sabrá que no confié en ella. Y sabrá lo poco que conoce al verdadero yo. La persona que consideraba un amigo era solo una fachada. Como si alguien pudiera considerar a Spiderman un amigo sin conocer a Peter Parker.

—¿Tu verdadero nombre es Seth? —pregunta Clark.

—Yo también estudié aquí —digo, saliendo de detrás de Luke, porque ya no hay nada que pueda hacer para protegerme. No hay nada que pueda decir. No importa lo anchos que sean sus hombros. Decido fingir inocencia y naturalidad—. Hola, señora Smith, no la había visto.

—Eso es porque estabas escondido —dice Bryce, con voz retumbante—. Menudo perdedor. No puedo creer que consiguieras trabajo en la televisión. Los engañaste a todos. Mira sus caras de asombro. También parecen enfadados.

Sus risas arañan mi alma.

—Tendrías que haber visto a Seth. Era el mayor perdedor de toda la escuela. Siempre caminando por ahí con una camiseta de Spiderman. Ridículo. Seguro que está coladito por mi hermano. Asqueroso.

—¿Fuiste al colegio con Luke, Sebastian? —pregunta Clark.

Siento las miradas de todos sobre mí. El equipo sigue grabando, y no estoy seguro si lo que diga a continuación aparecerá en un programa, si será cortado y pegado y convertido en cortos y reels. Si mi expresión se convertirá en un meme.

Las voces zumban en mi cabeza. Todos los sonidos de las personas que me odiaban en el pasado, todos los que se reían de los chistes de Bryce, que susurraban a otros cuando me veían. *Ese es el chico. Del que te hablaba. El gay.*

Y estaba bien. Hay gente que ha pasado por cosas mucho peores. Todo lo que yo tenía era un tipo que hacía chistes sobre mí. Pero los chistes cortaron pedazos de mi alma. Toda mi seguridad de que ahora soy diferente, ahora que he logrado más de lo que podría haber esperado, es tan ridícula como lo era yo entonces.

Por supuesto, soy la misma persona.

Por supuesto, no puedo simplemente llamarme con otro nombre y esperar que las cosas sean diferentes.

Por supuesto, debería haberle dicho a Luke que hablara con Bryce antes de que mi jefa y colegas lo conocieran.

No debería haber fingido que no pasaría nada. Puedo mudarme al otro lado del país, puedo ir a excelentes peluqueros y decolorar y peinar mi pelo, puedo usar prendas de diseñador ajustadas en lugar de monstruosidades de mezcla de poliéster, puedo tener una dieta de aguacate y kale para que mi piel resplandezca y ningún grano pueda ni pensar en formarse... pero no puedo huir de mí mismo.

Lo sabía perfectamente.

Fallé cuando era importante.

Me permití sentir nostalgia. Fui la persona que sugirió que tomáramos la ruta de la biblioteca.

Dios. Me lo hice a mí mismo.

Todos me están mirando fijamente. Esperando. Esperando que diga algo.

Y debería tener las palabras.

Esta es la duodécima temporada de reality show que he presentado. Las palabras son cosas que ahora me resultan fáciles, perfeccionadas con teatro, improvisación y dicción.

Pero mis palabras pertenecen a Sebastian Archer, Presentador de TV Extraordinario.

No pertenecen a Seth de Ashcove.

—Eh... —intento hablar. Lo hago. De verdad lo intento.

Pero las palabras han desaparecido. Solo hay un extraño martilleo en mi cabeza que no estaba ahí antes.

—Oh, cielos —dice la señora Smith—. ¿No debería haber dicho nada? Te ves bien con tu pelo rubio. ¿Cómo consigues que se quede apuntando hacia arriba así?

Estoy callado. Creo que mis labios se mueven. No estoy seguro.

—Pero te ves pálido —continúa la señora Smith—. Quizás te gustaría recostarte. El suelo está hecho de moqueta. O puedes poner la cabeza entre las piernas. Eso podría funcionar.

¿Están hablando de que me desmaye? ¿Creen que eso es una posibilidad?

¿Con las cámaras aquí? ¿Voy a desmayarme? Intento centrarme. Pero no puedo simplemente comenzar ejercicios de respiración y adoptar posiciones de poder en la televisión.

—Yo...

Todos me miran fijamente.

Y entonces me doy la vuelta y corro, obligándome a no caerme.

Cuando doblo la esquina y todavía estoy de pie, se siente como un logro, pero entonces me doy cuenta de que todavía tengo que enfrentarme a ellos.

CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS

Sebastian

Se acabó. Está arruinado.

Abro de golpe la puerta de salida del instituto y suena una alarma.

Mierda.

Bueno, ahora sabrán que he logrado salir del edificio.

De forma incompetente, por supuesto.

Solo puedo imaginar lo que estará diciendo Bryce ahora. Qué bromas estará haciendo.

Y Luke...

Dios.

Le gustaba. Estaba seguro de ello.

Pero ¿cómo puede sentir algo que no sea decepción y asco ahora? ¿Qué estará diciendo Bryce en mi ausencia? ¿Pensará Luke que lo manipulé? Los presentadores no deben ir detrás de los concursantes de citas en sus programas.

¿En qué estaba pensando?

El mundo está borroso. Un mar gris que se difumina. Genial. Estoy llorando. Las lágrimas calientes me pican en los ojos, y parpadeo, intentando contenerlas. Pero pronto comienzan a caer, rodando por mi cara cuidadosamente hidratada y bien mantenida, arrasando mis mejillas con sus gotas saladas que dejarán todo rojo e hinchado durante horas.

Miro con furia a mi alrededor, a los edificios sucios y decrépitos del Instituto Ashcove que arruinaron mi infancia y que ahora han conseguido arruinar mi carrera profesional.

La gente siempre dice que Hollywood es como un pueblo pequeño. Un lugar donde todos conocen a todos, o al menos, conocen a alguien que conoce a alguien. ¿Cómo puedo trabajar en Hollywood, cuando la gente sabe que todo sobre mí es falso?

Dios, ¿por qué lo intenté? ¿Por qué intenté hacer algo de mí mismo?

Si hubiera hecho eso, habría sabido cuál era mi lugar.

Habría sabido que nunca debía intentar nada con Luke.

Tropiezo por el camino hacia el aparcamiento. Quizás pueda llegar a mi coche antes de que el aparcamiento se inunde con el equipo y los productores.

Debería haberle pedido a Luke que hablara con Bryce antes de que nos reuniéramos, pero creía que quizás no me reconocería. Estaba operando con esperanza, y no con inteligencia.

Porque una parte de mí quería que lo que estaba pasando con Luke continuara, que avanzara para siempre, aunque sé que en Nochebuena él elegirá a una mujer, aunque sé que nunca puede haber nada entre nosotros. Willow y Flora son dos personas estupendas a las que probablemente apreciaban sus compañeros. No todo el mundo tiene un Bryce, porque no todo el mundo atrae a un Bryce.

Quizás Bryce me trató injustamente, pero me trató así porque soy yo. De todos los estudiantes del instituto, fui yo quien atrajo su atención. Fui yo quien no encajaba, quien atraía su desprecio. No era el único estudiante sin dinero. Las familias de Bryce y Luke eran más de clase media-baja que de clase media-media.

Quizás en mis fantasías, Luke y yo seguiríamos juntos, y nos encontraríamos con Bryce, y no importaría porque no me reconocería. Quizás podría ser Sebastian Archer en Acción de Gracias y Navidad y cumpleaños. Quizás nunca tendría que ser yo.

Mi corazón se entrecorta y mi respiración viene en esas horribles pequeñas bocanadas. Estoy en el aparcamiento de mi instituto, un adulto llorando.

Cierro los puños y frunzo el ceño aún más, hasta que el mundo ya no está borroso, hasta que el instituto no es más que una mancha gris en la sucia nieve gris y fangosa, hasta que puedo ver la triste extensión gris del cielo ante mí. Me dirijo al aparcamiento, con la ruta helada y precaria. Nadie debía usar la salida que tomé, y está claro que nadie la mantuvo despejada. Probablemente no pensaron que alguien sería lo bastante ridículo como para salir del instituto por la salida de emergencia, ignorando todas las señales claramente marcadas.

Dios.

No puedo creer que hiciera lo que hice.

Se acabó. Acabado. Acabado.

• • • •

LUKE

Sebastian sale corriendo por el pasillo. La risa de Bryce retumba tras él.

—Qué fraude. Lo siento mucho, chicos. El Instituto Ashcove normalmente produce excelentes graduados —dice Bryce, guiñándome un ojo—, pero obviamente cada pocas décadas tiene que haber un completo fracasado.

El equipo parece atónito, intercambiando miradas, y estoy bastante seguro de que no pueden esperar a que todo esto acabe para poder cotillear.

—Oh, vaya —dice la señora Smith—. He dicho algo indebido. No pensaría que podía mantenerlo en secreto, ¿verdad? Conozco a Seth. Solía almorzar en la biblioteca. No tenía amigos.

Ella tiene el ceño fruncido. —¿Entonces Sebastian estudió en este instituto?

—Seth —la corrige Bryce—. Sebastian suena demasiado elegante para él. Debería haber sabido que era un farsante solo por eso.

—Su nombre es Seth —dice Clark Peters, con los labios apretados—. Así consta en sus documentos laborales. Dijo que sus amigos le llaman Sebastian.

—Qué perdedor —dice Bryce—. Pero lo cierto es que no tenía amigos en el instituto, así que eso no es realmente una mentira.

—¿No tenía *ningún* amigo en el instituto? —pregunta Flora, con voz débil.

—No —los ojos de Bryce relucen.

Dios, estoy tan enfadado.

—Respetemos la privacidad de Sebastian —digo—. ¿Por favor? —miro a Matteo—. No es necesario que se publique nada online, ¿verdad?

—Todo vale —dice Ella, y parpadeo.

Pensaba que Ella era amiga de Sebastian. Sé que él la consideraba su amiga.

—Creo que ya hemos terminado por hoy —dice Clark.

Una alarma suena en la distancia.

—¿Qué es eso? —pregunta Aisha.

—Es el sonido de un idiota que ha salido por la salida equivocada —explica Bryce—. Jodidamente molesto.

—No digas palabrotas —dice la señora Smith.

Bryce la fulmina con la mirada. —Ahora soy el subdirector. Diré palabrotas si me da la jodida gana. —Me mira—. ¿O tus oídos son demasiado delicados para eso, hermanito?

—Voy a entrar —dice la señora Smith, desapareciendo de nuevo en la biblioteca.

Bryce empieza a reírse, y lo odio.

—No tenías que hacer eso —le digo.

—¿Hacer qué? —los ojos de Bryce están muy abiertos e inocentes.

—Sabes exactamente lo que hiciste —digo.

—Ah. Mi hermanito está enfadado. ¿Defendiendo al gay? ¿Por qué? ¿Hay algo que quieras contarme?

El fuego arde en mi interior. El mundo parece borroso, como aquella vez que conduje en Arizona en verano, y el aire se ondulaba mientras el calor ascendía del asfalto.

—Está bien —dice Flora, y no estoy seguro de por qué dice esas palabras.

No sé si las dice porque quiere decir que por supuesto todos sabemos que eres heterosexual, completa y absolutamente. Quizás dice que está bien porque cree que Bryce tiene razón, y estoy exagerando demasiado. Quizás simplemente está intentando calmarme, porque están grabando vídeos, y esa probablemente sea la respuesta correcta.

Inhalo. Y exhalo. Inhalo. Y exhalo.

Soy un lago en calma, como el psicólogo del equipo nos dice que deberíamos emular cuando necesitamos mantener la serenidad.

—El tío se lo estaba buscando —dice Bryce—. Ridículo mariquita.

A la mierda.

Me giro y golpeo a Bryce en la mandíbula. Su boca se redondea. Sus ojos se desorbitan. Se desliza hasta el suelo como la escoria que es.

Debería estar disculpándome. Este es mi hermano.

Pero he escuchado sus insultos y su crueldad durante demasiado tiempo.

—Hablarás de Sebastian con respeto —le digo.

Empiezo a alejarme, luego me doy la vuelta—. No es que haya nada malo en ser gay o ser afeminado o cualquier otra cosa.

Tropiezo con las palabras, esperando no estar siendo más ofensivo. Dios, no sé nada sobre cuestiones LGBTQ. Nunca pensé que me afectara. Siempre he relegado todo lo que no tiene que ver con el hockey como algo que no es para mí. Pero los hombres queer no tienen por qué ser atléticos y musculosos como Evan, Vinnie, Noah y Finn. Pueden ser ligeros, elegantes y hermosos como Sebastian.

Dios, ¿dónde está ahora? La sirena todavía suena. Quiero envolverlo en mis brazos y asegurarle que esto no importa, que no hay razón para huir. Estoy aquí.

Quiero sostenerlo en mis brazos y darle tantos abrazos y besos como necesite. Quiero disculparme por mi hermano y decirle que ojalá hubiera defendido su causa hace años, y que sé que es demasiado tarde, pero que ahora lo he hecho.

—¿Asumo que este segmento ha terminado? —le pregunto a Ella.

—Sí.

—No quiero que se publique nada después de que la bibliotecaria entrara en los pasillos —digo—. ¿Entendido?

—No podemos...

—Voy a llamar a mi agente —digo, luego salgo corriendo, con el corazón latiéndome con fuerza. Saco mi teléfono.

—¿Luke? —dice Nate, contestando de inmediato, y me alegro de que sea tan eficiente.

—Estoy en Ashcove y he golpeado a mi hermano durante la visita. En la grabación.

Hay una pausa, y yo me apresuro más, moviéndome hacia el sonido de la puerta abierta con alarma.

—¿Estás de broma? —pregunta Nate finalmente.

—No, no estoy bromeando —prácticamente exploto—. ¡No te llamo para contarte chistes al azar!

—Tienes razón —dice Nate rápidamente—. Eso no suena a algo que tú harías. ¿Pero golpear a tu hermano?

—Debería haberlo hecho hace una década.

—Bueno, ahora tienes un recuerdo de ello. Veré qué puedo hacer.

—Mi hermano dijo algunas... cosas desagradables sobre Sebastian. Tampoco quiero que nada de eso salga a la luz.

Nate suspira—. No estoy seguro de que sepas cómo funciona la telerrealidad.

Salgo disparado del edificio hacia el intenso frío. El viento sopla con fuerza a mi alrededor. Nate tiene razón, lo sé. Aun así, cuadro mis hombros y reúno mi voz más intimidante—. Hazlo.

Cuelgo y miro a mi alrededor. ¿Dónde está Sebastian?

Veo un Mercedes gris atravesando el aparcamiento embarrado. Es él. Lo sé. Veo su pelo rubio.

—¡Espera! ¡Sebastian! ¡Detente! —Agito los brazos porque necesita verme. Necesita parar.

Se gira hacia mí, y el alivio me invade. Me ve.

Pero en lugar de detenerse, gira y se aleja a toda velocidad.

—¡Espera! —Corro tras él, resbalando en el camino deslizante.

Pero el coche no se detiene.

Estoy solo en el aparcamiento.

No he protegido a Sebastian.

He fracasado.

El viento cortante me azota, y la nieve cae suavemente, pero no hay copos de nieve que pueda darle a Sebastian para arreglar esto. Solo le he hecho daño. Lo he destrozado.

Cierro los ojos, con el corazón aún latiendo con fuerza.

Se oyen voces detrás de mí, inhalo, luego me doy la vuelta y me preparo para fingir calma aunque mi alma esté en carne viva.

CAPÍTULO CUARENTA Y SIETE

Luke

Entro de golpe en el vestuario. He vuelto a Boston. De regreso en el Estadio Blizzards.

Compruebo mi móvil.

Ni un mensaje de texto de Sebastian. Ni un mensaje de voz. Ni una llamada perdida. Ni un maldito correo electrónico.

Aprieto los ojos.

Mis compañeros charlan a mi alrededor. Tenemos partido esta noche y el entrenamiento es obligatorio.

—¡Luke!

Oigo mi nombre entre el murmullo de voces y abro los ojos. Mantenerlos cerrados difícilmente es una solución a largo plazo.

—¿Qué tal por Ashcove? —pregunta Axel—. ¿Ya has decidido a quién vas a elegir?

Le miro parpadeando. —¿Has estado viendo *Buscando al Señor Perfecto*?

Axel es como un Vinnie 2.0. Da miedo, es superbueno y no es la persona que diría inmediatamente que ve telerrealidad.

—¡Eh! Salí en un episodio —dice Axel.

—Todavía lo siento por eso.

—Nah, no pasa nada. Siento haberte quitado a tu chica. No lo sabía.

Me encojo de hombros. —Eso es lo que intenté explicarles.

—A Axel no le importa su mala reputación —dice Noah, riéndose.

Axel hace un gesto despreocupado. —Establece expectativas. Además, a todo el mundo le encanta un chico malote.

La mayoría de mis compañeros tienen la decencia de parecer avergonzados. Algunos chocan los puños de todos modos.

Normalmente sonreiría o incluso me reiría, pero ahora mi corazón está vacío. Miro mi móvil de nuevo. Sigue sin haber nada de Sebastian.

No le volví a ver durante el resto del tiempo en Ashcove, pero Ella me dice que va a presentar el segmento en directo de Nochebuena.

Sé que a ella le pareció extraño que lo defendiera ante mi hermano, y no quería hacer más preguntas. Porque sé que Sebastian no quiere que se sepa nada sobre nuestra relación.

Pero no he tenido noticias suyas.

Y quizás nunca las tenga.

Tal vez aquella noche con Sebastian fue tan especial como ambos sabíamos que era.

Prometo no llamar más a Sebastian. Mi presencia solo le hace daño. Soy torpe, incómodo e inexperto.

Quizás no hay nada que pueda hacer, nada que pueda decir. Quizás mi único impacto en la vida de Sebastian fue hacerla terrible.

Mis compañeros siguen charlando sobre el programa.

—¿A quién vas a elegir? —pregunta Axel.

Levanto las cejas. —Realmente estás viendo el programa.

—Ya te lo he dicho —dice Axel.

Asiento, pero mi mente se siente nublada y confusa, como si todos los golpes en la cabeza de toda mi vida me estuvieran afectando a la vez.

—Nos has convertido a todos en espectadores de *Buscando al Señor Perfecto* —dice Noah, y normalmente me reiría con ellos, pero en vez de eso me dejo caer en el banco y empiezo a quitarme la ropa para prepararme para el entrenamiento.

—Entonces, ¿quién va a ser: Flora o Willow? —Vinnie se inclina hacia mí.

Levanto las cejas.

Vinnie se encoge de hombros. —Es un programa sorprendentemente adictivo.

—Con un presentador muy agradable. —Troy me guiña un ojo, pero mi cara debe de descomponerse, porque la jovialidad de Troy se convierte en preocupación, como si acabara de enterarse de que me han diagnosticado una de esas enfermedades terminales.

Aparto la mirada.

No puedo mirar a Troy.

No puedo dejar que vea lo que hay en mi corazón.

Porque nada importa. Sebastian no contesta a mis llamadas. ¿Y qué si le echo de menos? No importa. Nada importa.

La vida es gris y sombría.

—Esa es una pregunta tonta —dice Dmitri, con voz severa—. Por supuesto que elegirá a Flora.

—A mí me gusta Willow —dice Vinnie.

—Tú eres hombre gay —dice Dmitri con seriedad—. No sabes nada de mujeres.

—Willow es inteligente —dice Vinnie—. Y es amable. Tendrán hijos inteligentes.

—Nada puede hacer que los hijos de Luke sean inteligentes —dice Axel, y le tiro mi sudadera, deseando que hubiera podido ensuciarla más durante mi caminata al estadio.

—Flora fue animadora. Conoce los deportes.

—Sabe saltar en un campo de fútbol americano —dice Vinnie.

Los otros fruncen el ceño.

—Luke perdonará error de deporte. Flora es alegre y optimista. Willow no le interesa.

—¿Y Flora le interesa? —reflexiona Troy.

Me levanto bruscamente. —Necesito un masaje.

—¿Estás dolorido, Luke? —pregunta Evan.

Frunzo el ceño y cierro de golpe la puerta del vestuario, oyendo murmullos sorprendidos mientras marcho por el pasillo.

CAPÍTULO CUARENTA Y OCHO

Sebastian

La música navideña resuena de fondo y el aroma a galletas impregna el aire mientras Flora y Willow hornean sus dulces navideños favoritos para presentárselos a Luke en el programa en directo de Nochebuena.

Me apoyo contra una pared empapelada y releo la cadena de mensajes de Luke por enésima vez.

—¿Debo recordar a mi personal sénior que no deben consultar sus teléfonos? —la voz de Clark interrumpe mis pensamientos, y casi se me cae el móvil. Lo escondo rápidamente en mi bolsillo—. Es injusto para Willow y Flora que exhibas tu teléfono cuando ellas no tienen permitido usar los suyos.

—No nos importa —dice Flora, intercambiando una mirada con Willow.

Odio esto.

Odio que todos lo sepan.

Flora y Willow son dulces a su manera, lo que probablemente demuestra que Luke sabe exactamente lo que hace al elegirlas como sus dos finalistas.

Les dedico una sonrisa temblorosa, porque, admitámoslo, estoy celoso.

Con una de ellas va a salir oficialmente.

—Estoy a punto de despedirte —dice Clark.

Me tenso. Mis colegas están a mi alrededor. La cámara está grabando. ¿Esto también se va a incluir en el programa?

Agacho la cabeza e intento parecer poco interesante, aunque mi corazón late con fuerza. —Lo entiendo.

—De hecho...

Se me hace un nudo en el estómago.

—Quizás lo haría, pero tenemos el directo de Nochebuena. Tienes suerte.

—Qué suerte la mía —digo suavemente.

Algo golpea en la cocina, y Flora frunce el ceño. —¡He roto esto! ¡Qué torpe soy!

El equipo se mueve para conseguir una mejor toma de los fragmentos de porcelana roja en el suelo de la cocina, y Clark les sigue dentro.

Aprieto los labios.

—Dime qué está pasando entre Luke y tú. —Ella envuelve mi mano con la suya y me lleva hasta el sofá.

La miro, y ella es toda simpatía.

Quiero contárselo todo.

Quiero decirle que estoy bastante seguro de que me he enamor-

Bueno. Quizás no le diría eso porque no estoy seguro de que sea cierto.

Excepto que definitivamente se siente verdadero. Se siente absolutamente cierto.

—Te gusta, ¿eh? ¿Bryce tenía razón? —Sus ojos brillan, y esto se siente normal.

Se siente como salir a tomar algo después del trabajo en bares en azoteas o pedir comida para llevar en el trabajo y poner música alta cuando tenemos la planta para nosotros solos.

Entonces lo veo: una cámara.

¿Por qué me está preguntando esto aquí? ¿Cuando estoy rodeado de cámaras?

Algo no tiene sentido. La Ella que yo conocía era inteligente. Detectaría una solicitud falsa durante una de las rondas finales. ¿Por qué aceptaría una entrevista telefónica y no organizaría una videoconferencia? ¿Por qué anunciaría su nombre antes de obtener la confirmación adecuada de que estaba interesado?

Porque quería presionarlo.

Quería que su agente viera muchas razones por las que debería participar. Tal vez incluso quería presionarme para que lo consiguiera, porque conocía mi postura sobre los deportistas. Al menos, mi antigua postura sobre los deportistas.

Arrugo los labios. Quiero contarle todo a Ella, pero en su lugar me levanto.

—Debería irme.

—Todavía estamos grabando.

—Confío en que me avises si hay algo que deba hacer para narrar.

—Pero...

No me doy la vuelta. Siento que ella sigue mirándome, pero solo acelero mis pasos. Necesito salir de aquí. Cojo mi abrigo y me lo abrocho mientras salgo al invierno de Boston. El frío me refresca. En lugar de girarme hacia la casa, me dirijo hacia el Charles. Acelero el paso y saco mi teléfono. Pulso el nombre de Luke.

No contesta.

Por un momento, todos los pensamientos negativos surgen dentro de mí.

No le importa.

Pero es de noche en Boston y... Bueno, por supuesto, está en el Blizzards Arena. Acelero el paso, luego comienzo a trotar, agradecido por haber cambiado mis zapatos de California por unos apropiados para la costa este. La nieve brilla en la acera, reluciente y centelleante bajo las farolas, y la luna resplandece arriba, rodeada de estrellas brillantes, más tenues bajo la neblina de la ciudad pero aún visibles.

CAPÍTULO CUARENTA Y NUEVE

Luke

Dios, ojalá no estuviera en el hielo. Sebastian y las mujeres están llegando ahora de Ashcove.

Quiero correr a Back Bay, sacarlo de cualquier entrevista que el programa diga que está haciendo ahora, y decirle que lo qui-

Parpadeo.

¿De dónde ha salido ese pensamiento?

El locutor retumba, y Dmitri patina hasta colocarse a mi lado. —¿Estás bien?

Puede que se me caiga la mandíbula.

—Yo también puedo mostrar... ¿cómo lo llamáis?... simpatía —dice.

—Lo sé.

Los pensamientos sobre Sebastian llenan mi mente.

—¿Quién es? ¿Willow o Flora?

—¿Qué?

—Estás enamorado de una de ellas.

Me quedo mirándolo fijamente.

—Puedo reconocer a un hombre enamorado —explica Dmitri—. Soy ruso. Somos gente romántica.

Resoplo. —Solo te he visto tener rollos.

—Mi Era Romántica aún no ha ocurrido —dice Dmitri—. Será fuerte. Poderosa. Rusa. Ahora, disfruto de los rollos.

Pongo los ojos en blanco, pero mis labios definitivamente tiemblan.

Pero quizás tiene razón. ¿Estoy enamorado?

¿Amor de verdad? ¿Del tipo que veo en las películas? ¿El tipo que se supone que dura toda la vida? ¿El objetivo de cada temporada de *Buscando al Sr. Perfecto*?

Estoy enamorado.

De un hombre.

Espero sentir un atisbo de desagrado, pero nada relacionado con Sebastian podría ser desagradable. Me importa un bledo lo que piense Bryce. Ni hablar.

Dios, estoy enamorado. La felicidad me invade, pero luego recuerdo todo lo que no debería.

Estoy enamorado de un hombre cuya vida he arruinado. Aprieto mi agarre sobre el palo y me coloco en posición para el lanzamiento del disco.

Joder. No quiero jugar ahora.

El central de Montreal se inclina hacia mí, con los labios dibujando una sonrisa burlona, cuya forma desdeñosa se ve enfatizada por su fino bigote. —¿Echas de menos tus flores? ¿Listo para volver a dormirte?

Odio que estemos jugando contra Montreal otra vez. Lo odio. Odio que la última vez que jugué contra ellos tuvieran que ayudarme a salir del hielo.

Pero no voy a dejar que ganen. Puede que sean duros, desesperados por recuperar su reputación, pero yo seré más duro. He perdido demasiado. No perderé esto.

El disco cae, y empujo mi hombro contra Montreal mientras golpeo el disco hacia Noah.

Los ojos de Montreal se abren cómicamente, y patino hacia Noah.

Un silbato suena estridentemente. El árbitro me fulmina con la mirada por encima de su camiseta a rayas blancas y negras. —Violación en el saque inicial.

Joder.

Nunca me han penalizado por eso antes. La expresión sueca siempre calmada del entrenador ahora está menos tranquila. Mis compañeros de equipo parecen confundidos porque ese no es un error que yo cometa.

Aparto la mirada. Lo que sea. No importa.

Nos recolocamos, y el disco cae de nuevo. Esta vez pierdo el segundo saque inicial. Probablemente tenga algo que ver con la concentración, y escucho a Montreal reírse y murmurar algo sobre flores y tener mis sentidos destruidos por su aroma.

Inhalo. He renunciado a demasiado por este juego. Toda mi vida, solo me he centrado en el hockey. No presté suficiente atención a lo que mi hermano estaba haciendo. Quizás rara vez intenté detener a Bryce porque todas las cosas que decía sobre Sebastian eran cosas que podría haber dicho sobre mí, y no quería las burlas, acusaciones e insultos de Bryce.

No fui valiente.

Me enterré en el hockey.

Y no voy a perder un maldito partido ahora. Voy a ganar. Cueste lo que cueste. Me centro, y el acero entra en mis venas.

Su delantero intenta patinar a mi lado, pero lo estampo contra las bandas, con un ruido mucho más satisfactorio de lo que debería ser.

El silbato suena otra vez. Dos minutos por interferencia.

Me dirijo al banquillo de penalizaciones, ignorando las miradas confusas de Dmitri y Noah.

Nunca voy al banquillo de penalizaciones. No es mi estilo. Axel y Dmitri sí lo hacen, claro... Pero yo no.

Pero tiene sentido que esté aquí ahora. Arruiné todo para Sebastian. Merezco estar en el banquillo de penalizaciones. Merezco que todos sepan lo mucho que la he cagado.

Mis piernas rebotan y observo el hielo a través del grueso cristal de plástico, viendo a mis compañeros de equipo patinar, un borrón de azul y blanco. Debería estar con ellos.

De vuelta en el hielo, intercepto un pase destinado a Montreal. Patino hacia la portería, ignorando a Dmitri que está listo para mi pase. Prefiero abrirme paso entre los defensas de Montreal. Uno de ellos intenta derribarme, pero me abro paso a la fuerza, ignorando la nieve en polvo que se esparce a nuestro alrededor.

El portero se agacha, y me muevo de inmediato. Lanzo el disco alto por encima de su guante, poniendo todo en el tiro. Golpea la parte posterior de la portería con un satisfactorio estiramiento.

La multitud vitorea y aplaude, pero el sonido no elimina el dolor en mi pecho.

—Buen trabajo —dice Dmitri, pero su mirada es perpleja. Está acostumbrado a que trabaje con él. Yo consigo la asistencia, él

consigue el gol y la gloria, justo como le gusta.

Estoy bastante seguro de que sigo enfurruñado mientras patino de regreso al banquillo con el resto de mi línea. Mis compañeros extienden sus manos para animarme, pero sus ojos parecen igualmente desconcertados.

El intermedio no me calma. La ira burbujea dentro de mí. Quiero estar en el hielo, sentir mis cuchillas cortando la superficie recién acondicionada por la Zamboni.

Finalmente, estamos de vuelta. El central de Montreal hace un pase entre las piernas de Noah hacia su extremo. Dejo mi posición para perseguirlo. Dios, odio su bigote.

Atrapo al tío, estampándolo contra las bandas. El disco se libera. Lo agarro con mi regate, luego bajo por el hielo en un contraataque. Sus defensas no pueden alcanzarme. Amago a la derecha, voy a la izquierda y elevo el disco por encima del hombro del portero.

Dos a cero para los Blizzards.

Entonces ocurre. El juego se reanuda y veo a Noah intentando alcanzar un disco suelto junto a las bandas. El defensa más grande de Montreal lo marca, clava su hombro directamente en su espalda. Noah se estampa de cara contra el cristal.

El árbitro pita, pero yo ya estoy tirando mis guantes. Mi palo cae sobre el hielo. El defensa se gira justo cuando mi primer puñetazo conecta con su mandíbula. Nos agarramos de las camisetas, intercambiando golpes.

—¡Luke! —grita Noah—. No merece la pena.

No le escucho. Los jueces de línea saltan para separarnos.

—Cinco minutos cada uno por pelea —anuncia el árbitro.

Frunzo el ceño. Me está hablando mucho más hoy de lo que me gustaría. Normalmente, los árbitros son silenciosos lanzadores de discos que se apartan de mi camino. No me gusta toda esta conversación.

Me siento en el banquillo de penalización y me limpio la sangre del labio.

Mi mirada recorre el estadio.

Mi decepcionado entrenador.

Mis confusos compañeros de equipo.

La prensa interesada.

Entonces lo veo a él. *Sebastian.* En el palco de prensa. Nuestras miradas se encuentran a través del estadio y todo se detiene: el palpitar de mi labio, el rugido de la multitud, incluso los latidos de mi corazón.

Dios, está aquí.

Me lanza una sonrisa temblorosa, y me encanta. Lo amo.

Le importo. Aunque mi hermano fue horrible, aunque seguramente he perjudicado su trabajo... Le importo. Está aquí para verme.

Quizás pueda haber un futuro entre nosotros.

Quizás.

Mi tiempo en el banquillo termina. Vuelvo patinando a nuestro banquillo diferente. Cambiado. Sereno.

—¿Estás bien? —pregunta el entrenador.

Asiento. Por primera vez desde Ashcove, lo estoy.

Montreal empata al principio del tercer periodo. Pero no estoy preocupado. Ya no.

En mi siguiente turno, gano el saque inicial limpiamente, sin necesidad de empujar. Encuentro a Dmitri con un pase de revés entre el tráfico. Él tira a la primera, pero el portero hace la parada.

Los minutos pasan. En cada interrupción del juego, busco la sección de prensa. Sebastian sigue allí. Me siento tranquilo. Resuelto.

Troy hace una gran parada en nuestra área. Noah controla el rebote, me lo lanza en el centro de la pista. Atrapo el pase en plena carrera, los defensas de Montreal retroceden, asustados por mi velocidad.

Cruzo la línea azul, atrayendo a ambos defensas hacia mí. En el último segundo, se lo dejo a Noah que viene por detrás. Él me lo devuelve inmediatamente, un perfecto pase y va. Estoy solo frente a la portería.

El disco toca mi palo. El tiempo se ralentiza. Puedo sentir a Sebastian observando.

Esquina superior. La bocina del gol retumba. Llueven gorras sobre el hielo.

Mi primer hat-trick.

El equipo se me echa encima, pero yo estoy buscando la sección de prensa.

Sebastian me sonríe.

CAPÍTULO CINCUENTA

Sebastian

Los periodistas se apresuran hacia la sala de prensa, abriéndose paso a codazos para conseguir los mejores asientos, ansiosos por obtener declaraciones tras la impresionante actuación de Luke. Me deslizo en una fila trasera, con el pulso acelerado. No debería estar aquí. Pero tenía que verle, una vez más antes de mañana por la noche cuando elija a otra persona. Quiero cada segundo que pueda tener con él, aunque Clark perdería la cabeza si supiera que estoy aquí.

Algunos periodistas me miran con curiosidad, pero entonces la puerta se abre, y entra el entrenador jefe de los Blizzards, seguido por Evan y Luke.

Me da miedo encontrarme con sus ojos. Estoy en su lugar de trabajo.

Pero cuando finalmente miro sus ojos, y estos se encienden, pienso que quizás todo está como debe estar después de todo. No veo repulsión ni asco ni arrepentimiento. Veo... anhelo.

Solo aparta la mirada después de que Evan le dé un codazo.

Aparentemente, alguien ha hecho una pregunta. Oigo su voz de tenor hablar sobre cosas de hockey que solo entiendo parcialmente. Finalmente, alguien hace una pregunta que sí comprendo.

—Señor Hawthorne, ¿qué causó su cambio de actitud durante el partido?

Luke vacila, agarrando su vaso de agua. —Encontré algo de motivación extra entre el público.

—¿Ya ha decidido a quién va a elegir para *Buscando al Sr. Perfecto*? —grita otro periodista.

—Es un secreto bien guardado. Pero tengo esperanzas al respecto.

Mi corazón retumba. Finalmente, la sala se vacía de gente. Luke se queda al frente, y Evan se despide de él, lanzándome una mirada curiosa. Finjo quedarme rezagado.

—Hola —murmura Luke, con los ojos brillantes.

—H-hola.

Asoma la cabeza por el pasillo. —No queda nadie. —Se vuelve hacia mí, con su sonrisa juvenil. —¿Quieres venir a mi casa?

Me tenso, y sus hombros se hunden.

—Oh —dice, y odio la nota melancólica del sonido—. Supongo que no es por eso por lo que estás aquí.

—Quiero ir —digo rápidamente—. T-te he echado mucho de menos.

—¿Ah, sí?

—Pero sospecharían si no estoy allí esta noche, después de lo que...

Asiente, luego agarra mis manos con las suyas. —Siempre y cuando aún te guste. Lo siento mucho por lo que pasó.

—Me resulta imposible que no me gustes —digo, con voz solemne.

—Bien.

Vacilo. Necesito decirle más. —Hablo en serio. Es decir... Muy en serio.

—Te perjudiqué profesionalmente.

—Tonterías. Eso lo hice yo. —Frunzo los labios—. Siento no haberme puesto en contacto contigo enseguida. Pensé en ti. Sé que no es lo mismo, pero...

Me envuelve con sus fuertes brazos. —Está todo bien, Sebastian. Estabas abrumado. La próxima vez acudes a mí, ¿verdad?

Asiento, aunque sé que no disponemos del tiempo que permite próximas veces.

Sonríe, y sus ojos brillan. —¿Te gustaría un recorrido completo por el estadio, señor Archer?

—Pero... —Frunzo el ceño. No quiero hacer un recorrido. Quiero estar en una habitación tranquila con Luke.

Los labios de Luke se contraen, como si pudiera oír todo lo que estoy pensando.

—Te prometo que lo disfrutarás.

—Bueno, en ese caso...

Luke toma mi mano y me conduce hacia la puerta. Luego suelta mi mano. —Un día, no soltaré tu mano.

Mi mano hormiguea, aunque no estemos tocándonos.

Medio espero que me lleve de vuelta a la sala de masajes, pero en su lugar me conduce hacia la pista. Los limpiadores descienden sobre los asientos, con fregonas, cubos y grandes bolsas de basura.

—Está un poco concurrido.

—Sí. Hace falta mucha gente para que todo quede bonito.

—Lo hiciste increíble.

Se encoge de hombros, pero sus ojos brillan, y me encanta el rubor orgulloso que sube desde el cuello de su traje súper sexy.

Todavía no toma mi mano, pero golpea suavemente mi hombro y sonríe, y mi corazón se hincha.

Y no voy a negar lo que es.

No voy a decir que no puedo estar sintiendo *eso*.

Porque lo estoy sintiendo.

Totalmente.

Estoy completa y absolutamente enamorado de Luke.

Aunque mañana por la noche vaya a elegir a una mujer para pasar su vida con ella, y los medios seguirán cada uno de sus movimientos. Aunque pronto tendré que escabullirme de vuelta a mi habitación y decir que salí a dar un paseo larguísimo o algo así para calmarme de mi enfado.

Le amo.

Quiero lo mejor para él.

Sus ojos se suavizan. —Vamos.

Le sigo escaleras arriba, luego nos detenemos frente a una puerta que dice Solo VIP.

Luke introduce un código, y entonces la puerta se abre.

Asientos de cuero suave nos rodean. Un exuberante árbol de Navidad se encuentra en una sección de la habitación, junto a un largo bar. Mi mirada se dirige hacia la pista. Las vistas son increíbles, y por un momento, me quedo mirando. Entonces Luke me rodea con sus brazos y anida su barbilla contra mi mejilla.

—Te he echado de menos. —Su voz de tenor retumba en mi oído, y pulsa un botón, y las persianas bajan con un gemido.

—Esto probablemente no sea apropiado —digo.

—En absoluto —coincide.

—¿Cómo puedes acceder aquí?

—Los capitanes alternos tienen los códigos para todas partes.

—Porque sois tan responsables.

—Totalmente. —Entonces Luke me da la vuelta y me mira a los ojos, y mi mundo es solo él. Acuna mi mejilla.

—Hay algo que debes saber —dice, y me tenso, porque esa frase podría ir seguida de cualquier cosa.

Como quizás deba saber que no debería presentarme en su lugar de trabajo.

O quizás deba saber que no debería sentarme con los medios que informan sobre él, aunque tenga un pase de prensa, porque eso podría inspirarles a escribir sobre nosotros o algo así.

O quizás deba saber otra cosa. Como...

—Estás pensando demasiado —susurra. Toma mis manos entre las suyas, y el nerviosismo se refleja en su rostro.

—Me alegra un poco que huyeras —admite, y me pongo tenso—. Joder. No estoy diciendo esto bien.

No estoy seguro de si hay alguna forma de terminar esa frase que mejore las cosas, pero le miro fijamente.

Todavía está sujetando mis manos.

No parece enfadado porque haya venido.

Intento recordar esas cosas.

—Porque me hizo darme cuenta de que no quiero un mundo sin ti —dice finalmente.

Oh.

Una sonrisa estira mis labios hacia arriba, y mi corazón se hincha, creciendo en su presencia.

Pero de repente recuerdo que ese mundo es imposible.

—Mañana es Nochebuena.

—Sí.

No le digo que tendrá que hacer su elección entonces, pero el aire se siente más pesado.

Luke me mira a los ojos y me besa. Sus labios están húmedos y fríos, con sabor a pepino, como el agua con hielo de la mesa en la

sala de entrevistas—. Siento lo de Bryce.

Cierro los ojos—. No quiero hablar de él.

—¿Crees que podríamos todavía...? —vacila, más nervioso de lo que estoy acostumbrado a verle—. ¿Crees que podrías ignorarle, y aun así, ya sabes...?

Sonrío—. Él no importa, Luke. Tú sí. No me importa quién sea tu familia. Bueno, supongo que un poco sí. Pero mi familia tampoco se lleva ningún premio, y sería una razón estúpida para no verte.

—Lo mantendré a raya —dice Luke—. Te lo prometo. Quiero mantenerte en mi vida. No quiero que huyas. Y no quiero causar nada que te haga huir.

—Es un bonito sueño —acepto, acurrucado contra su traje.

—No será un sueño —dice, y me lleva a uno de los suaves sofás de cuero en la sala VIP—. No solo un sueño. Lo prometo. No quiero poner en riesgo tu puesto, pero te esperaré, lo juro. Cuando estés listo para mí.

Levanto la cabeza—. ¿Esperarme?

—Tu trabajo de presentador.

—Oh. Eso. —Suspiro.

—¿Qué ocurre, Sebastian?

Bajo la mirada—. No es importante.

La vergüenza burbujea en mi interior y cierro los ojos. No quiero pensar en mi lugar de trabajo. No quiero pasar el poco tiempo que tenemos quejándome de mi jefe y mis compañeros.

—Cuéntamelo, Sebastian. —Luke se sienta en el sofá y me coloca en su regazo. Empieza a besarme el cuello—. Cuéntamelo.

—¿O podemos enrollarnos? —pregunto esperanzado.

Resopla—. No. Ni hablar.

Deja de besarme.

—Hablas en serio.

—Ajá. —Se ríe.

—No es importante —digo.

—¿Pero...?

—Pero estoy casi seguro de que mañana por la noche será mi último episodio como presentador.

—¡No pueden hacer eso!

—No soy el primer presentador del programa.

—Bueno —reflexiona Luke—, yo estoy ciertamente muy apegado a cierto presentador.

Le doy un codazo, y él me besa. Se aparta—. En serio, eso es horrible. Súper horrible.

—Está bien. Creo que no son quienes yo pensaba. Estoy bastante seguro de que Ella sabía que tú no te habías inscrito.

—Lo siento, cariño —dice Luke, acariciándome las mejillas—. Siento no haber podido protegerte. Lo haría todo de manera diferente si pudiera.

—Lo sé. —Envuelvo su brazos a mi alrededor.

—Solo bésame —le digo.

—Cariño mandón.

—Ajá.

Sus ojos bailan—. Hay algo más que quiero decirte.

Gimo—. No más charla.

—Creo que esto te gustará —dice—. Dime si no es así.

—Vale. ¿Qué es? —Me cruzo de brazos.

—Te quiero —dice, y ahora mi corazón se hincha aún más.

¿He oído bien?—. Espera... ¿Quieres decir...?

—Lo siento —dice, besando la comisura de mis labios—. Tenemos que volver a besarnos. Te lo prometí.

Me retuerzo ante sus labios suaves y suculentos y su lengua muy hábil y para nada suave—. Espera... ¿Has...?

Hace una pausa en sus besos. El calor se extiende por mis mejillas. Quizás he oído mal. Probablemente he oído mal. Porque Luke no podría quererme. No realmente. No. Porque nadie me conoce mejor que Luke. Nadie conoce todas mis facetas tan bien como él.

—No importa —murmuro y me inclino hacia él de nuevo.

Quiero sus labios sobre los míos otra vez y quiero olvidar cualquier cosa loca que haya imaginado. Porque eso no podría ser real. Él no podría realmente...

—Te quiero —repite Luke, y mis emociones arremolinadas se calman.

Le miro fijamente.

Él me mira fijamente.

—¿Como...?

—Como completa y absolutamente. Como se quieren las personas en las películas y las canciones.

—Oh. —Sonrío.

—Pero yo soy...

—Eres perfecto —dice.

—Yo también te quiero —digo, dejando que las palabras salgan atropelladamente.

—Qué conveniente —dice, y me río porque soy feliz, pero también porque esa es la única cosa conveniente entre nosotros.

Luego me besa más y hace un montón de otras cosas interesantes en el sofá mientras mi corazón late alegremente, e intento olvidar todas las razones por las que no debería estar entre sus brazos.

CAPÍTULO CINCUENTA Y UNO

Luke

Golpeo la puerta de la casa de estilo brownstone en Back Bay. —¡Dejadme entrar!

La puerta se abre un poco y un miembro del equipo me mira con los ojos entrecerrados. —¿Luke? ¿Se supone que debe estar aquí?

—Mire el calendario.

Se da la vuelta y busca algo, presumiblemente su agenda, y aprovecho la oportunidad para pasar de largo.

—¡Flora! ¡Willow! —grito.

Se oyen pasos apresurados a mi alrededor.

Aisha se dirige hacia mí con expresión severa. —Qué agradable verte, Luke. No te esperaba.

—No —digo amablemente.

—¿No deberías estar en el entrenamiento?

Hago una mueca. Nunca me he saltado un entrenamiento. Pero ahora estoy haciendo una excepción.

—Necesito ver a Flora y a Willow.

—Aquí estamos —dice Willow desde la escalera, y siento alivio.

—Genial. Absolutamente genial.

Las mujeres sonríen.

Aisha pone los ojos en blanco. —Esto es bastante poco convencional, Luke. No deberías estar aquí.

—Voy a tomar una gran decisión esta noche. Necesito hablar con Flora y Willow.

—Tendrás tiempo de hablar con ellas esta noche —dice Aisha—. Han hecho galletas.

—¿Ah, sí? Me gustan las galletas.

—Las galletas son importantes, Luke —dice Aisha solemnemente —. Comes galletas navideñas cada año. Necesitas saber en qué te estás metiendo.

—Qué amable por tu parte pensar en eso, Aisha —digo—. Jamás habría usado eso como criterio para encontrar a mi pareja ideal.

—Para eso está *Buscando al Sr. Perfecto* —dice Aisha con ligereza.

Flora y Willow se ríen, pero creo que es por lo ridículo que es todo esto. Espero que sea por lo ridículo que es todo esto. Necesito hablar con ellas.

—De todos modos, no me siento cómodo con lo de esta noche sin hablar con ellas.

—Vale. —Aisha pone los ojos en blanco—. Deja que prepare las cámaras para ti.

—Quizás puedas poner las cámaras en sus habitaciones —digo—. Ya que os he pillado por sorpresa.

Los ojos de Aisha se iluminan. —Es una gran idea.

Se apresura a subir las escaleras, y yo conduzco a las mujeres a la sala de las coronas florales tan rápido como puedo. La habitación parece más un armario que antes. Solo hay una corona floral.

—No sé cuánto tiempo tendremos —digo rápidamente—. Perdón por la emboscada. Pero tengo algo importante que deciros. No quiero pillaros por sorpresa.

—Vas a elegir a Sebastian —suelta Flora.

Mi mandíbula debe caer porque ella se ríe.

—Lo siento —dice Flora—, pero Aisha abrirá la puerta en cualquier momento, y parecía que ibas a empezar un largo discurso sobre lo geniales que somos o algo así.

—Me pareció lo educado —digo—. Y ambas sois geniales. Quiero decir, si las cosas hubieran sido diferentes...

—¿Como si no estuvieras enamorado de Sebastian? —pregunta Flora, y Willow se ríe—. Eres ridículamente obvio. Incluso Willow puede verlo, y ella es de las listas.

—Soy de las listas —confirma Willow—. Y algún día encontraré a alguien también listo.

—Siento que no sea yo —digo.

Flora se encoge de hombros. —Está bien. He salido en la tele. Y no quiero una consulta dental en mi futura casa. Me gusta dejar los dientes en el trabajo.

—Yo también podría dejar dientes en el trabajo —digo—. Involuntariamente en mi caso.

Flora y Willow estallan en carcajadas.

La puerta se abre, y parpadeo ante la luz cara y no fluorescente.

—Así que estáis aquí —dice Aisha con severidad—. Las cámaras están arriba.

—Me preguntaba si podría ver la corona floral —digo—. Quería ver si se veía diferente.

Aisha me mira de una manera que me dice que piensa que soy raro, pero se encoge de hombros.

Pienso en inventarme una excusa e irme, pero no quiero que sospechen. En lugar de eso, subo las escaleras y, durante los siguientes veinte minutos, pregunto a Willow y Flora sobre consultas dentales y médicas dentro de las casas, mientras Aisha golpea con los dedos su bloc de notas.

Los limpiadores llegan para dejar el lugar extra reluciente, y pongo mis excusas y me marcho, con el nerviosismo recorriéndome el cuerpo.

CAPÍTULO CINCUENTA Y DOS

Sebastian

Todo está preparado para el Especial de Nochebuena. Ha ocurrido lo impensable: Luke me ama.

Floto por el salón, asegurándome de que las luces y el sonido estén perfectos, pero por supuesto que lo están. Este es mi último episodio de *Buscando al Sr. Perfecto*. Es la última vez que haré algo de esto.

—Voy a buscar a Luke a su apartamento —le digo a Ella.

—No es necesario —dice ella—. El chófer de la limusina lo recogerá. Espera aquí con las mujeres. No queremos que tu traje se moje.

Trago saliva con dificultad. No me había dado cuenta de cuánto esperaba poder recogerlo, estar en su apartamento otra vez, ver toda su dulzura dirigida hacia mí. No sé cuándo volveré a verlo a solas. Me prometió que me esperaría, pero no estoy seguro de lo que eso significa.

—Podría necesitar ayuda para prepararse.

—Haré que alguien de maquillaje lo reciba —dice Ella.

Ella solía querer que la vieran conmigo. Ahora apenas me mira.

Ella no se asocia con cosas sin brillo, sin glamour.

No es su estilo.

No quiere que Clark nos vea juntos. Probablemente soy malo para su marca o algo así.

Está bien.

Estoy completamente de acuerdo con eso.

Tengo a Luke. Y él va a esperarme.

Y aunque cambie de opinión... Aun así habremos tenido lo que sea que tuvimos. Lo único que siento es calma.

Solo... Dios, desearía que hubiéramos podido tener más tiempo juntos.

Luke le dijo a Ella que elegirá a Flora, y Aisha ya ha escrito el texto sobre el atleta y la animadora convertida en dentista

empezando juntos su primera Navidad.

Es dulce.

Estoy bastante seguro de que Flora sabe lo nuestro. Creo que Willow también. Supongo que Luke y Flora darán un montón de entrevistas falsas juntos, hasta que pase el tiempo suficiente para que sientan que pueden romper.

Las mujeres entran en fila al salón. Llevan pijamas navideños acogedores, de esos con renos y Papá Noel por todas partes. Solo Flora y Willow estarán en vestidos de gala. Las entrevisto juntas preguntándoles si creen que Luke elegirá a Willow o a Flora. Es una entrevista que he hecho varias veces antes, para cada episodio final.

Es...

Bueno, es extraño.

Pero bien. Totalmente bien.

Ya he hecho mis entrevistas con Willow y Flora, donde dijeron obedientemente que estaban nerviosas por hoy y que Luke es absolutamente increíble.

Ella, Clark, Aisha y Matteo no me miran a los ojos. No esperan verme después de esta noche.

Quizás debería estar más triste de lo que estoy, pero en lugar de eso, todo lo que siento es alivio. Luke me conoce y me acepta como soy. Si otras personas me conocen y no me aceptan, bueno, es cosa suya.

Finalmente, Ella me da la señal. Luke ha llegado.

—Buenas noches a todos —digo en mi modo de presentador sereno—. Bienvenidos a esta final de Nochebuena de *Buscando al Sr. Perfecto: Edición Navideña*. Durante las últimas cinco semanas, habéis visto a Luke buscar a su verdadero amor. Ahora ha reducido sus opciones a dos mujeres hermosas, inteligentes y amables: Flora y Willow. Démosles un fuerte aplauso.

Flora y Willow desfilan hacia el salón luciendo vestidos formales, Flora en rojo, Willow en verde.

Repaso con Flora y Willow sus respectivas historias de amor con Luke. Les muestro clips que Aisha editó y que detallan cómo Luke se enamoró de ambas.

Porque sé que empeorará. Sé que cuando vea a Luke a continuación, estará entregando su corona floral final a una de ellas. Sé que Luke será llevado frente al árbol de Navidad para las fotografías, y lo veré siendo el novio obediente de Flora.

Estoy bastante seguro de que le explicó todo a Flora. Aisha me dijo que había conseguido hablar con Flora y Willow en privado, y aunque no sé lo que se dijo... puedo tener esperanza.

Finalmente, las luces se atenúan, suenan trompetas, y Luke entra en el salón.

El hombre es guapísimo.

Se me cae el estómago. ¿Fue todo entre nosotros simplemente una invención de mi imaginación?

Pero sus ojos se encuentran con los míos, y un calor arremolinado me atraviesa, más ardiente que cualquier cosa que pudieran producir las llamas de la chimenea.

Lo amo. Lo amo. Lo amo.

—¿Has decidido a quién darás tu corona floral final? —pregunto.

Una parte de mí espera que diga que lo deja. Que no quiere formar parte de esto, contrato o no contrato.

Abre la boca. —Sí, lo he decidido.

Trago saliva con dificultad. Por supuesto, no esperaría menos de él. Luke hará lo honorable porque es honorable. Aunque no quisiera unirse a *Buscando al Sr. Perfecto*, cumplirá con su deber. Tiene un contrato. Necesita elegir a alguien.

Le entrego su corona floral, mirando las flores de pascua rojas densamente empaquetadas. Su dedo índice roza uno de mis dedos, y sus ojos se encienden, mientras la toma.

Le doy una sonrisa temblorosa y espero a que anuncie que se ha enamorado de Flora.

• • • •

LUKE

Esto está bien. Absolutamente bien. Estoy en la televisión frente a millones de personas.

Mis nervios zumban.

Tengo un plan, pero es una locura.

No está aprobado por mi agente.

No está aprobado por la dirección del equipo.

Ciertamente no está aprobado por *Buscando al Sr. Perfecto*.

Inhalo y cuadro los hombros.

—¿A quién presentas tu corona floral final? —pregunta Sebastian.

Las mujeres del público se inclinan hacia delante. El personal de producción se sienta detrás de las cámaras, con expresiones de suficiencia en sus rostros. Los ojos de Flora y Willow bailan de emoción.

—Me enamoré durante *Buscando al Sr. Perfecto* —digo—, y entrego la corona a la persona que amo.

El rostro de Sebastian se tensa.

—Te elijo a ti, Sebastian —digo con voz suave, pero aún consciente de que millones de personas nos están viendo y de que mi micrófono está captando mis palabras.

La confusión se refleja en el apuesto rostro de Sebastian, entonces coloco la corona floral sobre su cabeza. Las flores de pascua rojas resplandecen sobre sus rizos rubios. Parece un príncipe medieval.

—Luke... —la voz de Sebastian es suave.

Por el rabillo del ojo, veo que Clark se levanta y camina hacia las cámaras. ¿Quiere apagarlas? ¿Pretende fingir que esto nunca ha ocurrido?

Flora y Willow lo taclan.

Las cámaras siguen grabando.

—Te quiero, Sebastian Archer.

—Te quiero, Luke Hawthorne —dice, y cada palabra me oprime el corazón.

—Por favor, acepta esta última corona floral como símbolo de mi amor y de mi esperanza de que esta sea la primera de muchas, muchas Navidades juntos.

—Luke... —Sus labios se entreabren, y no puedo esperar más.

Le inclino hacia abajo para darle un beso de película, porque si nos están grabando en directo, voy a hacerlo bien. Sujeto la corona

con la mano, y mis dedos tocan las flores navideñas y los brillantes mechones de Sebastian.

Y nos besamos.

Y besamos.

Y besamos.

Finalmente, los aplausos retumban a nuestro alrededor, y enderezo a Sebastian. Sus mejillas están rojas, sus ojos brillantes y felices.

Entrelazo mis manos con las suyas y me giro hacia las mujeres. Algunas parecen asombradas, la mayoría sonríen ampliamente. Probablemente había una razón por la que #SELUKE era un hashtag tendencia, después de todo. Los vítores suenan a nuestro alrededor.

—Bueno —dice Sebastian a la cámara—. Espero que hayáis disfrutado de esta *Buscando al Sr. Perfecto: Edición Navideña*. Os deseamos una feliz Nochebuena.

La cámara deja de grabar.

—¡Estás despedido, Sebastian! —grita Clark, con la cara roja.

Flora y Willow ponen los ojos en blanco, y luego nos dan la enhorabuena. Pronto, todas las mujeres nos rodean. Mi corazón se siente ligero mientras Sebastian y yo salimos del edificio de Back Bay hacia mi apartamento para nuestra primera Navidad juntos.

CAPÍTULO CINCUENTA Y TRES

Sebastian

Luke me coge de la mano y nos apresuramos hacia la negrura de la noche. Los copos de nieve revolotean, posándose en la acera cubierta de nieve y en la calle algo menos nevada.

—¡Deteneos! —grita Clark, apareciendo en la puerta.

Me doy la vuelta. —Ya no trabajo para *Buscando al Señor Perfecto*.

—¡Me aseguraré de que no vuelvas a trabajar en ningún sitio! —La cara de Clark está roja y parece que intenta alimentar el edificio con pura rabia.

Los pasos de Luke vacilan, y su mirada es angustiada.

—Totalmente vale la pena —le digo a Luke, rodeando su cuello con mis brazos.

—¿Estás seguro?

Le hago mi asentimiento más solemne, aunque estoy bastante seguro de que mis ojos están bailando. Lo único que siento en mi corazón es felicidad y calma.

—Ya me las arreglaré —digo, y estoy seguro de que lo haré. El dinero que gané como presentador ayuda, y tengo la sensación de que tendré nuevas oportunidades.

—Además, no estoy realmente buscando trabajo en Hollywood —digo.

Se vuelve hacia mí, y sus ojos brillan. —¿Ah, no?

—Ajá.

—¿Quizás algo en Massachusetts? —Su voz suena esperanzada.

Me encojo de hombros con fingida indiferencia. —Quiero decir, me gusta mucho el Benedicto de Langosta.

—Tengo una receta excelente —dice—. Aunque no la he escrito, así que tendrás que quedarte por aquí.

—Supongo que será mejor que lo haga.

Nos miramos fijamente.

Y sonreímos.

—Creo que mejor caminamos más rápido —dice Luke.

—Hombre inteligente.

Luke resopla, y volamos por la acera, cogidos de la mano. Algunos coches se deslizan lentamente por la calle, pero la Nochebuena no es una hora de mucho tráfico. El aire está quieto mientras los copos de nieve revolotean a nuestro alrededor, llenando el aire con su brillo resplandeciente.

Llegamos a la casa adosada de Luke y subimos las escaleras hasta su apartamento. La música navideña se filtra hacia el pasillo, y Luke sonríe.

—Parece que es hora de fiesta. ¿Listo, Sebastian? —Extiende su mano, y la tomo.

—A cualquier lugar contigo.

Me toma en sus brazos y me besa. Me empuja contra la pared, o quizás contra la puerta, porque la textura cambia. Entonces la puerta se abre de golpe, y entramos tambaleándonos mientras suenan vítores.

—Es la feliz pareja —dice la voz de Troy—. Felicidades.

Luke y yo dejamos de besarnos, y alguien nos pone vino caliente en las manos.

—No sabía que ibas a dar una fiesta —le digo a Luke.

—Era una fiesta para ver *Buscando al Señor Perfecto* —dice Troy —. Todavía lo están emitiendo en la tele. Estáis en todas las noticias.

—¿Os hemos sorprendido? —pregunta Luke, y noto un ligero temblor en su voz.

—¿Por qué crees que queríamos inscribirte en el programa? —pregunta Noah—. ¡Era obvio que estabas obsesionado con Sebastian!

—¿Lo estaba? —La frente de Dmitri se arruga.

—Noah lo adivinó —dice Troy.

—¡He ganado la apuesta! —exclama Noah alegremente, y Finn rodea el cuello de su marido con el brazo y le da un beso en la mejilla.

—No veo cómo —refunfuña Dmitri—. Fue una gran sorpresa.

—No realmente —dice Troy.

Dmitri frunce el ceño. —Oskar, dime que te sorprendiste.

—¿Me sorprendí? —dice Oskar obedientemente.

—Dilo con convicción.

Oskar pone los ojos en blanco, pero sus labios se curvan hacia arriba, y le da a Dmitri esa mirada feliz y vidriosa que suele venir después de ciertas bebidas.

—Me sorprendí —dice Oskar con algo más de fuerza.

Dmitri sacude la cabeza, luego se coloca detrás de Oskar. Pone sus manos en la cintura de Oskar. —Este es diafragma. Habla desde aquí. Alto. Y... —Dmitri toma la mano derecha de Oskar y comienza a moverla como si Oskar fuera un director de orquesta—. Adelante.

—¡Me sorprendí! —Oskar agita la mano obedientemente, hablando con mucha más fuerza de la que estoy acostumbrado.

Entonces Oskar se deshace en risitas, y los ojos de Dmitri se suavizan.

—Buen trabajo —dice Dmitri—. Ves, no estaba solo.

Oskar deja de reír. —Probablemente deberías felicitarles.

—Si me lo hubieran dicho, no habría apostado cincuenta dólares por Flora —murmura Dmitri.

—Lo siento, Dmitri —dice Luke con ligereza.

—Es tragedia. Aunque os perdonaré. —Dmitri me mira—. Aunque Oskar habría sido mejor pareja. Más inteligente.

—¡Eh! —dice Luke.

—Oskar fue a Harvard. Luke fue a...?

Oskar se escabulle de los brazos de Dmitri, mientras Luke defiende su honor.

—Me alegro de que vayamos a verte más —dice Oskar—. No todos necesitan ser enormes jugadores de hockey por aquí.

—¿Sabes? Antes de venir aquí pensaba que odiaba a los deportistas —confieso.

—¿Tú? —Oskar se ríe—. Difícil de creer.

Me río, rodeado de mis nuevos amigos, y estoy seguro de que esta será la primera de muchas Navidades. Apenas puedo esperar.

Luke me atrae a sus brazos.

—¿Has convencido a Dmitri de que eres mejor pareja que Oskar?

Luke niega con la cabeza tristemente. —Estaba extrañamente firme en ese punto. —Me acaricia la mejilla—. Pero conseguí lo que

realmente importa.

—¿Ah, sí?

—Totalmente. —Entonces Luke me atrae a sus brazos, y bailamos en la cocina con música navideña mientras la gente nos vitorea.

EPÍLOGO

Luke

Un año después

El partido termina con otra victoria, y nos apresuramos hacia el túnel, eufóricos por nuestros dos puntos adicionales para los playoffs. Veinte hombres atléticos caminan hacia el vestuario con pasos bastante menos elegantes que sobre el hielo.

—¡Hora de celebrar la Navidad! —grita Dmitri—. Voy a traer huevos rellenos navideños.

—¿Qué demonios es eso? —pregunta Troy—. ¿Es alguna monstruosidad sueca?

—Es súper americano. Huevos rellenos, con el centro en forma de árbol de Navidad y teñido de verde. ¿No lo conoces?

—Quizás si hubiera vivido en los sesenta... ¿De dónde sacaste esa receta?

—Es una receta maravillosa. Todas mis recetas son maravillosas —dice Dmitri, y comienza a pelear con Troy en el túnel. Evito sus cuerpos musculosos y retorcidos, y saco mi móvil para leer la avalancha de mensajes llenos de emojis de Sebastian.

Se me derrite la mirada. A Sebastian le gustó el partido.

Bueno, siempre le gusta cómo juego, ganemos o no, pero igualmente lo aprecio muchísimo. Mi corazón se siente ligero mientras mis amigos hacen planes para visitarnos a Sebastian y a mí en nuestra primera cena navideña.

Sebastian y yo compramos una casa adosada en Marlborough Street hace unos meses. Él la ha estado decorando con máximo esplendor decimonónico en sus vlogs. Ya tiene medio millón de suscriptores en cuatro meses. A la gente le sigue encantando su comportamiento reflexivo, aunque ahora hable de arquitectura bostoniana y no de amor verdadero. Flora, Willow y Dahlia han hecho todas apariciones en sus vlogs. Flora se convirtió en la primera *Seeking Miss Right*, y Willow ha conseguido un anestesista. Al parecer, es un trabajo muy difícil, aunque le he explicado cómo

me dejaron dormido con éxito sobre el hielo en Montreal el año pasado, aunque no creo que vaya a incorporar esa estrategia en el Hospital General de Boston.

Yo también he hecho algunas apariciones, y aquella en la que cogí unas tenazas y expliqué que eso era esencialmente odontología del siglo XIX consiguió más de dos millones de visualizaciones. Le dije a Sebastian que es estupendo que lograra conseguirnos una casa llena de equipamiento dental, aunque Sebastian parecía muy preocupado e insistió en que tuviera varios números de dentistas programados en mi teléfono por si me lesiono y decido tomar las cosas en mis propias manos.

Belinda, una ex actriz infantil convertida en presentadora de talk shows de gran éxito, lo ha contratado varias veces para realizar entrevistas. A todo el mundo le gusta su comportamiento reflexivo y considerado.

Salgo a la noche con mis mejores amigos, mis compañeros de equipo, y cruzamos juntos el Charles para caminar la corta distancia hasta Back Bay. La nieve resplandece intensamente bajo el cielo oscuro, iluminada por la luna y el puñado de estrellas visibles incluso en la ciudad.

Dmitri y Troy se separan. Van a reunirse con sus respectivas parejas.

Me apresuro hacia la casa adosada, luego subo los escalones del edificio de piedra rojiza. Hay algunas cámaras en la entrada de mármol blanco y negro, que Sebastian está remodelando actualmente para que recupere todo su esplendor decimonónico.

—¡Cariño, ya estoy en casa! —grito.

Sebastian se arroja a mis brazos, e inhalo su aroma.

—¿Por qué siempre hueles tan sofisticado? —pregunto.

Se ríe entre mis brazos, y luego estamos besándonos, besándonos, besándonos. Lo rodeo con mis brazos y lo levanto sobre el banco de terciopelo amarillo con botones que hay en la esquina.

—¡Este no es un banco para besarse! —exclama Sebastian, escabulléndose de mis brazos, pero sus ojos brillan y su sonrisa es amplia y feliz.

—Este banco es perfectamente adecuado para besarse —digo—. Así no perdemos tiempo subiendo al dormitorio cuando los invitados están a punto de llegar.

—¡Los invitados! —Sebastian se levanta de un salto.

No debería haber mencionado a los invitados.

Ese fue mi error.

Dios, ¿cómo pude pensar alguna vez que podría sobrevivir sin él? ¿Que podría haberlo conocido en la cafetería y no haberlo reclamado como mío? ¿Que podría haberlo evitado, no haber querido hacer *Seeking Mr. Right* de inmediato porque significaba pasar tiempo con él?

Hago una nota mental para estar extra agradecido con Nate en mi tarjeta de Navidad. Nunca antes había enviado tarjetas navideñas, pero Sebastian me explicó que era lo apropiado.

Sé que Sebastian aún echa de menos su trabajo, pero al final, no estaba resultando ser lo que él quería. Belinda y él están hablando de comenzar un nuevo programa de citas, con él como presentador.

Suena el timbre, y Finn y Noah entran con paso despreocupado.

—¿Somos los primeros? —pregunta Noah.

—Sí.

Noah sonríe radiante. —¡Ganamos!

Finn acerca a su marido y le revuelve el pelo. —¡Mi Dulce Puck!

Puedo oír un coche aparcando fuera, pero mi mente está en la pequeña caja roja que compré la semana pasada. Bueno, lo que hay dentro de la caja roja es la parte más interesante. Particularmente lo que representa.

—¿Te ríes solo, Hawthorne? —pregunta Finn.

—La vida es realmente buena —digo, atrayendo a Sebastian hacia mí. Su cuerpo esbelto encaja perfectamente contra mi cuerpo no muy esbelto.

—¿Algún plan para el día de Navidad? —le pregunta Noah a Sebastian.

—Vamos a conducir hasta Ashcove —dice Sebastian—. Para ver a nuestras familias.

—Es muy conveniente que vivan cerca —digo, y Sebastian me aprieta la mano.

La madre de Sebastian parece estar en mejor situación ahora, y Bryce ha sido cordial con Sebastian, al menos en pequeñas dosis.

—¡Este árbol de Navidad es precioso! —exclama Noah desde la habitación contigua, y los sigo hasta la sala de estar. Los adornos antiguos brillan, e inhalo el aroma del árbol de Navidad y las guirnaldas esparcidas por la habitación.

Acerco a Sebastian. —Te quiero.

Sus ojos se suavizan. —Yo también te quiero.

—Quiero decir que realmente te quiero.

El timbre suena, y o Noah o Finn se ríen mientras van a abrir.

Al parecer, somos ridículamente adorables o algo así. Estoy bastante seguro de que el adjetivo que quieren decir es perfectos. Puedo vivir con Sebastian todos los días, y no hay nada más asombroso en el mundo.

REGLA #3: NUNCA TE CASES FINGIDAMENTE CON EL HIJO DEL ENTRENADOR

Oskar

He pasado tres años manteniendo mi atracción por Dmitri Volkov estrictamente profesional. Como gerente de operaciones de los Blizzards, no puedo permitirme pensar en su sonrisa traviesa o en cómo su pelo oscuro le cae sobre los ojos. Especialmente porque es el jugador más problemático de mi padre, y definitivamente heterosexual.

Pero cuando Dmitri irrumpe en mi oficina necesitando un matrimonio para conseguir la tarjeta de residencia, todos mis planes cuidadosos se resquebrajan como el hielo. Un momento de debilidad y, de repente, estoy comprometido con el notorio chico malo del equipo. El mismo jugador que ha protagonizado mis fantasías desde el día que llegó de Rusia.

Mi padre, el entrenador jefe del equipo, estallará cuando se entere. Ya piensa que soy demasiado blando para la gestión del hockey, ¿y ahora me caso con el único jugador que apenas puede controlar? Pero negarme a Dmitri no es algo que pueda hacer. Ahora solo necesito fingir ante el mundo que estamos locamente enamorados y fingir ante Dmitri que yo no lo estoy en absoluto.

REGLA #.5: NUNCA TE ENAMORES DEL CAPITÁN

Vinnie La regla no escrita en el hockey: nunca te enamores del capitán. Lástima que estoy fracasando en eso. Evan McAllister, padre soltero, es nuestro adorado capitán del equipo, atractivo y mi antiguo mejor amigo, increíble en todos los sentidos. Ah, y también es heterosexual. Eso es menos positivo para mí. He estado distanciándome para sofocar mis sentimientos, pero eso solo le ha confundido y, desde luego, no ha funcionado. Cuando una conmoción cerebral deja a Evan necesitando cuidados, intervengo para ayudarle a él y a su hija Stella. Evan no está entusiasmado con que irrumpa de nuevo en su vida después de haberle dado de lado, y cuanto más nos vemos empujados a situaciones íntimas, más difícil me resulta no soltar mi secreto. **Regla #.5: Nunca te enamores del capitán es una novela corta de 25.000 palabras que sirve como precuela a la serie Reglas del Hockey.**

REGLA Nº 1: NUNCA TE CASES ACCIDENTALMENTE CON TU COMPAÑERO DE EQUIPO

Finn

Puede que tenga fama de fiestero, pero me he superado a mí mismo. Después de pedirle matrimonio borracho a Noah, mi nuevo compañero de equipo, durante una noche loca en Las Vegas, me despierto con un anillo en el dedo, un marido a mi lado y una pesadilla descomunal para las relaciones públicas.

La directiva del equipo está furiosa, y la única forma de salvar nuestras carreras es fingir que el matrimonio fue intencional. Noah sigue el juego como un profesional, y lo instalo en mi ático de Boston. Acaba de ser ascendido desde la AHL, y podría costarle todo por mi culpa.

Estamos atrapados juntos durante al menos un año, gestionando apariciones públicas, jugando al hockey y viviendo juntos. De hecho, esto no se siente para nada como una farsa. Pero obviamente, eso es imposible: ambos somos heterosexuales. ¿No es así?

ACERCA DE PORTIA

Cuando Portia no está escribiendo, probablemente esté acurrucada con un buen romance MM. Vive en una gran ciudad, a poca distancia de un estadio de hockey. A veces debate sobre las ventajas de aventurarse fuera de su apartamento para tomar un café. En ocasiones se escapa a la playa con su cónyuge, aferrándose a su kindle.